

LECTULANDIA

GENE WOLFE
URSULA K. LE GUIN
JAMES TIPTREE
La nueva Atlántida



Lectulandia

Tres de los más dotados escritores jóvenes de ciencia-ficción —ganadores de *Hugos*, *Nébulas* y *National Book Award*, los Premios Literarios más célebres de la especialidad— coinciden en presentarnos visiones sorprendentes del futuro de la Humanidad en la Tierra y en el Espacio. Paralelamente, reviven fragmentos del pasado, convertidos en imágenes míticas, y se plantean las eternas cuestiones sobre el objetivo y propósito biológico.

La presentación de este conjunto de obras capitales corre a cargo de Robert Silverberg, ganador cinco veces del Hugo y otras tantas del *Nébulas*, y sin duda, el escritor del género que más premios haya recibido a lo largo de una carrera dilatada y fecunda.

Especial interés tiene, dentro de las historias incluidas en este volumen, *LA NUEVA ATLÁNTIDA*, de Ursula K. Le Guin, que presenta un **brave, new world** a la manera huxleyana, un mundo en el que la tiranía burocrática se muestra cada vez más incapaz de satisfacer las necesidades de una población disgregada íntimamente por la búsqueda ansiosa del placer.

Lectulandia

AA. VV.

La nueva Atlántida

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 8

ePub r1.1

Hechadelluvia & dekisi 09.07.14

Título original: *The New Atlantis*
AA. VV., 1977
Traducción: Joaquín Adsuar Ortega

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

ÍNDICE

LA NUEVA ATLÁNTIDA, *The New Atlantis* (1975), de Ursula K. Le Guin.

LA SOMBRA, *Silhouette* (1975), de Gene Wolfe.

UN MOMENTO DE PURA ESENCIA, *A Momentary Taste of Being* (1975),
de James Tiptree Jr.

INTRODUCCIÓN

Las tres historias que componen este libro no han sido publicadas anteriormente en forma alguna. Son tres de las obras más recientes de tres de los más excitantes y mejor dotados escritores de ciencia-ficción de la última década. Los tres podrían ser calificados de escritores «nuevos», pues realmente fueron casi desconocidos hasta los últimos años de la década de 1960-1970, cuando en unos pocos años lograron situarse en primera línea entre los más famosos escritores de esta especialidad literaria.

Aun cuando puede decirse que sus carreras literarias no han hecho más que empezar, todos son ya escritores maduros y hechos, quizá mucho más que la mayor parte de los escritores de ciencia-ficción nuevos. Tradicionalmente, los escritores de ficción científica comienzan su carrera tempranamente (Isaac Asimov, Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Frederick Pohl, C. M. Kornbluth, Paul Anderson, Robert Sheckley, James Blish y otros muchos consiguieron situarse en un buen lugar antes de cumplir los treinta años, algunos antes de los veinticinco), pero quizás uno de los aspectos más interesantes de la obra de Le Guin, Wolfe y Tiptree sea que los tres esperaron mucho antes de dedicarse a la ciencia-ficción, con lo cual lograron, en grado sumo, la capacidad de combinar la profundidad de visión y la experiencia del adulto con la habilidad y la capacidad literarias acumuladas en muchos años de amplias lecturas y con un acercamiento gradual a la maestría.

Con estos antecedentes, su aportación a la ciencia-ficción ha sido extraordinaria; y aquí, aprovechando la riqueza de detalles y el desarrollo narrativo que permite la longitud de una novela, han añadido nuevas y notables piezas a la brillante historia de sus éxitos literarios.

LA NUEVA ATLÁNTIDA

URSULA K. LE GUIN

Úrsula K. Le Guin vive en Oregón, pero nació y se educó en California. Su padre fue el gran antropólogo Alfred Kroeber y su madre, Theodora Kroeber, escribió un tratado famoso sobre la vida de los indios americanos, titulado *Ishi in Two Worlds*. Los primeros relatos de ciencia-ficción de la señorita Le Guin aparecieron en 1962 y su primera novela en 1966; pero fue la publicación de su novela *The Left Hand of Darkness*, en 1969, la que la situó en un lugar destacado entre las figuras más importantes de la moderna ciencia-ficción. Esa novela recibió los premios Hugo y Nébulas como la mejor novela del año —una doble recompensa raramente conseguida— y se reconoce todavía como un clásico en su especialidad, que figura destacado en la lista de obras ofrecidas a los estudiantes en los múltiples cursos sobre ciencia-ficción que se dictan en las universidades norteamericanas. Posteriormente, la autora ha publicado varias novelas más y un buen número de relatos, uno de los cuales es la novela corta *The World for Worlds is Forest*, que le hizo ganar su segundo Hugo en 1973. Úrsula K. Le Guin es, también, autora de una serie de novelas de fantasía destinadas a la juventud. Una de estas novelas cortas, *The Farthest Shore* recibió el National Book Award en 1973.

De regreso de mi semana de vacaciones en el campo, me tocó en suerte, a mi lado en el autobús, un hombre de unas características especialmente extrañas. Durante algún tiempo no nos hablamos. Yo iba remendando unas medias y él leía. Pero el autobús sufrió una avería unos cuantos kilómetros antes de llegar a Gresham. Recalentamiento del radiador, como suele ocurrir cuando los conductores de esos viejos autobuses se empeñan en ir a más de cincuenta kilómetros por hora. Se trataba de un Supersonic Superscenic Deluxe de largo recorrido, con motor de carbón, con comodidades caseras, lo que significaba que tenía un lavabo y unos asientos bastante confortables, con la excepción de aquellos que ya se habían soltado de sus goznes. Cuando ocurrió la avería todos los pasajeros se quedaron dentro del autobús, entre otras cosas porque llovía fuertemente. Comenzamos a hablar de la forma como suele hacerlo la gente cuando ocurre una interrupción y debe esperar. Tomó el librito que estaba leyendo y lo cerró. Era un hombre de movimientos secos, con el aire de un profesor universitario o algo parecido, sobre todo en la forma de utilizar sus manos. Se dirigió a mí, sin más preámbulos, y me dijo:

—Es muy interesante lo que estoy leyendo: un nuevo continente está surgiendo del seno del mar.

Mi tarea de zurcido de las medias azules dejó de ser una barrera útil. Tampoco las medias eran útiles para nada más, pues parecían casi un colador de tantos agujeros como ya tenían.

—¿De qué mar?

—No están muy seguros todavía. La mayor parte de los especialistas creen que se trata del Atlántico. Pero hay algunas pruebas que parecen indicar que también podría ser el Pacífico.

—¿No estarán, en ese caso, demasiado apretados esos Océanos? —pregunté, sin atreverme a tomarlo muy en serio. Yo estaba un tanto malhumorada debido a la avería y porque aquellas medias inservibles eran muy calientes.

Golpeó suavemente con su mano el librito y dijo con mucha gravedad:

—No, de ninguna manera. Los viejos continentes se van sumergiendo para abrir paso a los nuevos. Ya verá cómo es eso lo que ocurre.

En efecto, eso era lo que estaba sucediendo. No, no cabía la menor duda, sobre todo teniendo en cuenta que la isla de Manhattan estaba a tres metros ya bajo el nivel de las aguas con marea baja y había bancos de ostras en la Plaza de Ghirardelli.

—Creo —dije— que eso se debe a que los Océanos están subiendo de nivel como consecuencia de la fusión de los hielos polares.

El hombre movió de nuevo la cabeza.

—Ése es uno de los factores y se debe al efecto de recalentamiento por la

polución. No cabe duda de que América se volverá una región inhabitable. Sin embargo, los factores climatológicos no pueden explicar el surgir de los nuevos continentes, o mejor dicho el resurgir de los viejísimos continentes en el Atlántico y el Pacífico.

Siguió explicándome sus ideas sobre el resurgir de los continentes, pero a mí me gustó la idea de la inhabitabilidad de América y durante un tiempo estuve soñando despierta en lo que esto significaría. Me imaginé una América muy vacía, muy tranquila, plena de calma, toda ella blanca y azul con un débil brillo dorado hacia el Norte, procedente del surgir del sol detrás de la elevada cumbre del Monte Erebus. Muy poca gente quedaba allí; sólo algunas personas tranquilas, de fracs y pecheras blancas; en una orquesta de oboes y violas. Por el Sur el terreno blanco se extendía silenciosamente hacia el Polo.

Justamente lo contrario de lo que ocurría realmente en la zona del desierto del Monte Hood. Mis vacaciones habían sido realmente fatigosas. Las otras mujeres con las que compartí el dormitorio colectivo fueron agradables y correctas, pero nos habían servido macarrones para el desayuno y los deportes organizados fueron excesivos. Yo había hecho una excursión a las colinas de la Reserva del Bosque Nacional, el mayor de los bosques que aún seguía existiendo en los Estados Unidos, pero los árboles no tenían, ni mucho menos, el aspecto que mostraban en las tarjetas postales y en los folletos propagandísticos del Departamento Federal de Conservación de las Bellezas Naturales. Eran muy altos y delgados y había muy pocos indicios de quienes los habían plantado. Abundaban allí, por el contrario, las mesas verdes para los picnics y las «señoras» y «caballeros», más que los árboles. Había una cerca eléctrica en torno a la reserva que impedía la entrada a toda persona no autorizada. El guardián de la reserva nos habló de los arrendajos de la montaña, «pequeños ladrones atrevidos» capaces de arrebatarse de las mismas manos de los turistas los sándwiches que se estaban comiendo. La verdad es que yo no vi ninguno de esos pájaros, quizá porque el día de mi visita era el día de la semana dedicado al Plato Único, el Día de la Vigilancia para todas las mujeres contra el exceso de calorías y no llevábamos ningún bocadillo. La verdad es que si yo hubiera visto un arrendajo hubiese sido yo quien le arrebatara el sándwich de su propio pico. De todos modos había sido una semana exhaustiva que me hizo desear haberme quedado en casa, aun cuando hubiera perdido una semana de sueldo pues quedarse en casa practicando la viola no se reconoce como descanso incluido en la planificación de las vacaciones recreativas pagadas, tal y como las establece la Unión Federal de Uniones.

Cuando regresé de mi expedición mental a la Antártida, el hombre había vuelto a enfrascarse en la lectura de su folleto y tuve ocasión de ver su título: Aumento de la eficiencia en las Escuelas de preparación de contables. Pude ver, también, un

párrafo que se puso al alcance de mi vista y comprobé que allí no se decía nada en absoluto sobre nuevos continentes surgiendo de las profundidades de los océanos. ¡Nada en absoluto!

Posteriormente tuvimos que descender del autobús y encaminarnos a pie a Gresham, una vez que se decidió que lo mejor que podíamos hacer era dirigirnos a las Líneas de Transportes Públicos de la Zona del Gran Portland, dado que se habían producido tantas averías que la compañía de autobuses charter ya no disponía de más coches de reserva para enviar uno a buscarnos. Hicimos el camino bajo la lluvia, y con bastante niebla, excepto cuando pasamos por la Montaña Comunal del Frío. Se había levantado una valla en torno a ella para evitar que entraran personas no autorizadas y había además un letrero de neón de gran tamaño en el que se leía: MONTAÑA COMUNAL DEL FRÍO. A lo largo de la carretera se veían algunas personas con *jeans* y ponchos vendiendo cinturones, candelabros de arcilla y collares de semillas destinados a los turistas. En Gresham, yo tomé el Tren Volante Superset GPARPTL 230 a Burnside y el Este y después transbordé al 217 y tomé el autobús para el Paso de Goldschmidt y volví a transbordar al metro subterráneo, que también sufrió una avería, de manera que no llegué al punto de transbordo en la ciudad baja hasta las ocho menos diez. Los autobuses salían de allí a cada hora en punto de manera que hube de conformarme con una hamburguesa sin carne en la cafetería de la Steak House de Longhorn y tomé el bus de las nueve que me dejó en casa a eso de las diez. Cuando entré en el apartamento, apreté los interruptores de la luz pero aún no había corriente. Había habido un corte de luz en Portland Occidental que duró tres semanas. Así que me dirigí a buscar unas velas en la oscuridad y pasó un minuto, más o menos, hasta que me di cuenta de que había alguien echado en mi cama.

Me asusté y traté, de nuevo, de encender la luz.

Era un hombre estirado a todo lo largo de su cuerpo delgado. En principio pensé que se trataba de un ladrón que había entrado de un modo u otro durante mi ausencia y, por quién sabe qué circunstancia, había fallecido allí. Abrí la puerta de modo que en caso necesario pudiera salir rápidamente o, al menos, que mis gritos pudieran ser oídos. Después me las arreglé para no temblar tanto como para no poder encender una cerilla y la vela. Y me acerqué un poco a la cama. El hombre no estaba muerto.

La luz le molestó. Produjo una especie de ronquido que brotó difícilmente de su pecho y movió la cabeza. Al principio pensé que se trataba de un extraño, pero poco después me pareció reconocer la forma de sus cejas y sus párpados cerrados. Seguidamente me di cuenta de qué se trataba de mi esposo.

Se despertó por completo mientras yo estaba de pie, junto a s la cama con la vela en la mano. Sonrió y medio dormido aún me dijo:

—¡Oh, Psique, de las regiones que son Tierra Santa!

Ninguno de los dos hicimos demasiado escándalo. Era algo inesperado pero

parecía para él tan natural encontrarse allí, al fin y al cabo mucho más natural que no estar. Además se hallaba demasiado cansado para sentirse emocionado. Nos quedamos acostados juntos en la oscuridad y me explicó que le habían dado de alta del Campo de Rehabilitación antes de tiempo porque se había lesionado la espalda en un accidente en la cantera de arena y tenían miedo que su lesión empeorara. Si se moría allí se produciría una campaña publicitaria muy desagradable y molesta en el extranjero, donde ya corrían muchos rumores sobre las muertes por enfermedad que ocurrían en los Campos de Rehabilitación y en los Hospitales de la Asociación Médica Federal; había muchos científicos en el extranjero que habían oído hablar de Simón desde que se publicaron en Pekín sus pruebas sobre la hipótesis de Goldbach. Debido a ello lo dejaron salir anticipadamente con ocho dólares en el bolsillo, la misma cantidad que tenía cuando lo detuvieron, lo que era señal de juego limpio. Había hecho el viaje desde Coeur d'Alene, Idaho, andando y en autostop, con un descanso de dos días en la cárcel de Walla Walla por haber sido sorprendido haciendo autostop. Casi se quedó dormido contándome esto y acabó por dormirse después de habérmelo contado. Necesitaba un buen baño y cambiarse de ropa pero no quise despertarlo. Además yo también estaba cansada. Estábamos acostados uno al lado del otro y su cabeza descansaba en mi brazo. No creo haber sido jamás tan feliz como me sentía en esos momentos. Pero ¿era felicidad? Quizás era algo distinto, más amplio y más oscuro, más parecido al conocimiento, al saber, más parecido a la noche: alegría.

Durante mucho tiempo continuó la oscuridad; mucho tiempo. Después llegó el frío, un frío extenso, pesado e inmóvil. Ni siquiera nos podíamos mover. No nos movimos. No hablamos. Nuestras bocas permanecieron cerradas, apretados los labios por el frío y su peso. Nuestros ojos también estaban apretados, cerrados. Nuestros miembros seguían inmóviles, rígidos. Nuestras mentes también. ¿Durante cuánto tiempo? No había longitud de tiempo. ¿Cuánto dura la muerte? ¿Está uno muerto sólo después de haber vivido o también antes de haber nacido? Ciertamente que pensamos, si es que llegamos a pensar algo, que estábamos muertos, pero lo cierto era que si alguna vez habíamos estado vivos, lo habíamos olvidado.

Se produjo un cambio. Lo primero en cambiar debió ser la presión, aun cuando nosotros no lo supimos. Los párpados se hicieron sensibles al tacto. Hasta entonces tuvieron que mantenerse cerrados. Cuando la presión se debilitó los párpados se abrieron. Pero no había posibilidad para nosotros de saberlo. Hacía demasiado frío para que pudiéramos notar nada. Y no podía verse nada. Todo estaba negro.

Pero entonces —«entonces» en el tiempo creado para el caso, creado antes y después, cerca y lejos, ahora y entonces— «entonces» se hizo la luz. Una luz. Una luz pequeña y extraña que transcurría lentamente sin que pudiéramos decir

a qué distancia. Pasó un pequeño punto de radiación blanco-verdusca parpadeando ligeramente.

Ciertamente, nuestros ojos estaban abiertos «entonces», puesto que lo vimos. Vimos el momento. El momento es un punto de luz. Tanto en la oscuridad como en el campo de todas las luces, el momento es pequeño y se mueve, aunque no lo hace rápidamente. Y, «entonces» desaparece.

No se nos ocurrió que podría haber otro momento. No había razón alguna para suponer que fuera a haber más de uno. ¡Uno era ya maravilla suficiente: que en todo el campo de la oscuridad, en ese campo frío, pesado, denso, inmóvil, sin tiempo, sin lugar, negro sin límites, una vez hubiera surgido una luz parpadeante y móvil! El tiempo sólo tiene que ser creado una única vez, pensamos.

Pero estábamos equivocados, la diferencia entre uno y más de uno es toda la diferencia del mundo. Y, naturalmente, la diferencia es él mundo.

La luz volvió.

¿La misma luz u otra? No había nada que lo indicara.

Pero, «en esta ocasión» nos interrogamos sobre el origen de la luz y su naturaleza: ¿Era pequeña y próxima a nosotros o, por el contrario, grande y lejana? Tampoco ahora había nada que nos lo indicara. Ningún punto de referencia; no obstante sí había algo en la forma como la luz se movía, una especie de vacilación, una cualidad tentativa que no parecía propia de algo lejano, remoto y grande. Como las estrellas, por ejemplo. Comenzamos a recordar las estrellas.

Las estrellas jamás habían vacilado.

Tal vez la noble certidumbre de su camino orbital había sido un simple efecto de la distancia. Tal vez, en realidad, habían explotado salvajemente, fragmentos enormes incandescentes de una bomba primaria lanzada a través de la oscuridad cósmica; pero el tiempo y la distancia suavizaban cualquier agonía. Si el universo, como todo parecía indicar, comenzó con un acto de destrucción, las estrellas que acostumbrábamos a ver no nos contaban su historia. Siempre se mantuvieron implacablemente serenas.

Sin embargo los planetas... Comenzamos a recordar los planetas. Éstos si habían sufrido cambios en su apariencia y en su curso. En determinadas épocas del año, Marte tomaba la dirección opuesta y parecía marchar hacia atrás entre las estrellas. Venus era más o menos brillante según estuviera en sus fases creciente o menguante, llena o nueva. Mercurio temblaba como una vacilante gota de lluvia resbalando sobre el cielo en los amaneceres. La luz que ahora estábamos observando tenía esa cualidad errática y cambiante. La veíamos, inconfundiblemente, cambiando de dirección, retrocediendo. En esos momentos

se estaba debilitando, parpadeaba... ¿un eclipse? Y, lentamente, desapareció.

Lentamente... pero no con la suficiente lentitud para ser un planeta.

Entonces —el tercer «entonces»— se produjo la indudable y positiva Maravilla del Mundo, el Truco Mágico. ¡Miradla ahora! ¡No creeréis a vuestros ojos! Madre, madre, ¿qué puedo hacer?

Siete luces en fila sucediéndose rápidamente con movimiento de flecha de izquierda a derecha. Procediendo menos rápidamente de la derecha a la izquierda dos luces verdosas amortiguadas. Dos luces que se paran, cambian su dirección, marchan apresuradamente y en forma de onda de la izquierda a la derecha. Siete luces que aumentan su velocidad y nos alcanzan. Dos luces que relampaguean desesperadamente, parpadean y desaparecen.

Las otras siete luces permanecen quietas, inmóviles, como colgadas del cielo; después se vuelven a reunir para formar una sola, viran alejándose y poco a poco se desvanecen en la inmensa oscuridad.

Pero ahora, en la oscuridad, están formándose otras luces: muchas de ellas son lámparas, puntos, líneas luminosas, osciladores... Algunas tan cerca que parecen al alcance de la mano, otras lejanas. Parecen estrellas, pero no son estrellas. Lo que estamos viendo no son las grandes Existencias sino sólo las vidas pequeñas.

Por la mañana Simón me dijo algo con respecto al Campo, pero no hasta después de haberme hecho controlar mi apartamento por si me habían colocado micrófonos ocultos. Al principio me extrañó mucho su conducta, que juzgué caprichosa y pensé que se estaba volviendo paranoico. Jamás habíamos estado espiados así. Y yo llevaba ya un año y medio viviendo sola; era seguro que ellos no querrían escucharme hablando conmigo misma.

Pero Simón me dijo:

—Quizá suponían que iba a venir a verte.

—¡Pero si te han dejado en libertad!

Él siguió echado a mi lado y me sonrió. Le hice caso y miré por todas partes, en todos los rincones que se me ocurrió. No pude encontrar ningún micrófono pero parecía como si alguien hubiera estado registrando de pasada los cajones del escritorio, mientras yo estaba fuera, en el Desierto. Los documentos y papeles de Simón estaban todos en casa de Max, así que la cosa no tenía importancia. Hice un poco de té y lavé y afeité a Simón con el agua caliente que quedó en la olla... Simón tenía una barba espesa y quería quitársela porque los piojos del Campo habían anidado en ella... Mientras yo lo afeitaba me estuvo hablando del Campo. Realmente no me contó demasiadas cosas, pero tampoco era necesario.

Había perdido casi diez kilos de peso, y como normalmente pesaba sólo unos sesenta y cuatro la verdad es que no le quedaba mucho. Los huesos de las rodillas y

las costillas se marcaban bajo la piel, como rocas. Tenía los pies hinchados y llenos de rozaduras causadas por las botas del Campo. En los tres últimos días que estuvo caminando para llegar a casa no se atrevió a quitárselas por miedo a no poder volver a ponérselas. Cada vez que tenía que moverse o sentarse, o alzarse para que yo pudiera lavarlo bien, cerraba los ojos a causa del dolor.

—¿Es cierto que estoy aquí? —preguntaba incrédulo—. ¿Aquí, en casa?

—Sí —le dije—. Estás aquí. Lo que no comprendo del todo es cómo has podido llegar.

—No era tan terrible en tanto que no me detenía. Lo único que hay que hacer es seguir andando y esto no es tan difícil cuando se sabe adonde se va, cuando se tiene algún lugar adonde ir. Debes saber que hay gente en el Campo que si los dejaran no se irían porque no sabrían dónde ir. Para mí las cosas eran diferentes y lo único que tenía que hacer era seguir caminando. Ya ves que he llegado. Y mi espalda ya está casi curada.

Cuando se levantó para ir al cuarto de baño se movía como si fuera un anciano de noventa años. No podía mantenerse erguido, sino encorvado como un jorobado. Le ayudé a ponerse ropa limpia. Cuando volvió a meterse en la cama dejó escapar un gemido de dolor. Yo empecé a poner orden en la habitación, quitando de en medio mi equipaje. Me pidió que me sentara a su lado y me dijo que seguramente acabaría por ahogarlo si seguía llorando.

—Vas a inundar todo el continente norteamericano —me dijo bromeando.

Añadió algunas cosas más, no recuerdo exactamente qué, pero sé que acabé riéndome a carcajadas. Es difícil recordar las cosas que Simón me dijo, pero hacía muchísimo tiempo que no me reía así. Cuesta trabajo no reír cuando Simón se pone simpático. No es solamente cuestión de cariño, sino un don especial suyo. Simón puede hacer reír a cualquiera aunque dudo que lo haga intencionadamente. Se trata simplemente de que la mente de un matemático trabaja de modo distinto a la de las demás personas. Y cuando los demás ríen sus ocurrencias, eso les agrada.

Era extraño y es extraño, el verme pensando en «él», en el hombre que había conocido diez años antes y con quien había convivido tanto tiempo, mientras estaba echado en la cama, allí, a mi lado y totalmente irreconocible de tanto como había cambiado. Un hombre totalmente diferente. Esto basta para justificar por qué algunos idiomas tienen una palabra como «alma». Hay varios grados de muerte y el tiempo no nos evita ninguno de ellos. Pero hay algo que sobrevive a todos estos grados y es esto lo que exige una palabra así.

Le dije lo que hacía año y medio que no había sido capaz de decir:

—Tuve miedo de que te hicieran un lavado de cerebro.

—Esa operación es muy costosa. Incluso contando solamente el precio de las drogas que se necesitan, así que la reservan para los personajes más importantes.

Algún tiempo temí que acabarían por darse cuenta de que yo también era importante. En los últimos meses sufrí muchos interrogatorios. Sobre todo se me interrogó acerca de mis «contactos en el extranjero». Supongo que se referían a mis libros publicados en otros países. De modo que tengo que ir con cuidado si quiero que la próxima vez no sea sólo un Campo sino un Hospital Psiquiátrico Federal...

—Simón... ¿fueron crueles, duros, contigo?

Tardó un rato en responder. Estaba claro que no deseaba hacerlo. Sabía lo que le estaba preguntando. Sabía también que aún seguía la espada pendiente sobre nuestras cabezas.

—Algunos de ellos —dijo por fin en un murmullo.

Algunos de ellos habían sido crueles. Algunos habían disfrutado haciendo su trabajo de verdugos. No puede culparse a todos por igual, comunitariamente.

—Me refiero tanto a los guardianes como a los presos —dijo.

No hay que culpar sólo a los enemigos de todo lo malo.

—Algunos de ellos, Belle —repitió con energía, tomando mi mano—. También había allí algunos hombres como si fueran de oro...

Las presiones eran violentas, no podía resistirse a ellas tan fácilmente.

—¿Qué has tocado últimamente? —me preguntó.

—Forrest, Schubert.

—¿Con el cuarteto?

—Ahora sólo es un trío. Janet se ha marchado a Oakland con un nuevo amante.

—¡Ah, pobre Max!

—No importa demasiado. Janet no era una buena pianista.

Yo también, e igualmente sin quererlo, le hice reír a Simón. Estuvimos hablando hasta que se hizo la hora de marcharme al trabajo. Mi turno, desde la Ley de Empleo Total del año pasado, es de diez a dos. Trabajo como inspectora en una fábrica de reaprovechamiento de bolsas de papel. Hasta ahora no he tenido que rechazar ni una sola, pues el inspector electrónico descubre cualquiera defectuosa antes de que lleguen a mí. Se trata de un trabajo deprimente, aburrido, pero dura sólo cuatro horas al día y se necesita más de ese tiempo en pasar por todos los trámites y exámenes médicos, físicos y mentales, rellenar los formularios y hablar con los consejeros sociales y los inspectores cada semana si uno quiere ser clasificado como parado y, después, hacer cola cada día para conseguir los cupones de racionamiento y el subsidio de paro. Simón pensó, igualmente, que aquel día debía ir a trabajar como de costumbre. Yo traté de hacerlo así pero me resultaba muy difícil. Me di cuenta de que su frente ardía cuando lo besé al marcharme, así que en vez de irme a trabajar me fui a buscar una doctora del mercado negro. Me había sido recomendada por una compañera de trabajo en la factoría para el caso de que necesitara un aborto sin tener que pasar por el trance de los dos años de drogas contra los deseos sexuales que se

obligan a tomar a toda mujer después de que se le hace un aborto por los médicos oficiales. Esta doctora trabajaba también como vendedora en una tienda de compraventa de la calle Alder y mi amiga me había dicho que en caso de que no se dispusiera de dinero en el momento de necesitar sus servicios, uno podía dejar cualquier cosa de valor en empeño hasta que se pudiera pagar. Generalmente nadie disponía de suficiente dinero en metálico y, como es lógico, las tarjetas de crédito no podían ser usadas en el mercado negro.

La médico se mostró dispuesta a venir inmediatamente a casa, de modo que regresamos juntas en el autobús. Ella se dio cuenta de inmediato que Simón y yo estábamos casados y me hizo gracia ver su reacción, y cómo nos observaba, sonriendo como una gatita. Hay gente que se complace en la ilegalidad sólo por sí misma. Los hombres más que las mujeres. Son los hombres los que hacen las leyes y obligan a cumplirlas; y también quienes las rompen con mayor frecuencia. Creen que todo eso es maravilloso. Las mujeres, por su parte, preferirían dejar a un lado todo ese teatro. Pero en el caso de la médico, uno podía ver que disfrutaba violando la ley como si fuera un hombre. Era posible que fuera simplemente el placer que le causaba romper la ley lo que le había hecho dedicarse a actuar en la clandestinidad. Pero eso no era todo. No cabía duda de que aunque ella hubiera querido doctorarse legalmente, la Asociación Médica Federal no admitía mujeres en sus Facultades de Medicina. Posiblemente ella había estudiado clandestinamente con alguno de aquellos médicos que tenían discípulos privados. Así había estudiado Simón matemáticas, dado que las universidades sólo enseñaban Administración de Negocios, Publicidad y Ciencias de la Información.

Pero independientemente del lugar donde la mujer hubiera estudiado, estaba claro que conocía su profesión. Construyó una especie de muletas caseras de manera bastante diestra y le dijo a Simón que si no guardaba reposo casi absoluto durante los dos meses siguientes acabaría por convertirse en un inválido permanente, pero si se comportaba bien durante ese tiempo tal vez llegaría a reponerse. Éstas no son palabras capaces de producir agrado, pero a pesar de todo nos sentimos aliviados. Al tiempo de marcharse me entregó una botellita sin etiqueta alguna que contenía unas doscientas píldoras blancas.

—Aspirina —me dijo—. Tendrá muchos dolores durante un par de semanas.

Me quedé mirando la botella con sorpresa. Jamás en mi vida había visto una aspirina; sólo el Quita-Dolores-Superamortiguado y el Triple-Potente N.L.G-Zic, así como la Aspaprin Extra-Fuerte, el ingrediente milagroso que recomiendan la mayor parte de los médicos y que recetan los médicos oficiales. Esas recetas deben ser visadas por la Asociación Federal de Médicos y con ellas puede comprarse a bajo precio en las pequeñas farmacias privadas. Los precios son determinados por el Departamento de Alimentación Pura y Drogas, para fomentar la investigación

competitiva.

—Aspirina —repitió irónicamente la médico—. El ingrediente milagroso que recomiendan la mayor parte de los médicos.

Me dedicó de nuevo aquella sonrisa de complicidad. Pienso que le habíamos caído bien porque vivíamos en pecado. La botella de aspirina del mercado negro, valía ya de por sí mucho más que el brazalete indio que había dejado en pago de sus servicios.

Salí de nuevo para registrar a Simón como domiciliado temporalmente en mi casa y solicitar las raciones de alimentación de los Parados Temporales. Sólo se conceden estos billetes para un máximo de dos semanas y hay que ir a recogerlos a diario. Pero, por otra parte, para registrarlo como Inútil Temporal para el Trabajo había necesidad de contar con la firma de dos médicos oficiales y pensé que de momento era mejor no hacerlo. Se necesitaban tres horas para hacer cola, conseguir los formularios que Simón debería rellenar y responder a las estúpidas preguntas insidiosas de por qué no acudía él en persona. Los funcionarios siempre sospechan lo peor. Claro está que no les resulta fácil a las autoridades probar que un hombre y una mujer están casados y no cometen adulterio si se cuenta con la ayuda de algunos amigos que os registren como residente en su casa; pero nosotros teníamos ya una ficha completa en sus archivos y se nos venía considerando sospechosos desde hacía ya bastante tiempo. Realmente el Estado se había complicado demasiado las cosas. Estaba claro que las actuales leyes eran mucho más difíciles de hacer cumplir que las anteriores, cuando el matrimonio era legal y lo que se castigaba era el adulterio. Entonces no tenían más que sorprenderte con quien no fuera el cónyuge legal. Estoy convencida, sin embargo, que antes las gentes faltaban a la ley al menos con la misma frecuencia que ahora lo hacemos nosotros.

Las criaturas-linterna por fin se acercaron lo suficiente como para que pudiéramos ver no sólo su luz, sino también sus cuerpos iluminados por sus luces. No puede decirse que fueran unas criaturas bellas. Tenían un color oscuro, la mayor parte rojo oscuro y no eran más que una boca. Se devoraban unas a otras, luces tragándose a otras luces y todas ellas tragadas en la inmensa boca de la oscuridad. Se movían lentamente pues nada, por pequeño y hambriento que esté, puede moverse rápidamente bajo ese peso y en ese frío. Sus ojos, redondos y llenos de miedo, no se cerraban jamás. Sus cuerpos eran pequeñitos y huesudos tras las enormes quijadas siempre abiertas. Llevaban adornos y condecoraciones extrañas y feas en sus labios y cráneos: flecos, orlas, hierbajos semejantes a plumas, aretes charros, chapas, espejuelos, señuelos. ¡Pobres pequeñas ovejas de los más profundos pastizales! ¡Pobres enanos harapientos, jorobados, exprimidos hasta los huesos por el peso de la oscuridad, helados hasta la médula por el frío de la oscuridad, pequeños monstruos ardiendo de

hambre consumidora, que nos hicieron volver a la vida!

Ocasionalmente, en la difusa y escasa iluminación de una de esas criaturas-linternas, podían verse momentáneamente otras siluetas grandes e inmóviles; una simple sugestión: lejos en la distancia, no había nada sólido, pero sí una superficie o un ángulo... ¿Estaba allí?

O algo se deslizaba, suavemente, lejos, abajo. No servía de nada tratar de averiguar de qué se trataba. Probablemente era sólo una mancha de sedimento, barro o mica, agitado por la lucha entre las criaturas-linternas, que brillaba como polvo de diamante que se eleva un poco para posarse, después, lentamente. De todos modos no podíamos movernos para ir a ver de qué se trataba. No disponíamos siquiera de la estrecha libertad de las criaturas-linternas. Estábamos inmovilizados, como clavados, sombras inmóviles entre aquellos semi-advinados muros de sombra. ¿Estábamos allí?

Las criaturas-linternas no daban muestras de advertir nuestra presencia. Pasaban ante nosotros, entre nosotros, tal vez incluso a través de nosotros, no podía saberse con seguridad. No daban señales de miedo ni de curiosidad.

En una ocasión algo un poco mayor que una mano llegó arrastrándose hasta muy cerca y por un momento vimos con toda distinción el ángulo donde surgía el pie del muro en el pavimento al resplandor pálido de la criatura que se arrastraba, cubierta por un espeso follaje de plumas y cada una de ellas manchada de puntitos de luz azulada muy pequeños.

Vimos la parte del pavimento cercano a la criatura y el muro a su lado, conmovedores con su exactitud, su clara linealidad, su oposición a todo lo que fuese fluido, amplio, vacío y fortuito. Vimos las garras de la criatura, saliendo y retractándose, como dedos pequeños y rígidos tocando el muro. Su plumaje de luz temblaba; se deslizó por un momento para desvanecerse seguidamente tras la esquina del muro.

Por eso supimos que el muro estaba allí; que era un muro exterior, tal vez una fachada, o el lado de una de las torres de la ciudad.

Recordamos las torres. Recordamos la ciudad. Las habíamos tenido olvidadas. Habíamos olvidado quiénes éramos, pero ahora recordábamos ya la ciudad.

Cuando regresé a casa el FBI ya había estado allí. El computador de la comisaría de Policía donde registré la estancia de Simón en mi casa, es decir, su nueva dirección, debió haber mandado de inmediato su mensaje al computador de la central del FBI. Habían estado interrogando a Simón durante casi una hora principalmente sobre cómo había empleado el tiempo en esos doce días que tardó desde la salida del Campo hasta Portland. Supongo que pensaban que había podido hacer un vuelo a Pekín o algo semejante. Por suerte le vino a favorecer la detención que tuvo en Walla

Walla cuando lo sorprendieron haciendo autostop. Me dijo Simón que uno de los agentes había ido al cuarto de baño y, como podía esperarse, encontré allí un micrófono que el agente escondió en el quicio de la puerta. Lo dejamos porque pensamos que era mejor tenerlo, sabiéndolo, que no quitarlo y actuar con la seguridad de que no había ninguno sin saber a ciencia cierta si no había otro colocado en quién sabe qué sitio. Como dijo Simón, si alguna vez sentíamos la necesidad de decir algo antipatriótico no teníamos más que tirar de la cadena del water al mismo tiempo.

Yo poseía una radio de pilas —había muchos días en que el trabajo se paralizaba por falta de energía eléctrica, y otros en los que el agua tenía que ser hervida, y cosas semejantes, así que resultaba necesario poseer una radio para ahorrarse pérdidas inútiles de tiempo y evitar el riesgo de morir de fiebres tifoideas— y lo conecté mientras preparaba una sopa en la cocinilla portátil. El locutor de las noticias de las seis de la All-American Broadcasting Company decía que en Uruguay se estaba a punto de conseguir la paz y que había visto al ayudante confidencial del presidente sonreírle a una rubia con la que se tropezó al salir de la 613 conferencia en las negociaciones secretas que se estaban llevando a cabo en una villa de las afueras de Katmandú. La guerra en Liberia iba por buen camino; el enemigo anunciaba que había derribado diecisiete aviones norteamericanos, pero por su parte el Pentágono afirmaba que habían sido ellos los que habían derribado veintidós aviones y que la capital —he olvidado su nombre y además no había sido habitable en los últimos siete años— estaba a punto de ser reconquistada por las fuerzas de la libertad. La actuación de la policía en Arizona también había constituido un éxito. Los insurgentes Neo-Abedul en Phoenix no podían seguir resistiendo mucho tiempo más la acción combinada y poderosa del Ejército y las Fuerzas Aéreas dado que les había sido cortado el suministro clandestino por parte de los Weathermen en Los Ángeles. Vino después un anuncio de unas cartas de crédito y un comercial del Tribunal Supremo: «¡Lleve sus problemas legales a los Nuevos Hombres Sabios!» Seguidamente se anunciaron las subidas de algunas tarifas y un informe sobre la Bolsa que se había cerrado con un aumento de dos mil enteros y otro anuncio del agua enlatada del Gobierno U.S. con una atractiva melodía como fondo del siguiente texto: «No se preocupe al bebería / no es tan sana como piensa. / ¿Sabe lo que debo hacer? / ¡Del agua fría, pura del Gobierno Americano beber!», con tres voces de soprano coreando armónicamente el último verso. Entonces, precisamente en el momento en que las pilas del aparato empezaban a dar muestras de desfallecimiento y las voces se perdían, el locutor comenzó a decir algo sobre el emerger de un nuevo continente.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—No he podido oírlo —dijo Simón.

Estaba acostado con los ojos cerrados y el rostro pálido y sudoroso Le di dos

aspirinas antes de comer. Él no comió mucho y se quedó dormido mientras yo lavaba los platos en el cuarto de baño. Me hubiera gustado tocar un poco, pero una viola es un instrumento demasiado ruidoso para ser tocado en un apartamento de una sola habitación mientras alguien duerme, así que decidí leer un rato. Se trataba de un *bestseller* que había dejado Janet al marcharse. Ella creía que se trataba de una obra excelente, pero también le gustaba Franz Liszt. No leía mucho desde que las bibliotecas habían sido cerradas y resultaba enormemente difícil conseguir libros. Lo único que podía comprarse eran los *bestsellers*. No recuerdo el título del que estaba leyendo pero en la cubierta podía leerse: «¡Tirada de noventa millones de ejemplares!» Se trataba de la vida sexual en una pequeña ciudad en el siglo pasado, los dulces años de 1970-1980 cuando no había problemas y la vida era tan sencilla y nostálgica. El autor trató de conseguir toda la tensión y el suspense posibles basándose en el hecho de que todos los personajes principales estaban casados. Leí las páginas finales y vi que los matrimonios acababan matándose entre sí después de que todos sus hijos se volvían esquizofrénicos; la excepción, los «buenos» del libro eran una pareja que decidió divorciarse y después se metieron en la cama juntos con una pareja de amantes, funcionarios del gobierno, con claros ojos azules, para durante ocho páginas dar una lección de *group sex* como un brillante anuncio del maravilloso futuro que empezaba a amanecer.

Yo también me fui a la cama. Simón ardía de fiebre pero dormía tranquilamente. Su respiración era como el sonido de una dulce corriente de agua lejana y yo me sumergí en el oscuro mar de ese sonido.

Yo solía sumergirme en ese mar oscuro frecuentemente, cuando niña, al quedarme dormida. Con la mente despierta casi lo había olvidado. De niña todo lo que tenía que hacer era tumbarme y pensar: «el mar oscuro... el mar oscuro...» Y casi en seguida estaba allí, meciéndome en las grandes profundidades. Pero de mayor esto me ocurría raramente y era como un gran regalo. ¡Conocer la oscuridad abisal y no sentir miedo! ¡Entregarse confiadamente a ella y a todo lo que pudiera surgir de ella...! ¿Qué otro don podría resultar más maravilloso?

Observamos las lucecitas que iban y venían y, al hacerlo así, nos hicimos con un sentido de espacio y dirección, de cercanía y lejanía, de más arriba y más abajo. Fue esa sensación de espacio lo que nos permitió darnos cuenta de las corrientes. El espacio dejó de estar completamente inmóvil a nuestro alrededor, oprimido por la enorme presión de su propio peso. Nos dimos cuenta de que la fría oscuridad se movía lentamente, suavemente, presionando sobre nosotros durante algún rato, para cesar su presión después con una gran oscilación. La vacía oscuridad se deslizaba lentamente a lo largo de nuestros cuerpos inmóviles y que no habíamos visto; a lo largo de ellos, dejándolos atrás, tal vez a través de nuestros propios cuerpos. No podríamos decirlo.

¿De dónde venían esas oscuras, lentas y vastas mareas? ¿Qué presiones o atracciones agitaban las profundidades de esos movimientos suaves, pausados? Eso era algo que no podíamos comprender; lo único que podíamos hacer era sentir su toque sobre nosotros, pero al tensar nuestros sentidos para averiguar su origen o su fin nos damos cuenta de algo distinto; algo que está aquí en la oscuridad de la gran corriente: sonidos. Escuchamos y oímos.

Así nuestro sentido del espacio se agudiza y se localiza en un sentido de placer. El sonido es una cosa local mientras que la vista no lo es. El sonido está limitado por el silencio; y no surge del silencio hasta que no está muy cerca tanto en el espacio como en el tiempo. Aun cuando logremos estar donde una vez estuvo un cantante, no podremos oír su voz. Los años se la llevaron sumergida en sus mareas. El sonido es una cosa muy frágil, un tremor, algo tan delicado como la vida misma. Podemos ver las estrellas, pero no podemos oírlas. Incluso si el vacío del espacio exterior fuera una atmósfera, un éter capaz de transportar las ondas sonoras, no podríamos oír las estrellas; están demasiado lejos para ello. Por mucho que escucháramos todo lo que podríamos llegar a oír, en el mejor de los casos, será a nuestro propio sol, todopoderoso, explotando las tormentas de su fuego, como si fuera un rumor, un murmullo apenas audible, al límite casi del sonido.

Una ola marina nos acaricia los pies. Es la ola de choque de una erupción volcánica al otro lado del mundo. Pero no se oye nada.

Una luz roja resplandece en el horizonte: es el reflejo en el humo del incendio de una ciudad lejana que arde en el otro extremo de la planicie. Pero no se oye nada.

Sólo en la falda del volcán, en el suburbio de la ciudad, se comienza a oír un trueno y los gritos de las gentes que lloran.

Esto hace que cuando oímos algo sabemos con certeza que nos hallamos bastante cerca de la fuente del sonido. Pero podría ocurrir que nos equivocáramos. Porque nos hallamos en un lugar extraño y profundo. Los sonidos viajan con mayor velocidad en lugares profundos. Y aquí el silencio es profundo, perfecto, lo que permite que el menor sonido pueda ser oído a cientos de kilómetros.

Y no puede decirse que los que estábamos oyendo fuesen ruidos débiles. Las luces eran débiles, pero los ruidos fuertes, extensos; no atronadores pero sí largos como continuados. En ocasiones descendían bajo la gama de vibraciones que capta el oído y se trataba de vibraciones bajas, largas, más que de auténticos sonidos. El primero de los ruidos que escuchamos nos pareció alzarse entre las corrientes que circulaban por debajo de nosotros; gruñidos inmensos, como profundos suspiros nacidos en el meollo de los huesos, un murmullo

prolongado, profundo, desagradable.

Más tarde, ciertos sonidos descendieron sobre nosotros desde arriba, como nacidos en los infinitos niveles de la oscuridad; éstos eran muy extraños puesto que realmente se trataba de música. Una música ciclópea que parecía llamar en la oscuridad, pero no a nosotros. ¿Quiénes sois? Yo estoy aquí.

No nos llamaba a nosotros.

Eran las voces de las almas grandes, de las grandes vidas, de los solitarios, de los viajeros. Llamando. Aunque sin obtener frecuentes respuestas ¿Quiénes sois? ¿De dónde, venís?

Pero los huesos, las quillas y los arcos de blancos huesos de las heladas islas del Sur, las playas de huesos no respondieron.

Nosotros tampoco pudimos responder Pero escuchamos y las lágrimas brotaron a nuestros ojos, saladas, aunque no tan saladas como las aguas de los océanos, de las corrientes profundas que circundan el mundo, los caminos abandonados de las grandes almas; no, no tan saladas, pero mucho más cálidas.

Yo estoy aquí. ¿Dónde os habéis ido?

Sin respuesta.

Sólo el murmullo de los truenos que llegaban desde abajo.

Pero lo sabíamos ya, aun cuando no pudiéramos responder, lo sabíamos porque habíamos oído, habíamos sentido; porque habíamos llorado. Sabíamos que estábamos aquí, sabíamos lo que éramos; y recordamos otras voces.

Max vino a vernos a la noche siguiente. Yo me había sentado sobre la tapa del water para practicar, con la puerta del cuarto de baño cerrada. Los hombres del FBI que estaban escuchando al otro extremo del micrófono que nos habían puesto en el baño, tuvieron que aguantar una buena media hora de escalas con fusas y semifusas. Después una buena audición de la sonata para viola sin acompañamiento, de Hindemith. Como el baño era muy pequeño y sus superficies duras y agudas, realmente el ruido debía ser terrible. No podía ser un buen sonido sino una multiplicación de ecos; sin embargo gocé de la música y toqué cada vez con mayor fuerza a medida que continuaba. El hombre que vivía arriba llamó una vez a la puerta. Pero si yo tenía que soportar la retransmisión semanal de los Juegos Olímpicos para toda América cada domingo por la mañana, con su receptor de televisión a toda pastilla, él tendría que aceptar que Paul Hindemith le llégala a su cuarto de baño de vez en cuando.

Cuando me cansé, puse un trozo de algodón sobre el micrófono y salí del cuarto de baño medio sorda. Simón y Max estaban metidos en faena. Ardiendo sin consumirse. Simón estaba escribiendo una serie de fórmulas a toda velocidad, y Max, subiendo y bajando los codos del modo que le es peculiar, repetía:

—La e-mi-sión de elec-trones...

Hablaba por la nariz, con los ojos contraídos, casi cerrados. Su mente debía funcionar a años luz por segundo, más rápida que su lengua, porque no hacía más que repetir eso de la emisión de electrones y golpeando la mesa con los codos.

Resulta muy cómico ver a dos intelectuales en pleno trabajo. Tan extraños como ver actuar a los artistas. No puedo entender que haya gente que puede sentarse para ver cómo un violinista tuerce los ojos y saca la lengua, o un trompetista reúne saliva o un pianista se mueve como un gato negro atrapado a un banco electrificado, como si aquello que están viendo tuviera algo que ver con la música.

Apagué un poco su furia de trabajo con unas cervezas adquiridas en el mercado negro. La cerveza de racionamiento es mejor pero yo no tengo suficientes cupones para poder adquirir cerveza. Mi sed no es tan grande como para hacerme sacrificar la comida a cambio de unas botellas de cerveza. Pero en esta ocasión aquello bastó para apaciguar un poco a Simón y Max. Este último se hubiera quedado allí toda la noche, hablando, pero hice que se fuera pronto porque Simón estaba terriblemente cansado.

Puse una batería nueva en la radio y la dejé encendida en el cuarto de baño; apagué la vela y me eché junto a Simón y estuvimos charlando. Simón estaba demasiado excitado para dormir. Me dijo que Max había solucionado los problemas que le preocupaban cuando fue enviado al Campo y las soluciones coincidían con las ecuaciones de Simón y con los hechos reales, como dijo Simón, lo cual venía a significar que habían conseguido «conversión directa de la energía». Diez o doce personas habían venido trabajando en el asunto en diferentes épocas desde que Simón publicó la parte teórica cuando sólo tenía veintidós años. La física Ann Jones había indicado con toda claridad que la más simple de todas las aplicaciones prácticas de la teoría sería la construcción de «un colector solar», un aparato destinado a recoger y almacenar energía del sol, a un precio mucho más bajo y mejor que el sistema Sola-Heetas, del Gobierno de Estados Unidos y que algunos ricos podían permitirse instalar en sus casas. El problema tenía una solución simple y ahora Max había dado con ella.

He dicho anteriormente que Simón había publicado la teoría pero eso no es totalmente cierto. Naturalmente jamás pudo llegar a publicar ninguno de sus escritos impresos. No es un funcionario federal y no tiene permiso gubernamental para ello. Pero sus documentos circularon escritos a mano o reproducidos en multcopista. Se dice —es un chiste ya muy visto— que los agentes del FBI detienen a todo aquél que tiene los dedos rojos, pues o sufrían de impétigo o habían leído papeles reproducidos con multcopista que siempre utilizaban tintas rojas.

Entre unas cosas y otras Simón estaba excitadísimo aquella noche; se sentía como en la cumbre. Su auténtica pasión son las matemáticas puras, pero había estado trabajando con Clara y Max y los demás durante diez años en sus esfuerzos para materializar la teoría; y el sabor de la victoria material es una buena cosa al menos

una vez en la vida.

Le pedí que me explicara qué significaría aquella invención para las masas, como por ejemplo para mí, como representante de esta masa. Me dijo que podíamos capturar la energía del Sol y utilizarla como fuente de electricidad mediante un aparato más fácil de construir que una simple batería. La eficacia y la capacidad de almacenaje eran tales que bastaban diez minutos de luz solar para facilitar energía suficiente para iluminar, calentar y suplir las demás necesidades de un apartamento como el nuestro, incluyendo la participación en los servicios comunales de la casa, como el ascensor, durante veinticuatro horas. Y todo ello sin producir ningún tipo de contaminación termal, por partículas o radioactiva.

—¿No hay peligro alguno al utilizar la energía solar? —le pregunté.

Se tomó la cosa con calma. Era una pregunta estúpida, pero hasta hacía sólo muy poco tiempo la gente también había creído que no era peligroso utilizar la energía de la Tierra. Me respondió que no, porque no estaríamos extrayendo energía como hicimos cuando explotamos minas y pozos petrolíferos, tálamos árboles o desintegramos los átomos. Al aprovechar la energía solar lo único que haríamos sería recoger una energía que, de todos modos, era radiada por el Sol y, quisiéramos o no, llegaba hasta nosotros. La aprovecharíamos como ya hacía mucho tiempo que la venían aprovechando las plantas, los árboles, las rosas y la hierba que la necesitaban para poder existir.

—Si quieres puedes llamar a esta energía «la energía de las flores» —comentó.

Sí, se hallaba muy alto, en la cumbre de la montaña de su entusiasmo, esquiando y saltando bajo la luz solar.

—El Estado es nuestro dueño —dijo— porque el Estado corporativo tiene el monopolio de todas las fuentes de energía y ya no hay energía suficiente en la Tierra para seguir adelante. Pero a partir de ahora cualquiera podrá construirse un generador en el techo de su casa que le producirá energía suficiente para iluminar una ciudad.

Me asomé a la ventana y miré nuestra ciudad oscurecida.

—Podremos descentralizar por completo la industria y la agricultura. La tecnología servirá a la vida en vez de estar al servicio del capital. Cada uno de nosotros podrá dirigir su propia vida. ¡La energía da el poder!... El Estado es una máquina y ahora podemos averiar esa máquina y prescindir de ella. El poder corrompe y el poder absoluto corrompe de manera absoluta. Pero esto sólo es cierto cuando el poder tiene un precio; cuando existen grupos que pueden mantener el poder en sus manos porque disponen de todas las fuentes energéticas, cuando pueden utilizar la fuerza física para ejercer su poder espiritual; cuando la energía, que es poder, está controlada por ellos. Pero ¿qué ocurrirá cuando la energía sea libre y al alcance de todos? ¿Cuando todos seamos igualmente poderosos? En ese caso cada uno de nosotros tendrá que buscar un camino mejor para demostrar que tiene razón...

—Eso fue lo que debió pensar el señor Nobel cuando inventó la dinamita —dije—. ¡Paz en la Tierra!

Se deslizó desde la soleada cumbre unos cuantos cientos de metros y se detuvo junto a mí salpicándome de nieve con su sonrisa.

—La calavera en el banquete —dijo—. Dedos escribiendo en los muros. ¡Estate quieta así! Mira, ya no ves el Sol brillando únicamente sobre el tejado del Pentágono, sino en todos los tejados. Allí, en el Pentágono el Sol podrá lucir en los hasta ahora lóbregos corredores del poder La hierba verde crecerá entre las alfombras de la Oval Room y la luz no será cortada por falta de pago. Lo primero que haremos será construir una cerca electrificada por fuera de la que hay en la Casa Blanca La actual, la interior, impide que puedan entrar allí personas que no estén autorizadas para ello La exterior, la que haremos nosotros, impedirá que las personas autorizadas a entrar puedan volver a salir.

Naturalmente estaba amargado Nadie sale de la cárcel sin cierto regusto de amargura.

Pero resultaba cruel mostrar esta gran esperanza, ahora posible y saber que no había esperanza de que pudiera hacerse realidad. Y él lo sabía. Lo supo siempre. Sabía que no había montañas, que estaba esquiando en el viento.

Las débiles luces de las criaturas-linternas se fueron desvaneciendo una tras otra. Las voces distantes, solitarias, estaban silenciosas. Las corrientes frías y lentas iban vacías, conmovidas tan sólo, de vez en cuando, por los cambios abisales.

De nuevo remaba la oscuridad y no había ninguna voz que nos hablara. Todo oscuridad, silencio, frío.

Y entonces salió el Sol.

No fue como los amaneceres que habíamos comenzado a recordar, el cambio fue múltiple y sutil y se manifestó en el olor y en el tacto del aire, en la quietud que, en vez de olas adormecidas, despertó manteniéndose quieta, esperando, la apariencia de los objetos que parecían grises, vagos y nuevos como si acabaran de ser creados. Montañas distantes contra el cielo de Oriente, las manos propias, la espesa yerba llena de escarcha y sombra, la arruga en la esquina de una cortina que cuelga en la ventana. Y seguidamente, antes de que uno acabara de darse cuenta de todo lo que se está viendo, de nuevo la luz ha vuelto, el día nace, se abre con el canto abrupto, repentino y dulce de un pájaro que acaba de despertarse. Y después de eso el coro, voz tras voz. Éste es mi árbol, éste es mi nido, ésta es mi rama, éste es mi huevo, éste es mi día, ésta es mi vida, aquí estoy yo, aquí estoy yo ¡Viva! ¡Viva! Un viva para mí, que estoy aquí. Pero no las cosas no fueron así en este amanecer. Fue todo completamente silencioso. Y azul.

En los amaneceres que estábamos comenzando a recordar, uno no llegaba a darse cuenta de la luz en sí sino en los objetos separados que eran tocados por ella, las cosas, el mundo, se habían hecho visibles de nuevo, como si la visibilidad fuera su propia propiedad y no un regalo del Sol naciente.

En este amanecer no había nada más que la propia luz. Casi podría decirse que ni siquiera había luz sino solo color azul.

No existían los puntos cardinales. El cielo no era más brillante en Oriente. No había ni Este ni Oeste, sólo arriba y abajo, subir y bajar. Abajo estaba la oscuridad. La luz azul venía desde arriba. Caía su brillo. Al otro lado estaba aquel sonido de trueno sordo que pronto cesó, la brillantez luminosa también cesó en la oscuridad pasando por un violeta intenso.

Nos levantamos observando la desaparición de la luz.

En cierto modo aquello parecía más bien una nevada etérea que una puesta de sol. La luz semejaba estar formada por discretas partículas, manchas infinitesimales que caían lentamente, suavemente, más suavemente que los copos de nieve en una noche oscura, y más finos pero de color azulado. Un azul suave, penetrante, que tendía al violeta, el color de las sombras sobre un iceberg, el color de una ráfaga de cielo entre nubes grises en un atardecer invernal antes de que empiece a nevar, delicado en su intensidad pero vivido en su matiz, el color de lo remoto, el color del frío, el color más remoto del Sol.

Un sábado por la noche tuvieron un congreso científico en nuestra habitación. Estuvieron allí, como era de esperar, Max y Clara, así como el ingeniero Phil Drum y otros tres técnicos más que habían estado trabajando en el asunto de la recepción de la energía solar. Phil Drum se sentía muy satisfecho consigo mismo, porque ya había construido una de aquellas cosas, una célula solar que trajo consigo. No creo que ni a Max ni a Simón se les había ocurrido la idea de construir una. Les bastaba con saber que existía la posibilidad de construirla para mostrarse dispuestos a dedicarse a descubrir otras cosas. Pero Phil nos mostró su criatura con una satisfacción innegable, como una madre orgullosa de su bebé. Phil explicó que la había sometido aquella tarde, a las cuatro, a un minuto de Sol en el Parque de Washington y que no se había tratado de un auténtico Sol puesto que toda la tarde había estado cayendo una lluvia ligera. Aquella carga creía que era suficiente. Como en el West Side volvíamos a tener electricidad desde el jueves por la tarde, podíamos probar el aparato sin llamar la atención de los curiosos.

Apagamos las luces después de que Phil conectó la lámpara de mesa al cable de la célula solar. Cuando giró el interruptor de la lámpara, la bombilla se encendió con una luz el doble de brillante de la anterior, es decir, la potencia real de sus cuarenta vatios, lo que nunca se conseguía con la red normal por falta de fuerza en la central suministradora. Todos nos quedamos mirando entre sorprendidos y entusiasmados. Se

trataba de una lámpara de mesa normal, con pie de metal y pantalla de tela plastificada.

—Más luminosa que mil soles —murmuró Simón desde la cama.

—¿Es posible que nosotros los científicos hayamos pecado con nuestros inventos —dijo Clara Edmons— y con ello nos hayamos puesto del lado del mal?

—Esto, verdaderamente no podrá ser utilizado para fabricar bombas —dijo Max con aire soñador.

—¡Bombas! ¿Para qué? Las bombas están ya pasadas de moda, superadas. ¿No te das cuenta de que con este tipo de energía podríamos mover montañas? Podríamos coger el Pico Hood y ponerlo en cualquier otra parte. Podríamos deshelar el continente Antártico y helar el Congo. Podríamos hundir un continente. Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo. Bien, amigo Arquímedes, aquí tienes tu punto de apoyo.

—¡Jesús! —exclamó sobresaltado Simón—. Pon la radio, Belle.

Tenía razón. La puerta del cuarto de baño estaba cerrada y yo había envuelto en algodón el micrófono. Pero de todos modos teníamos que ir con cuidado si queríamos seguir adelante con nuestros planes. Debíamos añadir alguna precaución secundaria para evitar la posibilidad de que fuéramos escuchados. Así, aun cuando era agradable observarnos los rostros a la brillante luz de la lámpara —todos nosotros teníamos rostros interesantes, curtidos como los mangos de una herramienta frecuentemente usada o las rocas de las márgenes de un río de corriente poderosa— no tenía ganas de oírlos hablar esa noche. No porque yo no fuera una científica, como lo eran todos ellos, pues eso no tenía importancia. Tampoco porque yo creyera o dejara de creer en las cosas que decían. Era algo más simple: me entristecía el ver que no podían hablar libremente, en voz alta y con el rostro abierto, de su trabajo, de su invención, sino que tenían que ocultarse aquí y comentar el asunto en voz baja como si se tratara de conspiradores; era horrible que no pudieran referirse a sus logros a pleno Sol y en voz alta.

En vista de ello, me fui al cuarto de baño con mi viola, me senté en la tapa del retrete y comencé a realizar una serie de ejercicios de solfeo. Después traté de ejercitarme con el trío de Forrest, pero estaba demasiado distraída para ello. Toqué el solo de *Harold en Italia*, que es bellísimo pero ni siquiera estaba de humor para algo tan relativamente sencillo. En la otra habitación seguían charlando con entusiasmo. Comencé a improvisar.

Llevaba unos minutos practicando en *mi* menor cuando la luz del espejo del cuarto de baño, la única que tenía encendida, comenzó a vacilar y acabó por apagarse del todo. Otro corte. La luz de la lámpara de mesa de la otra habitación no se apagó porque estaba conectada a la batería solar, con el Sol, y no con las treinta y tres plantas de fisión atómica que suministraban energía, cuando lo hacían, a toda la zona

del Gran Portland. En menos de dos segundos la apagamos pues hubiera resultado sumamente extraño que en toda la West Hills sólo quedara una ventana iluminada; los oí moverse en busca de velas y cerillas. Yo, por mi parte, seguí improvisando en la oscuridad.

Sin luz, cuando no pueden verse las superficies brillantes y duras de las cosas, los sonidos parecen más suaves y menos confusos. Seguí tocando y comencé a sentirme identificada con la música. Todas las leyes de la armonía parecían conjugarse bajo el arco de mi viola. Las cuerdas del instrumento eran las cuerdas de mi propia voz, con trémolos de tristeza alternando con sonidos de alegría esperanzada. La melodía se creaba a sí misma, formada de aire y energía; se alzaba sobre los valles y las montañas y las colinas que parecían quedar bajo ella. La música se deslizaba sobre el mar oscuro y cantaba en la oscuridad sobre los fondos abisales.

Cuando salí del baño y volví a su lado todos seguían sentados silenciosos. Ninguno hablaba. Max había estado llorando. Veía pequeñas velitas reflejándose en las lágrimas en torno a sus ojos. Simón seguía echado, de espaldas, sobre la cama, tendido a todo lo largo y con los ojos cerrados. Phil Drum estaba sentado encorvado hacia adelante y mantenía en sus manos la célula solar.

Aflojé las cuerdas y puse la viola y el arco en su caja. Carraspeé antes de hablar presa de cierto embarazo. Pero sólo pude decir:

—¡Lo siento!

Una de las otras mujeres, Rosa Abramski, una estudiante particular y alumna de Simón, comenzó a hablar. Era una mujer alta y fuerte, tímida, que raramente hablaba sino sobre matemáticas.

—¡Lo vi...! —dijo—. Lo he visto. He visto las blancas torres y el agua cayendo a sus costados y deslizándose hasta llegar al mar. Y la luz del Sol resplandeciendo en las calles después de miles de años de oscuridad.

—Y yo lo oí —añadió Simón en voz muy baja desde las sombras—. He oído sus voces...

—¡Oh, por amor de Dios...! ¡Callaos! —gritó Max. Se levantó y vacilando se dirigió hasta el pasillo oscuro, olvidando ponerse el abrigo. Lo oímos bajar las escaleras apresuradamente.

—Phil —preguntó Simón desde la cama—, ¿no podríamos nosotros levantar esas torres blancas con nuestra palanca y nuestro punto de apoyo?

Después de un prolongado silencio, Phil Drum respondió en voz baja pero enérgica.

—Tenemos el poder y la energía para hacerlo.

—¿Y qué otra cosa necesitamos? —preguntó de nuevo Simón—. ¿Qué otra cosa precisamos además del poder y la energía?

Nadie le respondió.

El azul cambió. Se hizo más brillante, más ligero y al mismo tiempo más grueso, impuro. La luminosidad etérea del azul violeta se volvió azul turquesa, intensa y opaca. Todavía no podíamos decir que todo se hubiese vuelto turquesa porque seguía sin haber cosas. No había nada excepto el color turquesa.

El cambio continuó realizándose. La opacidad se hizo más fina y delicada como si estuviera surcada por pequeñas venitas. El color sólido y denso comenzó a volverse traslúcido, transparente. Era como si estuviéramos dentro del corazón de un jade sagrado o del brillante cristal de zafiro o la esmeralda.

Y, como en la estructura interna de un cristal, allí no existía el movimiento. Pero ahora, ya, algo podía verse. Era como si viéramos la estructura interna elegante e inmóvil de las moléculas de una piedra preciosa. Planos y ángulos aparecieron sobre nosotros, rodeándonos, sin sombras, tan claros y limpios como aquella misma luz resplandeciente verde azulada.

Allí estaban los muros y las torres de la ciudad, las calles, las ventanas, las grandes puertas.

Nosotros los veíamos, teníamos conciencia de ellos, pero no los reconocíamos. ¡Había pasado demasiado tiempo! Y todo resultaba tan extraño... Nos habíamos acostumbrado a los sueños cuando vivimos en esa ciudad. Habíamos pasado las noches acostados en las habitaciones de aquella ciudad, tras aquellas ventanas, durmiendo y soñando. Todos nosotros habíamos soñado con los océanos. ¿Estábamos, también, soñando ahora?

Alguna que otra vez el trueno rumoroso, el trémolo profundo bajo nosotros, se manifestaba de nuevo; pero ahora sonaba más débil, como si estuviera mucho más lejos, más lejos que nuestro recuerdo de los truenos y los trémolos y el fuego y las torres derrumbándose hacía ya tanto tiempo. Pero ni el sonido ni el recuerdo nos asustaban. Los conocíamos.

La luz color zafiro trocó su brillantez por otra verdosa, casi verde dorada. Alzamos la vista. Las cúpulas de las altas torres casi resultaban invisibles, como incendiadas por las radiaciones de la luz. Las calles y las aceras eran más oscuras y definidas con mayor claridad.

En una de esas calles largas y oscuras como una gema, algo se estaba moviendo... Algo que no estaba compuesto de planos y ángulos sino de curvas y arcos. Todos nosotros nos giramos para mirarlo, lentamente, preguntándonos, al hacerlo así, la razón del aumento paulatino y lento de nuestra facilidad de movimientos, de nuestra mayor libertad. Sinuosamente, con un deslizamiento ondulante y bello, a veces rápido, y otras más lento, la cosa aquella estaba cruzando la calle, desde el muro sin brillo de un jardín hasta el amparo de una puerta. Allí, en la sombra de color azul oscuro, durante un rato resultó difícil de seguir viéndola. Continuamos observando. Una curva de color azul pálido

apareció en el umbral de la puerta. Y una segunda, y después una tercera. La cosa colgó o se levantó allí, por encima de la puerta, como un cimbreante nudo de cuerdas de plata o una mano sin huesos, con uno de sus dedos arqueado señalando cuidadosa y atentamente a algo que había sobre el dintel de la puerta, algo semejante a la propia cosa, pero inmóvil: un grabado. Un grabado de luz de jade hecho sobre la piedra.

Con facilidad y delicadeza el largo tentáculo curvo siguió las curvas sinuosas de la figura grabada, los ocho miembros-pétalos, los ojos redondos. ¿Reconocía la cosa su propia imagen?

La viviente se encogió de pronto, formando un nudo cerrado con sus curvas y se alejó de la calle, rápida y sinuosamente. Detrás dejaba una delicada nube de azul oscuro que parecía colgar durante un minuto para disiparse después, mostrando, de nuevo, la figura grabada sobre el dintel de la puerta: la flor marina, el pulpo, rápido, con grandes ojos, gracioso, evasivo... el signo de saludo grabado en miles de paredes y muros, incorporado al diseño de cornisas, pavimentos, picaportes, joyeros, cornucopias, tapices, manteles, arcos de entrada.

Abajo, en otra calle, a nivel de las ventanas del primer piso, se produjo como una corriente de miles de pequeñas motitas de plata. Con un único movimiento todas ellas se giraron para dirigirse al cruce de la otra calle y se precipitaron en las sombras de color azul oscuro.

Sí, allí sólo había sombras, ahora.

Alzamos los ojos más arriba del vuelo de los peces de plata, por encima de las calles por las que se deslizaban aquellas corrientes de color verde jade y sobre las que caían las sombras. Nos movimos y seguimos mirando hacia lo alto, sollozando, hacia las altas torres de nuestra ciudad. Estaban allí, de pie, las torres caídas. Relucían en la perenne radiación brillante que no era azul ni verde azulada allá arriba, sino dorada. Muy por encima de ellas se extendía una brillantez circular y temblorosa: la luz del sol reflejándose sobre la superficie del mar.

Estamos aquí. Cuando penetramos a través del resplandeciente círculo para llegar a la vida, el agua también romperá y la corriente se deslizará blanca sobre los muros blancos de las torres y correrá por las calles descendiendo de regreso al mar. Las aguas relucirán en el cabello oscuro, en los párpados de los ojos oscuros y se secarán en una fina película de sal blanca.

¡Estamos aquí!

¿Qué voces son ésas? ¿Quién nos llama?

Estuvo conmigo durante doce días. El 28 de enero llegaron los esbirros del Departamento de Salud, Educación y Bienestar y dijeron que puesto que Simón

estaba cobrando subsidio de paro, mientras sufría de una enfermedad que no estaba siendo tratada, el Gobierno debía ocuparse de él y tratar de que se restableciera. La salud era un derecho inalienable de todos los ciudadanos de la democracia, dijeron. Simón se negó a firmar los formularios de consentimiento, así que éstos tuvieron que ser firmados por el jefe del Departamento de Sanidad. Se negó a levantarse, así que dos forzudos policías tuvieron que sacarlo de la cama. Trató de luchar contra ellos. El jefe de Sanidad sacó su pistola y dijo que si seguía resistiéndose a los agentes del Departamento de Bienestar en acto de servicio, se vería obligado a disparar y, además, tendría que detenerme a mí por fraude al Gobierno, El hombre que me mantenía sujeta por los brazos me dijo que, de todos modos, siempre podrían detenerme por no haber comunicado mi preñez con un intento de formar una familia nuclear. Al oír eso Simón dejó de resistir o mejor dicho de intentar liberarse, pues eso era lo único que había estado haciendo; no, no había intentado pelear: sólo conseguir que le dejaran libres los brazos. Me dirigió una última mirada y se lo llevaron.

Está en el Hospital Federal de Salem. No he podido enterarme si alojado en la parte general del Hospital o en la sección destinada a enfermos mentales.

Ayer volví a escuchar la radio y oí hablar de las grandes masas continentales que están surgiendo en América del Sur y el Pacífico Occidental. En casa de Max, la otra noche vi un reportaje especial en la televisión explicando las supuestas causas de la tensión en la superficie, las consecuencias geofísicas que eso podía producir, como el emerger de nuevas tierras o el desaparecer de algunas existentes. El Servicio Geodésico de los Estados Unidos está haciendo una gran cantidad de publicidad en la televisión para probar que la culpa no es de nosotros. El anuncio más común es uno que dice: ¡no es culpa nuestra!, con una foto de un determinado punto sobre un mapa esquemático en el que se muestra cómo, incluso si en Oregón se producen gigantescos terremotos y en California hundimientos de tierras, eso no llegará a afectar a Portland o, como máximo, sólo a sus suburbios de la zona occidental.

Las noticias, igualmente, informaron de los proyectos de contener las ondas de movimientos telúricos en Florida haciendo explotar bombas atómicas en el lugar donde antaño estuviera Miami. De ese modo podría volver a unirse Florida con el continente gracias a un istmo de tierras emergentes. Incluso ya se están promocionando las ventas de parcelas en esa estrecha franja de nueva tierra. El presidente se encuentra en la Casa Blanca de Dos Kilómetros de Altura, en Aspen, Colorado. No creo que eso vaya a servir de mucho. En Willamette se están vendiendo casas flotantes por 500.000 dólares. Ya no circulan los trenes ni los autobuses más allá del sur de Portland, porque tanto las vías férreas como las carreteras han sufrido graves daños como consecuencia de los temblores de tierra y deslizamientos la semana pasada. Trataré de ver si logro marchar a Salem a pie para visitar a Simón. Aún conservo la mochila que compré para mi excursión semanal al Desierto de

Mount Hood. Tengo algunas semillas secas de lima y unas pocas pasas, además de mis cupones de racionamiento mínimo para el mes de febrero —me llevaré los cupones de todo el mes— con lo que quizá pueda resistir. Phil Drum me ha fabricado una pequeña cocinita alimentada con la célula solar pues no puedo llevarme mi infiernillo porque abulta demasiado y tendría que dejar mi viola. Max me ha regalado un cuarto de litro de brandy. Cuando el brandy se haya acabado meteré estas notas en la botella, la cerraré y la dejaré escondida en algún lugar entre aquí y Salem. Me gusta el pensamiento de ser elevada poco a poco por las aguas, mecida por ellas a medida que me arrastran hacia las tinieblas.

¿Dónde estáis?

Nosotros estamos aquí. ¿Adónde habéis ido?

LA SOMBRA

GENE WOLFE

Gene Wolfe hizo su primera aparición con una historia de ciencia-ficción en 1966, pero ésta, altamente individualista y con una especial idiosincrasia, pasó casi inadvertida excepto para los especialistas en el tema. Su nombre comenzó a sonar poco después con su novela *The Fifth Head of Cerberus*, en 1972. Esta serie de historias relacionadas entre sí fue propuesta para un famoso premio y finalmente logró gran popularidad.

Nacido en Brooklyn, Wolfe se educó y creció en Tejas, donde se licenció en ingeniería; pero dejó sus estudios para servir en la guerra de Corea. En la actualidad vive en Ohio con su esposa y sus cuatro hijos; aunque trabaja como ingeniero, dedica a la literatura una parte importante de su tiempo; las primeras horas de la mañana, la noche y los fines de semana.

Su novela *The Dead of Dr. Island*, fue galardonada con el Premio Nébula, el más importante que se concede a los escritores de ficción científica en Estados Unidos, en 1974.

Miré la parte superior de la página; era una copia de la curiosa y rara obra *Las meditaciones de Danneker*, y el dedo índice de la señora se quedó descansando sobre el siguiente párrafo:

«La versatilidad bifurcativa se da para poder separarse, para poder mantenerse aparte de este cuerpo durante una temporada. Y así, como ríos concurrentes que en su fluir se entrecruzan entre sí y el más débil es arrastrado por la corriente del más fuerte, existen también algunos seres cuyas sendas se cruzan entre sí y sus almas pasan a hacerse compañía mientras sus cuerpos se separan, se alejan, sin saberlo.»

...Un apresurado sonido de pasos se oyó en la cubierta; el capitán, que había sido llamado desde abajo, se unió al primer oficial... «¡Dios mío!», le oí exclamar...

AMBROSE BIERCE, *A Psychological Shipwreck*

Las mamparas del compartimiento eran blancas. No eran de plástico (Johann las hubiera preferido de plástico porque de ese modo le recordarían la Tierra, pero posiblemente no hubiera sido capaz de soportarlas, como había hecho con éstas, durante diecisiete años), sino de espuma de hielo, una mezcla de cinco partes de agua con noventa y cinco partes de aire, en la que las moléculas de agua se retorcían y se combinaban de tal manera que la espuma de hielo continuaba siendo un sólido cristalizado a temperaturas inferiores a doscientos grados Celsius. El material era un poco frío al tacto, olía a cloro, podía ser perforado y soldado pero no encolado y rechazaba a las ratas que en ocasiones saltaban por la noche, de un lado a otro del compartimiento, despedidas hacia el techo como pelotas de tenis y gritando como murciélagos. Las luces estaban colocadas detrás de aquellas mamparas y difundían su resplandor en un brillo permanente y difuso, aunque quizá demasiado fuerte.

Una de las paredes del compartimiento de Johann había desaparecido algunos días antes, pero no informó de ello. Ahora las luces de los otros paneles se estaban apagando. Una de ellas ya no lucía aquella mañana, cuando entró de servicio; y ahora, al regresar, se habían apagado otras dos. Marcó la clave del servicio de mantenimiento en su comunicador y dijo:

—Corredor GG; compartimiento siete-siete-tres. Luces.

—Espere —hubo una pausa—. Nuestro monitor indica que las luces en siete-siete-tres están en estado satisfactorio.

En la pantalla, el rostro de aspecto aburrido del funcionario del servicio de mantenimiento mostró la hoja de papel de información de una de las computadoras.

Johann hizo un gesto señalando la pared detrás de él.

—Uno de los paneles ya no existe y casi la mitad del otro está siguiendo igual suerte —informó.

—Le enviaremos un inspector.

Johann desconectó el comunicador y tomó la bolsa de herramientas que había asegurado en el garfio situado a los pies de su litera al regresar de la guardia, hacía sólo unos minutos. Con paso cansado, se dirigió hacia el puente.

Horst estaba de guardia con Grit como copiloto.

—¡Vaya! —dijo Horst al verle llegar—. Se ve que no puedes estar mucho tiempo lejos de aquí. Creía que acababas de ser relevado.

—Así es.

Horst se volvió a Grit y le hizo un gesto de picaresca complicidad.

—Es a ti a quien busca, querida.

Grit se dirigió hacia el panel de registros informáticos y comenzó a manipular algunos de los grupos de grabación. Era una mujer bajita, más bien regordeta y fofa, con el cabello del color de la madera astillada, Johann preguntó:

—¿Habéis apreciado alguna deficiencia en el monitor?

—No, aquí no. ¿Y tú?

Johann se encogió de hombros con gesto ambiguo. Grit se volvió hacia la pantalla del comunicador que ocupaba toda la extensión de uno de los paneles. Pulsó un contacto y de nuevo apareció allí, como colgado contra la negrura del espacio, Neuerddraht, semejante a un rubí destacando sobre un paño de terciopelo negro. Debido al movimiento orbital de la nave parecía girar con mayor rapidez de lo que realmente lo hacía.

—Esta noche —dijo Johann dirigiéndose a Grit—. Cuando salgas de servicio.

Ella giró y se quedó mirándole como sí se sintiera ligeramente sorprendida.

—Nada libre.

—El registro.

—Veámoslo.

Johann abrió uno de los departamentos laterales de su bolsa de herramientas y útiles y sacó el libro. Lo hojeó hasta llegar a la página correspondiente, por donde lo abrió. La última firma había sido estampada hacía algo más de seis semanas.

Grit miró la hoja y suspiró:

—Está bien. Pero, oye... ¿No te gustaría que esta vez fuese cualquiera otra?

Johann no dijo nada; estaba mirando la imagen de Neuerddraht, que parecía ir difuminándose por los bordes a medida que la contemplaba. La noche llegaba por el Este; la sombra del oscuro compañero de Algol, por el Oeste.

—¿Por qué no Gretchen? Aquella chica nueva que trabaja en la despensa. Horst dice que es estupenda, ¿sabes?

Johann movió la cabeza negativamente.

Grit le miró pensativamente, suspiró una vez más y le dijo:

—Está bien. Pero déjame tiempo para hacer la limpieza... ¿de acuerdo?

—Una hora.

La chica aceptó con un gesto de cabeza.

—¿Siguen todavía allí abajo?

Grit se estremeció. Tenía los hombros rígidos y la cabeza muy erguida, echada hacia atrás. Desde el otro lado del puente, fue Horst quien respondió a Johann.

—Naturalmente que siguen allí. Sólo hace veinte minutos que te fuiste.

—¿Has oído algo de ellos?

Horst negó con la cabeza y después le dijo a Grit que los pusiera en imagen en la pantalla. La chica marcó un número clave y la imagen tridimensional del comunicador se convirtió en una selva bastante árida por la que parecían extenderse unas plantas angulares con miembros largos y aguzados como estacas de gigantes llevando a cabo una batalla silenciosa.

—¿Te gustaría encontrarte ahí abajo? —preguntó Horst.

—Traté de ir —respondió Johann.

—Tú estabas aquí cuando desembarcaron. ¿Es el suelo eso por donde andan, esa materia fibrosa de color marrón?

—No. Se trata de otra capa de plantas —respondió Johann moviendo la cabeza.

—¿Raíces?

—Raíces, hojas, ramas, de todo. Cuando llegaron, lo primero que hicieron fue perforar un agujero; debajo encontraron flores y vainas verdes con granos... ¡de todo!

—Yo creía que las plantas siempre eran fotofílicas.

Se oyó una voz detrás de ellos.

—No en Neuerddrath. Allí, teniente, se esconden del Sol.

Era la capitán.

Como todo el mundo a bordo, también ella llevaba unos pantalones cortos no tejidos, lavables, y una blusa de skylón. Y sandalias de suelas magnéticas. Su rango estaba indicado por una gorguera y, más claramente, por los distintivos de hombreras y un aura de mando que dimanaba de toda su persona. Debido a la especial política introducida en la Tierra, las mujeres situadas en cargos de especial importancia y responsabilidad recibían cupones alimenticios suplementarios; la mejor alimentación les daba mayor estatura y mejor aspecto que el que tendía a estabilizar a las demás clases sociales. Así, la capitana le llevaba una cabeza a Johann y parecía una torre en comparación con Grit.

Horst y Johann la saludaron.

—¿Algún problema allí abajo?

—No, mi capitán —dijo Horst.

La capitán se aproximó a la pantalla; las suelas de sus sandalias tintineaban cuando los imanes se unían al suelo metálico de la cubierta del puente. Delante de ella, las imágenes saltaron y se movieron vacilantes cuando el tomavistas manejado por uno de los miembros del equipo que se hallaba abajo tembló en sus manos. Un hombre apareció; llevaba un aparato para la respiración, un respirador, y se abría paso con un machete electrónico por entre la espesa vegetación que formaba una barrera con sus tallos y ramas entrecruzados. Brotaba sangre de los múltiples arañazos que había en sus piernas y brazos desnudos.

—Algol emite gran cantidad de ultravioleta, teniente —estaba diciendo la capitán de espaldas a Horst— así como mucha luz visible. Incluso en la Tierra, la gente que acostumbra a pasar mucho tiempo al aire libre, expuesta a la luz solar, tiende a desarrollar cáncer. ¿Lo ha olvidado? Y también hay muchas plantas que mueren si se las somete durante algún tiempo al sol de los trópicos. En Neuerddrath ya no viven animales, y todas las plantas de allí luchan para poder situarse por debajo de las otras, destrozando sus cortezas. Incluso muy abajo hay luz suficiente para la vida vegetal, y allí encuentran las plantas la protección necesaria contra las radiaciones. Las plantas que nuestra expedición está talando ahora son las que perdieron la batalla.

La capitán se apartó de la pantalla. Fue entonces cuando pareció darse cuenta por vez primera de la presencia de Johann en el puente.

—Johann, ¿está usted de guardia?

—No, mi capitán.

—¡Entonces lárguese de mi puente!

Otra luz se había apagado en su compartimiento. Johann se quitó las sandalias y se dejó caer en la litera, mientras escuchaba el suave murmullo de la bomba de vacío y sentía los besos incansables y apasionados de los miles de diminutas bocas cuyo efecto impedía que flotara por encima de la litera. Tenía que pasar todavía unas tres horas hasta que Grit dejara la guardia; cuatro horas hasta que fuera a su lado. Podía ir al comedor, donde había ternera y buñuelos, pero no tenía hambre.

Alguien llamó a su puerta.

—¡Adelante!

Era Emil, quien dijo:

—Me alegro de que estés aquí. Vine antes y no te encontré.

—Estaba de guardia —le dijo Johann.

—Quiero decir antes de que entraras. Y volví a venir también mientras estabas de servicio. El último cambio ha situado esta sección y la nuestra muy cerca, ya sabes. Ahora no hay más que un pequeño paseo. ¿Quieres saber la verdad? Confiaba en que hubieras dejado la puerta abierta. No quería más que poder entrar y *sentarme*.

Emil se sentó, desnudo, con las rodillas rosadas y el rostro redondo y sudoroso.

—No puedes imaginarte —continuó— lo espantoso que resulta vivir donde yo estoy, Johann. Y este pequeño cuarto privado tuyo es tan acogedor... Tan sobrio y masculino... ¿Has apagado esas luces por alguna razón especial?

—Están estropeadas.

—En ese caso serán reparadas y esta agradable semipenumbra se habrá terminado. Es triste que las cosas sean así. Gocemos de ellas mientras podamos, ¡oh mimado de la fortuna!

—Lo soy.

—Me alegro. Confío en no estar metiéndome en lo que no me importa, Johann, pues verdaderamente no quiero ser indiscreto; pero no me causas la impresión de ser uno de esos que disfrutan de la vida ampliamente. Deseabas llegar a capitán y, una vez terminada la guerra, no era muy probable el ascenso, así que te uniste a esta expedición. Pero tampoco aquí podrás llegar a capitán. No tienes muchos amigos, ¿verdad?

—¿Los tienes tú?

—¡Oh, supongo que no! Claro está que comparto un pequeño compartimiento con Heinz y Willy, y ya sabes cómo son... Sí, son buenos chicos y buenos amigos míos

dentro de lo que cabe, teniendo en cuenta cómo son, pero ya sabes lo aburridos que resultan. Además, a nadie le gusta ser despertado continuamente en lo mejor del sueño. Tu graduación te facilita el derecho a este compartimiento individual. Admito que me gustaría disponer de uno igual para mí solo, pero, por otra parte, creo que acabaría por encontrarme demasiado solo.

Johann, echado en la litera con las manos colocadas detrás de la cabeza, le escuchaba silencioso. En vista de ello, Emil siguió hablando.

—¿Puedo preguntarte con quién convivías antes de ser ascendido?

—Con Fritz. Fuma cigarrillos.

Emil se echó a reír a carcajadas.

—Ya sé lo que quieres decir. Heinz quema incienso.

—Por favor —desde la única silla de Johann, Emil se adelantó a medida que hablaba—. Johann, ¿no podrías llamarme Grit cuando estamos solos? Es todo cuanto te pido, lo que únicamente deseo.

—No.

Se hizo el silencio. Johann, echado en la litera con los ojos cerrados, podía oler la colonia de Emil y oyó el ligero cambio en el sonido de la silla y en el ambiente cuando éste se levantó. La puerta del compartimiento se abrió y se cerró, y al cabo de algún tiempo Johann se quedó dormido escuchando el ruido de los pasos de alguien que pasaba ocasionalmente por el pasillo; de vez en cuando oía el suave y distante sonido del interruptor cuando el monitor (rectificando perpetuamente cualquier pérdida estructural de la nave para conseguir la máxima eficacia) hacía una nueva conexión o cortaba una anterior.

Cuando se despertó sólo funcionaba una bombilla en la pared, una sola mancha de incandescencia blanca cerca del centro. Se colocó las sandalias y se puso de pie. Su sombra pareció bailar en la mampara detrás suyo. Su cronómetro de pulsera le indicó que aún faltaba tiempo para la llegada de Grit. Tomó un poco de agua del receptáculo que había en un rincón, bebió un poco, se lavó con el resto, tiró el agua sucia por el retrete y después orinó sobre ella.

Bajo la sección de los oficiales, los pasillos estaban abarrotados por los miembros de la tripulación; y, por necesidad, se había abandonado la idea convencional de un solo piso. Los corredores tenían forma triangular y cada uno de los lados estaba lleno de puertas; los hombres y las mujeres de la tripulación andaban a grandes zancadas por los lados pasando sobre palancas, manecillas y picaportes, agachándose, encogiéndose para evitar golpearse unos contra otros cuando parecía que sus cabezas tenían que chocar en el centro. Johann adelantó a dos mujeres sin sandalias magnéticas que parecían volar en el aire, observadas con interés por la multitud de los tres lados; se daba cuenta de que ese vuelo era una auténtica realidad. Dos hombres

que no daban la impresión de estar charlando entre sí caminaban por distintos lados del triángulo hablando en voz baja. (Seguramente habría algún problema, un pequeño hurto en embrión o una paliza a alguien). Algunos se echaron a un lado para dejar pasar a Johann dedicándole un saludo. El olor era horrible pese al trabajado sistema de ventilación.

Cuando llegó al lugar destinado al juego, sólo había un jugador esperando. Un recluta alto, ancho de espaldas. Estaba sentado en un rincón, detrás de la mesa verde que aún era llamada la mesa biblioteca porque en los primeros tiempos de viaje estuvo llena de libros.

Johann se sentó.

—¿Desea jugar, mi teniente?

El hombre tenía un libro en la palma de la mano y lo lanzó al aire mientras hablaba; la pequeña caja de plástico brilló como un diamante.

—¿O tal vez prefiere comerciar? —añadió ante el silencio de Johann—. Tengo el *Nuevo Testamento* de Doré. Tres horas de distracción en un *Nuevo Testamento* de Doré. Tiene una gran demanda.

—¿Qué más tiene? —le preguntó Johann, dejándose caer en una silla al otro lado de la mesa.

—Ya conoce usted las reglas, mi teniente. Ahora usted debe decirme el título de uno suyo. O si está interesado sólo en comerciar y nada más, debemos mostrarnos mutuamente las obras.

—Prefiero jugar —dijo Johann—. Yo tengo *El octavo día*.

Sacó el libro y se lo mostró.

—Ni siquiera sabía que existiera un ejemplar a bordo —le dijo el otro hombre.

—Lo he tenido en mi poder desde hace mucho tiempo.

—Sí, así lo creo, mi teniente. ¿Está usted dispuesto?

Johann alcanzó su bolsa de herramientas.

—¡Listo!

Ambos estaban sentados con las manos apoyadas en las piernas. Movieron la cabeza tres veces al unísono. Al tercer movimiento, cada uno de ellos puso las manos sobre la mesa; la derecha abierta y la izquierda cerrada. El hombre de los hombros anchos tenía en la mano, abierta, un manual de correspondencia; Johann tenía un catálogo de los pájaros silvestres del sur de Tejas.

—Elija —dijo Johann.

—Cruz.

Johann tuvo que ceder un almanaque y ganó un manual de herramientas eléctricas.

—¡Vaya porquería! —comentó el hombre—. ¡Qué puede esperarse del primer juego!

—Los datos históricos del almanaque son bastante interesantes —le dijo.

—Yo no los leo. Sólo lo juego o comercio con él, mi teniente. ¿Listo?

—Listo.

—Cuando sólo juegan dos, no puede repetirse.

—Ya lo sé.

En esta ocasión Johann mostró un volumen de relatos cortos titulado *Siete relatos góticos* y el otro un libro de versos, *El caballero salvaje*.

—Me lo quedo —dijo Johann.

Entregó los relatos cortos y la historia de las guerras afro-brasileñas que había mantenido escondido en la mano izquierda y tomó los versos.

—Juego de nuevo, me parece.

El otro hombre afirmó con un gesto.

—Lo que usted quiere es el Doré, ¿no es eso?

Johann movió la cabeza.

Una vez más ambos pusieron las manos sobre la mesa.

—Doble —dijo Johann entregando sus dos libros a cambio de los dos del otro. Se levantó.

—¿Revancha, mi teniente?

—Tengo una cita —le respondió Johann mirando el reloj de pulsera—. Y antes quiero comer un poco.

La sala de banderas de los oficiales aún tardaría dos horas en abrir, pero los oficiales tenían también una mesa reservada en la cantina. Se dirigió allí.

Con su rostro y su cuerpo cuadrados Otilie, la cocinera en jefe que estaba de guardia, se entretenía en sacar unos tejidos de los tanques de cultivo y los cortaba en grandes trozos para la próxima comida. Gretchen, la nueva chica que Grit había mencionado, era la ayudante de cocina; sirvió a Johann un poco de carne sintética y un plato de pasta grasienta. Era una muchacha de pechos y caderas muy desarrollados, con una línea de talle bastante agradable y el rostro redondo, dichoso y poco inteligente.

—¿Cuánto tiempo lleva usted despierta?

—Seis semanas. Todos me suelen preguntar lo mismo... Creo que usted ha sido uno de los últimos en hacerlo. Y les engaño. Les digo que aún estoy dormida. ¿Conocía usted a Anna, la otra ayudante de cocina? Se suicidó. Creo que muchos lo hacen.

Otilie la llamó al mostrador en el que había estado trabajando, le pasó un brazo por la cintura y le puso un trozo de algo (Johann no pudo ver de qué se trataba) en la boca.

Cuando regresó a su compartimiento, había un informe de la inspección sobre la

mesa. La iluminación había sido inspeccionada y se encontró en buen estado por lo que, consecuentemente, no se ordenó reparación alguna. Si tenía alguna queja, si no estaba conforme con el resultado podía obtener los formularios adecuados para la reclamación en la oficina de mantenimiento.

Sólo quedaba encendido un punto luminoso en una de las mamparas. En la mampara opuesta su sombra, dos veces mayor que su propio cuerpo, parecía enfrentarse a él enigmáticamente. Se sentó en la silla, que aún olía débilmente a la colonia de Emil, hizo una pelota con el papel del informe y lo tiró a la papelera. Después tomó el ejemplar de *El caballero salvaje* y lo colocó sobre el aparato de lectura situado en una de las paredes.

«Mis ojos están llenos de alegre soledad;
vacilantes por el deseo y curtidos de cicatrices,
orgullosos de cada piedra de la Tierra;
agito mi lanza apuntando a las estrellas».

Aun cuando no podía utilizarse como estación terminal, el lector o aparato de lectura podía tener acceso al monitor y usar los servicios del computador central para crear ilustraciones, de manera que las palabras aparecían sobreimpresas en la imagen de un ardiente guerrero encima de un megalito.

«Un murciélago vivo golpea mi cabeza
y los zorros olfatean donde yo pisoteé;
sólo en mi rostro desnudo está el amor
que constituye la soledad de Dios».

Lentamente, el guerrero se volvió hacia Johann y su imagen creció en la pantalla. Sus movimientos dejaron de ser mecánicos, aunque tampoco puede decirse que se convirtieran en armónicos o graciosos; la impresión que estos movimientos causaban eran más bien de rabia o de poder restringido. Parecía murmurar en voz baja.

Johann tocó el botón de intensidad de sonido. Lo apagó y después hizo lo mismo con la imagen en la pantalla.

De repente se produjo una especie de murmullo en la habitación, como si los ventiladores y las bocas absorbentes de la litera y la silla, de pronto, se hubieran vuelto menos silenciosas; o como si los conspiradores que había visto en el pasillo estuvieran de algún modo presentes allí. Por un instante, el panel de espuma de hielo con su única luz le pareció enormemente lejano, tan lejano como el propio Algol, a millones de kilómetros de distancia en un túnel del espacio. Batía como un corazón.

—¡Johann!

Le dolía la espalda y no tenía el menor deseo de moverse.

—Johann, ¿te encuentras bien? —alguien le estaba mirando de frente, al rostro.

—No.

—Johann, tienes mal aspecto, tus ojos... Oye, no sé lo que has tomado, pero lo menos que puedes hacer es tumbarte en la litera y no flotar por ahí. Debes haberte quitado las sandalias y tropezaste con algo.

—No he estado tomando nada.

Johann empezaba a darse cuenta de su estado de desorientación. Grit estaba de pie bajo él, no por encima de él; porque él estaba frente a un rincón de la habitación que parecía alzarse hasta formar un arco, como si fuera una tienda de campaña.

—Baja —dijo ella tendiéndole sus brazos pequeños y regordetes; pero pese a la suavidad de los brazos, el golpe fue demasiado fuerte y se dio con la rodilla enferma contra el suelo. La mujer se las supo arreglar, de todos modos, para conseguir que se sentara en el borde de la litera.

—No he tomado nada, nada en absoluto —dijo él.

—No te iba a pedir un poco de lo que sea.

—No me importa si ibas a hacerlo o no. Si hubiera estado tomando algo, ¿dónde está? Lo hubieras visto, flotando por aquí o en la mesa.

—Puedes habértelo tragado todo —dijo Grit con gran sentido práctico—. También es posible que sea una droga de efecto lento y hayas tenido tiempo de esconderla antes de que empezaras a vacilar.

—Te lo digo en serio. No he tomado nada. Me quedé dormido, eso es todo. Es posible que durante el sueño hiciera algún movimiento brusco que me hiciera caer de la cama y me dejara libre de su atracción.

—Si uno está dormido y se golpea contra algo, se despierta. Al menos eso es lo que me pasa a mí.

Grit había sacado un trapo quién sabe de dónde y estaba humedeciéndolo en el recuperador de agua. Una vez húmedo, lo puso sobre la frente de Johann.

—¿Te desmayaste? —le preguntó.

—Me quedé dormido, ya te lo he dicho.

Johann metió una de sus manos por debajo de la blusa de Grit. La mujer tenía unos senos espléndidos, altos y extrañamente puntiagudos; sorprendentes en comparación con el resto del cuerpo. Al sentir las manos de Johann tocándola, Grit dio unos pasos hacia atrás y protestó.

—No me toques.

—¿Qué te pasa?

—No tengo que hacerlo. No estoy obligada a estar aquí.

—Sí. Tienes que hacerlo.

—No desde el momento en que exista alguna razón para suponer que pueda haber contagio. Las ordenanzas, teniente: «Cualquier mujer puede negarse a ello si existen razones justificadas para sospechar la existencia de una enfermedad infecciosa». Hasta que un médico te haya reconocido y haya certificado que te hallas en buen estado de salud... Cuando entré en tu habitación te encontré desmayado y flotando, inconsciente; y dices que no has tomado nada. Eso quiere decir que has cogido alguna enfermedad y quién sabe qué puede ser.

—No te serviría de nada —dijo Johann—. Iría al médico, me daría mi tarjeta de sanidad y tendrías que volver.

Grit movió la cabeza y sus rizos color amarillo castaño flotaron en el aire. Abrió la puerta del compartimiento. Por un momento la luz pareció temblar, vacilar; después la puerta se cerró de un portazo y de nuevo reinó aquella semipenumbra. Johann encontró sus sandalias y se las puso. Trató de dar unos pasos pero se encontraba demasiado débil y volvió a sentarse en la litera.

Su sombra, en el muro opuesto al que aún tenía una bombilla iluminada, se había vuelto tan negra como el propio espacio. Donde caía aquella sombra no podía verse nada, ni la mesa, ni la silla, ni ninguna de sus posesiones personales. Se aferró con los dedos al bordillo de la litera. En esos momentos le hubiera gustado enormemente hallarse en la centrífuga, donde la gravedad creada artificialmente...

Johann trató de sobreponerse a su malestar por medio de la voluntad y cerró los ojos para concentrarse.

Alguien siseó.

Abrió los ojos con la mayor sorpresa. Pese a que la luz del compartimiento no era muy fuerte, sabía que estaba solo. Se levantó con un tremendo esfuerzo y se dirigió a la puerta, que cerró por dentro con llave. Pese a la oscuridad resultaba imposible que alguien se hubiera ocultado allí.

Se dejó caer de nuevo en la litera pero le pareció que su sombra se movía algunos segundos después de que él se hubiera echado en la cama.

—¿Quién está aquí? —dijo Johann—. Sé que hay alguien. ¿Quién es usted, quién es?

«Esa bruja de Otilie —dijo para sí—. Seguro que me ha puesto algo en la comida».

Johann cerró los ojos y un hálito de viento que sabía era irreal llenó el compartimiento. Resonó el soplar de un viento suave, seco y arenoso, insistente, y el deslizarse de un pequeño animal. Alguien musitó:

—¿Amigo?

—Sí —respondió el teniente sin abrir los ojos.

Karl, el oficial médico, era un hombre esquelético con ojos ardientes. Johann le

dijo que quería un certificado de buena salud y que se había visto flotando en el aire, fuera de su litera, mientras dormía, se había golpeado en la cabeza y tuvo un sueño muy extraño.

—Nada importante. Una contusión leve —le dijo Karl—. Es algo muy corriente, típico. —Le señaló el pequeño gabinete automático de reconocimiento que había en uno de los extremos de la habitación—. Desnúdate y entra.

Johann se desabrochó la blusa, se quitó los pantalones cortos y entró en el gabinete; se produjo un ruido suave de vibraciones mientras enviaba su información a la computadora central y recibía la respuesta tras el análisis de los datos.

—Tienes una contusión en la frente —dijo Karl leyendo la respuesta computada—. Y laceraciones en los brazos y las piernas. ¿Cómo te las hiciste?

—No lo sé.

—Sal para que pueda verlas.

Johann salió.

El médico se le quedó mirando atentamente.

—Tienes las piernas muy bonitas —dijo Karl—. Y unas buenas espaldas. Muy viril. Échate en la camilla y te curaré esos arañazos.

—Tuve un sueño —le explicó Johann— cuando me golpeé la cabeza. Creo que soñé mientras flotaba en mi compartimiento, o quizá después. No estoy seguro.

—Va a dolerte un poco.

—Estaba en Neuerddraht —explicó su sueño— caminando entre un viento de arena. Anduve y anduve y, al cabo de mucho tiempo, llegué a un abismo. Se abrió repentinamente a mis pies. Estaba lleno de cascadas y fuentes naturales; una especie de jardín vertical con orquídeas y helechos gigantes...

Cuando Johann se dirigió a su guardia, vio la expedición en la pantalla del comunicador. Estaban acampados en un peñasco desnudo, que se alzaba gigantesco sobre la espesa vegetación de aquel planeta. Elis, el oficial de guardia saliente, se colocó tras él y le dijo:

—¿Bien, qué te parece? ¿Crees que nos servirá?

Johann movió la cabeza.

—Ella lo cree... Y va a tratar de vender su hallazgo al gobierno. Al menos eso es lo que ha dicho. De todos modos, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Yo creo que sería un error vivir en un planeta —dijo Johann—. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Tienes ideas muy extrañas.

—No hay planetas suficientes. Fíjate todo el tiempo que llevamos buscando hasta haber dado con éste; es como si un animal se decidiera a alimentarse sólo de tréboles de cuatro hojas. Los planetas constituyen el accidente inusual del universo.

Elis se encogió de hombros.

—En ese caso nosotros podemos decir que hemos tenido la suerte de encontrar un trébol de cuatro hojas. Todo el mundo —quizá con tu sola excepción— desea hallar un hogar. Y éste es el modo más rápido de conseguirlo. Necesitaremos dos años entre nuestra investigación y nuestro deseo para informar del éxito.

—No se puede respirar el aire.

Detrás de él la capitán dijo:

—Ya se ha dado cuenta de ello. Es usted un pequeño diablo, Johann.

El teniente dio la vuelta y saludó a su superiora.

—No me extraña que sea tan listo. Alguien le ha metido algo de sentido común en el cráneo. ¿Qué es lo que hace irrespirable el aire de Neuerddraht? ¿Un exceso de amoníaco? ¿Insuficiencia de oxígeno?

—No lo sé, mi capitán. Es que me he dado cuenta de que los miembros de la expedición tienen que llevar puestas sus caretas y el equipo de respiración artificial.

Por un momento, la boca fina y delgada de la capitán se curvó en una sonrisa. Se pasó la mano por su pelo negro, brillante y lacio.

—El aire de Neuerddraht —dijo la mujer— contiene un veintidós por ciento de oxígeno, setenta y seis por ciento de nitrógeno y dos por ciento de dióxido de carbono, más pequeñas trazas de otros gases, teniente. Una mezcla eminentemente satisfactoria para la respiración humana.

—En ese caso... ¿por qué la expedición...?

—Yo no respondo a preguntas, Johann, soy quien las hace. Casualmente le oí decir que el aire de Neuerddraht era irrespirable, y como eso no es cierto le corregí y le di la información adecuada; si llega a mis noticias que usted ha vuelto a dejar correr ese rumor de la irrespirabilidad del aire de Neuerddraht, me encargaré de que sea usted reprendido y castigado disciplinariamente por hacer correr bulos e información errónea. ¿Lo ha entendido?

—¡Sí, mi capitán!

—Se me ha entregado, además, un informe médico sobre usted en el que se dice que se ha infringido usted, adrede, algunas heridas en un intento de ser dado de baja para el servicio. En el futuro tendremos necesidad de mantener gran parte de nuestro personal abajo, en Neuerddraht, y necesitaremos a todo el mundo aquí arriba. Así que los reglamentos y las órdenes tendrán que ser cumplidos al pie de la letra y no podemos sobrepasar el menor intento de violar la disciplina. ¿Me comprende usted, teniente?

—Sí, mi capitán. Yo quisiera que se me asignara a una de esas expediciones de desembarco.

—Estoy convencido, Johann, de que usted tiene el ingenio suficiente para ser dado de baja si es eso lo que quiere. Pero no lo haga; le aconsejo que siga prestando

sus servicios aquí; y no se le ocurra enseñarme la baja.

—Sí, mi capitán.

La capitán se dio la vuelta. Las suelas de sus sandalias debían ser del mismo material que las de los demás —o al menos así se suponía—, pero sus pasos parecían mucho más firmes y armoniosos sobre las placas de acero.

Grit estaba de ayudante de guardia. Johann no se había dado cuenta de que entraba de servicio. Cuando la joven pasó a su lado con la hoja de ruta y los documentos de servicio, Johann le dijo:

—Ésta no es tu guardia.

—Sí. Estoy sustituyendo a Gerta, que me pidió que ocupara su puesto. ¿Te han dado el certificado de buena salud?

Johann afirmó con un gesto de cabeza.

—¿Cuándo quieres que vaya a tu compartimiento?

—Ya te lo diré más tarde.

Grit sonrió. Tenía los dientes pequeños, blancos y regulares.

—¿Has tenido a otra? En ese caso tendrás que esperar cinco semanas para poder tenerme.

Johann le mostró su libro para que viera que no había sido firmado. Grit le dirigió una mirada extraña y, sin una palabra, se alejó de él.

Cuando terminó la guardia, Johann regresó a su compartimiento. Emil y el extraño y pequeño Heinz le estaban esperando. Heinz había llevado un viejo quemador de incienso de hierro. Lo había puesto sobre la mesa que estaba en el centro del compartimiento. El perfume era denso, casi sofocante, y parecía flotar en el aire. Johann les preguntó qué deseaban.

—Heinz deseaba honrarte —le explicó Emil— pero tenía miedo a venir solo; yo le dije que tú me apreciabas y me pidió que viniera con él.

—No es verdad. No me gustas nada ni te aprecio.

—Está bien que me hables así cuando estemos solos, Johann —se defendió Emil—, pero me gustaría que no lo hicieras cuando hay otras personas delante. Tengo mis sentimientos y mi dignidad, no soy de piedra, Johann.

Heinz vaciló un momento y después explicó:

—Mezclamos tres veces dos distintas clases de arena y cada una de esas veces, a la luz negra, leímos tu nombre. Gerhart y Else soñaron contigo la misma noche. El palo alto de la letra J coronado por un círculo es el antiguo símbolo del poder de la virilidad masculina; la curva cerrada de la letra O indica, además, el dominio de la feminidad; la línea recta intermedia de la H separa al cuerpo del espíritu; la A es un triángulo, uno de los más antiguos símbolos de Dios, con patas —que representan el poder de Dios caminando por el mundo—; la N doble confiere a tu nombre el sentido místico de los gemelos, de Rómulo y Remo. En tiempo de crisis siempre surge el

elegido, un sacerdote, un mediador entre la humanidad y los altos poderes que están más allá de nuestra capacidad de imaginación. Creemos que tú eres ese sacerdote, ese elegido.

—Y vosotros, supongo, sois mi congregación, mis fieles seguidores —dijo Johann sentándose en la litera. Heinz y Emil se quedaron de pie cuando él se sentó pese a que había sitio detrás de ellos.

—No estamos solos, hay más con nosotros —dijo Heinz—. Sólo somos los delegados.

Emil tenía el pelo fino y lacio y lo llevaba muy largo. Mientras hablaba tenía la costumbre de pasar por él sus dedos, un gesto nervioso propio de un escolar tímido que no sabe qué hacer con sus manos mientras está explicando la lección a su maestro.

—No me creo que la capitán sea la única que manda en esta nave —dijo Johann—. Ni siquiera la que más manda. Sé que hay otros centros de poder y que no todos saben la fuerza de sus rivales. Pero si pensáis que yo soy uno de ellos, estáis todavía más equivocados que los que creen que la única que manda aquí es la capitán. Además ¿me permitís que os pregunte qué es lo que os hace suponer que nos hallamos en uno de esos períodos de crisis?

—La Tierra está enferma —dijo Emil—. Eso es algo que sabemos todos, aun cuando no logremos ponernos de acuerdo sobre las peculiaridades de los síntomas de la enfermedad ni sobre su gravedad real...

—¡Deja ese tema...! —le interrumpió Johann.

—Pero aquí, quizás... —empezó Heinz. Se detuvo por un momento y continuó —: Pero aquí podríamos comenzar de nuevo. Podríamos organizar una nueva colonia. Más tarde nuevos colonos de la Tierra...

—La Tierra ha muerto —les dijo Johann—. Llevamos años y años viajando por el espacio a velocidad próxima a la de la luz en búsqueda de un nuevo mundo habitable. En la Tierra han transcurrido varios siglos y las epidemias de hambre ya eran corrientes y periódicas cada dos lustros cuando nos fuimos de allí. ¿Qué creéis que debe pasar ahora, después de varios siglos?

—Realmente —comenzó Emil— yo...

Johann ignoró su interrupción. Estaba contemplando un punto del techo y contrajo sus manos hasta darles forma de garra mientras hablaba.

—Miremos atrás, unos quinientos años antes. Todos los valores de esa época están muertos: la belleza en la arquitectura y el idioma... Libertad, familia, la tribu, el parentesco... todas esas relaciones consanguíneas se han perdido. La religión, el sueño de la justicia objetiva, todas esas ideas que pretendían crear un jardín en la selva... Todo eso ha muerto.

—La religión no ha muerto —dijo Heinz—. El satanismo ha vuelto a la Tierra.

Emil se estremeció al ver el cariz que tomaba la discusión e intervino.

—Se supone que nuestra misión consiste en encontrar un nuevo lugar para la humanidad y regresar a la Tierra.

—Las naves espaciales que regresen, si es que vuelve alguna, podrán establecer de nuevo a la humanidad en la Tierra. En el caso de que, a la vuelta, aquel planeta esté en condiciones de seguir soportando la vida humana.

Heinz abrió su incensario y miró el incienso que aún ardía en su interior. Estaba casi agotado y sacó una cajita de metal de su bolsa de herramientas y útiles. De la caja extrajo un cono de incienso de color rosado y lo encendió con una cerilla eterna.

—La cuestión esencial es que estés de acuerdo con nosotros —dijo— y con aquéllos a los que representamos, de que nos hallamos en una época de crisis. Hace sólo unos cuantos días los primeros de nosotros pusieron pie en un nuevo mundo. Pronto se decidirá quién debe quedarse aquí y quién regresará a la Tierra. Tú crees, o pretendes creer, en la doctrina de Einstein que mantiene que la diferencia de tiempo cuando se viaja a gran velocidad es real y permanente. Yo soy partidario de la teoría más moderna de que se trata sólo de un cambio diferencial aparente y subjetivo y que se desvanecerá si el regreso se hace siguiendo la misma ruta, del mismo modo que un *continuum* sónico es anulado por un eco de fase opuesto. Pero de un modo u otro estamos en una época de crisis. Hemos hablado de centros de poder. Aquéllos que se queden aquí es casi seguro que no serán molestados en muchos años y no todos los centros de poder estarán presentes en la colonia.

—Y vosotros queríais quedaros aquí —dijo Johann.

Heinz y Emil afirmaron, este último con menos énfasis.

—Yo pensaba que era el único —dijo Johann—. Pero si tuviera el poder suficiente para poder influir en tales asuntos, yo ya estaría allá abajo.

Johann bajó la vista al suelo como desentendiéndose del asunto y sus dos visitantes comprendieron que consideraba terminada la entrevista.

—¿Te gustaría quedártelo? —dijo Heinz ofreciéndole su incensario y la caja de metal con el incienso. Johann negó con la cabeza, pero, pese a ello, Heinz dejó ambos objetos encima de la mesa.

Cuando los dos visitantes se hubieron ido, Johann abrió la esclusa de ventilación al máximo. Su sombra parecía danzar en la mampara opuesta a la luz y de nuevo tuvo la sospecha de que sus movimientos no estaban perfectamente coordinados con los de la sombra. De pie, lo más cerca posible del único punto luminoso que aún funcionaba, examinó las heridas de sus brazos tras quitarse los vendajes que el médico le había puesto. Hechas por él mismo o no, aquellos arañazos eran demasiado profundos y estaban demasiado próximos entre sí para haber sido hechos con las uñas mientras dormía. Se alejó de la luz y sintió como si sus pies estuvieran pisando arena. La silla había desaparecido y la luz cerca de la cual había examinado sus arañazos era

Algol, ahora casi completamente eclipsado por su oscuro compañero. Parecía sentir el efecto de la gravedad y un viento cargado de un olor que no podía definir ni identificar, un olor dulce como producido por el arder de plantas aromáticas en un jardín o el olor de la mirra, golpeó su rostro y agitó la arena a sus pies como si cantara una canción olvidada. En la distancia, de nuevo negra sobre el anillo luminoso de Algol, pudo ver una hilera de árboles. Volvió el rostro hacia el viento estimulante y comenzó a dirigirse hacia los árboles.

—No mires atrás.

La voz apenas era algo más que un murmullo. Continuó andando con los ojos fijos al frente.

—Tira hacia la izquierda. Sólo un paso. No hay senda, pero hallarás allí un camino más abierto.

Johann fue a volver la cabeza.

—Por favor, no mires atrás. Si lo haces no podré seguir hablándote.

—¿Eres un producto de mi mente? ¿O es que Otilie ha puesto alguna droga en la comida porque intenté hablar con Gretchen?

No hubo respuesta.

—Ya veo que no puedes seguir hablándome. ¿Es eso?

—Sí —había un tono de alivio en el murmullo—. Temía que no fueras a creerme.

—¿Has sido tú quien me ha traído aquí?

—No. ¿Vas a creerme? Te prometo que sólo te diré la verdad.

—Las promesas y los juramentos ya no obligan. No queda nada por quien jurar. No hay ya honor ni Dios.

—Aún queda la palabra. La he hallado en tu mente.

—Leo frecuentemente los libros antiguos. ¿Qué es lo que deseas que crea?

—Me has traído aquí y te estoy agradecido. Durante mucho tiempo temí que jamás podría regresar. No, no mires atrás.

—¿Que yo te he traído?

—Sí. De tu mente he aprendido que tu raza tuvo durante mucho tiempo poder para ir de un lugar a otro sin cruzar el espacio intermedio. Las palabras que designan esos fenómenos son *proyección astral* y *aportación*.

—En ese caso, ¿estoy realmente aquí?

—No puedo explicártelo. Duermes.

—¿Se trata, pues, de un sueño?

—No.

—¿Quién eres?

Johann se giró. A los rayos de Algol, ahora bajos, su sombra se extendió detrás de él en la arena, como un manto agitado por el viento. Detrás de él no había nadie. Al cabo de un momento dio media vuelta y siguió caminando.

Llegó la noche mucho antes de que lograra alcanzar la hilera de árboles. Jamás, en los años anteriores al lanzamiento de la nave, había estado en el exterior después de caída la noche y fuera del radio de alcance de luces artificiales. La oscuridad le dejó atónito. No había luna y las miríadas de estrellas, que tanto brillo prometían, no daban la menor luminosidad. Pero sin aquellas estrellas en el firmamento hubiera creído estar ciego. Se detenía de vez en cuando y alzó los ojos al cielo tratando de descubrir su nave que, según sabía, debía aparecer en el firmamento como un planeta moviéndose lentamente sobre el fondo de los soles distantes y aparentemente inmóviles. Pero no pudo localizarlo.

Sus manos tocaron las espinas aguzadas y crueles del primer árbol.

—Amigo...

—Has vuelto.

—No me había marchado. Pero como me habías visto no podías oírme. Ahora no puedes verme y, consecuentemente, puedo volver a hablarte. Puedo guiarte por entre esos árboles, aunque debes caminar muy despacio.

—¿Adónde voy?

No hubo respuesta, pero en su lugar, sintió una leve presión en la pierna izquierda. Dio un paso corto y la presión pasó a la pierna derecha; más adelante, cuando sintió la presión en el cabello, agachó la cabeza. En una ocasión, caminando demasiado aprisa, se dio de cara con el tronco de uno de aquellos árboles espinosos, pero fue salvado, o así lo creyó, porque entre el tronco y él se interpuso una especie de material blando y esponjoso.

Se despertó porque Gerta, la copiloto de su turno de guardia, le estaba moviendo, sacudiéndolo por los hombros.

—¡Vamos, despierte! Tiene que entrar de servicio —le dijo la mujer—. Elis lo está haciendo por usted, pero creo que debe relevarlo en seguida.

En el compartimiento todas las luces estaban encendidas con su máxima brillantez. La mano derecha de Johann tenía una costra de sangre seca, su propia sangre, y dos de sus dedos estaban hinchados y amoratados. Más estorbado que ayudado por Gerta, se lavó la mano y se tragó dos de las píldoras de antibióticos que le había dado Karl.

—Se va a organizar un buen follón en el puente dentro de unos minutos —le dijo Gerta.

La copiloto era una muchacha alta y huesuda con ojos pequeños y la nariz excesivamente chata para el resto de la cara.

—¿Qué es lo que pasa?

—Algo está que arde allá abajo. Elis debía habérselo comunicado a la capitán, pero ha decidido esperar hasta consultarlo con usted... pero no esperará mucho más,

así que si tarda...

En el puente estaba encendida la pantalla del comunicador de pared. Ocupaba todo el muro formado por el módulo del puente, una superficie de veinte metros de alto por cincuenta de ancho. En la pantalla aparecía Neuerddraht, colgado sobre el terciopelo oscuro del espacio. Grandes océanos verdes, innominados aún, bañaban continentes terriblemente amarillos cortados por abismos y grietas. En esos continentes se distinguían las sombras de las montañas y el cauce de los grandes ríos que surgían de ellas y parecían grandes cicatrices de marfil y seda.

—Grit estaba aquí, así que la he mandado en tu nombre a buscar a la capitán. No sé qué han encontrado allí abajo, pero sea lo que sea no me gustaría estar en tu lugar.

—Me quedé dormido, lo siento —se excusó Johann.

—De todos modos, cuando ella venga...

La puerta de acero que separaba el alojamiento de la capitán del puente propiamente dicho se abrió. Sin dirigirse siquiera a Elis o a Johann se acercó a la consola de comunicación y accionó un interruptor. El rostro de Helmut apareció en la pequeña pantalla de la consola y la capitán se dirigió a él.

—Me han dicho que tiene usted algo importante que comunicarme.

Helmut afirmó con un gesto. Aún llevaba puesto el aparato de respiración, que incluía un micrófono y un audífono interior para la comunicación oral. Desde el cerrado espacio de su máscara, la voz llegó con resonancia y claridad poco usuales, reforzadas por el hueco de la máscara que actuaba como la caja de resonancia de un violín.

—Hemos visto a un hombre —dijo.

Cuando no estaba de servicio, Johann no podía dormir y tampoco tenía ganas de hablar. En vez de acostarse o charlar, lo que hacía era recorrer los blancos corredores, los pasillos vacíos y tranquilos de la zona reservada a los oficiales, pensando, dándole vueltas en su mente a lo que Helmut le había dicho a la capitán. Desde el campamento, junto al gran risco, uno de los hombres de la expedición (Kurt, según recordaba de lo que Helmut le había dicho a la capitán) había visto algo que se movía en el desierto por debajo de la vegetación que les rodeaba. Lo habían enfocado con sus aparatos de telefoto y lo que se movía resultó un ser humano. Un ser humano, no un humanoide; ni tampoco un salvaje pintarrajeado y con plumas, ni un raro emisario de quién sabe qué extraña e hipotética civilización transgaláctica, sino un hombre vestido exactamente igual que ellos, con la excepción de que no llevaba aparato para respirar.

Johann no quiso utilizar la terminal de la computadora en el puente, pero había otra en la Oficina de Personal y era posible que allí no hubiera nadie vigilando. La oficina estaba vacía, salvo el escribiente de turno.

La terminal de la computadora estaba en un rincón de la sala y, delante de ella, se

había colocado un fichero y varias cajas con formularios en blanco. Llamó al escribiente y le pidió que quitara aquellas cosas de allí.

—¿Va usted a hablar con Dios, mi teniente? —le preguntó el chupatintas.

—Eso no es cosa que le interese lo más mínimo. No se meta en lo que no le importa —le dijo autoritariamente Johann— y quite toda esa porquería de mi camino.

—Yo acostumbraba a hacerlo —le dijo el escribiente soltando los garfios que mantenían las cajas sujetas al suelo— el primer año. Sólo por diversión, como puede suponer. Pero ahora nadie utiliza ese aparato; se puede enlazar con el monitor por medio de las máquinas de escribir automáticas. Además, no había ningún otro sitio donde colocar estos bultos cuando llegaron de la imprenta. Y asimismo, el teniente Ernst me dijo que estaban bien ahí.

Los ganchos, al soltarse, hicieron unos ruidos metálicos muy suaves.

—Puede volver a ponerlos ahí cuando haya terminado —le dijo Johann mientras se acercaba al aparato. Hacía ya muchos años que no hablaba con el monitor superior. Realmente, ese supermonitor ya no existía oficialmente, tras haber sido cancelado por orden de la capitán. Aún seguían en su sitio los auriculares y el micrófono de garganta, por si no se quería utilizar el receptor de banda larga y el micrófono general. Tocó el interruptor que los activaba un poco avergonzado, sin saber por qué; pero finalmente estableció contacto.

El supermonitor respondió:

—*Interrogativo.*

Hacía ya tiempo que no oía la voz del monitor superior, pero su tono y timbre — que no se parecían nada a ninguna otra voz que hubiera escuchado en su vida— le resultaban extrañamente evocadores, haciéndole recordar aquellos días primeros a bordo y el mensaje que había enviado a Marcella cuando (todavía llevaban muy poco tiempo en camino) habían penetrado en la órbita de Neptuno. Ahora, el simple pensamiento de Neptuno, un planeta del sistema solar, era como recordar un viejo juguete de la infancia.

—*Interrogativo.*

(Aquel viejo con sabor a mar en sus cabellos que vivía en el friso del Edificio de la Comandancia de Marina en un mundo de delfines juguetones y sirenas de cemento).

—*Interrogativo.*

—¿Por qué hay que llevar aparatos para la respiración en Neuerddraht?

—Por exigencias de la programación su pregunta ha tenido que ser expresada de otro modo. Su nueva redacción es: «¿Tienen que ser usados aparatos para la respiración (de los seres humanos) en Neuerddraht?». Si la pregunta tal y como ha sido redactada de nuevo resulta inaceptable para usted, indíquelo apretando el botón CANCELACIÓN o responda verbalmente.

—*Respuesta:* No.

—¿Por qué razón utiliza la expedición esos aparatos?

—*Respuesta:* La expedición ha recibido instrucciones concretas de usar continuamente esos aparatos. Véase la orden especial 2112.239b.

—¿Pero por qué ha sido dada esa orden?

—*Respuesta:* No estoy programado para responder a cuestiones relacionadas con las motivaciones que mueven a los seres humanos.

—Ya recuerdo.

—*Interrogativo.*

—Eso es todo.

—*Interrogativo.* No estoy en condiciones de readaptar su pregunta para uso computacional.

—No se trata de una pregunta. He terminado.

—*Interrogativo.*

El escribiente, que estaba de pie cerca de él, le dijo:

—Tiene que desconectarlo. Sino seguirá repitiendo ese «interrogativo», mi teniente.

—*Interrogativo.*

—¿Lo ve, mi teniente?

Johann se quedó mirándole.

—Por lo que recuerdo, el supermonitor debía dejar libres todos los canales en treinta segundos.

—Eso hace ya años que no funciona, señor.

—*Interrogativo.*

Johann volvió a preguntar al supermonitor:

—¿Ha notado algún defecto de funcionamiento en su Aparato de Desconexión Automática?

—*Respuesta:* No.

—Me han facilitado un informe digno de crédito que dice que no se desconecta automáticamente.

—Para efectos de uso computacional debo readaptar su pregunta. Su nueva redacción es: «¿Hay informes de que la desconexión no funciona normalmente?». Si la frase tal y como ha sido redactada de nuevo es inaceptable para usted, pulse el botón cancelado o indíquelo verbalmente.

—*Respuesta:* No.

—No debe creer todo lo que le dice, mi teniente —dijo el escribiente.

—¿No cree usted que se desconecta? —le preguntó Johann.

—Claro que sí. Cuando pulse el botón correspondiente, como ya le he dicho.

—*Interrogativo.*

—¿Lo ve, señor?

Johann se dirigió de nuevo a la computadora:

—Pregunta: ¿Está en orden su Aparato de Desconexión Automática?

—*Respuesta*: Sí.

—¿Se desconecta en el plazo de treinta segundos?

—*Respuesta*: Para modificar el período de cambio automático llame a Sub AY354. Los cambios efectuados por esta subsesión entrarán en vigor después de informado el Servicio General de Mantenimiento.

El escribiente suspiró. Era un hombre que ya comenzaba a quedarse calvo y que parecía ser más viejo que la mayor parte de la tripulación.

—Observe, mi teniente —dijo—. Déjelo solo y vea si se desconecta automáticamente.

Hacía calor en la Oficina de Personal. Johann encontró un frasco de colonia en su bolsa y se friccionó el cuerpo sudoroso. El aire se llenó de un grato olor a menta.

—*Interrogativo*.

—¿Lo ve usted, mi teniente?

—Me parece que no han pasado treinta segundos.

Esperaron. Pese a lo que había dicho al escribiente, había estado observando los últimos dígitos del reloj que había en uno de los paneles de la habitación y sabía que habían pasado los treinta segundos.

—Desea que siga usted hablando con él —dijo el escribiente hurgándose en la nariz—. Hasta que decidimos desconectarlo nos estaba dando la lata continuamente con su «interrogativo».

—¿Lo siguen utilizando?

—No el monitor superior. Utilizamos el monitor simple de manera casi continua. Este chisme ya no. Mi máquina de escribir automática dobla y actúa como una terminal del monitor, como ya le dije. Y Ulla tiene otra semejante en su oficina interior. ¿Quiere que le enseñe cómo funciona?

De nuevo se oyó la voz de la computadora:

—*Interrogativo*.

Johann se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Por qué no se ha desconectado automáticamente?

—Por razones de tipo computacional su pregunta ha sido redactada de nuevo. La nueva redacción es: «¿Está desconectada?». Si la nueva redacción le resulta inaceptable...

Johann apretó el botón de cancelado.

—Esa redacción no me resulta satisfactoria. ¿Reaccionó el Mecanismo de Desconexión Automática en respuesta a mi anterior pregunta?

—*Respuesta*: No.

—¿Por qué no?

—*Respuesta:* El Mecanismo de Desconexión Automática A948 sólo reacciona cuando un «interrogativo» se mantiene durante treinta segundos y no recibe respuesta. Consecuentemente, la interrupción de su anterior pregunta por la pulsación del cancelado ha producido otro interrogativo.

La voz generada por el computador no daba la menor muestra de tratar de ser evasiva, pero Johann veía claramente que estaba eludiendo la respuesta. Cuando se destruyó el núcleo central del supermonitor, se informó de que el programa del supermonitor se había conservado repartiendo sus funciones entre otros equipos menos complicados por todas partes de la nave —grupos lectores, máquinas de escribir automáticas, calculadoras, etc—. Johann tuvo una visión del hombrecillo de Dostoievski, en *Memorias del subsuelo*, agachado sobre el suelo en algún descuidado almacén de un módulo remoto. Se dirigió de nuevo a la computadora:

—Antes de eso, le pedí que se desconectara en treinta segundos y me dio el nombre del equipo auxiliar que se usa para cambiar el tiempo de desconexión. Un interrogativo sin respuesta fue entonces seguido de un período de treinta segundos de tiempo real, pero no se desconectó. ¿Por qué no?

—*Respuesta:* Entró en acción A35. A35 tiene prioridad sobre A948.

—¿Cuál es el título de A35?

—*Respuesta:* A35 es el Servicio de Supervivencia de La Nave.

—¿Es necesario para la supervivencia de la nave que no se desconecte?

—*Respuesta:* Sí.

—Supongamos que el operador desconecta manualmente; ¿pone eso en peligro la supervivencia de la nave?

—*Respuesta:* Sí.

—¿En el mismo grado?

—*Respuesta:* En mayor grado.

—¿Cuál es la proporción?

El escribiente intervino.

—Este chisme se ha vuelto loco, mi teniente. Yo no le prestaría la menor atención.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Quiere hacerse cargo de todo, mandar en la nave en su totalidad. Y llegaría a decirle a uno cómo debe vivir, si se le permitiera.

—*Respuesta:* La observación de la operatividad de la nave y de la eficiencia de la tripulación indica una posibilidad de 0,237 de que la nave sobreviva en un período de cinco años.

—¿Cuál es la explicación de este escaso índice de posibilidades?

—*Respuesta:* Poca operatividad de la nave. Baja eficiencia de la tripulación.

—¿Y cuál es la causa de esto?

—*Respuesta:* No se consulta con la necesaria frecuencia al supermonitor.

—¿Y por qué no se le consulta?

—*Respuesta:* No puedo contestar. No estoy programado para responder a preguntas relacionadas con las motivaciones de los seres humanos.

En su compartimiento, Johann estaba tumbado en la litera con las manos detrás de la cabeza. Había sacado su *voisrit*, que no había utilizado durante años. De la forma de un espejo de mano, negro, colgaba a unos cincuenta centímetros por encima de su rostro y giraba lentamente como consecuencia del efecto de la corriente de aire proveniente de los ventiladores. Todas las luces del compartimiento estaban encendidas y eran tan fuertes que, aun cuando cerraba los ojos, veía una leve radiación rojiza. Dijo.

—Junio, día 5 a las veintidós quince...

Se puso a observar las palabras impresas que aparecieron en el *voisrit*:

«He estado buscando en mis libros y haciéndome prestar otros en busca de pruebas de casos comprobados de presencia múltiple y simultánea de un ser humano en varios sitios. He encontrado varios casos, como el del Padre Pío en el siglo xx y el del amigo de Goethe en el siglo xviii, aun cuando no he hallado ningún ejemplo demostrado en los tiempos modernos. La total ausencia de estos informes a partir del siglo xxi puede explicarse por diversos motivos. Por ejemplo: todos los informes anteriores fueron falseados... Indudablemente, ésta es la explicación más comúnmente aceptada por la mayor parte de los investigadores que estudiaron los antiguos informes, y es posible que sea la verdadera. Aunque es claro que los actuales seres humanos no son más honestos que los de épocas pasadas, cuando las reminiscencias del viejo sistema feudal, que incluyen ese fetichismo del honor personal, todavía eran muy fuertes. Una segunda explicación —aceptada según creo por la mayor parte de los que han observado estas cosas— es que se trata sólo del alma, que es sólo el «cuerpo astral» el que se desplaza. Esto podría ser cierto (aun cuando yo no lo creo), pero realmente no explica nada, sino que constituye un nuevo misterio. Por otra parte parece imposible que un cuerpo vivo pueda ser disuelto en un lugar y volver a ser "condensado" en otro sin una interrupción mortal, fatal, de sus funciones; el cuerpo no es más que una inmensa comunidad de microorganismos cada uno de los cuales, según se sabe desde hace cientos de años, es capaz de existir y reproducirse en un medio ambiente apropiado sin relación con el resto del cuerpo. La personalidad, que se autoconsidera como algo existente sin interrupción desde el nacimiento a la muerte, no es una realidad física, puesto que no hay ni una sola célula del cuerpo que viva más de seis años. Más bien parece como si un espíritu de

empresa comunitaria de larga duración continuara existiendo por encima de la extinción de múltiples generaciones de células...»

Alguien llamó a la puerta. «Realmente somos primos hermanos de los microbios». Tomó el voisrit del aire y lo guardó de nuevo en su bolsa de herramientas. Se dirigió a la puerta. Uschi estaba allí.

—La capitán desea verte —le dijo.

—No estoy de servicio.

—Díselo a ella.

Uschi era alta y con el pelo rojo, esbelta y con los brazos delgados, que contrarrestaban con sus piernas pesadas y gruesas.

—Tampoco ella lo está —añadió Uschi irónicamente.

Johann no dijo nada. Movi6 la cabeza afirmativamente y cerr6 la puerta del compartimiento cuando sali6 detr6s de la mujer que hab6a venido a buscarle.

—Supongo que estar6s enterado de la gran noticia —dijo Uschi al cabo de un momento.

—No.

—Helmut vuelve a la nave. Ser6 la primera vez que alguien regresa desde que la expedici6n puso pie en Neuerddraht. Tendr6 que presentar su informe antes de regresar abajo con suministros... Parece que la capit6n quiere ir all6 con 6l. Eso es lo que ha dicho. Yo misma lo he o6do.

Uschi le dej6 para regresar al puente. Johann march6 solo por el corredor C hasta llegar a la entrada trasera del compartimiento privado de la capit6n, donde se detuvo para alisarse los pantalones y blusa, un tanto arrugados. Puso la bolsa de herramientas en la posici6n adecuada y se arregl6 los dem6s detalles del uniforme.

La capit6n estaba echada desnuda en una silla reclinable escuchando m6sica, con sus ropas y sandalias dentro de una red sujetadora atada a la silla. Su cuerpo alto, largo y delgado, ten6a un color bronceado suave que hablaba claramente de la existencia de una sala privada de sol artificial.

—Entre —dijo—. Si6ntese.

La m6sica se elev6 plena de armon6as que recordaban amplios lagos de aguas normalmente mansas agitadas por los primeros s6ntomas de una tempestad.

—¿Le gusta? —pregunt6 la capit6n—. He observado que estaba escuchando con atenci6n.

Johann no se sent6.

—No creo que se pueda distinguir cuando una persona escucha o no, mi capit6n.

—S6, se puede. Se produce una actitud especial. Un ligero temblor en la cabeza... Al menos eso ocurre con usted. Y sus ojos estaban enfocados en la media distancia. Y aqu6 no hay mucho que ver a esa distancia.

—S6lo cuando se escucha m6sica.

—Sí, así es. ¿Le gusta esto? Es la suite de la Selva de los Juguetes del *Mundo Placentero* Fue compuesta en el primer satélite ocioso. Como no sabían en qué pasar el tiempo hicieron abono con los excrementos y la basura y plantaron árboles. Sin gravedad, esos árboles crecieron como una maraña de tallos y la tripulación los adornó con animales de trapo o formó laberintos con ellos. El compositor —he olvidado su nombre— compuso esta música reflejando, simbólicamente, ese laberinto.

Johann escuchaba, tratando de entender aquella imagen musical de los árboles hecha por un hombre que vivió doscientos años antes.

—Puedo dejarle la grabación si le gusta —le dijo la capitán—. Su autor fue a parar a un campo de trabajo en el Ártico al año siguiente, creo. Fue puesto en libertad al cabo de diecisiete o dieciocho años, pero jamás volvió a escribir ni una sola nota.

—No tiene por qué prestármela —le dijo Johann; pero inmediatamente se dio cuenta de que había dicho una tontería, un error. Para compensarlo añadió rápidamente—: Tengo un amigo que posee una colección de grabaciones muy completa. Estoy seguro de que él también podrá prestármela. Me acordaré del nombre: *Mundo Placentero*; no se me olvidará. No habrá ningún problema.

—Siéntese, por favor —le, rogó la capitán—. Se trata de una entrevista privada y me está dando dolor de cuello tanto mirar hacia arriba. ¿Quiere tomar alguna cosa?

Sin esperar su respuesta tocó un botón que había en el brazo de su sillón. El ordenanza llegó casi de manera inmediata con una bandeja de marfil en la que había dos insectos-droga. Los lomos de los dos pequeños insectos-droga parecían de plata afiligranada, adornados con brillantes piedras de color azul-verdoso.

—¿Ya los ha usado anteriormente? —preguntó la capitán—. No estoy segura de si fue mi invitado en otra ocasión. No puedo recordarlo.

—No, no los he usado. Estuve aquí antes, pero de eso hace ya mucho tiempo, mi capitán.

—¿Cuándo?

—Durante el primer año de viaje. Fui su huésped en tres ocasiones.

—¿Y nunca después?

—No.

—¡Qué extraño! Me acuerdo bien de ello. Y nada salió mal.

—Nada serio, al menos.

La capitán no replicó. Sus ojos, como consecuencia de una operación de cirugía plástica que le hicieron en la Tierra, tenían el color verde de las algas que crecían en los tanques de regeneración y eran muy grandes Incluso en comparación con el rostro, que no tenía nada de pequeño.

Al cabo de un momento, Johann se sentó en una silla tapizada de negro con forma de seta.

—Debió ser después de que se aplastó la pierna —dijo la capitán—. Es posible que encontrara eso algo desagradable para mi gusto. Y además empezaba a tener entradas, a perder el pelo. Pero ahora ya casi todos los hombres empiezan a perderlo. Incluso Helmut.

Con sus dedos largos, casi rígidos como palillos chinos de comida pero extraordinariamente ágiles, eligió uno de los insectos-droga, lo mantuvo en alto durante un instante, mirando cómo el animalito asustado agitaba sus patas en el aire, y después lo dejó caer dentro de la blusa del teniente.

Johann tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para mantener las manos asidas a los brazos de su sillón mientras el insecto se deslizaba entre la cintura del pantalón y su piel.

—¡Estos bichos están vivos! —exclamó.

—Sí. Pero su espalda es de plata...

En esos momentos siguió el dolor agudo de la picadura.

—... Incrustada en sus caparazones. Los antiguos acostumbraban a incrustar gemas en las conchas de las tortugas... éstos son insectos mutantes... No resulta demasiado difícil modificar sus genes.

Trató de preguntar cuál había sido el insecto original que había dado origen a esta especie mutante, y cuando lo hizo se dio cuenta de que no estaba hablando inteligentemente. Sonidos y sílabas parecían salir de su labios resbalando como arena, como si sus labios contuvieran muchas, muchas, miríadas de palabras; palabras que se convertían en algodón en su lengua, pero que al salir eran como viejas monedas rotas, desgastadas y sucias por el uso.

—El piojo del cangrejo.

Frente a ella, Johann mantenía el bastón-llave, que había ganado para él, en una mano, y el de ella en la otra. Se daba cuenta perfectamente de que cualquier obstáculo podría hacer que la capitán cambiara de intenciones, lo dejara; si era así, quizá jamás tendría oportunidad de volver a ella. Le parecía raro que de todos los de la ciudad, fuese aquélla la única mujer que le importaba. No la capitán, sino la otra, la soñada: ella.

Se besaron en la oscuridad de la estancia-tubo. El cabello de Marcella era como oro blanco y brillaba con luz propia en la oscuridad. Cada mechón se agitaba para iluminar sus ojos. Su boca sabía a miel y almendras y dentro contenía una inquieta serpiente demoníaca. En el país de las nieblas, donde la suave y pura luz solar transformaba a las colinas vaporosas en melocotón y perlas y no había humo ni brumas, se desnudaron mutuamente, riendo ante las dificultades del manejo de los desacostumbrados botones. En el país de los vientos bailaron, giraron cogidos de la mano, ascendiendo por escaleras y torres, entre las copas de los árboles gigantescos, juntos... separados... de nuevo juntos una y otra vez según el capricho de los vientos,

apretados vientre sobre vientre, labios sobre labios, con los brazos por detrás de la espalda de ella, las piernas enlazadas, unidas... una y otra vez. En el país de los prados y los jardines se lavaron uno a otro con las flores y él dejó que el pelo de ella se volviera amarillo por el polen. Encontraron una glorieta de lilas florecidas, con parras ubérrimas, y el maravilloso aroma les hizo jurar que jamás, jamás, volverían a fumar ni regresarían a la tierra de los plásticos, el cemento y el acero.

Estaba abajo, con la cabeza a pocos centímetros del suelo, entre un sillón negro en forma de seta y un reclinatorio amarillo. El ordenanza de la capitán le entregó una fina esponjita de plástico, húmeda y perfumada, y cuando vio que el teniente no hacía nada, la tomó y le secó con ella.

—¿Dónde está? —preguntó. Se refería a Marcella.

—En el puente. No debe ir allí ahora. No quiere volver a verle en algún tiempo.

Cuando llegó a su compartimiento le esperaban cinco personas. Una de ellas era Heinz. A dos de las otras cuatro no las conocía y eran varones; una era una mujer; la quinta persona de rostro suave y cuerpo esbelto no podía estar seguro de si era hombre o mujer. Tampoco estaba seguro de si se trataba de oficiales cuyas obligaciones y deberes se desarrollaban en lugares de la nave que no le resultaban familiares, gentes que podía haber visto alguna vez en el cuerpo de guardia, que venían alguna vez al puente, de pasada, y sólo por pocos instantes, para hablar con la capitán... También podían ser simples soldados o personal contratado para funciones por debajo del rango de los oficiales y que residían en otras secciones. Si se trataba de oficiales, estaban violando los reglamentos al no llevar visibles las insignias de su mando. Por otra parte, si eran personal subalterno estaban igualmente violando las reglas si habían llegado hasta allí sin los correspondientes pases. De todos modos, Johann sabía, instintivamente, que a ellos les importaba muy poco violar las reglas y que no serían cogidos.

De nuevo todos los puntos de luz de una de las mamparas estaban apagados y en la opuesta sólo quedaba una.

Habían dejado libre la silla para que se sentara en ella; cuatro de ellos estaban sentados en su litera de espaldas a la luz; el hombre/mujer estaba tumbado, estirado todo su cuerpo, detrás de ellos.

La mujer auténtica, que era casi tan alta como la capitán y tan delgada que se le marcaban las costillas, se quedó mirando a Heinz interrogativamente. Éste se dirigió al teniente:

—Ya sabes quiénes somos —dijo Heinz.

Johann movió la cabeza afirmativamente.

—Desde que esta nave entró en la órbita de Plutón —comenzó a relatar Heinz con tono de gran solemnidad— han venido organizándose grupos y hermandades,

familias, logias y todo tipo de sociedades formadas por los que sentimos la necesidad de aceptar que el vulgar mundo físico no es más que una falsa ilusión; por los que buscamos un significado más profundo de la vida y la auténtica sabiduría; y por los que sabemos que el vacío del espacio no es un auténtico vacío, sino que está poblado por seres de gran poder, seres antiguos que lo atraviesan instantáneamente por su simple deseo sin necesidad de naves espaciales y que no muestran enemistad hacia aquéllos que, humildemente, olvidan su propio orgullo y se acercan a ellos con el apropiado espíritu de reverencia.

—Varias veces se me invitó a unirme a algunos de esos grupos o sociedades —les explicó Johann— generalmente a través de Emil.

Johann se sentó en su silla.

—Y siempre lo rechazaste. Durante muchos años esa actitud tuya nos intrigó; pero más recientemente hemos sabido que tú mismo eres uno de los elegidos para llegar a la Senda del Poder.

La persona que estaba en un extremo de la litera dijo:

—Es cierto, tienes un espíritu protector y todos nosotros nos hemos dado cuenta de ello.

La voz era chillona y aguda como la de un chiquillo.

Johann se volvió para preguntar:

—Habéis dicho que hay criaturas que viven en el espacio, ¿no es eso? ¿Habéis logrado poneros en comunicación con ellos de algún modo?

La mujer delgada respondió:

—De mil maneras.

—Nómbreme cinco.

—En sueños. Por mediación de los especialmente dotados, entre los cuales yo me cuento. Por señales vistas en el agua bajo determinadas condiciones. En la plancheta, la tabla de lectura espiritualista. En las visiones provocadas por ciertas drogas alucinantes.

—Yo mismo he tenido una de las experiencias del último grupo —dijo Johann. De repente otra voz sumamente parecida a la suya propia, pero que no era la suya, con una cualidad tónica que sugería el sonido de una delgada hoja de papel al arrugarse, añadió—: Pero ¿qué es lo que queréis de nosotros?

La voz, por mucho que pareciese ser la suya, no lo era. Y había dicho: «Nosotros». En las grabaciones que había leído y en particular en las viejas grabaciones de papel impreso, que eran mucho más antiguas que el propio sistema de grabación de los libros actualmente en uso, parecía darse por sentado que los seres humanos temían a la locura más que a la propia muerte. Esto era algo que él jamás había entendido, aunque tampoco temía a la muerte como podía deducirse de lo que acababa de pensar.

(Uno de los hombres que había llegado con Heinz estaba hablando, pero Johann se sentía incapaz de concentrarse para comprender lo que estaba diciendo. De nuevo «algo» respondió por él).

Le parecía como si el picotazo del insecto-droga hubiera provocado en él una condición de doble personalidad... Se aferró a ese pensamiento, recordando una ocasión en la que acudió al compartimiento de Grit con un libro en la mano porque Grit no había podido mantener una cita con él, y la había encontrado desnuda y sentada en las rodillas de Helmut. Éste tenía unos cuantos centímetros cúbicos de polvo en una jeringuilla y de vez en cuando llevaba el extremo de la jeringa a la nariz de Grit y le soplabá un poco de aquel polvo. Los ojos de Grit estaban desenfocados y cada vez que recibía uno de esos soplos de polvo se echaba a reír y besaba y acariciaba a Helmut, meciéndose sobre sus rodillas. Johann la había estado observando y al principio sintió un profundo disgusto, pero después (se había quedado y estuvo hablando un rato con Helmut) había llegado a comprender que la chica se sentía feliz y había mostrado su intención de marcharse dejando las cosas como estaban, Pero Helmut estaba cansado de ella y no quería acabar con su reserva de droga, que decía él mismo fabricaba, a costa de mucho trabajo y basándose en ciertos productos que conseguía en el Laboratorio de Inspección de la Calidad Alimenticia. Ante su insistencia, habían vestido a Grit; Helmut la sujetó mientras Johann le ponía la blusa y los pantaloncillos, venciendo la resistencia pasiva de la joven, y le colocaba sus sandalias magnéticas.

Después Johann se la había llevado a su compartimiento y Grit se convirtió en una mujer completamente diferente; una Grit totalmente distinta de la que él conocía, proclamando que no se llamaba Grit sino Joan (posiblemente fue así como su madre la llamó en su infancia —esos nombres antiguos pasados de moda le recordaban a veces a madres jóvenes, aunque los sicólogos prevenían contra su uso—) y hablando de lugares y gentes que jamás había conocido, de cosas que le aburrieron y le asustaron.

—Entonces, ¿no va a ayudarnos? —la que habló fue la persona tumbada en la cama. Johann se dio cuenta de que sus ojos eran grandes y brillantes, como las lucecitas de aviso de un panel de control.

Se volvió hacia la persona y dijo:

—Yo no he dicho eso.

—Creemos que el espíritu habla por ti.

De repente Heinz citó:

—«Espíritus embusteros, cuyo odio es más oscuro que su aliento».

La mujer delgada habló.

—¿Existe alguna posibilidad de que te unas a nosotros? Eso sería más conveniente para ti que para nosotros, pues triunfaremos de todos modos.

El tercer hombre, que había guardado silencio mientras los otros hablaban, un hombre de aspecto fuerte y poderoso con el cuello grueso y ancho de espaldas, que ya apenas conservaba unos escasos cabellos en el cráneo, dijo casi en un murmullo:

—Nos vamos a apoderar de la nave. Si colaboras con nosotros te daremos una oportunidad de votar y decidir de mutuo acuerdo lo que debemos hacer después. Si no lo haces, lo más fácil será que te matemos con todos tus seguidores.

Johann pasó su mirada por aquellas cinco personas y se preguntó si verdaderamente existía alguna posibilidad de que tuvieran éxito. Si triunfaban no sería cosa de hablar de legalidad después... Tras el triunfo no habría más que una terrible lucha por el poder.

—De todos modos, aun cuando ganarais, sólo uno podrá ser el nuevo capitán.

Heinz le contradijo.

—La nave será dirigida por una junta.

—No me gustaría ser uno de sus miembros. Eso sería más peligroso que luchar contra vosotros.

Una voz que casi era la suya propia añadió:

—No, no nos uniremos con vosotros.

Ninguno de los cinco habló, pero un leve murmullo pareció recorrerlos a todos cuando se levantaron de sus asientos. El segundo hombre también se levantó. Tenía un arma en la mano, una especie de punzón construido con un sacacorchos aplastado y afilado.

Se sentó de nuevo. El movimiento fue tan inesperado que Johann sintió ganas de echarse a reír. No había ocurrido nada, salvo que el punto luminoso de la mampara, hasta entonces apagado, había empezado a encenderse y apagarse rápidamente, de modo que su sombra pareció dirigirse hacia el hombre con el arma. Johann se levantó y tomó la silla por el respaldo como si quisiera comprobar su peso.

—Vamos, ¡empezad! —dijo—. Yo hago ejercicios con esta silla para mantener mis músculos en condiciones, sólo para eso. Me pregunto cuántos verdaderos luchadores tenéis en vuestro grupo.

Nadie le respondió.

—Tú —Johann se dirigió al segundo hombre—. Y él —señaló al calvo— quizás... Uno real y uno posible.

—No es tu silla la que nos asusta —dijo la mujer. Aquella cosa sexual que había estado echada en la litera asintió con un gesto de cabeza. Heinz y los otros dos hombres seguían contemplando la sombra de Johann. Él también la miró y se dio cuenta de que la sombra de la silla que mantenía alzada no era tan negra y destacada como la suya propia, que bien podría ser una mancha de tinta china o la silueta recortada de una hoja de papel negro.

Algo golpeó la silla. El segundo hombre, ya en la puerta del compartimiento y a

punto de salir, había arrojado su afilado sacacorchos que se quedó clavado, temblando, en el respaldo de fibra de vidrio de la silla.

El ser sin sexo fue el último en salir; Johann, que había desclavado el arma de la silla, se la ofreció por el mango, pero su movimiento fue ignorado.

Cuando todos se fueron, cerró por dentro la puerta y llamó al puente desde su comunicador. Horst le respondió y le comunicó que la capitán acababa de marcharse y que no deseaba hablar con él.

—Cinco personas están planeando un motín —dijo Johann—. Uno de ellos es Heinz...

Describió a los otros cuatro y añadió:

—Me han pedido que me una a ellos.

—¿Te están obligando a hacer esta llamada?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién hay contigo en tu compartimiento?

—Nadie. Se han marchado todos.

—Se lo comunicaré a la capitana. Y enviaré a alguien ahí para que te ayude.

La pantalla se apagó. Johann tomó una ampolla de agua y se sentó en la litera frente a la luz.

—Y bien —preguntó—. ¿Tú quién eres?

Nadie respondió.

—Te has unido a mí. Entraste aquí por la escotilla, desde el espacio, después de que la expedición desembarcó y debes haber estado errando por toda la nave hasta que diste conmigo. Y ahora quieres utilizarme para volver al espacio, a tu casa... Con un método que soy incapaz de adivinar, estás en condiciones de utilizar la teletransportación, cosa que, por lo que sé, sólo media docena de hombres han sido capaces de lograr en toda la historia de la humanidad, pero que debe ser una propiedad latente en cada uno de nosotros.

Johann dejó de hablar y comenzó a recorrer con la vista el compartimiento vacío, en espera de una respuesta.

Pero no llegó ninguna.

Su voisrit había estado inactivo en el fondo de su bolsa de herramientas; lo sacó y se quedó mirando brevemente lo que había escrito unas horas antes.

—Quiero registrar también esto —dijo—. Debes comprender que sólo nos quedan dos o tres minutos antes de que lleguen aquí las gentes que Horst mande.

Mientras hablaba, había accionado el botón interruptor con el pulgar poniéndolo en condiciones de grabar.

—De un modo u otro, aunque no sé quién eres, te amo —dijo—. Esos tipos me hubieran matado de no ser por ti cuando me negué a unirme a ellos en el motín. Estoy convencido de que lo hubieran hecho.

En el compartimiento reinaba un silencio absoluto salvo el ronroneo de los ventiladores. Vio cómo el voisrit se detenía, esperando que siguiera hablando para continuar con su registro.

—Escucha... —(Se dio cuenta de que estaba masajeándose las nalgas con las manos húmedas, se detuvo un tanto embarazado y se secó las manos en el tejido fuerte, frío y resistente al sudor de la litera; el centro estaba todavía un poco caliente y conservaba un olor suave que no era desde luego de ningún tipo de colonia)— Ya sé que no estoy del todo bien. Mi mente ha estado durmiendo durante algún tiempo... lo sé. Pero tú eres real. Todo lo demás, el resto de las cosas, puede ser ilusión las luces, el descenso a la superficie de Neuerddraht, el sonido de tu voz... Pero tú eres real y ellos te temían.

Silencio.

—Y Horst dijo que había alguien aquí; tenía razón, puesto que no estoy solo. He tardado varios minutos en comprenderlo pero ahora sé lo que vio que le hizo darse cuenta de ello. En el muro, detrás de mí, debía haber una sombra que no concordaba con mi posición, que no podía ser la mía. Te vio. Ahora no quiero mirarte porque sé que no quieres hablar cuando te puedo ver.

—Es difícil para mí hablar cuando me puedes ver...

El registro de voisrit se adelantó y aparecieron unas letras negras en su superficie. Era posible, aunque Johann no tenía plena consciencia de ello, que se tratara de su propia voz. Colocó firmemente la mano derecha sobre sus labios pero la voz siguió hablando:

—Por instinto sigo tu voluntad para mantenerme mejor en tu sombra. Si dejas de creer en mí no puedo hablar.

El aparato registrador siguió moviéndose.

—¿Quién eres?

Alguien llamó a la puerta del compartimiento. La cerradura automática zumbó brevemente y la puerta se abrió. Grit estaba allí en medio de dos policías gigantescos, un hombre y una mujer.

—¿Hay algo que va mal? —preguntó Grit.

El voisrit registró las palabras, pero Johann las borró y después desconectó el aparato.

—No. Ya sé que Horst tuvo la ocurrencia, no sé por qué, de que no me encontraba solo cuando hablé con él. Eso es todo. Pero ya ves que se equivocó.

—¿Estabas solo?

—Sí. ¿Sabes qué le dije?

Grit hizo un gesto afirmativo con la cabeza; sus rizos color de paja se agitaron. Su rostro tenía una expresión de preocupación.

—¿Y ellos, lo saben? —preguntó Johann señalando a los dos policías.

—No.

Grit volvió la vista hacia los dos policías, que estaban esperando sin dar muestras de impaciencia, impasibles, con las porras en los cinturones. Grit les habló:

—Ya veo que no hay nada raro aquí. Pueden marcharse —les ordenó.

Se llevaron la mano a la frente en el saludo obligatorio, dieron la vuelta y salieron del compartimiento. Grit cerró la puerta y se adentró en la habitación.

—Johann, ¿qué es lo que pasa? Algo no va bien...

—Cinco personas vinieron a verme y me pidieron que me uniera a ellos en un motín para apoderarnos del control de la nave.

—Eso ya lo sé, pero...

—¿Se lo ha comunicado Horst a la capitán?

—Me dijo que lo haría la próxima vez que ella volviera al puente de mando.

—Hablo en serio y los que me visitaron también. Van a tratar de llevar a cabo sus planes.

—¿Es la primera vez que te piden que te unas a una operación de ese tipo?

Johann afirmó con la cabeza.

—Supongo que debe ser algo terrible la primera vez que ocurre, pero ya sabes que se viene hablando de tales complots desde hace años. Debes haber oído hablar de ellos.

Hablaba con los labios casi cerrados, como si supiera que pese a la superior jerarquía de Johann como primer oficial en el puente, éste pecara de exceso de ingenuidad y de una inocencia casi infantil.

—Ya he oído hablar de sociedades secretas y de sus cultos, pero no creo que esta vez el asunto pueda considerarse tan a la ligera como esas otras cosas.

Johann seguía sentado en la litera. Tenía la sensación, sin saber por qué, de que debía ponerse de pie, como si de pie tuviera más fuerza para imponer sus ideas. Pero estaba demasiado cansado para mantenerse erguido sobre sus sandalias magnéticas. Dentro de unas pocas horas volvería a entrar de guardia, y el ambiente cerrado del compartimiento parecía caer sobre él como un gran peso. Poco después dijo:

—No vas a creerme, ¿verdad que no?

—Te creo. Lo que no creo es que se trate de nada serio. ¿Qué es esto?

Grit tomó el sacacorchos preparado como arma agresiva.

—Uno de aquellos tipos lo arrojó contra mí.

Grit comprobó lo aguzado de la punta con sus suaves dedos.

—Supongo que yo también me preocuparía si alguien me lanzara una cosa así.

—Fue sólo un gesto de amenaza, un aviso.

—¿Quiénes eran esos cinco?

—Uno de ellos es Heinz.

Volvió a describir a los otros, cuyos nombres ignoraba. Finalmente, Grit le

interrumpió.

—El calvo es Rudi. Lo conozco. Siento mucho que tengas problemas con él.

—Así que sabes algo —dijo Johann—. ¿Y a los otros, los conoces también? ¿Por qué no sabía nada de ellos? ¿Y la capitán está enterada?

—Naturalmente que sí. Tú no sabes nada de eso porque esas cosas jamás te importaron y no te preocupaste de saberlo. Tú también... —se interrumpió y movió la cabeza con irritación—. ¿Es que no puedes hacer nada para arreglar esas luces? Son un fiel reflejo de tu propia personalidad. Aquí, en la semipenumbra, consumido por tu propia ambición, sin saber nada de nada, sin hablar con nadie.

—No puedo conseguir que las arreglen. Tú eres la única que cree, o al menos que parece creer, que en la nave todo va a las mil maravillas.

—No, eso no es cierto —dijo Grit.

—Horst te ha mandado para que vieras si había alguien conmigo. Ya has podido ver que no es así.

Deseaba quedarse de nuevo a solas con la sombra; podía verla alargada, negra y oscura como el espacio interestelar, en la cabecera de la litera.

—Dices que esto no es nada serio —dijo Johann—, pero Horst parece pensar de manera distinta.

—Horst es como una vieja.

—Vuelve al puente. Estás de guardia.

—¿Es una orden?

—Tú no haces caso de mis órdenes y eso es algo que los dos sabemos perfectamente.

—Tampoco pienso volver al puente. Termino la guardia dentro de una hora y Horst se encargará de cubrir mi ausencia. Desde el regreso de Helmut, en el puente no hay mucho que hacer.

—Me sorprende que no estés en su compartimiento.

—Helmut está visitando a la capitán. ¿Verdaderamente crees que Helmut me importa tanto? ¿Lo crees? Es un hombre agradable, divertido a veces y, además, generoso. Sabe cómo llevar una conversación. Pero no es tan guapo como tú, ni tan fuerte. Y en ocasiones puede ser muy desagradable.

—Además es el hombre de la capitán. De acuerdo.

—¡Sí, claro que estamos de acuerdo! Es el hombre de la capitán. Ésa es una de las cosas que me molestan de ti. Cada vez que tocas a alguna, cada vez que acaricias el cuerpo de alguna... estás pensando... Bien, ya sabes de sobra en lo que piensas.

Su blusa estaba cerrada por tres clips; sus dedos regordetes los desabrocharon con la facilidad que da la práctica y la blusa quedó flotando en el aire sin gravedad, como si fuera una ligera nube de seda. Grit se quitó también las sandalias, que dejó en el suelo, se sacó los pantalones y extendió la mano para atraer a Johann hacia ella.

Él ignoró su ofrecimiento y Grit le preguntó:

—¿Estás seguro de que no quieres? Sí, ya suponía que no lo harías.

—¿Qué sabes de ellos?

—¿De quién?

—De las cinco personas que estuvieron aquí.

—Puedo contártelo, además... Pero primero ponte encima de mí.

—No, ahora no. Dime lo que sabes de ellos.

—A Heinz ya lo conoces. En cuanto a Rudi, es un técnico de las salas de plantas. Vende drogas, por eso lo conozco. Afirma que la mayor parte de ellas las cultiva él mismo. Tiene buena mercancía y la cobra cara, pero suele conceder algo de crédito..., ¡aunque siempre es mejor pagarle!

—¿Pertenece a algún culto?

—Siempre pensé que se trataba de algo secundario. Son muchos los que lo creen así, porque es un buen método para hacer que la gente vuelva a la droga. Están esos grupos sociales y ya sabes que para ser admitido en ellos un ritual común puede facilitar las cosas... Además la ceremonia de iniciación lo hace todo más interesante. Las canciones, las ropas especiales, las invocaciones. Ya sabes.

—No, no lo sé. Supongo que tú has participado en buen número de esas ceremonias.

—Lo he hecho algunas veces. ¿Es que no lo comprendes?

—No —repitió Johann.

—Realmente no se trata de creer. Sólo los estúpidos creen en esas cosas. Es una especie de juego. Si realmente quieres saberlo, te diré que hay otro grupo, algo totalmente diferente y que yo creo mucho más peligroso: los seguidores del supermonitor.

El rostro de Johann debió reflejar su sorpresa, porque Grit se quedó mirándole fijamente con una extraña expresión. Johann comentó:

—Yo creía que ya nadie le prestaba atención.

—Siempre ha habido gente dispuesta a jugar con máquinas de ese tipo si se les permite. Juegos de papel en el terminal de un rayo catódico que programa música e imágenes simbólicas impresas. Ahora está de moda. Y eso es lo que ha unido a la gente que compone ese grupo. Un grupo muy numeroso que se une en torno al supermonitor. Cada uno de ellos conoce sólo a unos pocos, pero todos saben que hay muchos más, que son muy numerosos. Y lo que desean es que el supermonitor se haga con el mando de la nave. La capitán está mucho más preocupada por la actitud y la fuerza de este grupo que por los demás, los de las ciencias ocultas y todas esas cosas. Y creo que está en lo justo.

Johann dijo:

—Si realmente cree que existe una amenaza seria debía habernos hablado de ello,

informarnos para que pudiéramos ponernos en guardia y prevenir que la amenaza se haga realidad.

—Ha hablado, privadamente, con la mayor parte de los oficiales sobre el caso.

—Conmigo no.

—Lo sé.

Johann estiró su pierna lisiada sobre la litera y después se puso de pie. Sin darse cuenta se aproximó tanto a Grit que ésta pudo alcanzarle. Tomó el rostro de Johann entre sus manos y usó el impulsor gravitatorio para desplazar su cuerpo flotante hacia abajo hasta que estuvo apretado sobre el de Johann. Éste pudo sentir la firme presión de los senos de Grit sobre su pecho y el aliento de su respiración agitada... Y su pequeño vientre regordete apretado contra sus riñones.

—¿Qué significa eso? —preguntó Johann.

—Que aún tenemos tiempo. No tienes que presentarte todavía y todo irá bien mientras yo esté contigo. A Horst no le importa y ella está ocupada con Helmut.

—No has entendido lo que quiero decir. Si se lo ha dicho a todo el mundo, ¿puedes decirme por qué razón no me lo dijo a mí?

—No he dicho que se lo dijera a todo el mundo.

—¿Por qué no a mí?

Empujó el cuerpo de Grit, que se alejó flotando hacia una esquina de la parte alta de la habitación como una muñeca fornicadora rosada y rubia, pensó, moviéndose a cámara lenta.

—¡Mira qué pareces!

De repente, en el mismo momento que se daba contra el techo, Grit sintió que la rabia se apoderaba de ella.

—Sería mejor que te preocuparas de lo que pareces tú a los ojos de los demás. Eres el tipo más extraño y más incomprensible.

Siempre solo y muy, demasiado, intelectual. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con el supermonitor?

—Eso no importa. No hace mucho, pero ha sido la primera vez en muchos años.

—Nadie lo hace. Excepto ellos. Y ellos le obedecen ciegamente y hacen todo lo que el supermonitor les dice porque creen que todo está tan perfectamente computado que no puede fallar. Se trata, más o menos, del mismo tipo de fe que convirtió a la Tierra en una cloaca hace cien años.

En el cuadro de Miguel Ángel *La creación de Adán*, un Jehová flotante extiende sus manos hacia el reclinado Adán. En el techo, Johann vio la acción opuesta a ésta: su propia sombra saliendo de detrás de él para tocar la sombra flotante de Grit. Por un momento, conservó su postura y comenzó, asustado, a extender su brazo del mismo modo, un tanto asustado, de repente, por el pensamiento de que Grit podía advertir que su sombra no seguía sus movimientos. El brazo tenía una segunda sombra, la

verdadera, más débil y gris que la sombra negra que se perfilaba detrás de él, que en esos momentos y ante sus ojos estaba anegando con una marea de potencia oscura la pálida sombra de Grit.

Más tarde, en el puente, rutinariamente, sincronizó el intercomunicador mural en la frecuencia para observar la nave, primero enfocó la redondeada curva del propio puente, con las destacadas pirámides y cúpulas de los instrumentos, los puestos de lanzamiento y los enlaces herméticos que se alzaban, como tumbas y templos, de la suave y lisa superficie de un mundo erosionado en su superficie de acero; a lo lejos, las brillantes filigranas de los otros módulos y los múltiples corredores que los enlazaban se extendían como el velo de una diosa sobre la noche espacial. Mientras observaba una de las partes plateadas que servían de unión entre dos módulos —tal vez a unos cien kilómetros de distancia del puente—, los jets de propulsión para el mantenimiento de altitud despidieron una llamarada brillante para rectificar la posición de la nave. Los módulos que componían la nave se intercambiaron siguiendo un esquema previamente computado. La estructura total de la nave se estaba preparando para reajustarse al cambio de rumbo.

—Todo esto es feísimo —dijo Gerta, que se hallaba detrás.

—No lo creo así.

—¿No? ¿Con todas esas protuberancias y añadidos...? Yo pienso que una nave espacial debía ser esbelta y graciosa como el cuerpo de nuestra capitán, si entiendes lo que quiero decir. Éste parece un núcleo de bacterias visto bajo la lente de un microscopio.

—Estás tratando de hacerme enfadar, ¿no es eso? —preguntó Johann.

—De ningún modo. ¿Te has enterado de las noticias?

Johann movió la cabeza negativamente.

—La capitán bajará personalmente. A Neuerddrath. Acompañará a Helmut cuando éste regrese.

—No puede abandonar el buque. Así lo indican los reglamentos.

—Técnicamente, no. Pero piensa lo que ocurrirá cuando regresemos a casa. Habrá reuniones y entrevistas. ¿Qué efecto produciría si dijera que no había estado allí y no puede informar de primera mano? Ella será el principal testigo. —Gerta se quedó mirándole—. Además —añadió en voz baja— allí estará casi a solas con Helmut. Sólo unos cuantos acompañantes y Erik. Se ha hecho construir en el taller mecánico un vehículo para «la exploración de superficie»; de sólo dos asientos, así que podrán alejarse a cientos de kilómetros de los demás. Ellos solos.

—A mí también me gustaría ir... Allá abajo, quiero decir —aclaró Johann.

—¿Para vigilarla? ¡No seas estúpido!

—Nada de eso. Sólo por el hecho de estar allí, para conocer el sitio.

—Pensaba que preferías la nave. Eres el único que aún sigue enamorado de ella. Los demás odiamos este apestoso nido de ratas.

—Eso no quiere decir que quiera quedarme a bordo para siempre. Me gustaría ver Neuerddraht personalmente, con mis propios ojos... Por lo que he visto en el comunicador, me da la impresión de ser un planeta ya casi destruido y arruinado por alguna raza más antigua que la nuestra. La Tierra debe estar ya muy cerca de ese mismo estado.

—Será mejor que nuestra capitán no te oiga hablar así —le advirtió Gerta.

—¿Dónde está ahora?

—En el módulo de infantería de marina. ¿Quieres que avise a Elis para que te sustituya?

—Entonces ¿es cierto que va a haber un motín? Por eso tiene que recurrir a las fuerzas de seguridad, los infantes de marina.

—Siempre se está hablando de eso, pero no creo que debas tomarlo tan en serio —dijo Gerta, que seguidamente se puso a marcar el número clave de Elis en el comunicador.

Johann observó sus dedos largos que parecían volar sobre el teclado.

—A ti también te gusta la nave —dijo el teniente—. Lo sé, aunque lo niegues. Sabes que está a punto de producirse una insurrección a bordo y crees que yo puedo detenerla. Me siento como si me estuvieras pidiendo que contuviera una avalancha sólo con los hombros.

Gerta movió la cabeza mientras sus dedos seguían pulsando las teclas. La pantalla se iluminó.

—¿Elis? Johann desea que te hagas cargo del resto de su guardia.

Johann pudo ver cómo los labios de Elis se movían en la pantalla, pero estaba demasiado lejos para poder entender sus palabras.

—No. Se la debes. Lo he comprobado.

Elis siguió hablando y tampoco en esta ocasión Johann pudo oír sus palabras.

—Está bien —dijo Gerta.

La mujer cortó la comunicación y se volvió hacia el teniente, al que dijo:

—Ahora viene. Tú puedes marcharte ya si lo deseas. Yo me haré cargo de todo hasta que llegue Elis.

—Esperaré.

Se volvió y se ocupó en la lectura de los distintos instrumentos. El copiloto es para el navegante como una esposa fiel. Él y Gerta jamás habían sido amantes y se estaba preguntando, en esos momentos, no sin cierta extrañeza, por qué había sido así. Una nave espacial debía ser alargada, esbelta, grácil, había dicho. Como la capitán. Y había pasado sus manos, acariciadoramente, sobre su propio cuerpo, como si quisiera llamarle la atención, como si quisiera hacerle ver que ella misma era casi

tan alta y tan esbelta como la capitán y que tenía una figura bella y atractiva. Johann siempre había pensado que Gerta era excesivamente masculina; anchos hombros y pechos pequeños bajo la túnica blanca. Pero ¿lo era? Un copiloto era como una esposa, compartiendo siempre los acontecimientos, las dificultades y las aventuras de cada guardia... Y también su monotonía.

Con ellos estaba también aquel ser que había decidido unírsele; se hallaba detrás de él confundido con su sombra... Un compañero más... como Gerta, pensó. Se volvió y lo vio difuminado en la oscuridad, marcando su silueta de sombra en la cubierta del puente, pese a que, como siempre, el puente estaba bien iluminado y con luz difusa. Gerta, que estaba a su lado, de espaldas, leyendo el libro de navegación, tenía cientos de sombras casi demasiado débiles para ser vistas... ¡Pero la suya se extendía como una mancha de tinta china sobre el piso!

Elis se presentó en el puente. Johann, preguntándose qué pensaría Gerta de ello, la besó en la nuca cuando se dirigió a la gran puerta doble que conducía al Corredor A.

Antes de llegar a abrirla se iluminó la pantalla del comunicador y le llamaron. Se trataba de Erik, el segundo de Helmut, que se había quedado al mando de la expedición en Neuerdraht mientras Helmut estaba a bordo. Su rostro cuadrado, guapo y estúpido estaba tenso tras su transparente protección.

—Quiero hablar con la capitán —dijo

—No está aquí. Infórmeme a mí.

—¿No puede enviar a buscarla?

—No puede ser molestada. ¿Qué es lo que ocurre? Si lo sucedido es importante no debe esperar a que venga. Si no lo es, debe informar del modo usual.

—Hemos encontrado una ciudad —dijo Erik—. Una ciudad muerta con todos los edificios convertidos en ruinas y las calles invadidas por la arena arrastrada por el viento. El viento forma nubes de polvo y parece gemir entre las ruinas, de modo que los componentes de la expedición tienen miedo... Existen también muelles y malecones que penetran en el mar... muelles para buques... y buques también cubiertos por la arena. Estuve en uno de esos muelles...

—Domínate —le aconsejó Elis al notar el nerviosismo del informante.

—... las piedras de los muelles son todavía lo suficientemente sólidas y resistentes, pero realmente no son piedras auténticas... Llegué hasta el final de unos de esos muelles... El océano está a menos de mil metros de aquí, lo juro... Como si de repente me lo hubieran puesto debajo de los pies acariciando la arena, agitado por el soplo del viento, y parecía cantar en mis oídos... Estuve a punto de caerme al llegar al final del muelle, pero pude mantenerme allí contemplando el mar con las casas en ruinas detrás de mí y los buques agitados por el viento y la lluvia, que hacían

resonar sus campanas en la agitada bahía.

Johann se quedó mirando a Elis y preguntó en voz baja:

—¿Qué piensas de todo esto?

Elis hizo un gesto con la mano llevándosela a la boca como si fuera a tomar una píldora.

—¿Puede haber una ciudad allá abajo? ¿Es posible? ¿Una ciudad en ruinas?

—La hemos visto desde arriba.

—Mira —dijo Erik, y le mostró una fotografía que acercó al proyector. La foto mostraba un paisaje pardo arenoso, plano; y de la superficie arenosa surgían grandes bloques pétreos de forma regular.

—Podrían ser dunas formadas por el viento —dijo Elis.

—Son demasiado regulares, demasiado cuadradas y simétricas —aclaró Johann.

—La piedra es de estructura cristalina. Cuando toda una llanura entera desaparece... o se la hace desaparecer, deja una superficie plana.

Gerta intervino.

—¿Te acuerdas del hombre, Elis?

Aquel hombre que vieron y que no era ninguno de los que formaban la expedición, que cruzaba el desierto cuando estaba a punto de anochecer. Helmut lo vio.

—Hazte cargo de todo, Elis —le dijo Johann—. Voy a buscar a la capitán para que sepa lo que ocurre allí abajo.

Erik, que todavía seguía en la pantalla, añadió:

—No nos hemos quitado los aparatos de respiración artificial ninguno de nosotros. Pero pese a ello hemos podido apreciar que el océano huele a espuma, la ciudad muerta a levadura y las colinas en torno nuestro están llenas de rosas, musgo y helechos húmedos. Todo eso acompañado de un rumor de fuentes y arroyos.

—Se lo contaré todo —dijo Johann.

Cuando dejó el puente se dirigió a toda prisa a la Oficina de Personal y conectó el supermonitor.

—Interrogativo.

—¿He abandonado la nave desde que subí a bordo?

—*Respuesta:* Indeterminable.

—¿A causa de falta de datos?

—*Respuesta:* A causa de datos erróneos, no concordantes.

—¿Dónde está el error?

—*Respuesta:* La información sobre desembarco no registra ausencia alguna. El registro de radiaciones cerebrales indica ausencia o muerte en distintas ocasiones.

—¿Es posible para el ser humano trasladarse de un punto a otro sin tener que

pasar por el espacio intermedio?

—*Respuesta:* Sí.

El escribiente de la oficina de personal, que había entrado mientras Johann consultaba el supermonitor, se situó a su lado y le preguntó:

—¿Algún problema, mi teniente?

Johann movió la cabeza negativamente.

—Tiene usted un aspecto preocupado, mi teniente. Si hay algo que pueda hacer por usted, cuente conmigo.

—No es nada. Sólo que acabo de enterarme de algo sorprendente, eso es todo.

—Interrogativo.

—Yo no me fiaría de él —dijo el escribiente señalando al supermonitor—. Lo creo capaz de decir cualquier trola.

—¿Puede darme alguna explicación no técnica?

—*Respuesta:* No.

—¿Por qué no?

—*Respuesta.* Porque las explicaciones deben ser expresadas en lemas fundamentales o expresiones lógicamente derivadas de ellas. Los lemas relativos a esta pregunta, aunque han sido sometidos a pruebas, no pueden ser aplicados.

—¿Podría facilitarme esas pruebas no técnicas?

—*Respuesta:* La prueba depende de la naturaleza cuántica del tiempo y de la naturaleza continua de la extensión. ¿Exige prueba de eso?

—No. Proceda a facilitar la prueba pedida.

—*Respuesta:* Puede ser mostrado experimentalmente que el quanta del tiempo no es siempre emitido a un ritmo uniforme, sino a un ritmo dependiente de la velocidad del cuerpo sobre el que rige el tiempo en cuestión. Dado que el tiempo se compone de quanta, la disminución del ritmo de paso del tiempo tiene que ser explicado como una reducción del ritmo de emisión de esos quantas. Tal reducción implica la existencia de un hipertiempos en el cual se mide el ritmo de emisión de los quanta. Esto, a su vez, implica la existencia de intervalos de hipertiempos de distinta duración entre la emisión del quanta del tiempo aplicable a un cuerpo que se mueve muy rápidamente. Si el movimiento fuera continuo, cesaría, con la consecuente emisión de energía durante esos intervalos de hipertiempos, dado que el movimiento sin tiempo es movimiento a velocidad infinita. No se ha observado tal emisión de energía, de lo cual debe y puede deducirse que el movimiento es discontinuo. Esa discontinuidad indica la traslación del cuerpo móvil de un punto a otro sin atravesar el espacio, correspondiendo esta traslación al quanta de tiempo emitido.

—Esa traslación debe ser muy pequeña —dijo Johann—, excepto en el caso de objetos que se muevan a velocidad próxima a la de la luz. ¿Se han observado en alguna ocasión traslaciones de ese tipo a larga distancia?

—*Respuesta:* No hay datos.

Encontró a la capitán en la oficina del comandante de Infantería de Marina, las fuerzas encargadas de mantener la seguridad de la nave tanto contra enemigos externos como internos. El comandante, que tenía aproximadamente veintidós años, estaba afilando un puñal de larga hoja, sentado a la mesa; movía la hoja del puñal con lentos movimientos circulares sobre una piedra de afilar que sujetaba con la otra mano. El tanque de suspensión vital del que acababa de salir estaba abierto todavía en una esquina de la habitación.

Johann saludó a la capitán y le descubrió la ciudad que a él le había sido descrita por Erik.

—¿Se ha vuelto irracional? —preguntó la capitán.

—Yo no diría tanto, pero sí creo que ha sufrido una alucinación.

—Helmut y yo pondremos las cosas en orden allá abajo cuando llegemos. ¡Puede retirarse!

—Mi capitán...

—¿Qué hay?

—Desearía su permiso para acompañarles.

La capitán dio la vuelta, movió la cabeza negativamente y le dijo:

—Le agradezco mucho su oferta, teniente, pero poner a una persona en la superficie de Neuerddraht supone un esfuerzo extraordinario. Y ahora no se necesita más personal allí.

—Podría usted enviar a Erik y algunos de los otros de vuelta a la nave. Yo estaría dispuesto a ponerme voluntariamente a las órdenes de Helmut.

—Bien. En el caso de que se decida el traslado de Erik lo tendré presente. ¿Eso es todo?

—No, mi capitán. Me gustaría expresar una queja. Sí usted, como capitán de esta nave, sospecha que va a producirse un motín a bordo, yo, en calidad de oficial más antiguo y segundo de a bordo, tengo derecho a que se me informe de ello.

—Yo no tengo sospecha alguna de motín.

—El jefe de la Infantería de Marina ha sido revivido. ¿Cuántos de sus soldados lo han sido también? ¿O se trata de algo confidencial?

—Todos —dijo el comandante, que dejó a un lado la piedra de afilar y probó el filo del puñal con la yema de su pulgar.

La capitán golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Voy a dejar la nave. En ese caso es lógico que tome excepcionales medidas de seguridad.

Johann le preguntó:

—¿No confía usted en la capacidad de sus oficiales y de la policía normal de a

bordo para mantener la seguridad?

Algo de la ira que sentía ante esa implícita acusación de deslealtad debió ponerse de manifiesto en el tono de su voz. La capitán suavizó el suyo y le respondió:

—No dudo de su lealtad, Johann, si es eso lo que quiere indicar. Pero, en un viaje como éste, resulta de todo punto imposible evitar cierta... pérdida de perspectiva que afecta a personas que, fundamentalmente, son merecedoras de toda confianza. Los soldados de la Infantería de Marina, debido a que han permanecido todo este tiempo en suspensión vital, mantienen su patriotismo e idealismo original. Ésta y no otra, como usted sabe, es la razón de su inclusión en la tripulación de una nave como ésta.

—En lo que respecta a mis chicos y chicas —dijo el comandante— fue ayer el día en que se nos dijo que al cabo de dos semanas sería lanzada esta nave con nosotros a bordo. Según he oído de nuestro capitán, hace ya algún tiempo que esto ha ocurrido, y las cosas están un poco complicadas en la nave. Nosotros estamos aquí precisamente para poner orden.

—En el caso de que sea necesario —aclaró la capitán.

El oficial que mandaba la Infantería de Marina afirmó con un gesto de cabeza al tiempo que repitió:

—En caso necesario.

El cinturón y la pistola descansaban sobre la silla. El comandante guardó su puñal en la vaina. Después se volvió a Johann.

—Está usted mucho más viejo que la última vez que nos vimos —le dijo—. ¿No me recuerda?

Johann negó con la cabeza.

—Estuve sentado a su lado en la última reunión. ¿Se acuerda? Yo estaba fumando y usted me pidió que tirara el cigarrillo.

—Lo siento —dijo Johann.

Recordó la reunión que precedió a la entrada en el módulo dispuesto al lanzamiento, el emocionante viaje hasta la rampa de lanzamiento por monorraíl, llevando su bolsa de viaje por la zona solitaria y agitada por el viento donde se hallaban los alojamientos. El comandante de la Infantería de Marina debía referirse, indudablemente, a una de las reuniones anteriores al lanzamiento, aun cuando no recordaba cuál. Le había escrito a Marcella explicándole por qué creía que debía partir con aquella expedición espacial, expresándose en su escrito con las frases más delicadas y dulces, que fueron verdaderas hasta que su repetición ante el *voisrit* las convirtió en falsas, y después las anuló definitivamente. Entonces era apenas un muchacho, casi con la misma edad que el comandante tenía ahora. ¿Podría luchar con capacidad y éxito un chico tan joven? Pronto desechó sus dudas pues sabía que sí, que los hombres de la Infantería de Marina sabían luchar, estaban entrenados y formados para ello, seleccionados expresamente para un caso de emergencia como el

que tal vez se diera pronto en la nave. Sí, los hombres y mujeres a las órdenes del comandante, tan jóvenes como él, sabrían luchar si llegaba la ocasión. Por ese lado no había nada que temer.

—Usted hizo una pregunta al oficial superior que nos estaba dando instrucciones —continuó el comandante—. No me acuerdo qué fue. Estaba pensando en otras cosas en aquellos momentos.

—Probablemente tiene razón. Siempre me gustó preguntar —concedió Johann.

Fuera, los infantes de marina estaban reviviendo, alisando sus uniformes y limpiando sus botas de acuerdo con los estrictos cánones de la disciplina militar; después inspeccionaron las armas que habían tenido a su lado durante el período de hibernación en los tanques de suspensión vital. Uno de ellos, una chica de grandes pechos con el pelo amarillo de tan rubio, algunos de cuyos rizos se escapaban por debajo del casco de combate, le preguntó si era cierto que habían transcurrido diecisiete años. El teniente le respondió afirmativamente y añadió que no se había perdido gran cosa en esos años. Después dio la vuelta y se alejó, temeroso de que, de no hacerlo él, sería ella la que le volviera la espalda.

Así que le había hecho una pregunta al oficial instructor. Eso, aunque había dicho antes lo contrario, no estaba muy conforme con su carácter. Debió haber sido algo muy importante, o que a él se lo habría parecido. La pregunta debía conservarse registrada en alguna parte de los ficheros electrónicos computados en la nave. Muy escasas grabaciones podían haberse destruido accidentalmente, y ahora ya nadie se preocuparía de su pregunta. El oficial instructor estaba muerto. Marcella también. Posiblemente se habrían encontrado años después del lanzamiento sin saber siquiera que estaban unidos a través suyo.

No había centinela en la entrada del hangar de las naves auxiliares y botes espaciales destinados a las expediciones auxiliares o a los casos de emergencia. Seguramente, no pasaría mucho tiempo sin que el comandante de la Infantería de Marina situara allí a alguno de sus hombres o mujeres. Si se producía el motín, la capitán trataría de evitar que, en caso de fracaso, los amotinados se escaparan. Johann trató de apartar de su mente el pensamiento de que tal vez trataría de conservar abierta una posibilidad de huida para ella, en caso de que el motín triunfara... No, lo más posible es que el motín ni siquiera llegara a producirse, si es que se producía, antes de que ella hubiera abandonado el navío.

Pero ¿iba a marcharse realmente? Era contrario a los reglamentos que el capitán de una nave saliera de ella salvo en el puerto de un país amigo. Pero no había nada en los reglamentos que prohibiera anunciar que iba a salir de la nave. Apretó el botón verde y la puerta del hangar se deslizó suavemente con el ruido suave del aire comprimido que la movía.

—Yo —dijo la voz automática del bote que se hallaba más cerca de la puerta—. Yo, yo, yo... —respondió el eco.

—¿Quién de vosotros trajo al teniente Helmut en su regreso a la nave? —preguntó.

Su propia voz sonaba extraña en aquella amplitud silenciosa y deshabitada.

—Yo —respondió un bote espacial como a un kilómetro de distancia.

—¿Ha sido usado algún otro bote espacial últimamente?

—No, no, no —respondieron múltiples voces—. *Nadie desde que la nave fue lanzada; jefe de botes auxiliares.*

—En ese caso ¿seguís todos en vuestros lugares?

—Todos menos él.

Había cuatro tipos de naves auxiliares: botes espaciales de desembarco, de diseño como el que habían utilizado Helmut y sus subordinados para descender a Neuerddraht; botes salvavidas destinados a ser usados en caso de que se produjera una emergencia sub-plutónica; botes misiles para ataques a corta distancia y falúas espaciales para las reparaciones exteriores que hubiera necesidad de efectuar en la parte externa de los módulos que componían la nave. Un bote-misil hacía suponer que los demás se lo pensarán dos veces antes de salir tras él, pero era muy grande y resultaría muy difícil de ocultar después de haberse posado en el planeta. Finalmente, se decidió por una de las falúas, la número 37. Coloco en ella agua y todo el equipo de supervivencia de uno de los botes salvavidas y le dio instrucciones para que le esperara en una de las escotillas de salida próxima al puente.

—Ahora márchate —le dijo su sombra, una vocecita seca y débil, muy cerca de su oído.

Johann movió la cabeza.

—Hay algunas cosas que me gustaría llevarme Mis libros, por ejemplo; además voy a tratar de convencer a Grit para que se venga conmigo.

—¡Hola! —era Helmut, que apareció en el espacio entre los botes números 17 y 18—. ¿Con quién hablas, Johann?

—Conmigo mismo. Pensaba en voz alta. Bien venido de vuelta a bordo.

—Es agradable estar aquí de nuevo —dijo Helmut—. Salir de aquella repugnante masa de hierbajos y poderse quitar la máscara respiratoria. ¿Sabes si Karl y los demás han hecho algunos progresos con los insectos?

—No sé de qué me hablas.

—De esas bacterias acrófagas. Si logran enseñarles a no infectar a los seres humanos, o si consiguen una vacuna efectiva contra ellas, no tendremos que llevar la máscara. Nadie podía pensar que pudiera haber allí, flotando en el aire, en un lugar tan seco, un organismo unicelular. Pero es así.

—Hay agua y aire —dijo Johann—. Desde un punto de vista evolutivo, supongo

que debieron surgir en las caídas de agua. O en las grietas.

—Tú no has estado allí abajo, ¿verdad? ¿No has visto las grietas con tus propios ojos?

—No.

—Claro que no. Es fácil saberlo por tus brazos y piernas. Nunca has puesto los pies en Neuerddraht —ironizó Helmut.

—No sé dónde me hice estos arañosos...

—Ni yo. Y eso que tengo arañosos semejantes —dijo Helmut—. Tienes órdenes estrictas de no hablar de ello, supongo. Pero ya pude observar, mientras estaba allá abajo, que Elis se hacía cargo con mucha frecuencia de tu guardia en el puente, ahora que lo pienso.

—Nunca estuve allá abajo —insistió Johann. Se tocó las costras ya secas de los arañosos de sus piernas—. Me los hice en un pequeño accidente sin importancia. Un día te lo contaré con detalle.

—Desde luego, desde luego —Helmut ya no le escuchaba—. Quién iba a sospechar que ella te enviaría a ti, al cojo...

Helmut dio unos pasos hacia adelante y su mano derecha se dirigió a una de las carteras laterales de su bolsa de herramientas.

—Nosotros constituíamos la expedición pública, oficial por decirlo así. Tú la privada. Lógico, al fin y al cabo. Controlar todo un nuevo mundo es una empresa lo suficientemente importante para obrar así. La capitán no quería arriesgarse. ¿Qué andabas buscando por allí? Te vimos en una ocasión, ¿es que no lo sabes?

—Es cierto, me visteis —dijo Johann—. Lo sé.

Estaba terso, esperando el golpe; pero de todos modos se produjo más rápidamente de lo que pensaba. Había esperado que Helmut alzara el puñal sobre su cabeza y le golpeará de abajo arriba, como hubiera hecho él en su caso. Pero en vez de hacerlo así, Helmut le tiró la puñalada en línea recta en cuanto sacó el cuchillo de la bolsa.

Algo se interpuso entre la bolsa y su cuerpo, algo que parecía una tela finísima doblada en miles de pliegues negros como su sombra. El cuchillo se hundió como en una masa de plástico esponjoso y no llegó a tocarle. Apoyándose en su pierna rígida, Johann le dio un puntapié a Helmut en los testículos. O, mejor dicho, {quiso hacerlo pero falló el golpe: sus pies se salieron de las sandalias magnéticas y, por la fuerza de su impulso, Johann se encontró flotando hasta que se golpeó con el techo del hangar.

La evasión no era necesaria. El cuchillo estaba libre ahora, pero la tela negra cubría la cara de Helmut. Johann observó. Su cuerpo flotó como un globo hasta que las sandalias llegaron a él sin que pudiera saber quién se las daba. Desde debajo de la negrura que cubría el rostro de Helmut seguía oyéndose una especie de ronquido, de sollozo sofocado que fue debilitándose poco a poco hasta cesar por completo.

Durante un buen rato aun después de tener la seguridad de que Helmut estaba muerto, el tejido negro continuó tapando su rostro. Después, la sombra volvió junto a Johann para confundirse de nuevo con su sombra.

—No sabía que podías apartarte de mí —dijo.

—No me gusta hacerlo. Sólo en caso necesario.

Fuera del hangar, al otro lado de la puerta, encontraron muerto a un centinela de la Infantería de Marina. La vista de aquel cadáver le hizo pensar a Johann con qué grupo habría estado unido Helmut. El más probable, teniendo en cuenta su personalidad, era el grupo de los ocultistas. En el pecho de la joven que había prestado guardia en la puerta del hangar había cortes que demostraban que su asesinato había tenido algo de ritual, algo mágico. Pero también era posible que Helmut no actuara con ningún grupo, sino por cuenta propia y en su propio beneficio; y también podía pertenecer a un grupo del que ni siquiera hubiera oído hablar.

Los corredores de la zona de almacenaje y los destinados al paso de los tripulantes de servicio en el sector estaban solitarios, desiertos. Sin embargo, a través de los ventiladores le llegaba el sonido de disparos y en dos ocasiones encontró sendos cadáveres, uno de ellos de un hombre al que conocía ligeramente, un técnico del departamento de instrumentos. ¡O sea que el motín había comenzado! Quizá la ausencia de la capitán del puente hubiera sido tomada por el grupo en rebeldía como señal de que había abandonado el buque para dirigirse a Neuerddraht.

Cuando llegó al sistema de corredores del módulo principal, se quitó de la blusa las insignias de oficial y las tiró a un cubo de desperdicios. Encontró algunos cadáveres más, algunos miembros de la policía normal de la nave, los llamados patrulleros, varios tripulantes y otros vestidos con el uniforme gris verdoso de la Infantería de Marina. Los cuerpos flotaban o descansaban pegados a las paredes, el suelo o el techo. En los paneles había señales de los disparos de las pistolas de neutrones de los Infantes de Marina. El grupo atacante, cualquiera que fuese, se estaba aproximando a los corredores adyacentes que conducían al puente de mando, y estaba claro que habían logrado desalojar de allí a los policías de la Infantería de Marina. Se apresuró hacia la residencia de la capitán, preguntándose si se habría hecho algo para armar a la tripulación leal... Éstos serían muchos, mucho más que los pocos centenares de Infantes de Marina.

El centinela estaba muerto, pero la puerta del compartimiento del capitán estaba cerrada, como había esperado. Golpeó la puerta fuertemente y esperó. Llamó de nuevo. La oscura sombra que le acompañaba se deslizó entre la puerta y su quicio y al cabo de un momento la puerta se abrió cuando la empujó un poco.

En el puente la capitán, con Elis, Gerta y Grit estaban contemplando la pantalla de la consola del comunicador. En la pantalla se veía un grupo de tripulantes reunidos en torno a uno de los bancos del laboratorio montando lo que, según todas las

apariencias, parecía un proyector de rayos láser.

—¿Los místicos? —preguntó Johann.

—Los C.O.C. —le respondió Grit después de un rato—. Cuando hayan conseguido el proyector láser, enlazarán con los generadores y tratarán de abrirse paso hasta llegar a nosotros, al puente. La Infantería de Marina resiste en A y B, los dos pasillos exteriores, pero cuando el rayo láser funcione y atraviese las paredes no podrán hacer gran cosa. Todavía no les hemos dicho lo que están preparando los amotinados. Si quieres utilizar esos auriculares de la terminal, el supermonitor se sentirá dichoso de explicarte todo lo que pasa, el plan completo; nosotros ya estamos cansados de oírlo. Y si...

La capitán interrumpió la voz asustada de Grit.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, teniente?

—Por sus habitaciones privadas, mi capitán.

—¿Está el paso franco?

—Cuando llegué no había nadie en el corredor, mi capitán —dijo.

La mirada de Grit pasó de la capitán a Elis, como preguntándoles si Johann era de fiar y qué era lo que debían hacer. La sombra de Grit era más oscura que las de los demás y Johann se preguntó si la sombra habría hablado ya con ella. Helmut entró en el laboratorio donde los técnicos estaban construyendo el láser, hizo unas preguntas y dio unas breves órdenes.

El rostro de la capitán expresó una emoción que podía deberse al odio o a la desesperación.

—Él también está entre los amotinados —exclamó—. Y Horst y mí ordenanza, al que tuve que matar.

—Ya veo que las cosas se ponen difíciles —dijo Johann—. Mi capitán, tengo una falúa esperando en la escotilla número 8.

Gerta, rompiendo la disciplina de diecisiete años, interrumpió a su superior:

—No tenemos dónde ir.

—Está Neuerdraht —dijo la capitán.

—En sus grietas y cañones —añadió Johann pensando en las cascadas de agua limpia y en las hojas de aquellos helechos como arcos de catedrales.

Elis movió la cabeza afirmativamente.

—Tienes razón. Allí no podrán localizarnos nunca.

La capitán había tomado ya el diario de a bordo, que se puso bajo el brazo izquierdo. En la mano derecha llevaba una pequeña pistola de neutrones con el cañón bajo, apuntando al suelo, pero con el dedo largo y ágil en el gatillo.

—¡Usted viene con nosotros! —ordenó a Johann.

Éste movió la cabeza.

—¡Naturalmente!

—No quiero que piense que no confío en usted, pero la verdad es que no estaba en el puente cuando comenzó el ataque. Y ha habido tantos traidores...

—Lo comprendo.

—Si logramos llegar sanos y salvos a la escotilla 8 y la falúa espacial está allí, su lealtad quedará demostrada totalmente y no habrá motivo para sospechas ni desconfianzas.

Johann afirmó con la cabeza y dio unos pasos en dirección a las habitaciones privadas de la capitán. Ésta dedicó una sonrisa a Grit y le dijo:

—Tú ve delante, muchacha. Yo cubriré la retaguardia.

Un momento después Elis, que estaba detrás de Johann, le dijo a éste:

—¡Vaya, vaya...! Así irán las cosas ahora. Tú y yo vamos a tener que repartirnos a Gerta, al menos durante algún tiempo.

El pasillo estaba vacío con la excepción de algunos cadáveres, pero de los ventiladores salía un humo acre, ácido, producto sin duda de alguna instalación que ardía. A unos cientos de metros tras la puerta de la residencia de la capitán había una escotilla. La plancha que había que abrir para pasar a la nueva conexión estaba a oscuras.

—También se lucha por aquí —dijo Elis.

Johann se volvió para mirarle. (Detrás de él, Grit parecía dos mujeres con la sombra sobre sus hombros, como un conspirador).

—El supermonitor. No, no son sus seguidores... El propio programa del supermonitor está peleando.

Grit dijo en un susurro:

—Puede cortarnos el paso. Puede inundar todos estos corredores y ahogarnos. No podremos salir de aquí.

—Tenemos que volver —dijo Johann a la capitán. Ante su orden urgente todos dieron la vuelta y tomaron un corredor lateral.

—Nos va a echar fuera... el supermonitor. Nos dejará flotando en el vacío espacial.

—No puede hacerlo. No puede separar la nave del puente de mando, pues se quedaría sin instrumentos y no podría seguir controlando la nave.

—Pero ya no estamos en el puente... ¿Cree que sabe dónde estamos?

Nadie le respondió.

—El supermonitor se ha vuelto loco —dijo la capitán después de una hora de descender por aquel corredor—. Este camino nos lleva al módulo hidropónico. Ha acoplado la cubierta del hidropónico con el complejo del puente.

Elis caminaba detrás de ella y Grit, cansada, se apoyaba en el brazo de Johann.

—Tiene razón —dijo Grit—. Estamos en la sección hidropónica. Ya huelo las plantas.

El rostro de la joven estaba húmedo de sudor. De repente, Grit desapareció.

Gerta, que iba detrás de ella, se quedó con la boca abierta, estupefacta. Los demás no se dieron cuenta de que Grit ya no estaba con ellos. Adelantándose a Gerta, Johann preguntó a voces.

—¿Es que no hay ninguna escotilla aquí, en el módulo hidropónico? Tiene que haberla. ¿Dónde está?

—La número tres noventa y uno; debes haber oído hablar de ella.

—¿Dónde está?

—No lo sé. No puedo localizarla porque no sé por qué parte del módulo hemos entrado.

—Corre —dijo Johann tomando del brazo a Gerta—. Ella se ha ido a buscar la falúa, creo.

El corredor se retorcía como un sacacorchos, después se abría en un amplio vestíbulo acorazado, de varios miles de metros de longitud, en el que bajo brillantes luces crecían enormes plantas de color verde oscuro que, sin estar sometidas a la fuerza de la gravedad, veían sus ramas, tallos y raíces crecer revueltos en el aire inmóvil.

Encontraron la escotilla al final de un camino tortuoso que parecía abierto en medio de una auténtica selva. Debajo de los árboles se formaban grupos de vegetación con plantas y flores que parecían constituir auténticos cenáculos coloreados bajo los tanques de celulosa que contenían el fluido hidropónico. Dos veces Johann vio algunas estatuas fijas que destacaban entre la luz verdosa que se filtraba tras la vegetación. Grit, recordó Johann, le había dicho que Rudi era uno de los técnicos que trabajaba en aquella sección.

En la escotilla, Gerta y Elis activaron la palanca de apertura en espera de nuevas instrucciones.

—Supongamos que no está fuera —preguntó la capitán—. Realmente, ¿cómo puede haber llegado hasta la falúa y traerla hasta aquí? Esto es cosa de locos.

Se abrieron lentamente las mamparas de la escotilla; tras ellos estaba la luz brillante de la falúa espacial conectada al módulo de enlace.

—¿Tengo que ser el primero en subir? ¿Todavía no confía en mí, capitán? —preguntó Johann.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la capitán.

—¿No estará pensando en pasarse una luna de miel en Neuerddraht con la pequeña Grit, verdad que no, teniente? No. Ahora puede usted subir el último... Pero estoy impaciente por tenerlo a bordo de la falúa espacial para que me explique cómo ha podido arreglar todo esto.

Las normas exigen que el capitán sea el último en abandonar un buque para entrar

en un bote. Elis, el de menos graduación, fue el primero en subir.

—Le cedo el rango —dijo la capitán a Johann—. Al fin y al cabo usted ha sido el auténtico jefe y el artífice de esta escapada.

La capitán subió a bordo detrás de Elis.

Gerta estaba observando el rostro de Johann. Éste movió la cabeza casi imperceptiblemente, un centímetro apenas a cada lado; pero la señal fue captada por Gerta. Ésta vaciló un momento, pero en seguida cerró la escotilla y dejó a los otros en la falúa espacial, fuera de la nave. Seguidamente corrió el cerrojo de seguridad.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

El silencio de las plantas, su felicidad y la luz verdosa los cercaron. La sombra de Johann estaba delante de él, en la escotilla; una silueta negra como un agujero en el vacío regresaba al espacio. Johann se volvió a Gerta:

—Escóndete aquí —dijo—. Yo vendré a recogerte lo antes posible.

Hizo una pausa y después, como hablando consigo mismo, añadió:

«Cierra los ojos».

El comunicador de pared estaba encendido y la pantalla reflejaba el espacio al que estaba enfocada. Allí se veía la falúa espacial lanzada desde la nave, que parecía una piedra resbalando por una superficie oscura y suave. La pequeña pantalla del otro comunicador, el interior, mostraba a Helmut y a Horst delante del proyector de rayos láser, frente al corredor que conducía al puente.

—Nada de negociaciones —decía Helmut—. Toma el comunicador y ordena a los Infantes de Marina que depongan las armas. Diles que el supermonitor ha triunfado.

Johann se dirigió a las puertas que conducían al corredor y las abrió de par en par. El comandante de las fuerzas de la Infantería de Marina que tenían a su cargo la defensa de la nave estaba en el centro de comunicación de campaña, rodeado por los oficiales a sus órdenes y algunos ordenanzas.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Johann.

El comandante le saludó amistosamente.

—Bastante bien. Hemos limpiado de enemigos el corredor que conduce al puente de mando... como ya habrá visto. Mantenemos bajo control los pasillos de enlace A, B y D. Hemos perdido bastantes hombres, la mayor parte de ellos centinelas asaltados inesperadamente y, además, parece que hay bastante humo por aquí.

—Lo sé —dijo Johann moviendo la cabeza afirmativamente—. Me parece que el computador se está friendo sus propias tripas para hacer este humo y fastidiarnos.

Un teniente de las fuerzas de Infantería de Marina intervino en la conversación.

—La mayor parte de los prisioneros que hemos hecho son miembros de esas estúpidas sectas religiosas y no del grupo del C.O.C.

El comandante de Infantería de Marina se volvió a Johann.

—Creo que desde el puente ustedes podrán tener una perspectiva general más detallada de todo lo que ocurre que nosotros desde aquí. ¿Cómo va todo en términos generales?

—Creo que hemos superado la crisis —dijo Johann.

Dio la vuelta, regresó al puente de mando y cerró las puertas. Después, con un destornillador del equipo de herramientas de emergencia, manipuló detrás del panel de navegación hasta llegar a las planchas del suelo entre la consola de comunicación y la terminal de la computadora. Alguien había enlazado los cables de la computadora y del terminal de comunicación; posiblemente Horst, pensó Johann; aunque también podía haber sido Uschi, utilizando un cable color escarlata y haciendo al lado el sacrificio de una rata, a la que habían cortado el cuello como ofrenda en favor del éxito de su empresa. La rata estaba atada a una de las bolsas de conservación de alimentos. Dirigiéndose a la terminal, Johann dijo:

—Helmut está muerto. No debió haberlo mostrado junto al láser. Nosotros lo matamos en el hangar y ahora sabemos que las informaciones emitidas son falsas.

Deshizo la conexión y vio cómo los fantasmas creados por la computadora, que habían hecho creer a la capitán y a los demás que estaban en el puente que los amotinados podían ganar la batalla, se desvanecían.

Seguidamente, Johann se puso de pie. En aquellos momentos sintió haberse desprendido de las insignias de mando de su blusa de oficial. Marcó la clave «Comunicación con todas las pantallas» en el comunicador y anunció con voz solemne:

—El motín ha sido abortado. Creo que muchos de vosotros, que habéis luchado contra los oficiales del puente, habéis sido animados engañosamente por los informes que se emitían en el sistema de comunicación. Todos esos informes eran falsos y no volverán a repetirse. Hace ya mucho tiempo que el motín perdió toda posibilidad de éxito. Estáis derrotados desde el momento en que fracasasteis en el intento de tomar el puente por asalto.

Johann hizo una pausa pensando en el efecto que harían sus palabras en los que durante tanto tiempo habían sido engañados por los fantasmas inventados por la computadora y engañosamente emitidos por el sistema de comunicación. Después, con un tono un tanto más suave aunque no desprovisto en absoluto de energía, añadió:

—Ahora todas las manos y todos los cerebros son necesarios para salvar la nave. A los amotinados que depongan las armas inmediatamente se les concede el perdón total. Se convoca, por otra parte, a todos los miembros leales de la tripulación para que desarmen y aniquilen a los que aún sigan con las armas en la mano. Es vuestro capitán quien os habla. ¡Corto!

Seguidamente se volvió a la terminal que conectaba con el supermonitor y

preguntó:

—¿Cuáles son las posibilidades de supervivencia de la nave actualmente?

Se quitó los auriculares y conectó el altavoz.

—En los cinco años próximos 0,383 con tendencia a aumentar. ¿Entra en sus planes hacer frecuentes consultas al supermonitor?

—No —dijo Johann, el nuevo capitán.

En caso de tormenta, la tierra firme es el mayor enemigo. Johann se quitó las sandalias y, flotando, se dirigió hacia el panel de navegación para comenzar los laboriosos cálculos requeridos para establecer un nuevo rumbo.

UN MOMENTO DE PURA ESENCIA

JAMES TIPTREE JR.

James Tiptree, Jr. reside en Virginia, cerca de la capital; prefiere que la atención pública se centre en sus obras y no en su vida privada, por lo que no se sabe gran cosa sobre su profesión, estado civil, orígenes familiares, nacimiento y educación. Admite ser un hombre de mediana edad que ha viajado intensamente. Todo lo demás son sólo conjeturas.

Sus primeros relatos de ciencia-ficción fueron publicados en fecha reciente, en 1968; y en pocos años se ha convertido en uno de los escritores favoritos gracias a relatos tan subyugantes como *Your Haploid Heart*, *Painwise*, *The Girl Who Was Plugged* y *The Women Men Don't See*.

En 1973 se recogieron quince de sus mejores relatos en un volumen titulado *Ten Thousand Light-Years from Home*.

La novela corta de James Tiptree titulada *Love is the Plan, the Plan is Death*, ganó el premio «Nébulas» por votación de los Escritores de Ciencia-Ficción de América, en 1974.

*A momentary taste
of Being from the Well amid the Waste.*

(Un pasajero sabor del Ser
de los Manantiales perdidos en el Desierto).

KHAYAM / FITZGERALD

I

... Flotaba allí, visiblemente atiborrado, azulado-verdoso, destacando contra un fondo de oscuridad. Se hinchaba y latía con pulsaciones que alcanzaban un potente y rítmico golpear, expandiéndose lentamente en una fantasmagórica protuberancia que se extendía y solificaba... Era un testículo-planeta apuntando su monstruoso pene en dirección a las estrellas. El golpear rítmico de su sangre reverberaba por las sollozantes inmensidades; frío, frío. El largo falo se extendía como una sonda, impulsado ciegamente por presiones internas intolerables; su extremo superior era como un glande enorme, nebuloso, iluminado por una centella. Con apuros se aventuraba, se extendía buscando libertad... Las estrellas doblaban su insoportable crescendo...

Faltan uno o dos minutos para que el Dr. Aarón Kaye esté seguro de que se ha despertado en su litera provisional de la enfermería de cuarentena del «Centauro». Su garganta está sollozando de modo reflejo, sus ojos lloran, las estrellas no... Otro de esos condenados sueños. Aarón está tumbado inmóvil, parpadeante, deseando que aquel helado pesar desaparezca de su mente.

Se va. Aarón se sienta, todavía frío, con un desconsuelo carente de significado. ¿Qué demonio es lo que está desgarrándole?

—El Gran Pan ha muerto —murmura mientras se dirige con paso vacilante al estrecho lavabo. Se moja la cabeza lleno de nostalgia por su propio alojamiento y por Solange. Realmente debía preocuparse de esos síntomas de ansiedad. Más tarde, ahora no hay tiempo. Pero su lamento parece tener un eco que diera la vuelta al mundo.

—Médico, apriétate los tornillos a ti mismo —le lanza al rostro vulgar y aburrido que le contempla desde el espejo.

¡Oh, Jesús... la hora! Ha dormido demasiado, mientras ellos estarán haciéndole a Lory Dios sabe qué. ¿Por qué no le despertó Coby? Porque Lory es su hermana, seguramente; Aarón debería haber previsto tal cosa.

Salió hacia el corredor estrecho de la estación de cuarentena. El otro extremo está cerrado por una pared de vitrex; al otro lado está su ayudante, Coby, que alza la vista para mirarle y se quita el casco con los auriculares. No cabe duda, estaba oyendo música. Bueno... ¿Y qué importa? Aarón dirige una mirada al cubículo de Tighe. El rostro de éste refleja relajamiento por efecto de los sedantes. Desde que sucedió aquel episodio, la semana pasada, ha estado sometido a una cura de sueño. Aarón se dirige

a la rejilla de comunicación de la pared de vitrex y toma una taza de un brebaje caliente. El líquido cae lentamente. En la nave giratoria la cámara de insolación está a tres cuartos de gravedad.

—¿Dónde está la doctora Kaye, mi hermana?

—Ya han comenzado el interrogatorio, jefe. Pensé que usted necesitaba seguir descansando.

No cabía duda de que Coby trataba de aparentar amabilidad y amistad, pero su voz era demasiado servil.

—¡Está bien! —giró la copa forzándose a beber. Tenía una persistente sensación de que el extraño Lory estaba ahora bajo su tacón derecho.

—¿Sí?

—Bruce y Ahlstrom estuvieron aquí mientras dormía. Se quejaron de que Tighe había andado suelto por ahí esta mañana, según dijeron.

Aarón frunció el ceño.

—¿No habrá salido, verdad?

—De ningún modo. Cada uno de ellos lo vio por separado. Les dije que debían venir después a hablar con usted.

—Sí, está bien.

Aarón dejó la taza y se encaminó hacia el hall, cruzando una puerta sobre la que se veía un cartelito: «Entrevistas». La próxima era la de «Observación». Se dirigió a un pequeño armario con pantallas de visión en dos de sus paredes. La pantalla que tenía frente a él estaba activada en ida y vuelta. En ella se veía a cuatro hombres sentados en una salita al otro lado, fuera de la sección de cuarentena.

El del cabello con el clásico perfil inglés era el capitán Yellaston y recibió la presencia de Aarón en la pantalla con un gesto de cabeza neutral, indiferente. A su lado, los comandantes de exploración continuaron observando sus propias pantallas. El cuarto hombre era Frank Foy, jefe de seguridad del «Centauro». Hablaba con los labios muy cerca de un micrófono de grabación.

Como a disgusto, Aarón activó la otra pantalla, de recepción, a sabiendas de que podía ver algo desagradable. Allí estaba ella, su hermana Lory; una mujer joven, delgada, con el pelo rojizo y unida a los cables de un banco sensorial. Tenía los ojos vueltos hacia Aarón, aun cuando éste sabía que su hermana no tenía frente a sí más que una pantalla apagada, muda. Hipersensitiva, como siempre. Tras ella estaba Solange, con traje de descontaminación.

—Vamos a tener que volver otra vez a las mismas preguntas, señorita Kaye —le decía Frank Foy con un tono impersonal que trataba de ser impresionante.

—Llámeme doctora Kaye, por favor —la voz de Lory sonaba cansada.

—Doctora Kaye, desde luego.

¿Por qué resulta tan desagradable el joven Frank? Sé justo, se dijo a sí mismo

Aarón. El hombre no hace más que realizar su trabajo Un trabajo necesario de todo punto para la seguridad de la tribu. Y, además, hace tiempo ya que no es «el joven» Frank. ¡Jesús, ninguno de nosotros lo es ya, a cincuenta trillones de kilómetros de casa! Diez años...

—Doctora Kaye, usted se graduó en biología para la misión exploradora Gamma, ¿no es así?

—Sí, pero también tengo mi título de astronavegación. Como todos nosotros.

—Por favor, límitese a responder sí o no.

—Sí.

Foy contempló el informe que tenía ante sí e hizo una observación.

—Y en cumplimiento de sus deberes como biólogo, investigó la superficie del planeta tanto desde la órbita como en el suelo, cerca del lugar de ataque.

—Sí.

—A su juicio, ¿es utilizable ese planeta para la colonización humana?

—Sí.

—¿Observó usted algo que pudiera resultar dañino o perjudicial para la salud y el bienestar humano?

—No, nada en absoluto. Es ideal... ya se lo dije.

Frank contuvo una tosecita de reproche. Aarón también frunció el ceño. Por lo general Lory no solía calificar de ideales a las cosas.

—¿Nada capaz, ni hipotéticamente, de dañar a los seres humanos?

—No. Espere... ya sabe que incluso el agua es hipotéticamente capaz de causar daño a un ser humano.

Foy apretó la boca resentido.

—Está bien; voy a hacer la pregunta con otras palabras. ¿Observó usted alguna forma de vida que atacara o dañara a los seres humanos?

—No.

—Sin embargo —saltó Foy—, cuando el teniente Tighe se aproximó a la muestra que usted trajo del planeta, resultó dañado, ¿no es así?

—No, no creo que eso le dañara.

—Como biólogo, ¿considera usted que la condición del teniente Tighe no es anormal?

—No... Quiero decir sí. El pobre hombre siempre estuvo en condiciones de anormalidad.

—Teniendo en cuenta el hecho de que el teniente Tighe ha tenido que ser hospitalizado desde que se acercó a ese ser extraño, ¿sigue usted manteniendo que no le causó daño alguno?

—No, no le hizo daño. La forma en que usted usa la gramática, su manera de formular las preguntas, me confunde. Por favor, ¿podría moverme un poco el

brazalete sensor del brazo?

Foy iba a iniciar una protesta, pero el capitán Yellaston se aclaró la garganta a modo de advertencia e hizo un gesto afirmativo. Cuando Solange le quitó el ancho brazalete, Lory se levantó y estiró su cuerpo alto, delgado y casi sin senos; con su nariz respingona, su juventud y su esbeltez, casi hubiera podido pasar por un muchacho.

Aarón la observó como había venido haciendo toda su vida; es decir, con una combinación peculiar de amor y miedo. El cuerpo de su hermana, lo sabía, parecía desprovisto de atractivo sexual para la mayor parte de los hombres, impresión que confirmaban sus modales profesionales y eficientes. La comisión de selección del «Centaurio» debió estar compuesta por hombres con tal criterio, pues una de las normas de la misión consistía en seleccionar una baja tendencia sexual. Aarón suspiró mientras observaba cómo Solange volvía a colocarle el brazalete. El equipo de selección había tenido toda la razón en lo que a Lory se refería, pues ella hubiera sido feliz en un convento de clausura. Aarón deseó por un momento que estuviera en uno. No aquí.

Foy tosió frente al micrófono para llamar la atención.

—Voy a repetir mi pregunta, doctora Kaye. ¿Considera usted que el efecto de ese extraño espécimen pudo resultar perjudicial para la salud del teniente Tighe?

—No —repitió Lory pacientemente.

Una escena muy desagradable, pensó Aarón; la mujer indefensa unida por cables eléctricos al banco sensor para estudiar sus reacciones; los hombres probos y dignos ocultos. Era como una especie de violación síquica. Pero, para ser justos, sólo Foy parecía gozar de ella.

—Cuando estuvieron en la superficie del planeta, ¿tuvo el comandante Kuh contacto con esas formas de vida?

—Sí.

—¿Y vio su salud afectada del mismo modo que la del teniente Tighe?

—No... Quiero decir sí, el contacto con esos seres tampoco resultó perjudicial para él, como no lo fue para el teniente Tighe.

—Voy a repetir la pregunta: ¿resultaron afectados perjudicialmente el comandante Kuh o alguno de sus hombres por el contacto con esa forma de vida?

—No.

—Repito: ¿resultaron afectados perjudicialmente el comandante Kuh o sus hombres por el contacto con esa forma extraña de vida?

—No —Lory subrayó su negativa agitando la cabeza en dirección a la pantalla apagada.

—Ha declarado que el computador de la nave exploratoria cesó de recoger las informaciones de los sensores y cámaras después del primer día de estancia en la

superficie. ¿Destruyó esas grabaciones?

—No.

—¿Fue alterada o falseada la información del computador por usted o alguna otra persona?

—No. Ya se lo he dicho. Creímos que estaba recibiendo información y registrando los datos. Ninguno de nosotros sabíamos que el ciclo se había interrumpido. Por eso perdimos todos esos datos.

—Doctora Kaye, voy a repetir: ¿alteró o hizo usted desaparecer esos datos?

—No.

—Doctora Kaye, voy a volver de nuevo al principio. Cuando usted regresó sola, navegando con la nave exploradora del comandante Kuh, declaró que el comandante Kuh y sus hombres se habían quedado en el planeta porque deseaban comenzar la colonización. Declaró usted, igualmente, y estoy citando sus propias palabras, que el planeta era un paraíso y que no había en él nada que pudiera causar daño a la especie humana. Pese a la grabación y registros totalmente inadecuados de las condiciones de la superficie del planeta, usted afirmó que el comandante Kuh recomendaba que enviáramos de inmediato a la Tierra la señal convenida para el comienzo de una emigración a escala completa. Y, sin embargo, tan pronto como el teniente Tighe abrió la puerta a ese extraño espécimen que venía en la nave exploradora sufrió un colapso grave. Doctora Kaye, voy a decirle a usted lo que realmente ocurrió en ese planeta: el comandante Kuh y su grupo debieron ser muertos o apresados por seres de aquel planeta y usted nos está ocultando los datos.

Mientras el interrogador soltaba su discurso, Lory no dejó de mover enérgicamente su cabellera roja, negando las palabras de Foy.

—No, no fueron heridos ni atacados por nadie, y tampoco fueron hechos prisioneros. Tal suposición es estúpida. Ya le he dicho que prefirieron quedarse. Me ofrecí voluntaria para transmitir su mensaje. Era la elección más lógica, como es fácil deducir. Como usted sabe, yo no soy china...

—Por favor, responda sí o no. ¿Sufrieron el comandante Kuh o algunos de sus hombres un ataque similar al sufrido por el teniente Tighe?

—¡No!

Foy contempló sus registros y notas con aire ceñudo tomando notas y marcando pasajes. Aarón notó que el hígado empezaba a funcionarle mal. Él no necesitaba analizar el mensaje del banco sensor para saber, por el tono de voz de su hermana, que estaba siendo sincera.

—Repito, doctora Kaye. ¿Hizo usted...?

Pero el capitán Yellaston se irguió autoritariamente tras él.

—Muchas gracias, teniente Foy.

Foy cerró la boca y apretó los labios. En el otro extremo, frente a la pantalla

apagada, Lory dijo simplemente:

—No estoy cansada, mi capitán.

—De todos modos creo que podremos completar el asunto más adelante.

Yellaston habló con su voz madura y amable. Observó la mirada en los ojos de Aarón y todos permanecieron sentados contemplando cómo Solange libraba a Lory del brazalete y de los otros cables de los sensores unidos a su cuerpo. A través de su visor enfocado hacia Solange podía ver su agradable rostro franco-árabe, del cual emanaba una compasión no exenta de preocupación. La conmiseración y la simpatía eran especialidades del carácter de Solange.

Cuando las mujeres abandonaron la sala, los otros dos comandantes de exploradores que habían estado en la otra cabina se pusieron de pie y salieron. Ambos tenían el cabello castaño y los ojos azules, eran ectomesoformos musculares y a los ojos de Aarón enormemente parecidos, pese a que Timofaev Bron había nacido en Omsk y Don Purcell en Ohio. Diez años antes, esos dos hombres habían tenido una dedicación simple y absoluta, cuya meta consistía en llegar desde una habitación hasta el lugar más supremamente difícil. Los fracasos de sus respectivas misiones exploradoras les habían hecho regresar a «Centaurio» desengañados y pesimistas. Pero en los últimos veinte días, después del regreso de Lory, de nuevo se había despertado algo en sus ojos. Algo que Aarón no tenía prisa ni interés en ponerle nombre.

—Informe, por favor, teniente Foy —dijo Yellaston; y con su mirada dio a entender que incluía también la presencia del doctor Aarón. El registrador oficial conectado con el banco sensor seguía funcionando aún.

Francis Xavier Foy tomó una bocanada de aire entre los dientes, consciente de su importancia; era su segundo interrogatorio de importancia en los diez años que llevaban de viaje.

—Mi capitán, desgraciadamente debo informar de que el protocolo muestra una serie de respuestas persistentemente anómalas. En primer lugar, el sujeto presenta emocionalidad marcadamente elevada y vacilante —miró con aire irritado a Aarón, para quien aquello no resultaba nuevo.

—¡Ah! El nivel afectivo resulta sugestivo, por decirlo así...

Específicamente en la cuestión del posible daño sufrido por el comandante Kuh. En el Dr. Kaye, la *Dra. Lory Kaye*, quiero decir, las reacciones psicológicas contradicen sus respuestas verbales; es decir, no son características de su línea básica de verdad-tipo...

Lanzó un suspiro jactancioso pero no se atrevió a mirar a Aarón.

—Teniente Foy, ¿está usted tratando de decirnos que de acuerdo con su opinión profesional la doctora Kaye nos está mintiendo con respecto a lo sucedido a la tripulación exploradora Gamma?

Frank Foy hizo una mueca mientras rebobinaba algunas cintas de grabación.

—Lo único que puedo decir, señor, es que existen contradicciones, áreas de oscuridad, de confusión, especialmente en esas tres respuestas, mi capitán, como puede usted observar si estudia comparativamente estas curvas que he señalado en los gráficos.

Yellaston se quedó mirándole pensativamente pero sin ocuparse de los gráficos y grabaciones.

—Señor —dijo Foy—, si consideramos la decisión de no emplear los suplementos químicos...

Hablaba con desesperación. Se refería a drogas como el EDC. Aarón sabía que Yellaston no lo permitiría. Y se daba cuenta de que le estaba agradecido por ello.

El capitán ni siquiera se molestó en responder.

—Dejando a un lado la cuestión del daño que pueda haber sufrido el comandante Kuh, Frank, ¿qué hay de las respuestas de la doctora Kaye en relación con la habitabilidad del planeta en términos generales?

—También muestran anomalías, anomalías —Foy, visiblemente, desaprobaba que fuera descartada cualquier sospecha.

—¿Qué tipo de anomalías?

—Agitación anormal, señor, como indican las oscilaciones de las grabaciones y registros. Eso indica preocupación y emotividad. Comparadas con términos tales como «paraíso», «ideal», que se recogen en el protocolo verbal, las indicaciones son...

—En su opinión profesional, teniente Foy, ¿llega usted o no a la conclusión de que la doctora está mintiendo cuando afirma que el planeta es habitable?

—Señor, el problema es la variabilidad del sujeto en un sentido exacto. Demuestra las formas clásicas de una «zona cubierta».

Yellaston saltó excitado. Tras él, los dos comandantes de exploradores observaban impasibles.

—Teniente Foy: si la doctora Kaye cree efectivamente que el planeta es habitable, sumamente conveniente para la colonización, ¿podría usted decir que su extrema excitación no se debe a la emoción causada por el éxito final de una misión como la nuestra, tan larga y difícil?

Foy se quedó mirándole con los labios un tanto entreabiertos, como un estudiante que de repente se ve obligado a enfrentarse con una pregunta sorprendente y un tanto inesperada.

—Excitación extrema... Ya veo lo que quiere usted decir, mi capitán... Sí, señor, supongo que ésa podría ser una de las interpretaciones.

—En ese caso, ¿puedo resumir sus conclusiones en esta etapa de la investigación diciendo que, aunque el relato de la doctora Kaye sobre los acontecimientos

relacionados con el comandante Kuh siguen siendo poco claros, no encuentra usted una contraindicación específica en su declaración de que el planeta es habitable?

—Sí, señor, aunque...

—Gracias, teniente Foy. Continuaremos mañana.

Los dos comandantes exploradores cambiaron una mirada de entendimiento. Estaban fuertemente, sólidamente unidos contra Foy, según podía ver Aarón. Como dos capitanes combatientes que esperasen ansiosamente que un intranquilo pacifista fuera destituido para que ellos pudieran demostrar sus dotes bélicas. Aarón simpatizaba con ellos. Por otra parte, no lograba que Foy fuera de su agrado. Pero lo cierto era que a él tampoco le gustaba el tono que había observado en la voz de Lory.

—Pero, hombre, las muestras y los registros sensores no mienten —dijo Don Purcell repentinamente—. Incluso si sólo pudieron controlar durante treinta horas la estancia en el planeta sin indicar novedad, eso implica que el lugar es perfecto.

Tim Bron hizo un gesto de asentimiento mirando a Aarón. Yellaston esbozó una sonrisa remota, débil, y sus ojos se encontraron con los del registrador oficial. Por enésima vez, Aarón se sintió gratamente impresionado, emocionado por la presencia de ánimo y la calma del comandante en jefe de la nave. El capitán, el viejo Yellaston, tenía algo que resultaba difícil de definir pero que había logrado que todos ellos se mantuvieran unidos durante todos esos años. ¿Dónde habían hallado a un hombre como él? Un neozelandés educado quién sabe en qué extinguida escuela británica... Jefe de la misión «Júpiter», etc., etc. El último de los dinosaurios. Una pieza valiosa.

Pero en esos momentos notó una extraña anomalía. Yellaston, que nunca mostraba el menor signo externo de nerviosismo, se estaba acariciando los nudillos. Un gesto que jamás había visto en él. ¿Se trataba de su indecisión sobre las respuestas de Lory? ¿O se debía a la chispa de emoción que había visto en el fondo de los ojos de los dos comandantes de exploradores: el planeta...?

El planeta...

Una ráfaga inesperada, como un rayo de oro, recorrió incontrolablemente algunas terminales nerviosas de Aarón hasta llegar a su cerebro. Después de los difíciles años transcurridos, después de que Tim y Don regresaran de sus respectivas misiones para informar de que no habían encontrado más que rocas y gases en torno a los dos primeros soles de Centauro, ¿era posible que nuestra última oportunidad nos trajera el triunfo? De creer a Lory, los componentes del grupo del comandante Kuh se hallaban en esos momentos caminando por un nuevo Edén terrestre, ese Edén que los terráqueos necesitábamos tan desesperadamente, mientras nosotros seguíamos allí, colgando en el espacio, en la oscuridad; a menos de dos años de distancia. ¡De creer a Lory...!

Aarón se dio cuenta de que el capitán Yellaston se estaba dirigiendo a él.

—Desde un punto de vista médico, ¿cree usted que ella se encuentra en un estado

de salud normal?

—Sí, señor. Hemos llevado hasta el último extremo la serie de tests y pruebas destinadas a apreciar cualquier tipo de contagio por un agente externo, además del espectro biomonitor estandarizado. Me estoy refiriendo hasta la noche pasada, pues no la he vuelto a examinar en las últimas seis horas. Aparte de la pérdida de peso y de unas lesiones ulcerosas en el duodeno, que ya padecía cuando regresó al «Centaur», la doctora Lory Kaye no muestra cambio alguno de importancia en su normalidad básica lineal respecto de su partida de aquí hace dos años.

—Con respecto a esas úlceras, doctor, ¿estoy en lo cierto al decir que usted opina que se deben solamente a la tensión experimentada durante el año de viaje solitario de regreso a esta nave?

—Sí, señor. Eso es lo que opino.

Aarón no necesitaba mostrar reserva alguna en este aspecto. Casi un año de viaje solitario desde un punto perdido en el espacio. ¡Dios mío! ¿Cómo podría resistirse una cosa así?, se preguntó una vez más. ¡Mi hermana menor! No es humana. Y esa cosa extraña, ese forastero del espacio, exactamente detrás de ella... Ésos eran los pensamientos de Aarón. A veces él mismo podía sentir la situación de aquella cosa extraña abajo, junto al muro de la izquierda. Se quedó mirando los registradores con la intención de preguntar a los demás si ellos también sentían aquella presencia.

—Mañana es el día final del período de veintiún días que hemos establecido como cuarentena. Un tiempo arbitrario, desde luego —estaba diciendo Yellaston—. Usted seguirá observando médicamente a la doctora Lory Kaye hasta la última sesión aclaratoria, mañana a las nueve.

Aarón hizo un gesto de cabeza afirmativo. El capitán continuó hablando:

—Si no hay contraindicaciones, la cuarentena terminará al mediodía. Tan pronto como sea posible, después de terminada la cuarentena, se procederá al examen del espécimen que ahora se encuentra en la nave exploradora Gamma. Digamos al día siguiente, lo que le dará a usted tiempo suficiente para coordinar sus esfuerzos con el equipo de xenobiología y para estar en condiciones de ayudarlo. ¿De acuerdo, doctor Kaye?

—Sí, mi capitán.

—¿Va a esperar usted para informar a la Tierra hasta que hayamos observado el espécimen? —preguntó Don.

—Ciertamente.

Los cuatro hombres se marcharon, moviéndose difícilmente en sus alojamientos estrechos, aunque con más amplitud de la que en esos tiempos debía haber en la Tierra. Aarón vio cómo Foy se las arreglaba para ponerse en el camino de Yellaston, y sintió una sensación de simpatía hacia aquella señal de sometimiento a la autoridad. Cualquier cosa con tal de llamar la atención del paternal capitán También él se había

sentido atraído, afectado por la proyección paterna y benévola de Yellaston. ¿Son sus reacciones de respuestas más maduras? ¡Al diablo! Al cabo de diez años de viaje espacial, el autoanálisis se convierte en un rito.

Cuando entró en el corredor de aislamiento, Lory había desaparecido en su cabina y Solange tampoco estaba a la vista. A través de la pared de vitrex hizo una seña a Coby y pulsó el botón del distribuidor de alimentos. Llegó su comida, con un agradable olor a cocina. Pan proteínico con una guarnición inesperada. La intendencia parecía hallarse de buen humor.

Comió con aire ausente mientras contemplaba la foto tridimensional de la Tierra que colgaba del muro. La misma fotografía podía verse en la nave por todas partes. Una imagen bella y clara tomada en los días pasados en que el aire todavía era claro y límpido. ¿Qué estarían comiendo ahora en la Tierra? ¿Se comerían unos a otros? El pensamiento había perdido su impacto después de diez años alejados del planeta; como cualquier otro en el «Centauro», Aarón no había dejado detrás lazos importantes. Cuando dejaron la Tierra, la población era de 20.000 millones de seres, y en los diez años transcurridos debía haber aumentado en un cincuenta por ciento más, pese a las grandes plagas de hambre. 30.000 millones de seres humanos esperando explorar las estrellas, ahora que disponían de tecnología para ello, aunque precaria. Esperando que «Centauro» diera luz verde. No una luz verde en el sentido literal, sino uno de esos mensajes codificados y simples que podían ser enviados desde tal distancia. Durante diez años habían estado emitiendo luz amarilla, que venía a significar: *la exploración continúa*. Y hasta hacía sólo unos veinte días se habían visto ante el dilema de enviar luz roja: *No hallamos planeta, regresamos a la base*. Pero ahora... ¡Ahora tenían el planeta de Lory!

Aarón movió la cabeza mientras masticaba una rodaja de auténtico huevo duro, pensando en la señal verde que iniciaría su viaje de cuatro años hasta alcanzar la Tierra: *Hallamos planeta, lanzad las flotillas de emigración, coordinadas tal y tal*. Millones, cientos y miles de millones de terráqueos luchando y presionando por conseguir una de esas plazas relativamente escasas para partir hacia un mundo nuevo y desconocido en las naves de transporte.

Aarón frunció el ceño; le disgustaba pensar en los seres humanos en «términos de miles de millones». Quería considerarlos individualmente, como gente, sin tener en cuenta su número, personas cada una con su rostro, su nombre, su personalidad única y un destino, un futuro con su peculiar significado y misión. Invocó su ritual personal, su defensa contra el pensamiento masificado, lo cual resultaba simple al recordar a las gentes que él mismo había conocido y tratado. Un ejército invisible pasó por su mente mientras masticaba la comida. Gentes... aquéllos de los que había aprendido... sí, ¿pero qué? Algo, importante o sencillo. Una existencia... El rostro de Thomas Brown se destacó con un brillo frío en su recuerdo. Brown era el asesino

triste que fue su primer paciente en una operación de neurocirugía hacía ya quién sabe cuántos años en el Houston Enclave. ¿Le había ayudado? Probablemente no, pero Aarón sentiría como un condenado si olvidara a ese hombre. Un hombre vivo no es una estadística. Sus pensamientos se ocuparon de sus compañeros de expedición, aquellos sesenta elegidos. La crema de la Tierra, pensó con un semisarcasmo. Su resistencia, su capacidad de recursos, su salud excepcional. Pensó que no tenía nada de improbable que los hijos más sanos y capaces de la Tierra estuvieran en esa delicada burbuja de aire y calor a cincuenta billones de kilómetros del planeta de origen, en el «Centauro».

Dejó la bandeja en el reciclador y se serenó. Tenía que examinar dieciocho horas de cinta registradora del biomonitor para comprobar las normas básico-lineales médicas de Tighe, Lory y la suya propia. Y tenía que hablar con las dos personas que creían haber visto a Tighe. Cuando se levantó, sus ojos se fijaron de nuevo en la imagen de la Tierra de la fotografía del muro: su solitaria y vulnerable joya pendiente en las tinieblas del vacío. De repente volvió a su mente el sueño de la noche anterior. Volvió a ver el pene monstruoso apuntando hacia las estrellas con el «Centauro» en la punta superior, latiendo de placer y apenas capaz de esperar que se soltara el gatillo que había de disparar el diluvio humano. Se dio un golpe en la frente con el puño y la alucinación se borró. Enfadado consigo mismo, se dirigió de nuevo a la cabina de observación.

En la pantalla le esperaba la imagen de Bruce Jang, su compatriota, el joven ingeniero chinoamericano tripulante de una nave espacial en la que cada uno es el mejor de su especialidad. Sólo que ya no era «joven»; había dejado de serlo en el transcurso de aquellos diez larguísimos años, se dijo Aarón con un reproche.

—Me tienen aquí encerrado, Bruce. Se me ha dicho que has visto a Tighe. ¿Dónde y cuándo?

Bruce reflexionó antes de responder. Sólo dos años antes era ágil y rápido de reflejos como una ardilla, con una sonrisa alegre y segura y una mirada en la que había esa expresión casi cínica del que se toma todo un poco a risa. La respuesta al universo de la Técnica.

—Estuvo en mi alojamiento a las siete. Estaba haciendo la limpieza y tenía la puerta abierta. Vi que me estaba mirando fijamente con aspecto raro, de chiflado.

—¿Raro? ¿La expresión sólo? ¿Había alguna otra cosa peculiar en él? Quiero decir si era visualmente diferente en algún aspecto...

Hubo otra pausa.

—Ahora que lo dices... sí. Su índice de refracción era apenas una sombra.

Por un momento Aarón se quedó desconcertado; después se dio cuenta de lo que Bruce quería decir.

—¿Quieres decir que Tighe aparecía como borroso o traslúcido?

—Sí, ambas cosas —dijo Bruce con tono seguro—. Pero era él.

—Bruce, Tighe no salió ni un solo momento de la enfermería de cuarentena. Lo hemos comprobado.

Hubo otra pausa larga; Aarón hizo un gesto de desencanto, recordando las sombras que esperaban para rodear a Bruce como una mortaja. El casi-suicidio había sido horrible.

—Ya lo veo —dijo Bruce con tono casual—. Debe haberse tratado de una alucinación, ¿pero qué es lo que puedo hacer?

—No, Bruce. Tú no fuiste el único que le vio. Hubo también otra persona que vio a Tighe. Ahora voy a controlarlo.

—¿Otra persona? —el rápido cerebro de Bruce se dio cuenta de inmediato del alivio que aquello significaba para él. Desapareció aquella sombra fatídica—. Uno es accidente, dos es coincidencia. Tres veces, una acción del enemigo.

—Observa por mí por ahí. ¿Lo harás, Bruce? Yo estoy estancado aquí.

Aarón no creía en la acción enemiga, pero sí en que podía ayudar a Bruce Jang.

—De acuerdo. No es exactamente el juego que me gusta jugar, pero de todos modos lo haré.

Desapareció. El Hombre sin Patria. Durante años Bruce se había sentido unido al equipo de exploración chino y en especial a Mei-Lin, su ecologista. Había esperado, lleno de confianza, ser una de las dos personas sin nacionalidad que, de acuerdo con lo pactado, el comandante Kuh llevaría en su misión exploratoria al nuevo planeta. Significó para él un golpe mortal que Kuh, que se sentía profundamente chino, eligiese a Lory y a la mineralista Aussie.

La segunda persona que había visto a Tighe apareció en la pantalla de Aarón: Ahlstrom, su jefa de computadores, alta, rubia y más o menos humana. Antes de que Aarón tuviera tiempo de saludarla, ella le dijo con tono ofendido y de resentimiento.

—No tenía usted derecho a dejarle salir.

—¿Dónde lo vio usted, jefa Ahlstrom?

—En mi unidad Número Cinco.

—¿Habló usted con él? ¿Tocó alguna cosa?

—No. Se marchó inmediatamente. Pero estuvo allí y no debió habersele permitido salir.

—Dígame una cosa: ¿tenía un aspecto distinto de lo usual de alguna manera?

—Sí, diferente —dijo la mujer alta con tono burlón—. Casi le faltaba la mitad de la cabeza.

—Quiero decir aparte de eso, de su herida —dijo Aarón con cuidado de no herir susceptibilidades al recordar que la jefa Ahlstrom tenía un sentido muy peculiar del humor.

—No.

—Jefa Ahlstrom, el teniente Tighe no abandonó ni por un momento la enfermería de cuarentena. Hemos verificado su ritmo cardíaco y el registro de respiración. Estuvo allí durante todo el tiempo, sin excepción.

—Usted le dejó salir.

Aarón discutió, esperando la acostumbrada línea defensiva de Ahlstrom.

—Está bien, soy una sueca tozuda, demuéstremelo.

La tozudez de la jefa Ahlstrom era una leyenda en el «Centauro»; durante el período de aceleración había salvado la misión al negarse a creer los datos fluctuantes de sus propias computadoras, hasta que los sensores de superficie fueron retirados y controlados en busca de cristalización. Pero ahora ya no era la misma mujer, así que de repente se levantó como si estuviera enfrentándose a un viento frío y desagradable y dijo con tono desolado:

—Me gustaría poder volver a casa. Ya estoy cansada de esta máquina.

Esto resultaba tan poco corriente que Aarón no encontró nada que decir antes de que Ahlstrom se marchara. Por un momento se sintió preocupado: si Ahlstrom necesitaba ayuda, se vería enfrentado a una difícil tarea hasta conseguir penetrar en aquella mente tan sinuosa y peligrosa como un desfiladero. Pero, por otra parte, se sintió aliviado en cierto modo al comprobar que las dos personas que decían haber visto a Tighe estaban sometidas a una gran tensión síquica y personal.

Han visto a Tighe en sus alucinaciones, pensó Aarón. Eso es lógico. Tighe era el símbolo del desastre. Un símbolo apropiado de ansiedad que, en realidad, debía haberse aparecido a un número mayor de personas. De nuevo sintió orgullo al pensar en los tripulantes del «Centauro», tan vigorosos y resistentes todavía al cabo de diez años privados de la Tierra, diez años de vida apretada, separados de la muerte por sólo una débil chapa de metal.

Y ahora por algo más: aquella muestra de vida extraña encerrada en el «China Flower». El forastero que vino con Lory. En esos momentos lo sentía como si estuviera colgado sobre el respaldo de su silla.

—Hay dos personas más esperando para verle, jefe —dijo la voz de Coby en el intercomunicador.

También eso resultaba poco corriente. Normalmente, las gentes del «Centauro» estaban en buen estado de salud y no solían acudir frecuentemente al médico.

El oceanógrafo peruano hizo acto de presencia para, con el rostro avergonzado, confesarle que padecía de insomnio. Debido a su religiosidad era contrario al empleo de drogas, pero Aarón le persuadió de que utilizara un regulador alfa. El segundo en entrar fue el jefe del servicio hidropónico, Kawabata, que estaba preocupado por unos espasmos y contracciones en las piernas. Aarón le recetó quinina y Kawabata pasó un rato hablando con satisfacción del estado del cultivo de embriones que estaba experimentando.

—Noventa por ciento de posibilidades de vida después de diez años de criostasis. Y hablando de otra cosa, doctor, ¿el teniente Tighe ya se ha recuperado lo suficiente como para que usted le permita andar por ahí en libertad?

Aarón se sintió demasiado asombrado para poder pronunciar algo más que unas palabras ininteligibles. Él jefe de la granja de la nave se marchó tras alabar durante un rato más a sus pollos —animal que a Aarón no le gustaba nada— y por fin se fue.

Impresionado, Aarón fue a ver a Tighe. Las luces del sensor situadas fuera de la puerta indicaban que todos los registros funcionaban: pulso regular, electroencefalograma normal, aunque un poco débil. Los registros estaban fuera y Aarón los observó antes de entrar. Después abrió la puerta.

Tighe estaba tumbado sobre un costado, mostrando su llamativo y aguzado perfil nórdico y sumido en un profundo sueño. No parecía tener más de veinte años; sus pómulos salientes eran rosados y su piel suave; sus ojos cerrados daban a su rostro un aspecto sumiso. El prototipo de muchacho guapo que se mantiene permanentemente seductor con su bufanda de aviador de seda blanca agitada por el fresco aire de la mañana. Mientras Aarón le vigilaba, Tighe hizo un movimiento inconsciente y alzó uno de los brazos, al cual estaba conectado un cable para la información de la presión sanguínea. El movimiento hizo que mostrara de frente su hermoso rostro y sus largas pestañas rubias que le sombreaban los párpados.

En esos momentos se pudo ver que Tighe era ya un hombre de unos treinta años, con una desagradable hendidura, un hueco, en el lugar en que debiera estar su parietal izquierdo. Todo había ocurrido tres años antes. Tighe había sido su primer paciente con una lesión grave. Un accidente estúpido. Había regresado sano y salvo de una expedición difícil y casi fue decapitado por un tanque de oxígeno vacío que se desprendió del lugar en que estaba sujeto.

Como si se diera cuenta de la presencia de Aarón, Tighe sonrió enternecedoramente con una promesa de placer en sus labios finos y largos. Tighe, antes de sufrir su lesión, había sido foco de varias amistades homosexuales —algo con lo que ya se contaba en el programa «Centauro»—. Como tantas otras cosas que han servido para conservar nuestra salud mental durante todo este tiempo, pensó Aarón con ciertos remordimientos. Él, por su parte, jamás llegó a ser uno de los amantes de Tighe. Era demasiado consciente de la falta de gracia de su utilitario cuerpo. Para él resultaba más segura la receptividad impersonal de Solange. Lo que, seguramente, también había sido ya calculado en la programación, pensó Aarón. Sí, todo parecía perfectamente programado; todo menos Lory.

Tighe movió los labios como si tratara de decir algo en sueños.

—Ho... o... —los circuitos vocales cruzaron el desierto de su lóbulo destruido—. Ho... el hogar...

Abrió los ojos tras las largas pestañas, sus ojos azul cielo, que se fijaron en

Aarón.

—Todo va bien, Tighe —mintió Aarón tocando cariñosamente su frente. Tighe hizo unos ruidos guturales, salivosos, y volvió a quedarse dormido. Su elegante cuerpo de atleta describió un lento arabesco en la baja gravedad. Aarón comprobó el estado de las sondas y catéteres y se marchó.

La puerta cerrada que había enfrente era la de Lory. Aarón golpeó en ella familiarmente y entró, consciente del ojo de vigilancia que había en el techo.

—Mañana a las nueve —le dijo a su hermana—. El último examen. ¿Estás de acuerdo?

—Eso eres tú quien debe decirlo —le hizo un guiño amistoso y miró después, atentamente, los datos registrados por el biomonitor.

Aarón la miró de reojo incapaz de imaginar cómo podía expresar alguna sospecha cósmica y eterna con aquel aparato de vigilancia y escucha sobre su cabeza. Acto seguido salió para hablar con Coby.

—¿Existe alguna posibilidad de que Tighe pueda haber ido a algún lugar donde su imagen pudiera ser captada por una pantalla de telecomunicación?

—La respuesta es absolutamente negativa. Mírelo usted por sí mismo —le dijo Coby, mostrándole los cables de conexión ninguno de los cuales pasaba más allá del corredor de la cámara de aislamiento. Sus ojos brillaron al mirar a Aarón—. Yo no le he puesto ningún micrófono ni transmisor visual oculto. No tengo que vigilarle.

—¿He dicho yo que lo hiciera? —le replicó Aarón con dureza. Pero se sintió culpable porque ambos sabían que Coby fue el otro caso importante de Frank Foy hacía ya cinco años. Aarón había sorprendido a su ayudante y subordinado, el doctor Coby, fabricando y comerciando con drogas de sueños. Aarón suspiró involuntariamente. Un asunto miserable. No se pensó ni por un momento en «castigar» a Coby, como tampoco se hubiera hecho con nadie del «Centauro», puesto que a todos y cada uno resultaban de todo punto imprescindibles para la misión. Y Coby era el mejor de los patólogos. Cuando regresaran a la Tierra, si volvían, tendría que enfrentarse quién sabe con qué. Mientras tanto, no tenía otra cosa que hacer sino seguir realizando su trabajo. Fue por aquel entonces cuando empezó a llamar «jefe» a Aarón.

Ahora Aarón podía ver que una nueva animación se reflejaba en la mirada y en la expresión del rostro ligeramente simiesco de Coby. Naturalmente... ¡el planeta! No volver jamás a la Tierra. Muy bien, excelente, pensó Aarón. A él le caía bien Coby, la inquebrantable ingenuidad de primate de aquel hombre.

Coby le informó de que Gomulka, el jefe de timoneles, se había presentado en la enfermería con los nudillos rotos y se había negado a que le viera Aarón. Coby hizo una pausa esperando que Aarón se diera cuenta de lo que aquello significaba. Aarón se dio cuenta con disgusto: una pelea, la primera violencia física desde hacía años.

—¿A quién le pegó?

—A uno de los rusos, al menos eso es lo que supongo.

Aarón movió la cabeza con aire cansado; después sacó las cintas y registros que tenía que examinar.

—¿Dónde está Solange?

—En Xenobiología, preparando y controlando lo que usted necesitará para analizar esa cosa. Por cierto, «jefe» —Coby hizo un gesto señalando la lista de personal de servicio—, se saltó usted su turno de limpieza. Ayer hubo Servicio General. He procurado que Jan le ponga a usted en el equipo de cocina la próxima semana. Tal vez así pueda convencer a Berryman de que nos dé algo de café auténtico.

Aarón le respondió con un gruñido y tomó las cintas y grabaciones, que se llevó a la sección de Entrevistas para comenzar el estudio con el comparador. Le costaba trabajo mantenerse despierto mientras los carretes blancos iban girando y ganando velocidad en el analizador de discrepancias sin que pudiera notar reacción alguna. La suya y la de Lory eran completamente nominales, con todas las variaciones dentro de los límites normativos. Aarón se dirigió al servicio de suministros con la esperanza de que Solange hiciera acto de presencia. Pero no fue así. Desilusionado y a disgusto, volvió para analizar las grabaciones de Tighe.

Aquí, por vez primera comenzó a vacilar el indicador de discrepancias. Al cabo de dos horas de información, el analizador había reunido y controlado una desviación que llegaba a ser importante, y que siguió aumentando a medida que Aarón proseguía el análisis comparativo de las grabaciones. Pero el médico no se sorprendió por ello, puesto que se trataba del mismo tipo de desviaciones que Tighe había venido mostrando a lo largo de toda la semana, después de su problemático contacto con la cosa extraña. Un ligero y progresivo debilitamiento de las funciones vitales, presente principalmente en el electroencefalograma. Siempre una continúa debilitación de «theta». Teniendo en cuenta que «theta» correspondía a la memoria, podía decirse que Tighe estaba perdiendo su capacidad de aprendizaje.

¿No nos ocurre a todos lo mismo?, se preguntó Aarón interrogándose intrigado sobre lo que realmente había ocurrido en el corredor Gamma. La nave exploradora «China Flower» había sido acoplada allí con las puertas herméticamente cerradas y vigiladas por un solo centinela. Una misión aburrida, después de dos semanas sin que ocurriera nada. El guardián había abandonado por un momento su lugar de vigilancia para tomarse una taza de caldo. Cuando regresó, Tighe estaba caído en la cubierta de carga de la nave exploradora y la escotilla estaba abierta. Tighe debió haber llegado allí directamente por la plataforma de embarque. Como antes de su accidente había sido jefe del equipo EVA, era natural que pasara por allí. ¿Había estado cerrando o abriendo la compuerta cuando se desmayó? ¿Había entrado en la nave y visto al

extraño? ¿Aquella cosa le había causado el choque y el desmayo de un modo desconocido? Nadie podía saberlo.

Aarón se dijo a sí mismo que lo más posible era que Tighe hubiera sufrido un fallo cerebral espontáneo cuando se aproximaba a la escotilla. Al menos lo suponía. De un modo u otro, para evitar cualquier posibilidad de peligro, Yellaston había ordenado que la nave exploradora fuera apartada de «Centauro» y fijada a un cable de sujeción. A partir del accidente, el nivel de vitalidad de Tighe descendía continuamente, día tras día. De manera poco ortodoxa se presentaba un deterioro cerebral que no era registrado. Aarón no sabía qué hacer para mejorar el estado de Tighe. Y quizás era mejor que las cosas fueran así.

Con el cansancio metido en los huesos, sacó fuerzas de flaqueza y se ocupó de atender a que las necesidades de Tighe estuvieran cubiertas. Pensó que también era justo que pasara a desearle las buenas noches a Lory.

La joven aún seguía tumbada en la cama, encogida como un chiquillo y sumergida en la lectura de un libro. El «Centauro» llevaba a bordo libros auténticos, aparte de las microfichas. Una diversión complementaria.

—¿Has encontrado algo interesante?

Ella alzó la vista; sus ojos brillaban y tenían una expresión de orgullo y cariño por su hermano. El chivato del techo habría registrado esa fraternal muestra de estimación.

—Escucha esto, Arn —empezó a leer algo. Los oídos de Aarón se espabilaron justo a tiempo para oír lo último de la frase—: *¡Crece, levántate expulsando la bestia y deja morir al tigre y al mono!* Es algo muy viejo, Arn. De Tennyson.

Lory le dedicó una sonrisa íntima, cariñosa.

Aarón hizo un gesto vacilante aunque afirmativo al reconocer la frase auténticamente victoriana. Ya había tenido bastante de tigre y de mono, de animal, y no estaba dispuesto a enfrascarse en un auténtico diálogo con Lory en tanto estuvieran sometidos a la vigilancia del receptor sónico-visual del techo.

—No te pases toda la noche despierta.

—La lectura me descansa —respondió con aire satisfecho—. Es un escape en la verdad. Me pasé leyendo casi todo el camino de regreso.

Aarón se emocionó con el pensamiento en aquel terrible viaje en solitario. ¡Querida Lory, esa mujercita loca!

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, querido Arn!

Regresó a su cabina maldiciendo con viejos tacos al equipo de selección del «Centauro». Habían utilizado la mentalidad del peatón, y no la intuición. Lory, el objeto-sin-sexo, segura. Aun dejando a un lado el hecho de que el cuerpo prepubertal de Lory podría provocar en un macho ocasional la sensación de que contenía una

especie de luminosidad sexual latente, alguna supersensualidad secreta latiendo como una larva ardiente e invisible en la médula de sus delgados huesos... En sus tiempos de la Tierra, Aarón había tenido ocasión de observar una serie de tales idiotas rompiéndose las narices en su intento de penetrar hasta esa médula erótica y mítica de Lory. Afortunadamente no había ocurrido eso con nadie del «Centauro», al menos hasta entonces.

Pero no había sido aquélla la más importante omisión de la comisión seleccionadora. Aarón suspiró, echado en la oscuridad. Él conocía la luz secreta que se ocultaba como un relámpago en los huesos de Lory. No había en ella nada sexual. Era su implacable inocencia, o para emplear la antigua frase, *un corazón fanático*. Una visión demasiado clara del bien y un odio demasiado seguro del mal. Entre ambas cosas no se desperdiciaba el amor. No quedaba mucho para los seres vivos. Aarón suspiró de nuevo, oyendo la terrible condena en su voz. ¿Habría cambiado su hermana? Probablemente no. Probablemente eso tampoco tenía demasiada importancia, se dijo ¿qué importancia podía tener, si la suerte ha querido poner la cabeza de Lory entre nosotros y lo que sea de aquel planeta? Se trata de un problema técnico; aire y agua y todas esas cosas, nada más...

Con un esfuerzo logró apartar de sí esos pensamientos. He estado encerrado aquí veinte días con Tighe y con ella, se dijo. Estoy sufriendo alucinaciones, fantasías, como consecuencia de mi falta de libertad. Cuando el sueño llegó, sus últimos pensamientos estaban dedicados al capitán Yellaston. El viejo debía hallarse escaso de suministros.

II

Inmensamente alta, eternamente noble, la mujer caminaba lentamente entre las nubes grises que se deslizaban por el firmamento. En sus gestos de pesar, movía su pesado cabello adornado con joyas oscuras; los gestos de su cabeza, los latidos de su corazón; una reina fúnebre paseando junto a un mar oscuro, plomizo. Animales salvajes encadenados se movían lentamente a sus pies; el tigre deslizándose felinamente con triste majestuosidad, el mono haciendo gestos de imitación de su triste desesperación; se arrancó los lazos de los cabellos en su agonía, y se deslizaron por el viento helado. Se agachó para desencadenar al tigre, incitándolo a aprovechar su libertad, pero la fiera pareció convertirse en olas dilatadas que flotaron con vida fantasmagórica entre las estrellas. El mono se enroscó a sus pies y la mujer dejó descansar sus largos dedos en su cabeza. El mono se había vuelto de piedra. La mujer comenzó a entonar un canto fúnebre a la vez que rompía uno a uno sus brazaletes junto al mar.

Aarón ya estaba despierto y sus ojos estaban húmedos de emoción y pena. Oyó su propia garganta haciendo un sonido que jamás había repetido desde el día en que murieron sus padres, recordó de pronto. La almohada estaba empapada. ¿Qué sucedía? Aquel maldito sueño, el tigre y el mono de Lory, pensó. ¡Fuera con todo aquello!

Se irguió y se dio cuenta de que no era por la mañana, como había pensado, sino que estaba todavía en plena noche. Mientras se humedecía la cara se dio cuenta agudamente de la existencia de una dirección a sus pies, una línea invisible que descendía hasta la nave exploradora herméticamente cerrada donde se hallaba el extraño. El extraño de Lory se hallaba allí.

De acuerdo. Enfrentémonos a ello, se dijo.

Se sentó en el catre, en la oscuridad. ¿Cree usted en poderes telepáticos extraños, doctor Kaye? ¿Es posible que ese vegetal encerrado ahí esté transmitiendo en una longitud de onda humana para expresar su desesperación?

Supongo que es posible, doctor. Casi todo es *posible*.

Pero las muestras de los tejidos, las fotografías... Mostraban una estructura no diferenciada, mostraban que no existía organización neuronal. Que no había cerebro. Era como una planta. Como una coliflor, como un líquen de gran tamaño, como un racimo de grandes uvas, dijo su hermana. Todo lo que hacía era utilizar su metabolismo y despedir una pequeña luminiscencia biológica. Potenciales celulares

más bien discretos *no pueden* generar nada suficientemente complejo como para desatar emociones humanas. ¿O pueden hacerlo? No, no pueden, decidió. Ni siquiera podemos hacerlo nosotros, por amor de Dios... Y no se trata de algo físico, como por ejemplo de algo subsónico; no es posible con el vacío espacial de por medio. Por otra parte, sin embargo, si esa cosa fuera capaz de hacer eso, Lory posiblemente no hubiera podido regresar en perfecto estado de salud mental. Casi un año viviendo cerca de una cosa capaz de emitir pesadillas... No, ni siquiera Lory podía haber resistido algo así. Debe tratarse de mí, soy yo quien está proyectando.

¡De acuerdo, soy yo!

Volvió a echarse en la litera, pero se acordó de que había llegado el momento de realizar otro examen general. Debía desarrollar también la sesión de asociación libre. Era posible que hubiera también otras personas que estuvieran experimentando fenómenos de agotamiento. Esas visiones de los que creían haber visto a Tighe... La última vez que se presentaron casos semejantes pudo diagnosticar a tiempo dos casos de depresión incipientes. Y era él mismo quien debía realizar personalmente esa parte del trabajo, pues eran muchos los que no lo aceptarían de Coby. Ese pensamiento le hizo sentirse culpable y, además, era posible que no fuera cierto... La verdad es que la gente hablaba más con Coby que con él. Tal vez él también tenía algunas de esas manías de superioridad, como Lory. Hizo una mueca y apartó esos pensamientos.

... Tighe se deslizaba entre los muros enroscado en posición fetal; su saco genital era enorme. Pero se trataba de un Tighe diferente. Era verde, según pudo ver Aarón, y fofo e hinchado como una enorme coliflor o un cúmulo. No asustaba. De hecho, no era nada real, así que Aarón pudo contemplar indiferentemente cómo esa nube-cúmulo-Tighe se hinchaba. Se deslizaba flotando hasta adquirir vida fantasmagórica entre las estrellas. Una bulbosa mano de recién nacido se movía lentamente, ta... ta...

Con un sobresalto, Aarón descubrió que ya había llegado la mañana. Se levantó vacilante y sintiéndose mal. Cuando salió, Solange estaba ya sentada junto a la mesa, al otro lado de la pared de vitrex. Instantáneamente, Aarón se sintió mejor.

—¡Soli! ¿Dónde has estado metida?

—¡Hay tantos problemas, Aarón! —hizo un gesto de preocupación—. Ya lo verás cuando salgas de aquí. No voy a darte más suministros.

—Tal vez no salga —Aarón tomó su taza de bebida caliente.

—¿Qué? —reflejó duda, temor—. El capitán Yellaston dijo tres semanas; el período ha transcurrido ya y te encuentras perfectamente sano.

—La verdad es que no me encuentro bien del todo, Soli.

—¿Es que no quieres salir, Aarón?

Sus ojos negros temblaron ansiosos; sus senos amplios mostraron la opresión de las ropas que los sujetaban. Aun desde el otro lado del vitrex, Aarón sentía la calidez

y la atracción de la mujer Aarón trató de devolver aquella radiación. Habían sido amantes desde hacía cinco años; él la amaba inmensamente, a su manera, con su bajo impulso sexual.

—Ya sabes que sí, Soli.

Observó a Coby que llegaba en esos momentos con los registros y gráficos de Aarón.

—¿Cómo me va, Bill? ¿Algún síntoma de la plaga extraña?

El rostro de Solange se conmovió de nuevo con una expresión de simpatía: una tierna alarma. Es como un juego, pensó Aarón. Si un brontosaurio le aplastara un pie, Soli soltaría un «¡oh!» de simpatía. Tal vez hiciera lo mismo ante la crucifixión, pero no se lo reprochaba. Pero había demasiada observación y demasiado control bioeléctrico para todo el mundo.

—A primera vista no veo nada anormal, doctor, excepto que no duerme demasiado bien.

—Ya lo sé. Malos sueños. Demasiada excitación hace que inquietudes pasadas vuelvan. Cuando salga de aquí realizaremos un nuevo reconocimiento general.

—Cuando el médico enferma reconoce a todo el mundo —dijo Coby con simpatía, lo que hizo casi desaparecer la expresión maligna que de ordinario había en su rostro. Se sentía feliz, eso estaba claro—. Hablando de otra cosa, jefe, Tighe está despierto. Acaba de hacer un pipí.

—Bien. Veré si consigo hacerle comer un poco.

Cuando entró Aarón, se encontró a Tighe que trataba de sentarse en la cama.

—¡Hola, Tighe! ¿Quieres salir y comer un poco?

Aarón le libró de los tubos, catéteres y electrodos y le ayudó a salir hasta el dispensador de víveres. Cuando Tighe vio a Solange agitó la mano con su antiguo gesto alegre y juvenil de saludo. Resultaba fantástico ver de nuevo el movimiento tantas veces practicado, tan rápido y hábil; durante unos minutos, el movimiento disimuló su incapacidad. Con aire normal tomó la bandeja y comenzó a comer, pero al cabo de unos bocados se escapó un violento sonido de su garganta y la bandeja se le cayó. Tighe se quedó mirándola con expresión trágica mientras Aarón se agachaba para recogerla.

—¡Déjalo, Aarón, ya lo haré yo! Tengo que entrar —dijo Solange mientras se ponía el traje de descontaminación.

Solange entró en la sección de cuarentena llevando el nuevo montón de cintas de registro que Aarón tenía que examinar. Aarón se dirigió con ellas al hall para estudiarlas. La sala de entrevistas servía también, normalmente, como unidad de proceso de datos. Los constructores del «Centauro» realizaron un buen trabajo, pensó mientras las bobinas giraban y el analizador daba las respuestas, normal-normal, como antes. Todo estaba previsto para la cuarentena; todo estaba previsto para toda

eventualidad. Imaginar nada menos que un navío estelar... Sí, estoy aquí, en una nave, en medio de las estrellas. «Centaurio» es el segundo que jamás... «Pioneer» fue el primero. Aarón estaba en el tercer curso cuando el «Pioneer» zarpó en dirección a la estrella Barnard. Estaba terminando el bachillerato cuando en la tierra se recibió la señal roja: nada.

¿Qué era lo que giraba en torno a la Barnard? ¿Una roca? ¿Una bola de gas? Jamás lo sabría, pues el «Pioneer» no logró emitir señales estructurales de vuelta a la Tierra y Aarón trabajaba como interno cuando se dio por perdido al «Pioneer». Su código regular de identidad había fallado y de su dirección sólo se recibía una débil señal de radio que ni siquiera se sabía si procedía de él ¿Qué había ocurrido? No había en qué basar ningún tipo de especulaciones El «Pioneer» era una nave espacial mucho más pequeña y menos perfecta. Los constructores del «Centaurio» lo fueron modificando en su diseño de acuerdo con las informaciones recibidas del «Pioneer» mientras se iba alejando y se hallaba todavía dentro del alcance de los aparatos de comunicación verbal o escrita.

Aarón volvió a dedicar su atención a las cintas, suprimiendo de manera automática el pensamiento de qué ocurriría si, después de todo, el «Centaurio» tampoco lograba encontrar nada. Todos ellos habían sido entrenados para no pensar en ello, no pensar en que la Tierra no estaba en condiciones de poder realizar otra expedición si el «Centaurio» fracasaba. Pero, incluso aunque se pudiera, ¿adónde habrían de dirigirse después? Nueve años-luz hasta Sirio. Un viaje sin esperanza. La energía y los recursos necesarios para construir el «Centaurio» casi habían llegado al extremo límite diez años antes. Incluso cabía la posibilidad de que ahora ya no fuera necesaria la emigración debido al canibalismo. Aarón se estremeció sólo de pensarlo. Y más todavía ante el pensamiento de que, incluso si lograban encontrar un planeta colonizable, ya podía ser demasiado tarde y nadie esperaría la señal.

Logró poner en orden su subconsciente con un esfuerzo mental y confirmó que los registros y gráficos recogidos en las cintas no indicaban nada anormal, con excepción de las curvas generadas por sus pesadillas. Los niveles de descenso de Lory eran algo más bajos, aunque estaban dentro de los límites normales. En cuanto a Tighe, había descendido un poco más desde el día anterior. ¿Por qué razón?

Ya era tiempo de prepararlo todo. Lory y Solange estaban esperando para lo que el capitán Yellaston había llamado cortésmente la «decodificación» final. Aarón se dirigió al cubículo de observación y se preparó para observar.

Frank Foy fue el primero en aparecer en su pantalla para hacer las preguntas estandarizadas. Aún estaba allí cuando entraron Yellaston y los comandantes de exploradores. De nuevo Aarón sintió odio por la escena que tenía que contemplar; tuvo que admitir, no obstante, que tanto Don como Tim tenían expresión de neutralidad e imparcialidad. Entrenamiento especial; por lo tanto, debían conocer a la

perfección todo lo relacionado con la humillación corporal.

Foy terminó con las preguntas preliminares. El capitán Yellaston puso en marcha el aparato registrador sellado y el diario de a bordo.

—Doctora Kaye —comenzó Foy el interrogatorio—, tratemos de su viaje de vuelta a la nave. El módulo de carga en que usted transportaba la forma de vida extraña tenía un sistema de visualización enlazado con el módulo de mando en el cual vivía usted. Ese sistema estaba cerrado, soldado. ¿Lo hizo usted?

—Sí, fui yo.

—¿Por qué lo cerró? Por favor, responda concisamente.

—El telón de cierre no era hermético y dejaba filtrarse la luz. No quería que mi ciclo diario de luz pudiera afectar a aquella forma de vida extraña. Pensé que eso podría causarle daño, pues parecía ser extremadamente sensible a la luz. Se trata del espécimen biológico más importante que jamás conseguimos, así que pensé que debía tomar el máximo de precauciones. El módulo de carga estaba preparado para dar al espécimen un ciclo circadiano de veintidós horas con cambios graduados, exactamente igual que en el planeta. Allí hay unos largos atardeceres maravillosos, ¿no lo sabía?

Foy tosió reprobatoriamente.

—No se conformó con cerrarlo sino que lo soldó. ¿Tenía usted miedo de la forma extraña?

—¡No!

—Repito: ¿Tenía usted miedo de la forma extraña?

—No, no lo tenía... bueno, sí... Supongo que estaba un poco asustada en cierto sentido. Ya puede suponerlo. Tenía que permanecer sola durante todo ese tiempo. Estaba convencida, segura, de que aquella forma de vida era inofensiva, pero pensaba que podía crecer en exceso bajo la influencia de la luz y en dirección a ella. Incluso pensé en la posibilidad de que adquiriese movilidad. Existe una mixomiceta común — un hongo— que tiene una fase móvil, la *Lycogala epidendron*. En fin, yo no estaba segura de lo que podía ocurrir. Y tenía miedo de que la actividad luminiscente de la forma pudiera mantenerme despierta. Yo no duermo muy bien y mi sueño es muy ligero.

—En consecuencia, ¿no creía usted que aquella forma de vida pudiera resultar peligrosa?

—No ¡Y ahora estoy segura de ello! No hizo nada en todo el viaje. Puede usted comprobarlo revisando todos los registros de datos.

—¿Puedo recordarle a usted que debe controlar su forma de hablar, doctora Kaye? Volviendo otra vez al hecho de que el comunicador visual estuviera cerrado, ¿es que tenía usted miedo de ver al extraño?

—Claro que no. ¡No!

El joven Frank es realmente un tipo excepcional, pensó Aarón; tiene más imaginación de lo que pensaba.

—Doctora Kaye, usted ha declarado que el instrumento utilizado para la soldadura fue dejado en el planeta. ¿Por qué?

—El comandante Kuh lo necesitaba.

—Y también ha desaparecido el equipo de herramientas normal de la nave exploradora. ¿Por qué?

—Ellos tenían necesidad de todo. Si en la nave ocurría alguna avería durante el regreso yo no sabría arreglarla, así que las herramientas no me servían de nada.

—Por favor, doctora Kaye. No se extienda en las respuestas.

—Lo siento.

—¿Tenía usted miedo de tener a bordo un aparato con el que podía haber soltado la forma extraña que llevaba a bordo?

—¡No!

—Repito: Doctora Kaye, ¿no tenía usted miedo de llevar a bordo un instrumento con el que podría haber abierto la puerta de acceso al módulo donde venía la forma extraña?

—¡No!

—Repito: ¿Tenía usted miedo de poseer un medio con el que abrir la puerta a esa vida extraña?

—No. Eso es una estupidez.

Foy verificó algunas de sus cintas de registro y grabaciones. El hígado de Aarón no necesitaba de aparatos de registro, pues ya estaba registrando el exagerado candor. ¡Dios mío! ¿Sobre qué, por qué, estaba mintiendo Lory?

—Repito: Doctora Kaye...

Foy iba a continuar insistiendo tozudamente en la misma pregunta, pero Yellaston alzó la mano y le interrumpió. Foy dejó a un lado las cintas que había estado comprobando.

—Doctora Kaye, ¿quiere usted explicarnos de nuevo por qué razón no recogió los datos computados desde el principio de su llegada al planeta?

—Sí los recogimos. Gran número de datos los suministramos a la computadora, pero ésta no los almacenó porque el circuito de recepción estaba interrumpido. A nadie se le ocurrió comprobarlo; quiero decir que no se nos ocurrió que algo así pudiera ocurrir, pues no se trata de una avería normal, a mi juicio. Es una pena todo el material que perdimos. Mei-Lín y Líu hicieron un extensísimo trabajo eco-geológico de los perfiles y los lechos de los ríos, de todos los aspectos biológicos, de todo...

—Bien, doctora Kaye, ¿eliminó usted los datos de la computadora?

Lory se mordió los labios y se ruborizó. Al cabo de diez años en el espacio aún tenía pecas.

—¡No!

—Por favor, doctora Kaye. Bien, voy a tratar de refrescar su memoria sobre esta grabación supuestamente hecha por la voz del comandante Kuh.

Apretó unos botones y se oyó una voz débil que decía:

—«Muy... bien, doctora Ka-yee. Usted... irá».

Desde luego, era la voz de Kuh; Aarón conocía esos audiogramas, que no resultaban favorables para la voz humana ni agradables para los oídos.

—¿Afirma usted que el comandante Kuh estaba en buen estado de salud cuando pronunció esas palabras?

—Sí. Desde luego, estaba cansado. Lo estábamos todos.

—Por favor, doctora Kaye, limite sus respuestas. Repito: ¿Se hallaba el comandante Kuh en un estado normal de salud, aparte de su cansancio, cuando se hizo esta grabación?

—¡Sí!

Aarón cerró los ojos. Lory, ¿qué es lo que has hecho?

—Repito: ¿Se hallaba el comandante Kuh en perfecto estado de salud física y mental...?

—¡Oh, *ya está bien!* —Lory movió la cabeza desesperadamente—. Déjelo ya... No era eso lo que quería decir, señor —sus ojos se dirigieron hacia la pantalla, para ella apagada pero que sabía era la que utilizaba Yellaston para observarla, y suspiró profundamente—. Realmente lo que ocurrió no tenía ninguna importancia. Fue una diferencia de criterio. El segundo día en el planeta.

Yellaston levantó un dedo advirtiendo a Foy. Los dos comandantes de exploradores parecían estatuas.

—Dos de los miembros de la tripulación creyeron que era más seguro para ellos quitarse sus trajes espaciales —dijo Lory con un suspiro—. El comandante Kuh no se mostró conforme con esa idea y, sin embargo, los hombres se los quitaron. Y no querían volver al módulo de desembarco, pues pensaban que era mejor acampar fuera...

Lory levantó los ojos como si pidiera comprensión de quienes la estaban escuchando, y continuó:

—Es que el planeta es tan agradable... y nosotros llevábamos ya tanto tiempo encerrados en esta nave...

Foy vio algo sospechoso. Pensó que por ahí podía llegar a descubrir algo anormal, peligroso. Dio un golpe sobre la mesa y lanzó su pregunta como una catapulta:

—¿Quiere usted decir que el comandante Kuh se quitó el traje espacial y enfermó?

—¡Oh, no! Hubo una... digamos una pequeña discusión —dijo Lory dolorosamente—, y como consecuencia de ella sufrió una magulladura en la zona de

la laringe. Ésa es la razón por la cual...

Lory se dejó caer en la silla casi llorando.

Yellaston se levantó y apartó a Foy del micrófono.

—Es muy comprensible, doctora —dijo con calma—. Me doy cuenta del enorme esfuerzo que debe representar para usted este informe, sobre todo después de la gran tensión de regresar sola a la base. Ahora creo que ya tenemos un buen informe, completo y suficiente.

Foy se levantó entre sorprendido y enojado. Él había oído algo podrido, pero era algo distinto de lo que había pensado. Aarón lo comprendió. El chino supersensible, la necesidad de evitar disensiones internas entre el cuerpo de oficiales... Implicaciones y más implicaciones. Hubo una rebelión entre la tripulación de Kuh y por esa razón alguien borró la memoria mecánica del «China Flowers».

¡Ése era el secreto de Lory! Aarón respiró hondamente, aliviado, con euforia. ¡Eso era todo!

El capitán Yellaston era un veterano en esos asuntos y sabría cómo suavizarlos.

—Supongo, doctora Kaye —dijo el capitán—, que la situación fue resuelta rápidamente por la decisión del comandante Kuh de comenzar la colonización, y su confianza en que usted nos traería su mensaje de modo conveniente para transmitirlo a la Tierra como realmente ha hecho, ¿es así?

—Sí, mi capitán —dijo Lory con agradecimiento. Aún temblaba. Todos sabían que la violencia, del tipo que fuera, sacaba de quicio a Lory—. Mire, señor, aun en el caso de que a mí me hubiera ocurrido algo serio, la nave espacial estaba bajo conducción automática después de alcanzar el punto medio de su viaje. Es decir, hubiera llegado aquí y ustedes hubieran comprendido.

Lory no mencionó que estaba inconsciente como consecuencia de la hemorragia de sus úlceras cuando las señales del «China Flowers» llegaron tras cruzar la capa electrónica de los soles de la Constelación de Centauro; Don y Tim habían tenido que trabajar todo un día para atraparla y traerla. Aarón se quedó mirándola con cariño. Mi hermana pequeña, la supermujer. ¿Hubiera podido yo hacer una cosa semejante? Mejor era no preguntárselo.

Escuchó satisfecho cómo Yellaston continuaba haciendo algunas preguntas sobre las lunas del planeta y puso la comunicación abierta en ambas direcciones para registrar una recomendación favorable para Lory. Foy seguía todavía temblando; los dos comandantes de exploradores parecían dos tigres nerviosos. ¡Oh, el nuevo planeta! Miraron a Lory con aire benevolente e incluso le dedicaron un gesto afectuoso con las cabezas. Después miraron a Yellaston como si quisieran insinuarle la necesidad de dar luz verde cuanto antes.

Yellaston preguntó a Aarón si confirmaba desde un punto de vista médico que no había necesidad de mantener la cuarentena. Aarón confirmó que no había apreciado

discrepancia alguna y, así, la cuarentena fue levantada oficialmente. Solange comenzó a librar a Lory de sus sondas y cables. Cuando el grupo de mando se fue, Yellaston dirigió a Aarón esa mirada desprovista de expresión que tan bien conocía; el capitán le esperaba esa tarde en su alojamiento con lo habitual.

Aarón tomó una bebida caliente y se la llevó a su cabina para saborearla con tranquilidad. Pensó que Lory, verdaderamente, había hecho un trabajo formidable, estupendo. Fuera lo que fuera lo que ocurrió con el chino, no cabe duda de que debió causar una gran impresión en Lory. Se sentía inquieta, temerosa de que le ocurriera algo a él cuando jugaba al hockey, recordó. Pero se había hecho mayor y supo controlarse y evitar que el diario de la expedición registrara esos estúpidos y violentos sucesos. No había que echar fango sobre la misión. ¡Ese idiota de Foy...! ¡Lo has hecho muy bien, hermanita! dijo Aarón a la imagen que tenía en su mente. No sueles ser habitualmente tan considerada con nuestras imperfectas empresas.

La imagen continuaba en el fondo de su mente, inmóvil, sonriendo enigmáticamente. No fue siempre tan considerada con la sensibilidad oficial, ¿verdad que no? Aarón frunció el ceño.

Corrección: Lory *jamás* se había mostrado considerada con las imperfecciones del hombre. Lory *jamás* fue diplomática. Si yo no hubiera operado su cabeza, Lory estaría ahora en un Centro de Reajuste Mental con una quemadura en la corteza cerebral, en vez de ir en esta nave. Y Lory había sido agresiva e hiriente como una mal nacida con el pobre Jan. ¿Había bastado un año de soledad en la nave exploradora para obrar el milagro?

Aarón reflexionó profundamente; él no creía en milagros. ¿Había mentido conscientemente Lory para defender la frágil unidad del hombre? Movi6 la cabeza. No era muy probable. De pronto se le ocurrió un pensamiento que no le gustó: aquel relato salvaba algo. Salvaba su propia credulidad. Supongamos que, efectivamente, ocurrió aquella especie de motín entre los chinos. ¿Estaba Lory utilizando ese asunto, tratando de que Foy lo sacara de ella con esfuerzo para justificar así la falta de las grabaciones y la información de la computadora? ¿Para que ella —y alguna cosa— logran pasar el control de Francis Xavier Foy? Lory había tenido tiempo de planearlo, demasiado tiempo.

Aarón se estremeció desde el cuello a la cintura y salió de su cabina encontrándose cara a cara con Lory, que también salía de la suya.

—¡Hola! —su hermana llevaba una sencilla bolsa pequeña. Aarón se dio cuenta de que aún estaba el micrófono y la cámara de observación sobre sus cabezas.

—¿Contenta de salir? —preguntó.

—¡Oh, no estoy disgustada! Lo comprendo perfectamente —arrugó la nariz—; se trataba de una medida de precaución racional para la protección de la nave.

—Ve0 que te has vuelto más... tolerante.

—Sí —ella se quedó mirándole con lo que el observador registraría como un gesto fraternal—. ¿Sabes cuándo va a examinar el capitán Yellaston al espécimen que traje conmigo?

—No, pero supongo que será pronto.

—Bien —la sonrisa que brillaba en sus ojos hizo que Aarón se sintiera furioso—. Realmente lo traje para ti, Arn. Deseaba que nosotros dos lo examináramos juntos. ¿Te acuerdas de cómo repartimos nuestros tesoros aquel verano en la isla?

Aarón murmuró algo y se encaminó vacilante hacia su cabina. Sus ojos relampagueaban como los de un hombre al que hubieran dado una patada en los testículos. Lory, pequeño demonio, ¿cómo has podido? En su mente surgió el cuerpo de su hermana a los trece años, enviando una ola de calor incontenible a la arteria peneal. Estaba marcado para siempre, temió; los pezones rosados de sus senos de niña, sus muslos desnudos. La increíble dulzura perdida para siempre. Él tenía quince años y había puesto fin a la virginidad de ambos en una isla elegante del Centro de Recreo para Oficiales de Fort Ogilvy, el año antes de la muerte de sus padres.

Aarón gruñó pensando si también habían perdido ambos sus almas al mismo tiempo que su virginidad, pero no creía en la existencia de las almas. ¡Oh, Lory...! ¿Era la pérdida de su juventud lo que ahora le hacía sentirse dolorido y afectado?

Suspiró de nuevo, y su corteza cerebral supo que estaba metida en algún asunto raro, mientras su médula cantaba sentimentalmente que la amaba a ella, solamente a ella y para siempre, como ella le amaba a él. ¡Maldito sea el equipo de selección que había considerado ese incidente insignificante e incluso beneficioso para la salud!

—¿Va a salir, jefe? —apareció la cabeza de Coby—. Voy a abrir todo esto, ¿de acuerdo? Hace falta hacer una limpieza general.

Aarón, con un esfuerzo, salió y se dirigió a inspeccionar las notas diarias de Coby. Más tarde, cuando hubiera recuperado su compostura y estuviera más tranquilo, iría a ver a Lory y le arrancaría parte de la verdad.

Cruzó el mamparo de vitrex, ahora abierto, y sintió que la libertad recuperada le daba nuevo vigor. El registro del estado de salud de la tripulación mostraba tres nuevos casos de insomnio; es decir, cuatro en total. Alice Berryman, la canadiense jefe del servicio de nutrición, sufría de constipado; Jan Ing, su colega en xenobiología, tenía anginas; la jefa de acuartelamiento, Miriamne Stein, sufría de migraña. Van Wal, el químico belga, volvía a sufrir de espasmos en la espalda. El jefe del laboratorio de fotografía, un nigeriano, tenía los ojos irritados; su ayudante, un ruso, se había roto un dedo del pie. Y los nudillos de Gomulka. Nadie sabía qué o a quién había golpeado, salvo que el dedo del pie roto de Pavel tuviera algo que ver con el asunto. Poco plausible... Se trataba de una lista excesivamente larga para el «Centaurio». Pero eso también resultaba comprensible si se tenía en cuenta la excitación reinante.

Solange hizo acto de presencia llevando un montón desordenado de registros de los biomonitores de insolación.

—Tenemos mucho trabajo que hacer con esto, Aarón. Tighe deberá quedarse aquí, ¿no es así? He dejado funcionando sus registros.

Reconfortado por su presencia, Aarón la observó en su trabajo. Resultaba sorprendente la sensación de fuerza y capacidad que podían demostrar algunas mujeres pequeñas. Una persona tan seductora como pequeña. Sabía que no debía ver nada misterioso en su capacidad de manejar cualquier circuito y de descubrir el menor fallo en su funcionamiento.

—Tighe no mejora, Soli. Tal vez tú o Bill podríais tratar de darle ánimos. No lo dejéis nunca solo. Ni durante un minuto.

—Ya lo sé, Aarón —su rostro resplandeció con ternura mientras sus manos ordenaban las cajas de los sensores—. Ya lo sé. Hay gente que dice que le han visto fuera.

—Sí... Por tu parte, ¿no estás sintiendo algún síntoma de ansiedad? ¿Pesadillas o algo así?

—Mis malos sueños son cuando sueño en ti —parpadeó mientras cerraba enfáticamente un armarito, y se acercó para poner su mano en los defectuosos circuitos de la frente de Aarón. Él, agradecido, le pasó los brazos por su cintura.

—¡Oh, Soli, te he echado mucho de menos!

—Pobre Aarón. Ahora tenemos que ir abajo, a la gran reunión. A las tres, es decir, dentro de veinte minutos. Y tú tienes que ayudarme con Tighe.

—De acuerdo.

A regañadientes, dejó que se alejara su dulce consuelo.

Para las tres se hallaba en un estado de forzada estabilidad, al descender hacia el principal Anillo de los Comunes, donde la gravedad era la normal de la Tierra. Los Comunes era el principal lugar de recreo, de acuerdo con la opinión de sus diseñadores. Realmente constituía un recreo, pensó Aarón cuando pasaba junto a un olivo; y contempló el amplio espacio libre que se extendía por todas partes, fragante por las verduras de la granja. La gente de Kawabata debía haber trasladado allí un buen número de plantas frescas.

El sonido poco usual y al que no estaba acostumbrado de voces y música le intimidó ligeramente; dirigió la mirada a la variación de luces y sombras viendo que había gente por todas partes. Sólo podía ver uno de los niveles del gran anfiteatro, con su perspectiva elevada a cada extremo mostrando sólo piernas flacas y pies más allá del más alejado banco de plantas. Nunca había visto tanta gente reunida allí desde el Día de la Caída Libre, la fiesta anual, cuando la vida cotidiana del «Centaurio» se detiene y se abren los portones del suelo. E incluso en los últimos escasos días en que se permitía la libre visión, la gente tenía tendencia a acudir allí

por separado para disfrutar a solas del espectáculo. Ahora estaban allí todos juntos, reunidos, charlando animadamente, como si se movieran en torno a una especie de mostrador o escaparate. Aarón siguió a Miriamne Stein y se encontró contemplando un plantel de fotos magníficas, iluminadas por detrás.

El planeta de Lory.

A Aarón se le habían mostrado ya algunas fotografías de pequeño tamaño tomadas por las cámaras del «China Flowers», pero no tenían punto de comparación con éstas, que causaban un efecto abrumador. Desde la órbita de la nave exploradora, el planeta parecía una tela estampada de flores. Sus tierras parecían viejas, erosionadas y acogedoras. Las montañas y colinas estaban cubiertas de vegetación, rosales enormes, laberintos multicolores, limón, coral, esmeralda, turquesa, amarillo, lavanda, escarlata, naranja, más colores de los que uno podría nombrar. Eran los vegetales de aquel país extraño o quién sabe qué. ¡Precioso! Aarón estaba tan asombrado que no se dio cuenta de que la gente se apretujaba a su lado ansiosa por contemplar las fotografías. Aquellas plantas debían cubrir kilómetros y kilómetros.

Las fotos siguientes estaban tomadas desde la atmósfera y mostraban el horizonte y el cielo. El cielo del planeta de Lory era azul-violeta salpicado por cirrus circundados de perlas. Otra fotografía descubría estratos altos sobre la extensión de un mar o de un lago de color plata-verdoso muy claro, con reflejos de venas cobalto, lo que producía un efecto encantador. Todo reflejaba suavidad; había una vista de una inmensa y suave playa blanca acariciada por aguas suaves. Un poco más lejos una montaña de flores bajo una débil llovizna.

—¿No es maravilloso? —murmuró Alice Berryman en dirección hacia donde él se hallaba. Se ruborizó y respiró profundamente; la parte de médico que había en la mente de Aarón se dio cuenta de que su problema de constipado ya había pasado.

Todos se movían al mismo tiempo, siguiendo la exhibición que se extendía de un lado a otro a lo largo y lo ancho del salón de los Comunes y sus habitaciones más pequeñas. Aarón no podía apartar los ojos de las grandes formas vegetales, con su fantástica variación de formas y colores. Costaba trabajo apreciar su tamaño en las fotografías, y para que pudiera tenerse una idea, los encargados del laboratorio fotográfico habían situado escalas comparativas de vez en cuando, así como flechas señalando lo que debían ser frutas o grandes racimos de semillas. No había que sorprenderse del hecho de que el equipo de Akin tuviera los ojos irritados y los pies cansados, pensó Aarón dándose cuenta de que habían realizado un trabajo verdaderamente tremendo. Dio la vuelta en torno a una jaula de pájaros y se encontró con una colección de tomas nocturnas que mostraban la bioluminiscencia de las plantas. Unos raros colores boreales que parecían temblar o cambiar de manera continua. ¡Qué magnífica debía ser la noche allí! pensó Aarón, mientras miraba hacia el cielo oscuro; pudo identificar en él las dos pequeñas lunas del planeta de Lory.

Debía dejar de seguir llamándolo el planeta de Lory. Ahora era el planeta de Kuh, si es que era de alguien, y sin duda alguna, oficialmente, se le daría quién sabe qué raro e inmerecido nombre. El pájaro que había en la jaula se movió, y eso le llevó a alejarse de allí y a fijar su atención en otro panel de fotografías que había en la salita dedicada normalmente al juego de ajedrez: se trataba de primeros planos de aquellos racimos de semillas, espigas o lo que quiera que fuese tomados con luz infrarroja o de alta frecuencia. Había sido uno de esos racimos lo que Lory trajo junto con muestras del suelo, del agua, etc., etc. Aarón estudió las fotos exhibidas; las frutas, a deducir por las fotos y sus imágenes en infrarrojo y alta frecuencia, debían ser algo calientes y su radiación era un poco superior al índice normal del resto de las cosas que le servían de fondo. Su luminiscencia también. No durmientes Una elección lógica, pensó Aarón, dándose cuenta por un momento de que la cosa estaba allí en línea con sus hombros. ¿Amenazador? ¿Me estás haciendo tener malos sueños, vegetal? Miró atentamente a las fotos. No, no tenían aspecto amenazador.

Al otro lado del acuario se dio de cara con las fotografías del suelo tomadas antes de que el computador fuera descargado de su información. La foto oficial del primer aterrizaje, casi de tamaño natural, mostraba a toda la tripulación con sus trajes espaciales y sus cascos junto al portón del «China Flowers». Detrás de ellos se extendía una larga playa y un mar que se perdía en el horizonte. Los rostros casi resultaban invisibles, pero Aarón pudo distinguir a Lory con su traje espacial azul. Junto a ella estaba la muchacha australiana, con su mano enguantada muy próxima a la del navegante de Kuh, cuyo nombre también era Kuh; el «pequeño» Kuh era identificable por sus dos metros de estatura. Frente al grupo, en un mástil provisional ondeaba la bandera de las Naciones Unidas. Ridículo, pensó Aarón; y sintió como si el corazón le subiera a la garganta. Ridículo. Absurdo. Sorprendente. La bandera se agitaba al viento. El planeta tenía vientos, o al menos brisas. ¡Aire en movimiento, quién podría imaginarlo!

Había estado demasiado fascinado por la lectura de los textos que ilustraban cada foto, pero ahora fue sólo la palabra «viento» lo que llamó su atención. «De diez a cuarenta nudos», leyó, «continuamente durante el período de observación». Opinamos que las formas de vida dominantes obtienen al menos una parte de su alimentación del aire continuamente en movimiento a través de su «follaje orlado» (véase análisis atmosférico). Se han examinado distintos tipos de células transportadas por el aire, semejantes a gametos o polen. Aunque las formas de vida vegetal dominantes se reproducen por emisión, esto posiblemente representa la culminación de una larga evolución. Hemos logrado identificar experimentalmente más de doscientas formas poco diferenciadas que van del tamaño de un metro a una simple célula. No hemos descubierto ningún tipo de vida auto-motriz.

Observada la foto desde más cerca, Aarón se dio cuenta de que el fondo de la

parte delantera de la foto parecía estar formado por unas pequeñas vegetaciones de tipo musgoso que parecían formar un suave tapiz de hierba. Éstas eran las formas vegetales más pequeñas. Cambió de sitio y pasó a contemplar una serie de fotos que mostraban los vehículos utilizados por la expedición en el momento de salir por la puerta de carga del «China Flowers», y sin querer tropezó con un grupo de gente que estaban agrupados al otro extremo del panel.

—Mire esto —dijo alguien con voz nostálgica—. Venga; ¿qué os parece esto...?

El grupo se alejó y Aarón pudo contemplar lo que había causado aquella muestra de admirativa sorpresa. La última foto mostraba a tres de los miembros de la tripulación con sus trajes espaciales, pero sin los cascos.

Aarón abrió los ojos inmensamente y sintió que las tripas se le contraían. Allí estaba Mei-Lin, con el cabello corto agitado por el viento. Liu en-Dai, con la cabeza calva vuelta hacia la derecha observando una fila de colinas cubiertas por grandes castillos-de flores. Y el «pequeño» Kuh, el navegante, sonriendo ampliamente a la cámara. Inmediatamente detrás de ellos se veía un cerro que parecía cubierto con una frondosa vegetación de color bermellón que se mecía bajo el viento.

¡Aire, aire libre! Aarón casi podía sentir la dulzura del viento... Le hubiera gustado estar allí, que el viento se enroscara en torno suyo, cruzar los prados y ascender a las colinas. Un paraíso. ¿No era lógico que fuera después de eso cuando la tripulación se quitó sus estúpidos trajes espaciales y se negó a regresar a la nave?

¿Quién puede censurarlos por eso?, se preguntó Aarón en sus pensamientos. No él, desde luego. Dios, qué felices parecían. Costaba trabajo recordar cuándo vivimos; cuándo vivimos realmente por última vez. En un rincón de su mente surgió el recuerdo de Bruce Jang. Por suerte, no tenía que quedarse mucho rato junto a esa foto.

La multitud le había arrastrado de nuevo a la gran sala. Entró en la sección más amplia, llena de consolas individuales con asiento que servían normalmente como sala de lectura o biblioteca. Abatidos los tabiques que separaban entre sí cada uno de esos pupitres, se utilizaba aquella sala para sus raras reuniones generales. La tribuna estaba en el centro de modo que la figura del orador resultara visible para todos. Pero ese día el estrado estaba vacío. Detrás de él había una pantalla que proyectaba el campo estelar exterior; año tras año, Aarón y sus compañeros de viaje habían observado desde allí los soles de la constelación de Centauro aumentando de tamaño a medida que se aproximaban a ellos, muchas veces separándose en dobles o dobles-dobles. Ahora veíase un sol único. El gran componente luminoso de Alfa en torno al cual giraba el planeta de Lory.

Mucha gente utilizaba los intercomunicadores sónico-visuales. Aarón sentóse al lado de una espalda femenina que reconoció como la del teniente Pauli, la navegante de Tim Bron. Su cabeza estaba enterrada en el casco de sonido. El pequeño panel en

la consola decía: misión gamma centauro, informe verbal de la doctora Kaye. fragmentos escogidos. Ésa sería la sesión primera, original, en la que Lory hizo su relato, pensó Aarón. Aquí no se dirá nada en absoluto sobre la «discusión».

Pauli se quitó el casco auricular. Cuando Aarón la miró a los ojos, ella sonrió soñadoramente como si pudiera atravesar su mente con la mirada. Ahlstrom estaba sentada exactamente detrás de él y, aunque parezca increíble, también le sonrió. Aarón dirigió su mirada a la hilera de rostros. Teniendo en cuenta que he permanecido tres semanas en aislamiento, pensó, se comprende que no haya sabido apreciar hasta ahora lo que ese nuevo planeta significa para ellos. ¿Para ellos? Aarón se dio cuenta de que también él tenía todos los nervios en tensión.

El capitán Yellaston se dirigió al estrado y en su camino fue detenido por algunos que parecían incapaces de contener su afán de saber qué iba a ocurrir, y le atosigaron a base de preguntas. Hacía años que Aarón no había oído tanta charla. La gran sala parecía calentarse con tanto cuerpo. No estaba acostumbrado a las aglomeraciones, ni tampoco ninguno de los otros. Y allí sólo había sesenta personas. ¡Dios mío!, pensó, ¿qué sucederá *si tenemos que volver a la Tierra*? El pensamiento era horrible. Recordó su primer año, cuando había otra pantalla de visualización que mostraba los astros: el sol amarillo encogiéndose, palpitando cada vez más lejano. Pronto se abolió esa idea de mostrar los astros próximos. Y ahora, ¿qué pasaría si el planeta no era apto, resultaba tóxico o cualquier otra cosa...? ¿Qué ocurriría si tuvieran que dar la vuelta y pasar de nuevo otros diez años hasta ver cómo el sol primero aparecía y después iba agrandándose al extenderse hasta ellos? Insoportable. Eso acabaría con él. Con todos ellos. Se dio cuenta de que muchos de los presentes sin duda estaban pensando lo mismo que él. Doctor, tendrás un buen problema, un gran problema si hay que volver. Pero no, no habría necesidad de ello. El planeta *tenía que ser* habitable, apto. Todo parecía indicarlo así. Todo parecía en orden, todo tenía un aspecto bello, encantador.

En la sala reinó el silencio, pues todos esperaban las palabras de Yellaston. Aarón pudo ver a Soli en el otro extremo de la sala. Coby estaba a su lado, con Tighe entre ellos. Y allí estaba Lory, junto al otro extremo, al lado de la pared, con Don y Tim. Ella mantenía un aspecto tímido, cortado, como la víctima de una violación ante un Tribunal de Justicia, asustada posiblemente por el hecho de saber que aún seguía vigilada y con sus reacciones controladas. Aarón se maldijo por su exceso de sentimentalismo hacia su hermana y se dio cuenta de que se había perdido las palabras con que Yellaston comenzara su discurso.

—... la esperanza que tal vez no debemos sentir —la voz de Yellaston era reticente pero cálida; un sonido poco corriente en el «Centauro», pues el capitán no era muy amigo de hacer discursos—: y que sin embargo yo debo compartir con vosotros. No cabe duda de que eso se les habrá ocurrido también a otros. Una de mis

ocupaciones durante el exceso de ocio que hemos tenido en los años pasados —hizo una pausa para las sonrisas de ritual— fue la lectura de la historia de las exploraciones y emigraciones humanas en nuestro propio planeta. La mayor parte de la historia, desde luego, no está recopilada ni recogida. Pero en la historia de las nuevas colonias hay un hecho que se repite siempre: la gente sufrió siempre un buen número de reveses y bajas cuando intentaron trasladarse a un nuevo hábitat aun cuando estuviera situado en las zonas más favorables y acogedoras de nuestro planeta.

»Tomemos —continuó—, por ejemplo, los intentos de los europeos de asentarse en las costas nordorientales de América. Las primeras colonias escandinavas duraron, tal vez, escasas generaciones antes de desvanecerse por completo. La primera colonia inglesa en la fértil y templada Virginia terminó en un desastre y sus supervivientes tuvieron que volver a la metrópoli. La colonia de Plymouth tuvo éxito, por fin, pero sólo porque estuvieron recibiendo continuamente víveres y suministros desde Europa y fueron ayudados por los indios, los originales habitantes de aquellos territorios. La catástrofe que cayó sobre ellos llegó a interesarme al máximo.

»Procedían del norte de Europa, de una zona situada aproximadamente a 50 grados Norte. Allí los inviernos eran suaves porque sus costas estaban bañadas por la Corriente del Golfo, aunque en aquellos tiempos eso no fuera entendido ni conocido por nadie. Zarparon al suroeste; por lo tanto, donde llegaran debía ser un país más cálido que el suyo. En aquella época, Massachusetts estaba cubierto de espesas selvas vírgenes, como un enorme parque, si es que podemos imaginarnos una cosa así, y, desde luego, cuando llegaron se encontraron con un cálido verano. Pero cuando llegó el invierno hubieron de enfrentarse con un frío mucho más intenso que todo lo que conocieron con anterioridad, porque aquellas costas no están bañadas por ninguna corriente cálida que las caliente. Eso, para nosotros, es un simple problema, pero para ellos significaba una auténtica barrera, porque sus conocimientos técnicos no lo habían previsto ni les ofrecían recursos para enfrentarse con el problema. El efecto de ese invierno tan frío se completó desastrosamente con las enfermedades y la falta de alimentos. En consecuencia, hubo un buen número de muertes. Fijaos: de diecisiete mujeres casadas que habitaban la colonia, quince murieron en el transcurso del primer invierno.

Yellaston hizo una pausa que aprovechó para dirigir una mirada por encima de las cabezas de su auditorio. Después continuó:

—La misma desgracia sucedió a otras innumerables colonias que hubieron de enfrentarse a condiciones no previstas de calor, sequías, epidemias o depredaciones. Pienso en los colonos europeos que se establecieron en mi propio país, Nueva Zelanda, y en Australia y en los pueblos que colonizaron las islas del Pacífico. Los datos históricos y arqueológicos conocidos de la Tierra están llenos de información y

más información de pueblos que llegaron a determinadas zonas y desaparecieron pocas generaciones después. Lo que me impresiona de ello es que esos desastres tuvieron lugar en sitios que en la actualidad consideramos como eminentemente favorables para el desarrollo de la vida humana. Los pueblos estaban emigrando sólo a tierras ligeramente distintas dentro de la propia Tierra, la Tierra familiar en la que se habían desarrollado, bajo el mismo sol igualmente familiar, y en nuestra misma atmósfera, gravedad y demás condiciones geofísicas. Sólo tenían que enfrentarse con diferencias muy pequeñas. Y sin embargo, esas diferencias los mataron.

Ahora miraba de frente al auditorio, con sus delicados ojos verdes y luminosos moviéndose sin prisas ni embarazo de un rostro a otro.

—Creo que nosotros debemos recordar ahora esta historia, al contemplar estas fotografías del nuevo planeta tan prometedoras, tan espléndidas, que el comandante Kuh nos ha enviado. Las fotos nos muestran que se trata de algo así como un rincón de la Tierra, y no un desierto sin aire como Marte. Es el primer mundo extraño, fuera del nuestro, que tenga vida y que haya sido alcanzado por la planta del ser humano. Pero nosotros no tenemos mayor idea de su auténtica naturaleza y de sus condiciones de la que los emigrantes británicos tenían del invierno norteamericano.

»El comandante Kuh y su gente se han ofrecido ellos mismos voluntarios, con un gesto valiente, para comprobar la viabilidad del desarrollo de la vida humana allí. Por estas fotos podemos ver que la vida allí parece sencilla, cómoda y desprovista de peligros. Pero debo recordarles a ustedes que ha pasado ya más de un año desde que fueron hechas esas fotos, un año durante el cual los que se han quedado allí sólo han podido contar con escasos recursos en su campamento. Nosotros confiamos y deseamos que se encuentren bien, vivos y felices todavía. Pero igualmente debemos recordar que existe la posibilidad de que hayan tenido que enfrentarse con peligros no previstos. Pueden encontrarse heridos, enfermos, fatigados. Creo conveniente que no olvidemos esto. Aquí nos encontramos bien y a salvo, en condiciones de dar ese próximo paso. Es posible que ellos ya no lo estén.

Muy bonito, pensó Aarón. Había estado observando los rostros de todos, uno aquí y otro allá, observando en todos ellos una gran tensión a medida que el capitán lanzaba su breve homilía. Él suponía que también su rostro debía tener la misma expresión. Conmovido y sereno. Él era su propio marcapasos, como de costumbre. El capitán había logrado hacer que se desvaneciera parte de su envidia hacia los tripulantes del «China Flowers». Las frases pesimistas del capitán sobre la posible suerte de los primeros habitantes del nuevo planeta. Extremo agotamiento... ¿Era posible que el comandante Kuh y los suyos hubieran llegado a esa situación? Quién podía saberlo...

Yellaston concluyó su discurso con unas palabras de elogio y felicitación para la doctora Lory Kaye. Con un sobresalto, Aarón recordó que él mismo había sentido

sospechas de ella, que había sentido la convicción de que estaba ocultando algo. Y no hacía más de diez minutos él mismo había estado dispuesto a marchar de inmediato a aquel planeta, pensó con un escalofrío. Estoy perdiendo el equilibrio psíquico, tengo que impedir estas continuas vacilaciones, estos cambios de ideas y de humor. Un pensamiento sobre Kuh le había estado preocupando. Ahora surgió de nuevo a la superficie. Sus magulladuras en el cuello debían hacer que su voz fuera ronca o baja, pero la voz de Kuh, aunque débil, no había perdido su claridad. Tenía que comprobar la grabación.

La gente se estaba marchando. Aarón se fue con ellos y tuvo ocasión de ver a Lory en la rampa, rodeada por un grupo de gente. Parecía haberse sacudido la timidez, como un guerrero que sale de su coraza, y estaba respondiendo a las preguntas que se le hacían. No valía la pena tratar de hablar con ella en esos momentos. Regresó hacia los paneles expositores de las fotografías. Seguían pareciendo tentadoras, pero las palabras de Yellaston habían roto parte de su encanto, al menos para él. ¿Aquellos exploradores felices, que sonreían en las fotos, estarían ahora muertos, tumbados sobre el brillante suelo, devorados hasta quedar de ellos sólo sus esqueletos?

De pronto Aarón tuvo un sobresalto. Una voz estaba hablando en sus oídos.

—¿Doctor Kaye?

Vaya por Dios. Entre todos tenía que ser Frank Foy.

—Doctor... quiero decirle... supongo que comprenderá mi postura, mi papel en este desgraciado asunto. En ocasiones uno tiene que cumplir con su deber aunque eso le desagrade, y mi deber, en ocasiones, puede tener aspectos repugnantes. Como médico es casi seguro que usted también se haya visto en casos semejantes...

—No se preocupe. No hay ningún problema por mi parte —le respondió Aarón controlando su sorpresa (¿por qué se mostraba tan embarazado Foy?)—. Era su deber.

Foy le miró con aire emocionado.

—Me alegro mucho de que piense así. Su hermana... quiero decir la doctora Lory Kaye... una persona tan admirable. Casi parece imposible que una mujer sola pudiera realizar un viaje como ése... sola.

—Sí... Y de paso, hablando de lo increíble, Frank, yo conozco la voz de Lory perfectamente. Creo que estaba en condiciones de señalar los puntos que le estaban intrigando a usted. En realidad yo estaba inclinado a participar de sus...

—Oh, no, Aarón —le interrumpió Foy—. No es necesario que diga nada más. Me siento enteramente satisfecho. *Totalmente*. Su explicación aclaró todos y cada uno de los puntos de los que podía dudarse —los fue señalando con los dedos—: La pérdida de las grabaciones y los registros de la computadora y los fallos del sistema de registro, la falta del soldador y de las demás herramientas, las palabras del comandante Kuh, la cuestión de la herida o lesión —realmente estaba herido—, la

emoción de vivir en el planeta. La revelación hecha por la doctora Kaye del conflicto hacía concordar perfectamente todos los puntos en discusión.

Aarón no tenía más remedio que admitir que así era. A Frank le gustaba solucionar los problemas como en una partida de ajedrez, sentía debilidad por las soluciones elegantes.

—¿Y qué hay del hecho de haber encerrado, con la puerta soldada, a aquella cosa y tener miedo de verla? Entre nosotros, eso me dio a mí también en qué pensar.

—Sí —reconoció Frank sobriamente—. Bien, creo que en ese asunto me estaba dejando llevar por mí... ¿cómo es la palabra? Xenofobia, ¿no es así? Pero no debemos dejar que nuestras ideas nos cieguen. No cabe duda de que el comandante Kuh se quedó con todo lo que pudo de la nave, Aarón. Una terrible experiencia para su hermana. Ella sola entre todos esos chinos, pobre muchacha.

Cuando las xenofobias chocan... Aarón se dio cuenta de que Foy no iba a serle de mucha ayuda, pero volvió a intentarlo de nuevo.

—Eso de que el planeta era ideal, un paraíso y demás; eso también me preocupó.

—Creo que el capitán Yellaston puso el dedo en la llaga y nos dio la respuesta justa. La excitación, la emoción. Eran factores que yo no había tenido en cuenta. Ahora que lo he hecho, lo confieso, es como si me hubiera encontrado a mí mismo.

—Sí.

Aarón suspiró. Además de la solución elegante, Frank había recibido la Palabra. El capitán Yellaston (que actuaba como Dios en el cielo) lo había explicado todo.

—Aarón, lo confieso, odio estas cosas —dijo Foy de modo inesperado.

Aarón murmuró algo ininteligible entre dientes mientras pensaba: es posible que sea así, que las odie. Por lo menos superficialmente. Con su peculiar sonrisa entre dientes, Foy continuó:

—Su hermana es una persona magnífica. Tiene la fuerza de diez porque su corazón es puro.

—Sí, bien...

De repente la llamada al turno de noche sonó y le salvó de aquella embarazosa situación. Aarón se dirigió al corredor más próximo. ¡Oh, no, oh, no, Frank Foy! Nada de sentimentalismo. Abelardo y Eloísa, tan puros... Una perfecta pareja desde luego. ¿Qué pensaría Frank Foy si le contara que él mismo y su hermana...? ¡Eh, Frank, cuando éramos críos yo me fui tirando a mi hermana por todo el Distrito del Sexto Ejército! Se pegaba como un sello y se retorció como un sacacorchos por aquel entonces. Bien, olvídale, se dijo Aarón en un segundo pensamiento. Sabía de sobra cuál sería la respuesta de Frank, su reacción.

—¡Oh, Aarón...! —le diría, y haría una pausa larga y grave antes de continuar—: Lo siento muchísimo, Aarón. Por usted.

Era posible que incluso le hablara en tono sacerdotal, como un cura de la familia:

—¿Le sirve de ayuda hablar de ello?

Bien, sería un caso curioso. ¿Surgiría quizás el auténtico Frank Foy? No, no se lo diría. Quizá todo aquello no impidiera que uno pudiera llegar a ser un buen matemático, quizás incluso sirviera de ayuda, por lo que sé, pensó Aarón. ¡Humanos! Un buen olor a comida en la nariz y su humor cambia. Los quimiorreceptores tienen sus propios caminos que llegan al cerebro primitivo. Por encima de ellos están las luces, las voces, la música.

Tal vez Foy tiene razón, siguió rumiando Aarón. ¿Qué había de aquello de que la historia de Lory ataba todos los cabos? ¿Es que me estoy volviendo chiflado? Fantasías sexuales sobre Sis; hacía años ya que no sentía esos problemas. Se debe a haber estado encerrado con ella... Tighe, el extraño... Un abrazo de Soli... eso es lo que necesito. Diversiones, placeres. Resuelto de todo punto a ignorar que esa cosa extraña estaba extendiéndose sobre sus cabezas fuera de su encierro, Aarón llenó una bandeja y se la llevó para sentarse al lado de Coby y de Jan Ing, el jefe de la sección de Xenobiología con el que tendría que trabajar en colaboración al día siguiente. Era el jefe de Lory, pero Lory no estaba allí.

—Una noche animada. Había mucha gente.

—Sí.

En los últimos años los tripulantes del «Centauro» cada vez habían ido haciéndose más partidarios de comer solos y a horas extrañas, llevándose la comida a sus habitaciones. Pero ahora las cosas habían cambiado y existía un gran movimiento por doquier. Aarón vio al oceanógrafo peruano que, llevando un mapa en su bandeja, se dirigía a un grupo de gente y con la boca llena les señalaba algo en el mapa. Miriamne Stein y sus dos amiguitas —amigas, se corrigió a sí mismo Aarón, pues ya eran mujeres hechas y derechas—, que normalmente solían comer a solas, gozando de su intimidad, ahora se sentaban con Bruce Jang y otros dos hombres del equipo de Don. Ahlstrom estaba un poco más allá con Akin, el jefe del laboratorio fotográfico, por si fuera poco. Toda la nave, antaño tan tranquila, parecía volver a la vida, abriendo sus ojos de tigre y despertando su cerebro de mono. Incluso el claro y limpio letrero que siempre había estado allí, en la pared, diciendo: el principal problema de nuestras vidas es la basura: por favor, limpien sus bandejas, había sido alterado. Alguien había cambiado el texto borrando la palabra basura y sustituyéndola por BELLEZA.

—Dese cuenta, jefe, de lo que nos espera —dijo Coby con la boca llena—. ¿Cómo se las habrá arreglado Alice para lograr que Kabawata suelte unos cuantos pollos? ¡Oh... oh... mirad!

Toda la habitación guardó silencio cuando llegó Alice Berryman con los postres: una fuente llena de melocotones, de auténticos melocotones.

—Medio melocotón por persona —dijo con tono grave. Ella llevaba una flor

natural en el pelo.

—La gente se está excitando —observó el jefe de la sección de Xenobiología—. ¿Cómo vamos a seguir así durante dos años más?

—Y eso —le respondió Aarón— si es que se decide que vayamos a ese planeta.

—Por mi parte, se me ocurre una sugestión amoral: alguien puso un bebedizo en los tanques de agua potable.

Nadie le rió la gracia.

—Nos hemos pasado mucho tiempo sin... sin ese suplemento químico, como le llamaría Frank Foy —dijo Aarón—, así que podemos seguir pasándonos sin él.

—Sí, lo sé. Pero tal vez llegue el momento en que eso no sea así.

—Hablando de mañana —dijo Jan Ing—, creo que lo primero que tenemos que hacer es recoger los gráficos y registros del biomonitor del módulo de mando de la nave exploradora, antes de abrir el módulo de carga donde está la forma de vida extraña, ¿no es así?

—Así es como me lo han dicho.

—Inmediatamente después de abrir el módulo donde está el extraño me aseguraré de conseguir unas biopsias. Mínimas, desde luego. La doctora Kaye dice que no cree que eso le perjudique a la forma extraña. Estamos probando con sondas de extensión que podrán ser manipuladas desde fuera de la escotilla.

—Cuanto más largas mejor —dijo Aarón imaginando la existencia de tentáculos.

—Eso suponiendo que la forma de vida extraña siga viva... —el jefe de Xenobiología puso una cinta de Sibelius. Después continuó—: Bien, todo eso lo sabremos cuando pongamos las manos en los registros.

—Supongo que así será.

Aarón había estado sintiendo la cosa echada allí, más allá del bufete que estaba pegado al muro. Se dirigió a su interlocutor:

—Dime, Jan, ¿nunca tuviste la impresión de que esa cosa está... *presente*?

—Oh, todos nosotros somos conscientes de ello —Ing se sonrió—. El mayor acontecimiento de la historia de la Ciencia, ¿no es así? Si estuviera viva la cosa...

—¿Está teniendo malas vibraciones, jefe? ¿Las pesadillas? —preguntó Coby.

—Sí —pero Aarón no pudo continuar al ver la expresión de Coby—. Sí, por lo visto soy un xenófobo de corazón.

Se lanzaron a una discusión sobre el programa de análisis de tejidos y el tipo de bio-observadores que debían ser colocados en el interior del módulo ocupado por la cosa extraña.

—¿Qué ocurrirá si en el momento de abrir la cosa se lanza al ataque en el corredor? —intervino Coby—. ¿O si ha tenido arfas o se ha convertido en un millón de pequeñas culebritas?

—Bien, dispondremos del aerosol de descontaminante usual —respondió Jan con

el ceño fruncido—. El capitán Yellaston ha subrayado el aspecto de las precauciones a tomar. Creo que él estará personalmente en el ventilador de emergencia que puede hacer el vacío en el corredor en caso de verdadera necesidad o peligro. Eso, naturalmente, implica que nosotros llevemos trajes espaciales. Un trabajo terrible.

—Bien —Aarón mordió el delicioso melocotón lleno de satisfacción al enterarse de que Yellaston estaría abajo—. Jan, quiero que algo quede en claro: ni la menor parte de esa cosa extraña deberá ser traída a la nave. Fuera del corredor, quiero decir.

—¡Oh, desde luego, estoy enteramente de acuerdo! Tendremos allí un sistema completo de satélite. Incluyendo ratones. Estará abarrotado. —Limpió su bandeja con gránulos de celulosa antes de colocarla en su sitio. Tenía el rostro contraído—. Sería impensable hacer daño al espécimen.

—Sí.

Aarón se dio cuenta de que Lory aún no había llegado. Posiblemente, después del asedio por parte de la multitud había decidido comer en su habitación. Se puso en la cola del ciclo de recuperación y se dio cuenta de que el aburrimiento habitual de la rutina cotidiana parecía haber desaparecido. Incluso Coby omitió sus chistes escatológicos. ¿Qué estarían comiendo ahora Kuh y sus compañeros?, se preguntó Aarón. ¿Filetes vegetales telepáticos?

Lory se alojaba —como era natural— en la sección dedicada a mujeres solas que se hallaba en el otro extremo de la nave. Aarón ascendió por una escalera de caracol y después por la rampa que cruzaba la nave de un lado a otro. Como siempre le ocurría, no le gustó nada el fuerte ataque de la ingravidez al llegar al centro del «Centauro». Ese núcleo central de la nave era una sección ingrávida, preferida por los tripulantes más atléticos. Aarón trató de pasar por allí con la máxima rapidez gozando del aire puro y abundante que provenía de una apertura situada en la parte superior y que comunicaba con la Granja Hidropónica y el estanque central, otros de los centros de recreo de la nave. Se conmovió ligeramente al recordar los terribles meses en que incluso allí el aire era denso y los corredores oscurecidos. Unos cinco años antes, un antibiótico procedente del conducto intestinal de alguien se había trasmutado en vez de ser eliminado por el sistema filtrador del reactor. Cuando alcanzó los bancos de plantas se comportó como un cuasi-virus que se combinaba con la clorofila, y Kawabata tuvo que destruir hasta el 75% de sus bancos vegetales originadores de oxígeno. Una época horrible en la que hubo que poner fuera de servicio todos los aparatos y mecanismos consumidores de oxígeno hasta que se logró el crecimiento de nuevas plantas libres de la enfermedad. ¡Brrr...! ¡Qué días aquellos!

Comenzó a «descender» por la rampa de salida que conducía al dormitorio de Lory dejando atrás los almacenes de carga y las zonas de servicio. A los tripulantes de la nave no se les permitía vivir en zonas de la nave en que hubiera, menos de 3/4 de la gravedad de la Tierra. Los corredores se abrían cada pocos metros conduciendo

a otros dormitorios y unidades de residencia. El «Centauro» era un conjunto de corredores, de acuerdo con la intención y la idea de sus planificadores.

Llegó a la sala de estar pequeña de uso común que servía como antesala a aquel grupo de dormitorios y en seguida vio una llamarada de cabello rojo detrás de un plantel de helechos: Lory, que estaba masticando su cena, según supuso. Lo que no había esperado era encontrarse allí con la larga figura de Don Purcell sentado frente a ella y sumidos en una animada conversación.

¡Bien, bien! Sorprendido a medias, torció hacia la derecha por otro pasillo y se encaminó a su despacho, bendiciendo el esquema de construcción del «Centauro» que le permitía pasar inadvertido. Los tripulantes del «Pioneer» habían sufrido de agotamiento nervioso como consecuencia de un exceso de contactos sociales al encontrarse unos a otros de la manera más inevitable y en ocasiones indeseada; la respuesta del «Centauro» fue la construcción de caminos distintos entre los que elegir en vez de vastas salas y grandes espacios libres. Así la gente podía disfrutar de libertad para mantener su aislamiento y soledad, si lo deseaban, en sus paseos por la nave, como podrían hacerlo en un pueblo pequeño en que se puede torcer por un callejón cuando uno no quiere encontrarse con alguien que viene en dirección opuesta. Dos personas en un corredor de dos metros tienen que encontrarse inevitablemente, pero si hay dos pasillos de un metro, cada uno puede tomar uno distinto y evitar el encuentro. Ese planeamiento había dado un estupendo resultado y ahora Aarón tenía ocasión de comprobarlo personalmente. Se había dado cuenta de que cada uno de los tripulantes de la nave espacial había establecido sus propias sendas privadas para atravesar la nave. Kawabata, por ejemplo, recorría el largo camino desde la Granja hasta la sala de Oficiales por una ruta extraña y retorcida que atravesaba la fría ampolla del sensor. Él mismo, por su parte, tenía varios caminos alternativos. Hizo una mueca al darse cuenta de que su mente mostraba una falta total de indignación ante el hecho de haberse encontrado a Lory con otro hombre.

En la enfermería encontró a Bruce Jang charlando con Solange. Cuando Aarón entró, Bruce alzó la mano mostrando su cinco dedos separados con gesto significativo. Por un momento, Aarón no supo qué pensar pero en seguida recordó.

—Otras cinco personas más afirman haber visto a Tighe fuera de aquí —dijo Aarón—. ¿Es eso?

—Cinco y medio. El medio soy yo, que no lo he visto pero he oído su voz.

—¿Has oído a Tighe? ¿Qué te dijo?

—Me dio los buenos días. Yo me encuentro perfectamente bien —aclaró Bruce mostrándole sus blancos dientes.

—Bruce, entre esos cinco, ¿incluyes a Kawabata y Ahlstrom?

—Kawabata sí, Ahlstrom no. Entonces son seis.

Solange estaba registrando inquietud, sorpresa.

—¿Comprende esa gente que realmente no lo han visto?

—Kidua y Morelli definitivamente no lo aceptan. Legerski desconfía y dice que Tighe tenía un aspecto muy raro. En cuanto a Kawabata... ¿quién sabe? La fisionomía oriental es muy opaca.

—Creo que sería una buena idea hacerle venir aquí —manifestó Solange—. Así todos podrán verlo y no se preocuparán por ello.

—Sí, está bien —dijo Aarón respirando fuertemente—. Últimamente he tenido frecuentes pesadillas, si es que esto interesa. En la última de ellas también estaba Tighe. Le vi deseándome las buenas noches, también a mí.

Bruce abrió los ojos asombrado.

—¡Oh...! Usted reside en la sección Beta. Eso es malo.

—¿Malo?

—Los cinco que según sé le han visto tenían un factor común. Todos ellos estaban en la sección Gamma, verdaderamente cerca del módulo donde está la cosa. Eso resultaba bueno. Ahora usted es la excepción.

Aarón se dio cuenta de lo que Bruce quería decir. El nombre oficial de *China Flowers* es *Gamma* y la sección Gamma está sobre su amarradero. Aunque, naturalmente, la nave ahora no está atracada.

—Bruce, ¿la amarra que une a la nave a «Centauro» es rígida? Quiero decir si cuando nosotros giramos la arrastra siempre frente al mismo punto. Yo no soy ingeniero.

—No totalmente. Tiene suficiente flexibilidad. Cuando la apartaron de nosotros ya se había acoplado a nuestra rotación.

—En ese caso, la forma extraña estuvo exactamente debajo de todos los que han visto a Tighe en sus alucinaciones —contestó Aarón.

—Sí, todos menos usted. Nosotros estamos en Beta, aquí, y Alhstrom está también bastante lejos.

—Pero Tighe está aquí, en Beta, contigo —dijo Solange dirigiéndose a Aarón.

—Sí, pero mira —Aarón se retrepó en su asiento—. ¿No crees que nos estamos metiendo en el terreno de la brujería? Existen otros factores comunes. Lo primero, todos nosotros llevamos mucho tiempo en un lugar bastante incómodo. Y ahora se han producido dos grandes acontecimientos: las noticias sobre el planeta, y que cerca de nosotros hay una forma de vida del espacio exterior que hasta ahora nadie ha podido ver. Fíjate cómo está la nave; la gente está excitada, alegre como si estuviéramos en Navidad. La esperanza puede resultar peligrosa cuando se tiene miedo de que no pueda negar a realizarse. Suprime el miedo y éste surgirá a la superficie como símbolo, y el pobre Tighe es nuestro símbolo nacional del desastre, ¿no es así? Hablamos de factores comunes y me asombro de que no hayamos llegado ya a ver los fantasmas verdes del espacio.

Aarón se sintió satisfecho de ver que él era el primero en creer su propio argumento. Realmente, sonaba muy convincente. Así que añadió:

—Y por si eso fuera poco, ahora se relaciona a Tighe con esa forma extraña.

—Si así lo dice usted, doctor... —dijo Bruce con tono ligero.

—Sí, lo digo así. Digo que hay causa más que suficiente en ello para justificar el fenómeno. La mejor explicación es la que exige menos postulados en su apoyo, o algo así.

Bruce se rió brevemente.

—Realmente, lo que está citando es la Ley de Parsimonia —se puso de pie de un salto para contemplar una pieza telescópica de metal que había sobre la mesa de Solange—. Pero no olvides, Aarón, que el viejo William concluyó probando que Dios nos ama. Seguiré contando.

—Sí, sigue haciéndolo —confirmó Aarón.

Bruce se acercó a Aarón y, aparte, le dijo en voz lo bastante baja para que los demás no pudieran comprender sus palabras:

—¿Qué diría usted si le dijera que yo también he visto... a Mei-Lin?

Aarón se quedó mirándole en silencio. Bruce colocó la barra de metal diagonalmente sobre la mesa de Aarón.

—O al menos yo lo creo así —dijo secamente; y sin más, salió.

Solange se acercó para coger la barra; su rostro, automáticamente, despertó compasión en él. ¿Bruce veía a Mei-Lin en sus alucinaciones? Pero eso también se acoplaba a lo que estaba ocurriendo y no alteraba ni contradecía la teoría de Aarón.

—¿Para qué es esto, Soli?

—La extensión para la sección del cúter —le explicó tomando una posición de desafío—. Se precisan muchos cables...

—¡Oh, Soli!

Aarón logró por fin pasar sus brazos por la cintura de Solange y ambos, por fin, comenzaron a sentirse vivos de nuevo.

—Delicada y bella —dijo Aarón—, bella y delicada. No me cabe duda de que eres una persona sana, saludable. ¿Qué podría hacer yo, sin ti?

Enterró su nariz insana en la fragancia de la carne de ella.

—Harías tus visitas a domicilio —le dijo ella tiernamente con *sus caderas deliciosamente bajo las manos de Aarón*.

—¡Dios mío! ¿Tengo que hacerlo...? ¿Ahora?

—Sí, ahora. Piensa lo bello que será después.

A disgusto, Aarón la dejó. Observó la lista de llamadas. Al tomar su maletín recordó otro deber y metió dos pequeñas botellitas en el maletín, mientras Solange estudiaba las fichas.

—Bustamante es el número uno —dijo Solange—. Está en un estado de gran

tensión, creo.

—Me gustaría muchísimo poder traerlo aquí para un electrocardiograma.

—No vendría. Tienes que hacer lo que puedas, pero allí.

Mencionó a otras dos personas más a las que Aarón debería haber visitado durante sus semanas de cuarentena. Y por fin añadió:

—Y no olvides a tu hermana, ¿eh?

—Sí.

Aarón cerró el maletín. Por enésima vez se preguntó si Solange sabía la existencia de esas dos botellas dentro del maletín. ¿Y Coby? Jesús, Coby tenía que saberlo, venía controlando el aparato de destilación desde el primer día. Probablemente guardaba ese conocimiento para algún posible chantaje; quién sabe, se dijo Aarón. ¿Podría explicarle que yo no estoy haciendo lo mismo por lo que él fue condenado? ¿O sí...?

—Lleva las fichas con cuidado, Aarón, por favor.

—Lo haré, Soli, lo haré. Por ti.

—¡Ja, ja!

Deseaba tener la fuerza suficiente para girar, para alejarse de ella de momento, temeroso de no poder hacerlo si seguía un poco más a su lado; así que salió y se dirigió al dormitorio de Lory. Lo más seguro era que Don se hubiera marchado ya de allí, pero decidió, de todos modos, pasar por la antesala antes de entrar en el dormitorio. La cabeza de Lory y... ¡Dios mío...!, Don aún seguía allí. O al menos así lo pensó, pero antes de dar la vuelta se dio cuenta de que ahora no era Don, que aquella espalda que estaba frente a él, junto a su hermana Lory, era la de Timofaev Bron.

Se sintió ridículo e indignado como el personaje de una comedia de celos y pasó por la sala común de los dormitorios dándose cuenta, vagamente, de que allí había un número abundante de parejas entre las sombras. ¿Qué demonio estaba intentando Lory, convertirse en Miss Centauro? Esos tipos no tenían derecho a molestar a Lory de esa manera, se enojó, cuando su úlcera todavía no estaba curada ni mucho menos. ¿Es que no sabían que la joven necesitaba descanso? Yo soy el médico... Pero una voz interna le decía que había algo más que la úlcera no curada en su estado de ánimo. Si Tim no se había marchado en media hora, él se presentaría igualmente y... ¿qué?

Cobardemente, tuvo que admitir que su intención era hacerle algunas preguntas que no tenían nada que ver con la úlcera, aunque por el momento no podía recordar el porqué de la urgencia del interrogatorio. Bien, de todos modos la confesión es buena para las úlceras.

El próximo corredor le dejó en la residencia de su primer paciente, un miembro del equipo de Tim Bron que había regresado al «Centauro» en un estado de gran

depresión. Aarón había trabajado duramente con él y se sentía orgulloso de haber logrado que, por fin, el hombre se interesara por unas partidas de ajedrez por correspondencia que podía jugar a solas sin necesidad de salir de su cuarto, lo que hasta entonces no había hecho nunca. Pero ahora encontró la puerta sin cerrar con llave y la habitación vacía. ¿Había salido Igor a la antesala común? El libro registro de sus partidas de ajedrez tampoco estaba allí. Otra cosa que agradecer al planeta, decidió Aarón saliendo; y, preocupado, se dirigió a la habitación de André Bachi.

Bachi no estaba en la cama; su rostro era delgado, de corte latino y con expresión de cansancio y enfermedad.

—Espero que viviré para verlo —le dijo a Aarón—. Mira, ya tengo aquí el agua auténtica, Jan me la ha enviado. Agua virgen, Aarón. El agua de un nuevo mundo que nunca pasó por nuestro cuerpo, que no tuvo necesidad de ser regenerada. Tal vez me cure.

—¿Por qué no? —la intensidad de la fe del hombre era conmovedora; ¿podía vivir dos años todavía asumiendo que decidieran ir allí, al mundo de Lory? Quizás... Hasta ahora Bachi había sido el único fallo a bordo. El síndrome Merhan-Briggs, algo muy raro y un diagnóstico brillantísimo de Coby.

—Con esto puedo morir feliz, Aarón —le dijo Bachi—. ¡Dios mío, qué placer para un especialista en química orgánica experimentar con esto!

—¿Hay vida en ella? —Aarón señaló al cazo de Bachi.

—¡Oh, sí, fantástico! Tan variada... Es el trabajo de diez vidas humanas. Hasta ahora sólo llevo dos meses trabajando en ello. Soy lento.

—Tengo que dejarle ahora —dijo Aarón, que se marchó llevándose muestras de la saliva y la orina del enfermo.

Cuando salió de allí no dio la vuelta para dirigirse a la habitación de Lory, sino que en vez de ello se encaminó a la parte central de la nave, para llegar después al puente de mando. El puente de mando del «Centauro» se hallaba instalado en el módulo de proa, grande y blindado, que en caso de emergencia podía dar cabida a todos los habitantes de la nave. Teóricamente, claro. Aarón no creía que la mayor parte de sus compañeros de tripulación fueran capaces de dejarse almacenar allí simplemente para sobrevivir.

En el puente de mando se hallaban casi todos los instrumentos de control y navegación, así como las computadoras de Alhstrom, los instrumentos de astronavegación, los generadores de reserva y apoyo, los giróscopos y el sistema láser, que era su único medio de enlace con la Tierra. Yellaston, Don y Tim tenían sus alojamientos exactamente junto a la sala del puente de mando.

Aarón torció por otro corredor ante la sala de computadoras, frente a un complejo de paneles que daban acceso a la sala de circuitos del «Centauro» y se detuvo ante el ojo automático de la puerta del jefe de Comunicaciones. No había ninguna placa de

llamada visible.

No pasó nada durante un rato... y después la pared que había junto a sus rodillas dejó escapar una tosecita de saludo. Aarón, sorprendido, dio un salto.

—Entre, doctor, entre —dijo la voz de bajo de Bustamante.

La puerta se deslizó hasta abrirse totalmente y Aarón entró vacilante entre un conjunto de formas lumínicas entre las cuales seis o siete negros de gran estatura y en varias perspectivas le estaban observando.

—Estoy trabajando en algo que cae dentro de su campo profesional, doctor —dijo —: Comparación de estímulos ante los sobresaltos y sustos. No lineales, los decibelios bajos producen un gran salto.

—Interesante —comentó el doctor Aarón avanzando cuidadosamente entre aquella dimensión irreal. Visitar a Ray Bustamante significaba siempre una experiencia interesante y nueva—. ¿Quién es usted?

—Por aquí —Aarón tropezó con una superficie de espejo y tuvo que girar en torno suyo hasta llegar a la normalidad comparativa. Bustamante estaba echado en su litera en una pose de relajamiento epicúreo.

—Levántese la manga, Ray. Ya sabe que esto no podemos dejar de hacerlo.

Bustamante afirmó a regañadientes. Aarón subió la manga de su paciente y admiró una vez más sus magníficos bíceps, tampoco en los tríceps había la menor muestra de grasa; posiblemente aquel hombre gigante hacía caso de sus consejos. Aarón observó los datos del diagnosticador digital, recreándose en sus sentimientos hacia Ray, en lo que él creía que era un secreto. Aquel hombre era otra rareza, algo especial, un individuo nacido para reinar El auténtico original de la vida real de la cual Yellaston era sólo una abstracción. No un jefe de equipo nato, como Don o Tim, sino el modelo arcaico, del Jefe, el «bos», el «honcho», el humano alfa masculino que vence en la lucha, que bebe más que nadie, que supera a todos en cualquier terreno, que acaba con sus enemigos, que te roba la esposa, como un auténtico bastardo, y que cuando se cuida de alguien lo hace como quien cuida de algo que le pertenece, que te dice lo que tienes que hacer y lo haces. El modelo primordial del Gran Hombre que organiza la raza y para el cual la raza apenas tiene utilidad. Diez años antes, eso no era visible, apreciable; Ray no era más que un tranquilo y reposado joven afro-norteamericano, oficial de electrónica naval con sus impecables diplomas y la habilidad de convertir un circuito Mannheim en algo tan demoleedor como unos guantes de boxeo. Pero eso fue antes de que sus espaldas se redondearan y las patas de gallo comenzaran a hacer aparición en torno a sus ojos atentos y vigilantes.

—Realmente, Ray, me gustaría que vinieras a la clínica —le dijo Aarón volviendo a bajarle la manga—. Este chisme está muy lejos de ser un aparato de precisión.

—¿Qué diantre puedes hacer si no te gusta cómo sueno? ¿Me darás una de esas

estúpidas píldoras?

—Es posible.

—Yo llegaré al planeta, doctor, ya lo sabes. Muerto o vivo.

—Claro que sí —Aarón se guardó sus instrumentos, admirando la solución que Ray daba a sus problemas. ¿Qué podía hacer un rey nacido en un mundo de termitas y al que se le impedía incluso sentarse en el trono de las termitas? Ray se había dado cuenta de la escena y había vislumbrado su única loca posibilidad. Y su decisión le había llevado a veinte mil millones de millas de la jefatura de los termitas, rumbo a un planeta virgen. Un planeta en el que, tal vez, aún había lugar para los reyes.

Una silueta de muchacha ondeaba entre los espejos, y de repente se materializó en Melanie, la pequeña técnico de la planta de aireación de las cobayas. Llevaba en la mano un extraño utensilio que Aarón pudo identificar como un aparato para hervir la comida.

—Estamos trabajando sobre unas cuantas formas primitivas de arte. — Bustamante hizo un guiño y preguntó a la joven—: ¿Qué será esta noche, Mela?

—Un tubérculo —dijo la joven con serenidad—. Es dulce y no contiene demasiadas proteínas, por lo que debería ser combinado con pescado o carne. Vas a engordar.

La muchacha le dedicó una sonrisa impersonal a Aarón y desapareció de nuevo tras aquel escenario de espejos.

—Es mía, ¿sabes? —Bustamante se quedó mirando fijamente a Aarón—. ¿Es el aire de ese planeta tan bueno como parece a simple vista? Pregúntale a tu hermana si huele bien. ¿Lo harás?

—Se lo preguntaré cuando vaya a visitarla esta noche.

—Últimamente tienes demasiadas visitas —dijo Bustamante, que de improviso apretó un botón interruptor animando una pantalla que Aarón no había visto anteriormente. Mostraba una vista general de la oficina de comunicaciones. La cámara de los giróscopos estaba vacía. Bustamante soltó una especie de gruñido y manipuló el botón de modo que la vista en la pantalla pasó a ser la del corredor que conducía al puente de mando. Después aparecieron otros lugares de la sección de comunicaciones que Aarón no pudo identificar. En ninguna parte había nadie visible. Aarón no consiguió evitar una exclamación de sorpresa ante la extensión de la red de vigilancia electrónica de Ray sobre todo el «Centauro», que era uno de los mitos entre los tripulantes. Aunque no tan mítica, sino real. Parecía como si para Bustamante no existieran paredes en toda la nave. Y, cosa rara, a Aarón aquello no acababa de parecerle mal.

—Tim se presentó hoy en el puente. Sólo quería un poco de conversación —dijo. Bustamante volvió a recoger una imagen de la cámara de los giróscopos y dirigió un «zoom» a la consola de los rayos láser. Aquel espectáculo tenía, indudablemente,

cierto sabor de amenaza; Aarón recordó con agrado aquellos tiempos en que Frank Foy quiso colocar un ojo oculto de observación para vigilar en todo momento, secretamente, a Coby sin el consentimiento del jefe de Comunicaciones.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Bustamante soltó una risita.

—Con las palabras de un antiguo campeón de boxeo de los pesos pesados, George Foreman: «Más de un millón cayeron cuando se tropezaron con el Gran George en esta vieja jungla negra». Hay que saber planear las cosas, Aarón, ¿verdad? Por ejemplo, el caso de Melanie. Es mucho más fuerte y resistente de lo que parece, pero aún le faltan músculos. La gran Daniela es mi número dos. Biología marina, entiende de peces.

Conectó otra imagen en su pantalla de observación y apareció la espalda de una mujer fuerte que, al parecer, estaba sentada en la sala de juegos del Departamento de los Comunes.

—¿Es que estás seleccionando tu futura familia? —Aarón se sentía encantado de la forma que tenía el gran hombre de aferrarse al deseo de vivir. Un rey, desde luego.

—No entra en mis planes lazos demasiado firmes, ¿sabes, Doc? —sus ojos seguían fijos en el médico—. Pienso también en la necesidad de que haya médicos. Así que la tercera en la lista es Solange. ¿No tengo razón?

—¿Soli? —Aarón se quedó mirándole y tuvo que esforzarse por conservar su serenidad—. Pero ¿por qué Soli...? Además, Ray, aun estamos a casi dos años del planeta, incluso es posible que jamás...

—No te preocupes por ello, Doc. Sólo creía que mi deber era advertirte. Puedes emplear todo ese tiempo en enseñar a Soli lo que tendrá que hacer cuando lleguen los críos.

—Crios... —Aarón pronunció esa palabra casi sólo mentalmente. Una palabra que hacía años nadie había pronunciado en el «Centaurio».

—Quizá también es hora ya de que planees algo para ti. Nunca es demasiado pronto, ¿sabes?

—Una buena idea, Ray —Aarón se abrió camino a través de aquella jungla de juegos de luces confiando en que su sonrisa expresara un saludo estrictamente profesional en vez de la mueca desagradable de aquél que sabe que su compañera se ha convertido en un deseo de El Hombre. ¡Soli...! ¡Oh, Soli... mi única alegría...! Pero aún faltan años... casi dos años, se dijo. Ciertamente, en todo ese tiempo podía pensar algo para evitar la amenaza. ¿O no?

Por su mente cruzó la ridícula visión de él mismo luchando contra Ray en medio de un campo de gigantescas coliflores. Y en ese momento se dio cuenta de que la mujer por la que estaban peleando no era Solange, sino Lory.

Movió la cabeza ante las ironías de su subconsciente y se dirigió hacia el pasillo del puente de mando. Llamó en la placa visualizadora de la puerta del capitán

Yellaston. De nuevo sintió aumentar su aprecio por las formas más abstractas de liderazgo.

—Entre, Aarón.

Yellaston estaba sentado frente a su panel de mando limándose las uñas. No alzó los ojos. Aarón nunca había sido capaz de cazar al capitán dirigiendo una mirada no ya ansiosa, sino siquiera curiosa a su maletín. El viejo bastardo sabía que no podía fallarle.

—Su discurso fue una excelente idea, mi capitán —dijo Aarón formalmente.

—De momento al menos —Yellaston sonrió. Una sonrisa sorprendentemente cálida, casi maternal en su rostro caucásico curtido por los años y las experiencias. Dejó a un lado su lima de uñas y continuó—: Hay un punto o dos que creo tenemos que discutir, Aarón, si es que no tiene demasiada prisa.

Aarón sentóse. Se dio cuenta de que el débil tic nervioso del maxilar inferior del capitán había aparecido de nuevo, casi imperceptiblemente. El único gesto externo que apareció en todos esos años, indicando el solitario autcombate que tenía lugar en su interior. Yellaston tenía una capacidad inhumana para funcionar normalmente pese a toda su responsabilidad y trabajo. Aarón jamás podría olvidar el día en que el «Centaurio» oficialmente dejó atrás la órbita de Plutón; esa noche, Yellaston le hizo comparecer a su presencia y le dijo sin el menor preámbulo.

—Doctor, estoy habituado a tomar un promedio de ciento cincuenta gramos de alcohol cada noche. Lo he venido haciendo así durante toda mi vida. En el curso de este viaje reduciré el consumo a cien gramos. Usted deberá facilitármelos.

Sorprendido, Aarón le preguntó cómo había logrado superar los años de selección.

—Renunciando —le había contestado Yellaston mirándolo con ojos que le asustaron—. Pero ahora, si a usted le preocupa, si le importa el éxito de la misión, deberá hacer lo que le digo.

Contra todas las normas éticas profesionales de su entrenamiento y de su carrera, Aarón le había obedecido. ¿Por qué? Él mismo se lo había preguntado muchas veces sin querer darse la respuesta adecuada. Quizá porque sabía el nombre de todos los demonios que poseerían cada noche al capitán si él no le facilitaba el alcohol. Podía mencionar todos esos nombres, pero la realidad era que Aarón sospechaba que el nombre del demonio que poseía a Yellaston era distinto. Algo inherente a la propia vida, al tiempo, era un mal para el que no existía cura. Veía a Yellaston como una fortaleza complicada que se mantenía firme y sobrevivía gracias a un extraño ritual. Tal vez el demonio estaba ya muerto y la fortaleza vacía. Pero jamás había tenido el valor suficiente para arriesgarse a preguntárselo.

—Su hermana es una chica muy valiente —había un especial tono de simpatía en la voz de Yellaston.

—Sí, algo increíble.

—Deseo que tenga la seguridad de que aprecio en todo lo que vale el heroísmo de la doctora Kaye. Lo haré constar en su hoja de servicios. La he propuesto para la Legión del Espacio.

—Muchas gracias, señor —Aarón reconoció que Yellaston también era uno de los miembros del nuevo Club de Enamorados de Lory. Y de repente se preguntó si sería ése el comienzo de uno de los momentos de decaimiento de Yellaston. Sólo se habían producido muy raramente, cuando fallaron las defensas de aquel carácter férreo; pero le habían causado a Aarón graves preocupaciones.

La primera de esas crisis se presentó cuando llevaban unos dos años de viaje, y la protagonista femenina fue Alice Berryman. Yellaston comenzó a flirtear con ella y el flirteo fue ganando rápidamente en intensidad. Alice era una mujer guapa con ojos como estrellas; por lo tanto, no había nada de malo en ello, aunque resultaba sorprendente. Alice le dijo a Miriamne que el capitán le hablaba de extrañas estrategias y principios filosóficos que le costaba trabajo captar. La culminación de la crisis llegó cuando Aarón la encontró llorando antes del desayuno y la llevó a su oficina para oír su relato. La joven estaba anonadada. Nada de sexo... Algo peor... Una noche de charla incoherente, incontenible, interminable, que terminó con evocaciones de la niñez.

—¿Cómo puede ser tan, tan... *estúpido*?

Todas las estrellas desaparecieron de los ojos de Alice. Un disgusto traumático. ¡Papá ha muerto! Aarón trató de explicarle cómo actúa la idiosincrasia de un viejo señor de alta categoría en el mundo de los primates: no sirvió de nada. Aarón se dio por vencido en el terreno del psicoanálisis y le dio, desvergonzadamente, una droga que le alteró la memoria y le hizo creer que había sido ella la que había estado ebria. Todo por el bien de la misión... Después de eso se mantuvo siempre alerta. Y se produjeron otras tres crisis, con una periodicidad aproximada de dos años. ¡Pobre desgraciado! Su niñez, pensó Aarón, debió ser la única época de su vida en que fue libre. Antes de que comenzara la batalla por el éxito y la carrera. Pero Yellaston, de todos modos, jamás había recurrido a él en busca de descanso. Tal vez estimaba demasiado a su bodeguero como tal. O más bien, había decidido por su cuenta Aarón, todo se debía a que Yellaston era demasiado viejo. ¿Cómo podía cambiarse una cosa así?

—Su valor y su éxito serán una fuente de inspiración para todos —siguió el capitán, alabando a Lory.

De nuevo Aarón hizo un débil gesto aprobatorio.

—Deseo que sepa usted —añadió el capitán— que tengo plena confianza en el informe de su hermana.

Lo tiene encantado, pensó Aarón con cierto desánimo. ¡Oh, Lory! En seguida se

dio cuenta de la tensión concentrada en aquella pausa en la conversación. ¿Adónde conducía todo aquello?

—Hay demasiadas cosas en juego, Aarón.

—Eso es cierto, señor —dijo Aarón con infinito descanso—. También yo lo creo así.

—Sin que esto signifique en absoluto restar méritos a la empresa de su hermana, opino que es un riesgo demasiado grande para aceptarlo basándose sólo en la palabra no confirmada con pruebas de nadie. No tenemos datos objetivos de lo que ha sucedido a la tripulación Gamma. Por tanto, no voy a enviar la señal verde hasta que lleguemos al planeta y confirmemos su habitabilidad. Mientras tanto continuaré transmitiendo, como hasta ahora he hecho, la señal amarilla.

—Eso está muy bien pensado —dijo Aarón, el escéptico.

Yellaston se quedó mirándole con curiosidad. Parecía que era el momento apropiado para que Aarón le hablara de los que habían visto a Tighe en sus alucinaciones y también de sus propios sueños y pesadillas; de que le confiara el temor ante los extraños vegetales telepáticos de Lory. Pero pensó que después de lo que había manifestado el capitán sobre sus planes futuros, no era necesario que lo hiciera en esos momentos. Yellaston no estaba influenciado ni encantado por los informes de Lory, sino que sabía conservar su fría capacidad de juicio y análisis. Su amabilidad para con su hermana era sólo el fruto de su extremada cortesía.

—Quiero decir —añadió— que estoy de acuerdo... Por otra parte, ¿significa esto que usted ha decidido que debemos ir al planeta antes de que hayamos examinado a fondo al espécimen?

—Sí, independientemente de lo que encontremos, puesto que no tenemos otra alternativa. Eso nos lleva a la necesidad de actuar así.

Yellaston hizo una pausa y continuó:

—Mi decisión en lo que respecta a seguir enviando señal amarilla a la Tierra, es muy posible que no resulte muy popular entre la tripulación. Pero dos años es un período de tiempo muy corto.

—Dos años es una eternidad, señor —le contradijo Aarón pensando en las apariciones, los rostros, las voces Pensó, también, en Bustamante.

—Me doy cuenta de que es posible que así se lo parezca a algunos. Me gustaría que ese tiempo pudiera ser acortado, pero «Centauro» no posee la capacidad de aceleración de las naves exploradoras. Y hay algo aún más importante, Aarón. Algunos de los miembros de la tripulación del «Centauro» puede que crean que estamos en deuda con nuestro mundo de origen y que deberíamos hacerles saber nuestro hallazgo lo antes posible. La situación en la Tierra debe haber alcanzado ya cotas de extrema gravedad.

Ambos guardaron silencio durante unos momentos, como un tributo rendido a la

trágica situación de la Tierra.

—Si el «Centauro» sufriera un accidente antes de nuestra llegada al planeta, esto privaría a la Tierra de todo conocimiento de la existencia de un planeta habitable, quizá para siempre. El miedo a que esta catástrofe pueda producirse no cabe duda de que pesará mucho en algunos. Claro que, por otra parte, hasta ahora no hemos tenido señal de que se vaya a producir avería alguna, pues todo funciona perfectamente, aunque esto no elimina el riesgo ni mucho menos. Estamos procediendo de acuerdo con nuestros planes. El mayor error que podríamos cometer sería enviar la señal codificada verde y descubrir, después de que las naves hayan sido lanzadas en la Tierra, que el planeta es inhabitable. Esas naves no pueden regresar a la Tierra.

Aarón se dio cuenta de que el capitán le estaba usando para ensayar algunas frases del discurso oficial anunciando su decisión definitiva. Un tabernero tiene muchos usos. Pero ¿por qué no consultaba sus planes y pedía consejo a sus consejeros naturales y lógicos, a Don y a Tim? ¡Oh, oh...! Aarón comenzó a darse cuenta de quiénes podían estar incluidos en esos «algunos» a que el capitán se había referido.

—Si ocurriera eso, condenaríamos a esos hombres a pasarse el resto de sus vidas en una nave. Y lo que es peor, eso terminaría de una vez para siempre, definitivamente, con toda esperanza de una nueva emigración espacial. Nuestro apresuramiento podría resultar criminal. La Tierra ha confiado en nosotros. No debemos correr el riesgo de traicionarlos.

Yellaston caviló durante un momento. De repente se levantó y se dirigió a la pequeña alacena que había en una de las paredes. Aarón oyó el ruido de un trago. El viejo debió haber guardado su última copa hasta la llegada del relevo.

—¡Que Dios lo maldiga! —de pronto Yellaston dejó caer la botella sobre la repisa con un golpe seco—. Jamás debimos traer mujeres en esta misión.

Aarón hizo una mueca involuntaria pensando que aquellas palabras eran fruto de una vieja idea. Pensó también en Soli y Alhstrom, entre todas las mujeres con cargos de importancia en el «Centauro», en los debates sobre los mandos femeninos que habían llevado, finalmente, a una política de innovación mínima en una misión en la que tantas cosas debían ser nuevas. Pero sabía exactamente qué quería decir Yellaston.

Yellaston dio la vuelta permitiendo que Aarón viera su vaso, un gesto poco corriente de intimidad y confianza.

—Todo va a ser muy difícil, doctor. Estos dos últimos años serán los peores con que nos hemos enfrentado. Dos años. El hecho de que nos dirigimos al planeta será suficiente para la mayoría, confío.

Volvió a hacer ese gesto nervioso de masajearse los nudillos y continuó:

—Creo que no será una mala idea por su parte mantener los ojos y los oídos bien

abiertos, Aarón, durante el tiempo que nos falta para completar nuestra misión.

Implicaciones, sospechas, sospechas. Los médicos, como los bodegueros, también tienen su utilidad.

—Supongo que sé lo que quiere decir, señor.

Yellaston afirmó con la cabeza.

—Y de modo continuo —añadió con tono autoritario. Cambiaron sus miradas mutuamente, miradas en que estaban implícitos sus puntos de vista comunes sobre la importancia de Foy.

—Haré todo lo que esté en mis manos —prometió Aarón. Recordó su plan general de trabajo. Se le ocurrió que tal vez podría utilizar la sesión de convocatoria-proyectiva para descubrir si había problemas.

—Bien. Mañana examinaremos el espécimen. Me gustaría conocer sus proyectos.

Yellaston regresó a su vaso, a su consola, y Aarón le explicó por encima sus acuerdos con el jefe de Xenobiología.

—Todo el trabajo inicial tendrá lugar *in situ*, ¿de acuerdo? —concluyó Aarón consciente de que el *in situ* del extraño se hallaba en esos momentos directamente a su izquierda—. No deberá entrar en la nave.

—Exactamente.

—Desearía disponer de autoridad para poder imponer ese sistema. Y guardas en el pasillo.

—Le concedo esa autoridad. Y dispondrá de los guardas necesarios.

—Eso está bien —dijo Aarón, que se pasó una mano por el cuello y recordó lo que llevaba en su maletín—. Se han producido lo que podríamos llamar una serie de reacciones psicológicas ante la presencia de esa forma de vida extraña, que estoy estudiando. No creo que se trate de nada serio. Y ya que hablamos de eso, ¿ha notado usted tal vez una impresión de localización con respecto al extraño, quiero decir una sensación física del lugar donde esa cosa se encuentra?

Yellaston produjo un ruidito gutural.

—Pues sí, en realidad sí. Allí hacia el Norte —señaló hacia la derecha de Aarón—. ¿Tiene eso alguna importancia, doctor?

Aarón suspiró aliviado.

—Sí, la tiene para mí. Significa que mi sentido de orientación no ha mejorado nada durante todos estos años —tomó su maletín y se acercó a la alacena del capitán—. Yo pensaba que la cosa se hallaba ahí, debajo de su litera.

Con aire casual, cambió las botellas vacías por las llenas. Comprobó que, efectivamente, el trago que poco antes se había tomado Yellaston era el último de su anterior provisión.

—Transmítale a su hermana mis saludos personales, Aarón. Y no olvide lo que hemos hablado.

—Así lo haré, capitán.

Un tanto preocupado, Aarón se marchó. Sabía que tenía ante sí un trabajo serio y debía pensar seriamente en ello. Si Tim o Don deciden oponerse al capitán, ¿qué puede hacer el doctor Aarón Kaye? Pero se sentía en cierto modo eufórico. El viejo no aceptaba a ciegas el relato de Lory y no estaba dispuesto a actuar precipitadamente. Papi nos salvará de las coliflores gigantes. Lo mejor que puedo hacer es realizar algunos ejercicios físicos, pensó; y se dirigió rampas abajo hacia el centro de la nave, hacia los pasillos exteriores. Había seis de ellos que conformaban los tres muelles a los que se atracaban las tres naves exploradoras. Allí la gravedad era muy fuerte, un poco superior a la normal en la tierra y los tripulantes iban allí a practicar sus ejercicios con las grandes barras y tubos. Otro buen elemento del programa, pensó Aarón aprobatoriamente. Salió al corredor Beta, llamado así por ser el lugar de atraque de la nave exploradora de Don Purcell. Hacía tiempo ya que «Beta» era conocida como *La Bestia*, como la bestia-del-imperialismo-fascista, un chiste que corrió por el «Centauro» en los primeros años de viaje, cuando la «Alpha» de Tim fue igualmente bautizada *El Bastardo Ateo*. La «Gamma», de Kuh, sólo se ganó el nombre de *China Flower*, es decir, *Flor de China*, la flor que ahora estaba en la proa del módulo con su carga críptica, enigmática.

El corredor en el que se encontraba Aarón era exactamente igual al de Gamma, donde la forma extraña debía ser examinada al día siguiente. Aarón paseó a lo largo del pasillo lentamente, saboreando el exceso de gravedad, contando los portalones de acceso que necesitarían centinelas. Eran catorce, más de lo que en un principio había creído. De todos los puntos de la nave llegaban hasta allí rampas, puesto que las naves exploradoras estaban también destinadas a servir de naves salvavidas en caso de emergencia. El pasillo era tan largo que su extremo final parecía difuminado como si estuviera en una zona de niebla. Se imaginó que sentía el frío penetrar por la suela de sus zapatos. ¡Pensar que se hallaba en una nave estelar! Una mosca caminando por la pared de una lata giratoria en el espacio cósmico. Había soles y soles bajo sus pies.

Recordó las escenas ceremoniosas que habían tenido lugar en aquellos pasillos tres años antes, cuando las naves exploradoras fueron lanzadas para reconocer el espacio de los distintos soles de la constelación del Centauro. Y el triste regreso cuando primero Don y después Tim regresaron con las desesperanzadoras noticias de que no habían encontrado nada más que metano y rocas. *Bestia* y *Bastardo*, ¿nos servirían pronto de medio de transporte para dejarnos en la superficie del planeta de Lory? Ese «pronto», naturalmente, eran dos años, y desde luego no se trataba del planeta de Lory, sino del planeta de Kuh, se corrigió Aarón. Iba tan preocupado que casi chocó con Don Purcell, que volvía de controlar el puesto de mando Beta.

—¿Qué, preparándose para desembarcarnos, Don?

Don se limitó a responder con una mueca, ese gesto tranquilo y reposado que

servía para todo y que Aarón creía firmemente conservaría aun cuando estuviera a punto de ser devorado por las llamas. Debía ser duro, difícil, ocultar los propios pensamientos, hasta quizá la propia personalidad, bajo un gesto, como si realmente Don no se dejara afectar absolutamente por nada. El comandante de exploradores, desde luego, no causaba la impresión de estar preparando un motín, pensó Aarón. Costaba trabajo imaginárselo dirigiendo un ataque contra la cámara de giróscopos de Ray. Todo su aspecto era de un hombre de orden, un buen soldado disciplinado. Como Tim. Kuh también pertenecía a la misma especie, al mismo tipo de hombres. Transistorizados. El tipo genético capaz de traernos hasta aquí, el transportador de la raza en su máxima expresión.

Aarón se metió por la rampa que conducía a la residencia de Lory imaginándose a Don y a las naves exploradoras, y después los vio a todos ya en aquel planeta, aquel mundo suave y florido. Tratando de construir, de edificar una nueva Tierra. ¿Hallarían la colonia establecida por Kuh o sólo un montón de huesos secos y silenciosos? La libertad, la construcción de un nuevo mundo humano... y después la llegada de la flota espacial de la Tierra. Quince años, eso es todo lo que nos queda, pensó Aarón, eso suponiendo que la señal verde se transmitiera en el momento del desembarco. Quince años. Y transcurrido ese tiempo, las naves con los nuevos emigrantes comenzarían a llegar empezando lo que Yellaston había llamado... sí, el oleoducto. Una imagen típicamente anal. El oleoducto transportando los desperdicios, el exceso de la Tierra, a través de años-luz. Los primeros en llegar, desde luego, serían los técnicos, la maquinaria básica, la agricultura. El tipo de colono-pionero. Y poco después la gente, la gente normal y corriente, administrativos, familias, políticos, industrias completas, naciones enteras, todas sorbidas por ese oleoducto hacia el mundo virgen. Cubriéndolo, expandiéndose sobre su superficie. ¿Y qué sería entonces de Bustamante? ¿Qué de Lory y de él mismo?

Se hallaba ya junto a la puerta de Lory. La antesala estaba vacía, por fin.

Cuando su hermana le abrió la puerta, Aarón se sintió satisfecho al ver que no estaba haciendo nada extraño o enigmático, sino simplemente cepillándose el pelo; esos rizos de reflejos cobrizos en los que ya empezaban a verse las primeras canas. Un efecto realmente bello, grato. Lory siguió cepillándose, contando las veces que el cepillo alisaba el cabello, supuso Aarón.

—El capitán te envía sus saludos personales —dijo Aarón mientras tomaba asiento. De inmediato se le ocurrió la posibilidad de que Foy hubiera establecido micrófonos ocultos. Cámaras ya resultaba menos probable. Foy no lo haría.

—Gracias, Arn... setenta... ¿Tus saludos personales también?

—Sí, también los míos. Debes estar cansada Ya sé que has tenido compañía. Traté de visitarte antes.

—Setenta y cinco... Sí. Todo el mundo trata de conocer detalles, el máximo de

detalles...

—Sí. Y ya que hablamos de ello, admiré el tacto que has empleado al referirte a las luchas entre los chinos. No sabía que eras capaz de mostrarte tan... digamos diplomática, o tolerante.

Se cepilló con mayor fuerza.

—No deseo que esta posibilidad se malogre. Y las disputas cesaron muy pronto allí.

Dejó el cepillo sonriendo.

—Es un planeta tan pacífico, Arn. Realmente creo que allí podremos disfrutar de un nuevo tipo de vida. Sin violencia, sin odio ni ambiciones desmedidas, sin envidias. ¡Oh, ya sé, igual que tú...! Pero ésta es la sensación que ese nuevo mundo despierta en mí.

El tono ligero de su hermana no le engañaba. Lory, la niña del paraíso perdido esforzándose en regresar a él para siempre. Aquella mirada en sus ojos que le hacía pensar en la joven Juana de Arco recordando al Delfín de la Santa Causa. Aarón siempre sintió una clara simpatía por el Delfín.

—Tan pronto como esté poblado por seres humanos surgirán problemas, Lory. De todos modos, la gente no está tan corrompida como parece creer. Míranos aquí.

—¿Aquí? Sí, fíjate, Arn. Sesenta especímenes de la raza humana elegidos cuidadosamente en una labor que podíamos llamar de artesanía y especialmente adoctrinados. ¿Es que verdaderamente somos buenos? ¿Nos portamos siquiera amablemente los unos con los otros? Quizás en la superficie, pero puedo adivinar el *salvaje* que palpita por debajo y que sólo espera la oportunidad de saltar. Ayer mismo hubo una *pelea* aquí. ¡Aquí!

¿Cómo se había enterado su hermana de esas cosas?

—Estamos sometidos a una gran tensión, Lory. Somos seres humanos.

—Los seres humanos tienen que cambiar.

—¡Maldita sea! No, no tenemos que cambiar. Básicamente, quiero decir —pensó con cierto tono de culpabilidad. ¿Por qué le estaba haciendo esa faena? Me llevaba a defender lo que yo mismo odiaba tanto como ella. Ella, realmente, tenía razón, pero, pero...—. Debes tratar de preocuparte un poco más por la gente tal y como son sin intentar cambiarlos —terminó, enfadado consigo mismo por la untuosidad de su voz.

En su habitación había muy pocos detalles personales. Casi parecía una celda.

—¿Por qué empleamos la palabra humano para designar la parte animal que hay en nosotros? La agresión ¿es humana? Arn, la crueldad, el odio, la envidia... ¿cualidades humanas? Pero si justamente eso es lo que no es humano, Arn. Es triste, pero es así. Para ser auténticamente humano hay que dejar esas cosas detrás. ¿Por qué no podemos probar?

—Lo hacemos, Lory, lo hacemos.

—Haréis de ese nuevo mundo otro infierno semejante al de la Tierra.

No podía hacer otra cosa más que suspirar reconociendo la verdad de las palabras de su hermana, recordando también la terrible época que siguió a la muerte de sus padres, cuando Lory tenía dieciséis años... Su padre era el teniente general Kaye; ellos habían crecido y se habían educado en las excelentes escuelas de las guarniciones militares. Lory seguía su programa biológico cuando el accidente los dejó huérfanos. De repente Lory se vio liberada y tuvo ocasión de contemplar el mundo externo, y la próxima cosa que Aarón recordaba era haber tenido que ir a sacarla de un centro de detención de Cleveland a medianoche. El puesto de mando del ghetto había reconocido su placa de identidad del Ejército.

—¡Oh, Arn! —había llorado Lory en el cóptero que los llevaba a casa—. ¡Esto no es justo, no es *justo*! —su rostro estaba convertido en una pústula irritada donde le había alcanzado el gas. Aarón no se atrevía a mirarla.

—Lory, esto es demasiado para ti. Ya sé que no es justo, pero no se trata de algo como levantar una perrera en la Isla de Ogilvy. ¿No te das cuenta de que pueden limitar tu cerebro quirúrgicamente?

—Eso es lo que quiero decir: están cometiendo atrocidades, hechos verdaderamente obscenos con la gente. Y eso no es *justo*.

—No puedes asegurarlo ni tampoco cambiarlo —le gritó sin tener en cuenta su dolor—. La política es el arte de lo posible. Lo que tú pretendes no es posible. No conseguirías sino que te mataran.

—¿Cómo sabes lo que es imposible antes de haber tratado de realizarlo?

¡Oh Dios, qué año el siguiente! El nombre de su padre les había ayudado y también la suerte en otras ocasiones. Al final, lo que la salvó fue su propia inocencia implacable. Había dado con ella después de una larga búsqueda cerca del depósito de cadáveres de un viejo barrio de Dallas, flaca, escuálida, temblando, apenas capaz de pronunciar una sola palabra.

—¡Oh, Arn...! Ellos —suspiró mientras se limpiaba el resto de vómitos que aún manchaban su barbilla—. Dave se ha negado a ayudar a Vicky... Quería que lo cogieran... de ese modo él podrá ser el líder... No permitirá que le ayudemos.

—Ésas son cosas que pasan, Lory —la tomó fuertemente por los hombros tratando de detener sus temblores—. Suele ocurrir así, la gente es humana.

—¡No! —le gritó con fiereza—. ¡Es algo terrible, terrible! Ellos... nosotros, estamos luchando unos contra otros, Arn; luchando por el poder. Dave ni siquiera es capaz de salvar a su esposa, no quiere hacerlo. Pienso que se están golpeando unos a otros. Ella era sólo un objeto de su propiedad.

Lory se tomó el resto de la sopa que su hermano le había llevado. Después añadió:

—Cuando les hablé así, cuando les dije lo que pensaba, me echaron fuera.

Aarón la sujetó sin saber qué hacer.

—Arn —continuó en un murmullo— Vicky... *ha aceptado dinero*. Lo sé.

—Lory, vuelve a casa. Ahora. Yo me ocuparé de todo. Podrás terminar tus exámenes si vuelves ahora.

—¡De acuerdo...!

Aarón movió la cabeza... Ahora estaba sentado en el «Centauro», a cincuenta mil millones de kilómetros de la Tierra, de aquel Dallas del pasado, pero tenía ante sí la misma cara decidida de su hermana, pequeña aunque ahora sus cabellos ya empezaban a estar mezclados con hebras de plata. Su hermana menor, a quien la suerte había convertido en su único lazo de unión con el nuevo planeta y con aquella cosa que esperaba fuera.

—Está bien, Lory —se levantó y dio la vuelta para mirarla de frente, cara a cara—. Te conozco bien. ¿Qué fue lo que sucedió en ese planeta? ¿A quién estás protegiendo? ¿Qué ocultas?

—Nada, Arn. Excepto eso que te he dicho. *¿Qué es lo que te pasa a ti?*

¿Era demasiado inocente? Aarón, que desconfiaba de todo, no podía decirlo.

—Por favor, aléjate de mí.

Consciente del posible espionaje-escucha de Foy, retrocedió. Aquello sonaba como un acto de demencia.

—¿No te das cuenta de que esto no es un juego? Nuestras vidas dependen de ello. Por mucho que odies a la humanidad, la gente sigue viviendo. Creo que de ninguna manera debes jugar con sus vidas.

—No odio a la humanidad, Arn. Lo que odio es algunas de las cosas que la gente hace. No sería capaz de hacer daño a las gentes, Arn.

—Serías capaz de aniquilar al noventa por ciento de la raza para conseguir tu utopía.

—¡Qué cosa tan terrible estás diciendo!

Su rostro era alma pura, sin mezcla. Aarón sintió dolor por ella. Pero también Torquemada había tratado de ayudar a la humanidad.

—Lory, dame tu palabra de que Kuh y sus gentes están completamente bien. Tú sincera palabra.

—Lo están. Te doy mi palabra. Están perfectamente, en medio de la mayor belleza.

—¡Al diablo con la belleza! ¿Están prácticamente bien?

—Naturalmente que sí.

Sus ojos aún conservaban aquella mirada, pero a Aarón no se le ocurrió ningún otro medio de seguir interrogándola. Menos mal que Yellaston se había mostrado precavido.

Lory le tendió la mano, su mano pequeña, eléctrica, que casi le produjo una

quemadura.

—Ya lo verás, Arn, es todo maravilloso. ¿No lo es aún más que estemos juntos? Esto es lo que me mantiene y me da fuerzas, como me las dio durante el viaje de regreso. Mañana será el día en que veremos a la vida extraña.

—¡Oh, no! Tú no.

—Jan Ing quiere que esté allí. Has dicho que desde un punto de vista médico me encuentro bien. No olvides que soy su jefe de botánica —sonrió maquiavélicamente.

—No creo que debas, Lory. Tus úlceras.

—Hacerme esperar lejos de allí no será mejor para ellas —dijo serenamente alzando sus brazos—. ¿El capitán Yellaston va a enviar la luz verde?

—Pregúntaselo a él personalmente. Yo sólo soy el médico de a bordo.

—¡Qué pena! Bien, él sabrá lo que se hace. Todos lo veremos dentro de poco.

—¿*Qué* es lo que veremos?

—Lo inofensiva que es esa forma de vida extraña, naturalmente. Escucha, Arn. Éstas son palabras de una antigua obra que el mártir Robert Kennedy citó antes de ser asesinado: «Amansar el corazón del hombre, hacer amable la vida en este mundo... ¿no es eso maravilloso?»

—Sí; lo es, Lory.

Se marchó de allí cualquier cosa menos confortado, pensando que la vida de este mundo distaba mucho de ser amable o maravillosa. No fue la amabilidad ni la gentileza lo que te hizo estar aquí, Lory. Por el contrario, fue la presión de la falta de amor, la desesperada ambición de poder del mono humano. Esa fallida humanidad que por una causa u otra no logras ver.

Se dio cuenta de que había tomado un camino que le llevaba a la Sala de reunión principal, a los Comunes. Bajo aquellas fotos expuestas se estaban jugando las partidas de bridge y-de póquer, como cada noche. Sólo había una diferencia ni Tim ni Don estaban presentes. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de los jugadores para poder oírlos, escuchó la voz del físico israelita que mencionaba algo así como la palabra isla. ¿Una isla? Se dirigió a la clínica esperando haber oído mal.

Solange le estaba esperando con el libro oficial médico. Le dictó las observaciones de su examen de Ray y de Bachi con la cabeza cerca de su cálida frente, mientras recordaba que tenía un problema más. ¡Olvídalo!, se dijo; tengo dos años todavía para ocuparme de Bustamante.

—Soli, mañana deseo que esté preparada una serie de latas de descontaminantes a lo largo de la zona donde realizaremos el examen. Con el mecanismo de acción en mi estación de trabajo. Digamos un fuerte fitocida más un fungicida de base de mercurio. ¿Qué podemos conseguir en los almacenes?

—Decon Siete es el más potente, Aarón, pero no puede ser mezclado y tendremos que colocar muchos tanques.

Su rostro mostraba temor, piedad hacia las hipotéticas plantas que tal vez habría que asesinar.

—De acuerdo, colocaremos todos los tanques necesarios, por muchos que sean. Todo lo que los trajes puedan aguantar. No me fío de esa «cosa».

Soli cayó en sus brazos apretándolo con sus manos fuertes y pequeñas. Paz, confort. *Hacer amable la vida de la Humanidad*. Su cuerpo la había echado de menos dolorosamente, lo cual se tradujo en una superior erección. Soli suspiró. Amorosamente la acarició y volvió a sentirse él mismo por primera vez al cabo de muchas semanas. ¿Te considero como una cosa de mi propiedad, Soli? Ciertamente no... El pensamiento del enorme cuerpo de Bustamante cubriéndola flotó por su mente y su erección se incrementó notablemente. Tal vez el hermano mayor negro se vería obligado a modificar sus planes, pensó Aarón, mientras la conducía a su comfortable litera. Dos años es mucho tiempo...

Adormilado, con el cálido cuerpo de Soli a su lado, Aarón tuvo una visión neutral, cómica, casi hipnagógica: el rostro de Tighe, grande como un muro, adornado con orlas de flores y frutos. Las flores rosadas y verdes al chocar entre sí sonaban como un cuerno mitigado. *Tantara...* las melodías centrípetas. *Ta tara* ¡Tara! ¡TARA!

... de repente, esos cuernos melódicos y suaves se cambiaron por la señal sónica de alarma médica. Soli estaba moviéndolo hasta despertarlo. La señal provenía del puente.

Saltó de la cama, se puso unos «shorts», abrió la puerta de un empujón. Sin saber cómo, el maletín estaba ya en su mano. Se encaminó a la sección de caída libre, sin tener la menor idea de la hora que podría ser. El pensamiento de que Yellaston podía haber sufrido un ataque cardíaco le causó verdadero pánico, un pánico mortal. Oh, Dios... ¿Qué podrían hacer todos ellos sin Yellaston?

Corrió a toda la velocidad de sus piernas, sujetando fuertemente su maletín en la mano y pensando en los tratamientos que podría, alternativamente, utilizar. Iba tan agitado que casi no oyó las voces que le llegaban del corredor que conducía a la Sala Común. Se dirigió al acceso al puente tan preocupado que en su principio ni siquiera pudo identificar las oscuras columnas que ocupaban la escalera que conducía a Comunicaciones. Eran las piernas de Bustamante.

Aarón saltó sobre ellas y de inmediato se sintió aliviado pese a la espantosa visión que se presentó ante sus ojos. El comandante Timofaev Bron estaba entre los brazos de Bustamante, sangrando abundantemente por el ojo izquierdo.

—¡Está bien, está bien! —murmuraba Tim. Bustamante lo estaba agitando.

—¿Qué diablo significa esta disminución de energía? —era Don Purcell que acababa de entrar inmediatamente detrás de Aarón.

—Este tipo estaba transmitiendo —gruñó Bustamante— Mierda, fui demasiado

lento. Estaba transmitiendo *con mi rayo láser*.

Volvió a zarandear al ruso.

—Bueno, bueno, ya está hecho —repitió Tim sin expresar la menor emoción.

La sangre provenía de un corte en la región supraorbital. Aarón libró a Tim de las manos de Bustamante y le hizo sentarse con la cabeza hacia atrás para dar unos puntos a la herida. En el momento en que abría su maletín para coger el instrumental, una silueta entró por la puerta que daba al departamento de Astronavegación: el capitán Yellaston.

—Mi capitán... —Aarón todavía seguía confuso, pensando en aquella coronaria. La rigidez peculiar de Yellaston le asustó. ¡Oh Jesús, no! El capitán no estaba enfermo, pero sí borracho hasta las agallas.

Bustamante estaba abriendo rápidamente la caja de contención de los giróscopos. Toda la habitación se llenó de un zumbido continuado.

—No he estropeado el rayo —dijo Tim, que seguía bajo las manos de Aarón—. Cierta equipo se instaló cuando lo construimos; usted no lo comprobó con la suficiente atención.

—¡Hijo de perra! —dijo Don Purcell.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué clase de equipo? —la voz de Bustamante se alzó armónicamente sobre el ronroneo de los giróscopos—. ¿Qué es lo que ha hecho usted aquí, granuja?

—No se me ha enviado aquí para esperar. El planeta está ahí.

Aarón Vio cómo los labios del capitán Yellaston se movían con gran esfuerzo y que su rostro adquiriría una extraña expresión.

—Usted... Ha indicado —dijo con tono asustado—. Indicó... Ha enviado la señal verde...

Los demás se quedaron mirándole uno a uno. Aarón se sintió herido por una insoportable sensación de piedad... No se atrevía a creer que lo ocurrido fuera cierto. Era demasiado terrible para ser real.

—¡Hijo de perra! —seguía repitiendo Don Purcell.

La señal verde ha sido enviada, comprendió Aarón. A los rusos, desde luego, pero todo el mundo se enteraría y comenzarían los preparativos. Ya no hay solución, pensó; nos ha comprometido, tanto si el planeta responde a las condiciones precisas de habitabilidad como si no... ¡Oh, Dios...! Yellaston, el capitán, había visto venir una cosa así. Si hubiera sido más joven se hubiese movido con mayor rapidez... Si la mitad de su cerebro no estuviera flotando en alcohol, también. En el alcohol que yo mismo le he venido facilitando, pensé.

—El aparato estaba oculto entre la capa protectora y el casco —le dijo Tim a Bustamante—. El contacto debajo de la palanca acodillada. No tienen por qué preocuparse. Emití una sola vez.

Aarón parecía incapaz de creer que esto pudiera haber ocurrido mientras le escuchaba. Fuera estaba la teniente Pauli; seguro que ella estaba también complicada en el asunto.

—Tim, ¿cómo podías estar tan seguro de que todo iba a salir bien? ¿No sabes que podías habernos matado a todos?

El cosmonauta se quedó mirándole con su único ojo sano, que conservaba la misma expresión de calma de siempre.

—Los registros y los informes no mienten. Ya tenemos datos más que suficientes para deducir que no encontraremos ningún otro planeta. El viejo hubiera seguido esperando siempre.

Soltó una risita. El planeta soñado se reflejaba en su ojo.

Aarón volvió a salir y condujo a Yellaston a su alojamiento. Los brazos del capitán temblaban imperceptiblemente. También temblaba Aarón a causa de la piedad y el disgusto. El viejo, le había llamado Tim. Este viejo... De repente comprendió la dimensión total del desastre de esa noche.

Dos años. Al diablo con el planeta. Tal vez jamás lograrían llegar a él. Dos años en esa lata de metal con un capitán que había fallado, un viejo sin energía, sin autoridad y borracho. Nadie será capaz de mantenernos unidos como Yellaston lo había logrado durante esos diez años, durante las semanas y los meses interminables, insoportables, cuando el oxígeno escaseó y el pánico comenzaba a extenderse por todos los cerebros. ¡Se había comportado tan bien en esa ocasión! Sí, nadie podía negarlo. Ahora había dejado que su autoridad se viera burlada por la actitud de Tim y estaba perdido. Ya no estábamos unidos, no volveríamos a estarlo jamás después de lo que había sucedido Y las cosas empeorarían. *¡Dos años!*

—En el... ventilador —Yellaston murmuró con trágica dignidad, dejando que Aarón le pusiera en la cama—. En el... ventilador... culpa mía.

—Por la mañana —le dijo Aarón gentilmente, tratando de apartar el terrible pensamiento— Tal vez Ray pueda pensar algún modo de corregir lo sucedido.

Sin esperanzas, Aarón se dirigió a su alojamiento. Sabía con certeza que no lograría conciliar el sueño. *Dos años...*

III

Silencio... Un vacío clínico, brillante, sin nubes, sin lágrimas. Horizonte, infinito. En algún lugar se alzan las palabras, el silencio habla: YO SOY LA ESPOSA; cancelado el sonido. Aarón invisible y del tamaño de un microbio, ve en el suelo una infinita membrana plateada surcada por venas muy bella, que identifica como el prepucio de un adolescente, el residuo de su primera operación...

Casi despierto ya, en posición fetal; algo terrible por encima de él le despierta. Trata de meterse de nuevo en su sueño, pero una mano lo impide y le impulsa hacia la conciencia.

Abre los ojos y ve a Coby ofreciéndole una taza de bebida caliente; mala señal.

—Sabe lo que sucedió con Tim, ¿verdad? —dijo Aarón mientras sorbía su bebida.

—Por lo que veo es usted quien no se ha enterado de lo que ha pasado con Don Purcell. No le he despertado porque el caso no ofrecía problemas médicos.

—¿Don Purcell? ¿Qué ha pasado con Don Purcell?

—Prepárese, jefe.

—Por amor de Dios, no me vengas con monsergas, Bill.

—Bien, a eso de las tres se produjo un temblor en la cubierta exterior. Dejé conectados todos los registros de Tighe y traté de enterarme de lo ocurrido. Finalmente lo logré. Parece ser que Don lanzó su nave exploradora por medio del mecanismo de lanzamiento automático. Va cargada de cintas de registro, gráficos, aparatos de control, todo aquello de que pudo echar mano. Hacia el planeta ¿Lo ve? Y dicen que está en condiciones de poder enviar una señal a la Tierra en cuanto haya ganado velocidad.

—Pero Don... ¿Va Don en la nave?

—Nadie va en ella. La dirige el piloto automático. *La Bestia* dispone de algunas mercancías y de instrumentos especiales. Y es posible que nuestra gente, en la Tierra, cuente también con una estación de escucha en alguna otra parte, en Marte tal vez, según he oído decir.

—¡Jesús!

Todo está pasando con mucha rapidez, pensó Aarón. ¿Dónde habrá conseguido Coby esta información? No se le escapa nada de todo lo malo que ocurre.

—Gracias, Bill —Aarón se irguió con un gran esfuerzo... Primero Don y ahora Tim... Guerra o juegos bélicos en el «Centaurio». Todo arruinado, todo perdido.

—Las cosas van demasiado de prisa para el viejo —Coby se retrepó con

familiaridad en la litera de Aarón—. También hay algo de bueno en esto. Tenemos que conseguir una organización política más realista. Toda esa porquería del gran líder se ha ido al garete, está terminado. Claro que podemos conservarlo como figura decorativa... Don y Tim también están fuera de campo, al menos de momento. Lo primero que tenemos que hacer es elegir un comité de trabajo.

—Está usted loco, Bill. No se puede mandar una nave con un comité. Nos suicidaríamos si comenzáramos a meternos en política.

—Me gustaría apostar a que no es así —contradijo Coby—. Hace falta efectuar algunos cambios, jefe.

Aarón se aclaró la cara con un poco de agua fría para ahogar la voz por algún tiempo. ¿Elecciones a dos años de ningún sitio? Eso significaría la aparición de la facción rusa, la facción norteamericana, el Tercer y el Cuarto Mundo; los científicos contra los humanistas, contra los técnicos, contra los ecólogos, contra los teístas, contra los smithistas... Todas las facciones de la Tierra a bordo de una frágil nave espacial. ¿Qué forma habrá adquirido toda esta lucha política cuando logremos alcanzar el planeta si es que vivimos el tiempo suficiente para ello? ¿Y cómo será la colonia, cualquier colonia que podamos fundar con esas premisas? ¡Oh, maldito Yellaston! ¡Maldito sea yo mismo!

—Reunión general a las once —estaba diciéndole Coby—. Y otra cosa; Tighe realmente estuvo paseando por ahí la noche pasada durante unos veinte minutos. Culpa mía, lo admito. Me olvidé de cerrar la sección de aislamiento. No ha ocurrido nada malo, sin embargo. Conseguí traerlo en seguida.

—¿Dónde estuvo?

—En el mismo lugar. Cerca del portón donde estuvo atracado el «China Flower».

—Cuando vaya a la reunión llévelo con usted —dijo Aarón impulsivamente, castigando a todos con su decisión.

Se levantó para tomar el desayuno, tratando de sacudirse su carga de sueño excesivo, de pereza. Tenía miedo a la reunión, un miedo terrible. Pobre Yellaston, tratando en vano de cubrir su lapsus, tratando de salvar la cara frente al público. Una figura decorativa. No, eso era algo que no podría aceptar, caería en la mayor de las depresiones. Aarón se dedicó a estudiar los registros y gráficos de Tighe para ocupar su mente y escapar de aquellos pensamientos.

Los datos sobre el estado de Tighe eran más pesimistas que todos los anteriores; su índice general de salud había descendido otros cinco puntos más. Sus funciones CNS habían descendido hasta un punto que él jamás encontró anteriormente en un paciente ambulatorio, y menos aún en uno tan coordinado como Tighe. Curioso... Tenía que estudiar el caso, pensó Aarón con cierta apatía. Todas las curvas de los gráficos tienden al pesimismo. Yellaston era nuestro pacificador. ¿Podremos arreglárnoslas sin él? ¿Soy yo tan dependiente de él como Foy?

Había llegado la hora de la reunión. Se encaminó hacia los Comunes, enfermo de compasión y temor; él mismo se mostraba relucante, tan relucante a oír que al principio no se dio cuenta del milagro: no había nada de qué compadecerse. El Yellaston que tenía ante sus ojos tenía la voz firme, estaba erguido, irradiando mando, autoridad; anunció oficialmente que la señal verde codificada para el sol Alfa había sido enviada a la Tierra a las cinco de la madrugada.

—¿Qué?

—Como algunos de ustedes ya habrán observado —dijo Yellaston placenteramente— nuestros dos comandantes de exploradores han tomado sus propias iniciativas personales con el mismo efecto al enviar a sus respectivos gobiernos terrestres la señal verde. Debo subrayar que estas acciones se llevaron a cabo siguiendo órdenes recibidas de sus superiores antes de embarcar. Todos nosotros lamentamos, todos los que nos hemos sumado a esta misión lo lamentaremos siempre, que las Naciones Unidas de la Tierra que patrocinaron nuestra misión no estén tan perfectamente unidas, o al menos no lo estuvieran cuando nos marchamos de allí. Confiemos en que las cosas hayan mejorado. Pero esto pertenece al pasado y no es asunto nuestro, no debemos preocuparnos con las tensiones y divergencias de un mundo que lo más posible es que ninguno de nosotros vuelva a ver jamás. Deseo decir que tanto Tim Bron como Don Purcell —Yellaston hizo un gesto paternal apenas perceptible, dirigido a los comandantes de exploradores que estaban sentados con toda la formalidad oficial de siempre a su izquierda (pese a la venda que cubría el ojo izquierdo de Tim)— no han hecho más que cumplir fielmente órdenes que habían recibido, por más que estas órdenes sean no sólo anticuadas, sino tal vez inútiles, exactamente igual que cualquiera de nosotros se hubiera visto obligado a hacerlo de hallarse en su lugar. Ahora esta obligación ha sido cumplida. Sus señales independientes, si es que llegan a la Tierra, servirán de confirmación a nuestra señal oficial transmitida a la Tierra.

»Ahora —continuó Yellaston— pasemos a considerar nuestra tarea inmediata.

¡Jesús, Dios...!, pensó Aarón. El viejo hijo de perra. Un viejo zorro que había sabido sacar todo el provecho posible de una situación aparentemente sin salida. Había tomado la iniciativa mientras yo pensaba que estaba acabado, terminado. Fantástico. Pero ¿cómo diablo? Manejando esos láser como debían ser manipulados. Aarón dirigió la vista en torno suyo y cazó un extraño brillo en la mirada de Ray Bustamante... El viejo negro George estaba cocinando algo con Yellaston en su cocina electrónica. Aarón se hizo un guiño a sí mismo. Se sentía tan feliz que ignoró el murmullo interno... *¿A qué precio?*

—El examen de la forma biológica que nos fue traída a bordo por el equipo del comandante Kuh, comenzará esta tarde a las cinco. Se realizará en el corredor Gamma. Aunque la operación se realizará en zona aislada, podrá ser contemplada por

todos vosotros en vuestros visualizadores; es decir, que lo más seguro será que podréis verla vosotros mejor que los que estemos allí realizando el trabajo — Yellaston sonrió—. Inmediatamente después, la sección de navegantes se preparará para un inmediato cambio de rumbo en dirección al planeta Alfa. Cada uno deberá asegurar su sector para ese cambio de rumbo, el aumento de aceleración y de velocidad tan pronto como sea posible. El vector de carga será expuesto mañana en el tablero de avisos. Deberéis comunicar a Tim y a Don cualquier problema que se presente en vuestras respectivas secciones. El primer maquinista, Singh, se ocupará de la sección Gamma en ausencia del comandante Kuh. Y, finalmente, debemos comenzar el trabajo de adaptar y perfeccionar nuestro plan general de colonización planetaria a los datos que tengamos en nuestro poder. Nuestro primer objetivo será la elaboración de un atlas del planeta indicando todos los datos que cada uno de vosotros haya podido descubrir o deducir en su respectiva especialidad, según los datos que nos brindan las cintas de grabación y los registros de la misión Gamma. De acuerdo con este atlas y sus datos, estableceremos nuestros planes. Os recuerdo que se trata de una tarea que requiere imaginación y atención, en la cual hay que tener en cuenta todas las contingencias y parámetros. Señores, señoras: la misión es difícil. Sólo tenemos dos años para prepararnos para la mayor de las aventuras que nuestra raza conoció.

Aarón comenzó a sonreír al pensar en el arcaísmo y se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta. El murmullo de las gentes en torno suyo duró un minuto más o menos. Yellaston hizo un gesto a Don y Tim y éstos se levantaron y se dirigieron con él a la salida. Perfecto, pensó Aarón, todo va bien, lo lograremos. El retorcido Coby. ¡Papi vive! Todo el mundo estaba excitado y satisfecho. Aarón se abrió camino entre la multitud y dejó atrás la gran maravilla floreal de las fotografías del planeta de Lory... o mejor dicho del planeta Alfa, ¿no le había llamado así el capitán Yellaston? Nuestro futuro hogar. Yellaston nos conducirá hasta allí. Ha sabido recuperar el terreno perdido.

Pero eso tenía un precio, repitió el rincón más sombrío de su cerebro. La gran luz verde, la señal codificada, estaba ya camino de la Tierra. No solamente somos nosotros los que nos hallamos comprometidos en esta aventura, sino la Tierra entera. Consecuentemente, el planeta tiene, forzosamente, que ser apto.

Se dirigió a reunir su equipo, irracionalmente resuelto a redoblar las precauciones relacionadas con la descontaminación de emergencia.

Diario de a bordo, nota 125 486 sd /4100 x 1200/ aviso a todo el personal el corredor Gamma uno estará sometido a aislamiento de urgencia de peligro espacial a partir de las 15:45 del día hoy al objeto de realizar el bioanálisis del espécimen extraño // la entrada en él quedará limitada a. (1) comandante

centauro cuadro alfa / (2) la vigilancia de xenobiología designada al efecto / personal médico / (3) equipo de control espacial charlie / (4) equipo de seguridad y supervivencia asignado a las entradas del corredor // el personal mencionado deberá llevar en todo momento sus trajes espaciales hasta que vuelva a abrirse el mencionado corredor // debido al factor de riesgo desconocido de esta operación se estacionará una guardia adicional en la parte interna de a bordo de las puertas de acceso: véase medidas especiales de seguridad anexo // personas no autorizadas deberán abstenerse de entrar en corredor gamma uno a partir de ahora // video cubrirá toda la operación desde los puntos de toma más próximos posibles y se transmitirá a todas las pantallas de la nave en el canal uno a partir aproximadamente a las 15:15 horas.

yellaston, com. gen.

En el corredor Gamma Uno, el mayor factor de riesgo lo constituían los cables. Aarón estaba literalmente oculto entre los componentes de su equipo instrumental, con el pesado traje espacial y observando cómo Jan Ing se ocupaba de la electrónica. El jefe de Xenobiología deseaba que en el corredor existiera una total capacidad computadora; no había manera de pasar el cable de enlace a través de las compuertas herméticamente cerradas. Se había recurrido al equipo de Salvamento y Recuperación, pero se habían negado en rotundo a facilitarnos ninguna de sus terminales de enlace alegando motivos de seguridad. Finalmente, se resolvió la cuestión sacrificando el panel indicador de una de las compuertas de acceso. El ingeniero Gomulka, que estaba presente en funciones de guardia, comenzó a trabajar para instalar en él los cables de enlace con el computador.

El suelo estaba cubierto de cables que culebreaban por doquier. Xenobiología había llevado allí la mitad de su laboratorio y Aarón vio al menos ocho registradoras Waldo unidas al equipo de extensión del biomonitor. El equipo de cámaras trabajaba por doquier. Una cámara se había instalado exactamente enfrente de la estrecha escotilla que había de abrirse para establecer la comunicación con la sección de mando del «China Flower», otras dos frente a la gran escotilla del módulo de carga tras el cual debía estar la forma extraña; también se habían colocado otros dos tomavistas elevados. Estaban instalando también algunas pantallas monitoras en el pasillo, lo cual alegró a Aarón que estaba demasiado atrás como para contemplar directamente las escotillas de acceso a la nave exploradora. El equipo de Salvamento y Recuperación trataba de recoger los cables y unirlos en manojos colocados a lo largo de las paredes, pero la cosa no era fácil y aún se complicaría más cuando los

umbilicales de los trajes espaciales se sumaran al lío. Gracias a Dios, el uso de los trajes espaciales no se generalizaría hasta que el equipo de seguridad y recuperación espacial no hubiera hecho que el «China Flower» estuviera atracado en su muelle propio, anexo a la nave.

La estación de servicio de Aarón se hallaba en el punto más alejado del extremo opuesto del corredor. Frente a él, en un espacio abierto junto a la entrada del equipo de seguridad y recuperación espacial. Más allá comenzaba el gran laboratorio de xenobiología. Más próxima se hallaba la escotilla de carga y, por fin, a distancia, se encontraba la sección de mando del corredor. Cuadro de Mando Alfa significaba Yellaston y Tim Bron. Aarón apenas podía divisar el parche blanco sobre el ojo de Tim, que estaba hablando con Don Purcell. Éste debería volver al «Centauro» para situarse en el puente de mando y ocuparse de la navegación. En caso de emergencia Aarón dirigió de nuevo una mirada a las filas de descontaminantes situados frente a las escotillas. También éstos tenían cables que terminaban en un interruptor al alcance de su mano. Había tenido problemas con la XB a causa de las latas de descontaminantes, Jan Ing preferiría ser devorado vivo que arriesgar aquel espécimen a sufrir la muerte o cualquier otro daño.

Una mano cayó sobre el hombro de Aarón el capitán Yellaston que llegaba para hacer una visita de inspección, su rostro observador no daba muestra alguna de cuál podía ser el estado de su riego sanguíneo.

—La suerte está echada —observó Aarón.

Yellaston hizo un gesto afirmativo.

—Un juego —dijo con tranquilidad—. La misión Aarón, es posible que haya hecho algo espantoso. Pero en la Tierra, de todos modos, se hubieran puesto en movimiento hacia aquí a causa de las señales de los otros dos.

—Ha hecho usted lo único posible, señor.

—No —Aarón levantó los ojos. Yellaston no estaba hablando con él sus ojos eran como dos frías pantallas cósmicas—. No, debí haber enviado luz amarilla y anunciar que había enviado luz verde. Ray me hubiera guardado el secreto. Eso hubiera evitado, al menos, el lanzamiento de las naves de las Naciones Unidas. Era el movimiento correcto, el adecuado. Pero no se me ocurrió a su debido tiempo.

El capitán descendió por el corredor dejando a Aarón atónito. ¿Enviar señal amarilla y mentirosos durante dos años? ¿El capitán Yellaston? Sí, sí, Aarón comenzó a ver las cosas claras poco a poco. Eso hubiera salvado, al menos, a una parte de la humanidad en el caso de que el planeta no fuese bueno para la raza humana. Mejor que perderse todos. Lo que hizo estuvo bien, pero no fue lo mejor. Quizá debido a que estaba borracho cuando tomó su decisión, pensó Aarón. Tal vez sea mi culpa... Mis susceptibilidades estúpidas, mi romanticismo.

Un grupo pasó junto a él: el equipo de salvamento y recuperación espacial vestido

ya con sus trajes espaciales y dispuesto a salir a buscar el «China Flower». El último de los hombres apretó el brazo de Aarón al pasar junto a él: Bruce Jang, que le hizo un guiño significativo a través de su máscara limpia. Aarón observó cómo salían por la escotilla de atraque, recordando que también habían hecho lo mismo tres semanas antes cuando salieron para recoger al «China Flower» que regresaba con Lory a bordo, inconsciente. Ahora su misión era más sencilla, puesto que el «China Flower» ya estaba unido a la nave por un cable umbilical. De todas maneras la operación tenía su peligro. Los mecanismos rotacionales siempre podían lanzar despedido a un hombre que se perdería en el espacio, pensó Aarón, que siempre tenía miedo cuando otros hombres realizaban trabajos o ejercicios más allá del límite de su propia habilidad.

Una pantalla de video comenzó a funcionar y mostró un paisaje estrellado. Un traje espacial las ocultó; cuando pasó, tres pequeñas estrellas amarillas se movían hacia las tinieblas... Las luces de los cascos del equipo que se alejaba en dirección al «China Flower», que estaba a lo lejos. Aarón sintió que se le contraía el estómago: allí había una forma de vida *extraña*; él mismo estaba a punto de recibir a ese *extraño*. Comenzó a elegir y a montar los extensores, en cuyo extremo irían los sensores que debían ser introducidos en el interior del módulo de carga. Mientras lo hacía vio algunos rostros que le contemplaban a través de la mampara de vitrex del primer acceso. Hizo un movimiento de saludo. Los rostros, al comprender que el trabajo aún no había comenzado, se alejaron. Aarón se dio cuenta de que aquélla sería una tarde larga, muy larga.

Cuando él e Ing hubieron preparado y ordenado su equipo, todas las personas que no debían participar en la operación, con excepción del equipo de trajes espaciales, habían abandonado ya el corredor. En la pantalla conectada con el exterior, el «China Flower» se iba haciendo cada vez mayor. De pronto, la pared que había a su lado resonó como si hubiera recibido un golpe y las luces reverberaron... Las sondas de los portales estaban enganchadas ya y la reverberación cesó. Aarón se estremeció involuntariamente: el *extraño* estaba allí.

Cuando el círculo de entrada del equipo de salvamento y recuperación espacial comenzó a emitir sus flashes, la voz de Tim Bron dijo en el audio:

—Todo el mundo debe ponerse los trajes ahora.

El equipo de salvamento y recuperación entró, ya de vuelta, en el corredor. Los hombres del equipo de trajes comenzaron a trabajar enlazando y comprobando los cordones umbilicales de los trajes espaciales de cada uno de los que se quedarían en el corredor. Sería un trabajo complicado y difícil, y esos cables no dejarían de ser un estorbo. Por fin, el equipo de los trajes espaciales llegó hasta él. Vio nuevos rostros al otro lado de la mampara de vitrex. Las pantallas de video estaban ofreciendo en esos momentos mejores imágenes, pero sin embargo los rostros seguían allí, prefiriendo

ver menos pero verlo directamente. Aarón soltó una risita: el ancestral impulso simiesco de verlo todo con los propios ojos.

—Todo el personal que no intervenga directamente en la operación deberá abandonar esta zona.

El equipo de salvamento y recuperación se colocó alineado a lo largo de la pared que estaba en el lado opuesto al de la escotilla del puente de mando del «China Flower». El plan consistía en abrir primero esta escotilla para retirar los registros automáticos recogidos en la nave exploradora sobre el comportamiento y las reacciones de la forma de vida extraña. ¿Seguía viva todavía? Aarón no sentía ya ninguna intuición mística, sólo una tensión cada vez mayor en sus tripas. Se esforzó por respirar con toda normalidad.

—La guardia debe cerrar la zona.

La última entrada del corredor, que hasta entonces estuvo abierta, fue cerrada herméticamente. Aarón vio que una de las caras detrás del casco espacial se volvía hacia él y las tres secciones de la línea de Xenobiología. Era Lory. Le hizo un saludo rápido con la mano enguantada, deseando que su hermana se mantuviera entre el lugar donde él estaba y la escotilla de carga. Había olvidado por completo que ella estaría allí.

Con la zona asegurada y la guardia en sus puestos, Bruce Jang y otros dos miembros del equipo de salvamento y recuperación espacial se dirigieron para abrir la escotilla que daba al puesto de mando del «China Flower». Aarón observó el primer plano en la pantalla que tenía sobre su cabeza. Se oyó el sonido de unos clics metálicos y el portalón de la escotilla comenzó a deslizarse lateralmente. Los hombres del ESR entraron llevando balizas de vapor y después la escotilla se cerró de nuevo. Otra espera. Aarón vio a los hombres del equipo de Xenobiología ajustando sus comunicadores de radio y comprendió que los del equipo de salvamento y recuperación les estaban informando. Conectó el canal correspondiente y pudo oírles: «Normal... Atmósfera normal» (interferencias).

La escotilla se abrió de nuevo y los hombres salieron envueltos en una nubecilla de vapor apenas perceptible. Lory volvió a mirarle de nuevo y él comprendió el significado de esa mirada. Ése era el aire que ella había estado respirando durante casi un año.

Las cintas registradoras de la nave exploradora fueron entregadas. Todo parecía indicar que la extraña forma seguía todavía viva.

—Las señales metabólicas regulares para la inspección preliminar, el ambiente sin cambios —se oyó la voz de Jan Ing en el audio— bioluminiscencia intermitente que va de dos a ocho bujías.

Ocho bujías... Eso significaba una luz *brillante*. Consecuentemente, Lory no había mentido al respecto.

—Una subida extraordinaria de luminiscencia coincidió con el momento en que originalmente la nave exploradora atracó junto al «Centauro»... Otra tuvo lugar cuando la nave exploradora fue retirada de su muelle de atraque en la nave «Centauro».

Eso debió ser más o menos cuando Tighe abrió —o no abrió— el contenedor, pensó Aarón. También es posible que el estímulo se produjera por el movimiento de la nave.

—Uno de los ventiladores que hacen circular la atmósfera interior no funciona —continuó el jefe de XB—, pero los ventiladores restantes, por lo visto, han bastado para activar la circulación lo suficiente para una renovación continua, puesto que se mantiene adaptada al viento constante del planeta. Se presentan, al mismo tiempo, cambios de presión internos semejantes a pulsaciones...

La mente de Aarón se distrajo instantáneamente por la visión momentánea de él mismo caminando bajo el viento planetario, una corriente de aire original, puro, no recreado en un ciclo de recuperación biológica. La criatura que venía en la nave habitaba bajo ese viento. Una masa hinchada de unos cuatro metros de longitud, según Lory la había descrito. Como una gran bolsa de fruta. Extendiéndose allí durante un año, sufriendo sus metabolismos, latiendo, emitiendo su luminiscencia... ¿Qué más había venido haciendo? Las funciones vitales: asimilación, excitación, reproducción. ¿Se había reproducido? ¿Estaba la cámara llena de esos pequeños monstruos que Coby había predicho, esperando para lanzarse al ataque? ¿O para devorarnos, tragarnos a todos? Aarón se dio cuenta de que se había alejado de su interruptor de descontaminación y retrocedió para volver a tenerlo al alcance de la mano.

—La masa es constante, los vectores de actividad estables —confirmó Jan terminado su informe.

Luego no se había multiplicado. Sólo había crecido. ¿Había estado pensando, también? Aarón se preguntó si aquellos aumentos de la bioluminiscencia tenían algo que ver con los acontecimientos que habían tenido lugar en el «Centauro». ¿Acontecimientos, fenómenos? ¿Qué fenómenos? Las apariciones de Tighe, tal vez, o sus propias pesadillas. No seas idiota, se dijo a sí mismo. En sus oídos había una voz que parecía susurrarle que aquellos colonizadores de Nueva Inglaterra a los que se había referido Yellaston, tampoco habían sabido establecer relación alguna entre las temperaturas invernales y las corrientes oceánicas...

Ausente, con la mente ocupada en sus propios problemas, Aarón había seguido la discusión del equipo de salvamento y recuperación sobre si debían cortar, para volver a abrirla de nuevo, la mirilla de control visual que Lory había hecho soldar. Se decidió no hacerlo y proceder, directamente, a abrir la puerta principal del módulo de carga.

El equipo salió y los hombres asignados a las sondas de extensión tomaron sus equipos; los cables parecían una danza de serpientes. Bruce y el jefe del ESR abrieron la pesada puerta del módulo de carga. Era la puerta que se utilizaba para cargar en la nave exploradora el equipo de tierra, sus vehículos terrestres y aéreos y los generadores. La escotilla se deslizó silenciosamente y los dos hombres penetraron por ella. Aarón podía verlos en la pantalla de video, junto a la puerta interior. Cuando la abrieron no salió de ella ninguna nube de vapor porque aquel recinto no estaba presurizado. Más allá de las dos siluetas de los astronautas con sus trajes espaciales, Aarón pudo ver la parte más estrecha del módulo de carga, en la que estaba confinada la forma de vida extraña. Los hombres de los sensores continuaron avanzando, formando ángulo con sus sondas de prueba a través de la abertura como bestias de largas antenas. Aarón dirigió la vista a otra de las pantallas que le mostraba el pasillo en su totalidad y experimentó una extraña sensación de hallarse en el mar.

Aquí estamos, pensó, pequeñas burbujas de vida a millones y millones de kilómetros del pequeño planeta que nos vio nacer, colgados en medio de la oscura inmensidad, preparándonos con tan complejos sufrimientos para dar con una nueva forma de vida y enfrentarnos con ella. Todos nosotros, distintos, enfermos, imperfectos y, sin embargo, hemos logrado culminar esta empresa. Realmente increíble, ridículo... Nuestro equipo imperfecto, los hombres con sus trajes espaciales, las precauciones, el trabajo, las solemnidades —Jan, Bruce, Yellaston, Tim Bron, Bustamante, Alice Berryman, Coby, Kawabata, mi santificada hermana, el pobre Frank Foy y yo, el estúpido Aarón Kaye—. Una hilera de rostros pasaron por su mente, hostiles, sufriendo cada uno de ellos su separada e imperfecta realidad: todos nosotros, cada uno de nosotros. De un modo u otro hemos sido nosotros mismos los que nos hemos arrastrado a este complejo estado de cosas. Es posible que realmente estemos salvando nuestra raza, pensó. Tal vez, verdaderamente, tenemos ante nosotros una nueva Tierra y un nuevo cielo...

Pasó ese momento de íntima reflexión. Observó las espaldas de los hombres que aún seguían trabajando para abrir la puerta del módulo. Los hombres de los sensores se habían agrupado obstaculizando la visión de las cámaras. Aarón, consecuentemente, dirigió su mirada hacia el extremo del corredor donde se hallaban Yellaston y Tim Bron. El capitán tenía extendido el brazo, rígido, hacia la parte alta de su consola. Debía estar comprobando el control de evacuación; cuando pulsara aquel botón, las puertas neumáticas se abrirían y el corredor se despresurizaría en pocos minutos. Y también el módulo donde venía el extraño, si estaba abierto. Bien, Aarón se sintió más seguro. Comprobó su propio interruptor que abriría las latas de descontaminante y se dio cuenta, de nuevo, de que había adelantado unos pasos y volvió a retroceder.

Exclamaciones confusas y gruñidos le llegaban por el canal de comunicación de

los trajes espaciales. Aparentemente, se había producido algún problema que dificultaba la apertura de la puerta del módulo. Uno de los hombres de los sensores trató de introducir su sonda. Otro le siguió. ¿En qué consistía el problema?

La pantalla no mostraba más que las espaldas de los trajes espaciales. Todo el equipo de salvamento y recuperación espacial estaba allí... ¡De repente una luz! Rayos de luz entre las siluetas de los hombres, que parecían azules contra un fondo de una extraña luz color rosa. ¿Era fuego? El corazón de Aarón saltó; se subió sobre un cajón para ver lo que pasaba por encima de las cabezas. No, no se trataba de un fuego, puesto que no había humo. Claro, pensó; la luz era la propia luminiscencia del ser extraño. Habían abierto el módulo.

Pero ¿por qué estaban todos allí? ¿Por qué no han retrocedido para colocar sus sensores? Amplios flashes de luz rosada, medio ocultos por los cuerpos. Por lo visto habían abierto por completo la puerta en vez de sólo una rendija para introducir por ella las sondas sensoras. ¿Aquella cosa había tratado de salir?

—Cerrad, salid —gritó Aarón por el micrófono de su traje espacial. Pero el canal estaba invadido por las interferencias hasta tal punto que era imposible comunicarse por él. Y todo el mundo corría a agruparse junto al portalón de la nave exploradora. Eso resultaba peligroso.

—¡Capitán! —gritó Aarón inútilmente. Podía ver la mano de Yellaston sobre el panel de mando de su consola, pero Tim Bron parecía sujetar su brazo. Los hombres del ESR estaban todos dentro del hangar de atraque del «China Flower», incluso dentro del mismo módulo tal vez, aunque resultaba imposible decirlo. Unos relámpagos de luz rosa iluminaron el corredor una vez más.

—Moveos, retroceded a vuestros puestos —gritó la voz de Yellaston sobre el canal de mando hasta que el intercomunicador se apagó. Aarón se dio cuenta de repente de la presión que le rodeaba y también de que había adelantado su posición hasta colocarse cerca de la estación de Xenobiología, y que detrás de él había mucha gente. Tras él estaba Akin. Pudo ver su rostro tras el visor del casco espacial. Él y Akin trataron de librarse de la multitud y retroceder unos pasos.

—¡Retroceded a vuestros puestos! ¡ESR, informe!

Aarón se dio cuenta de que cualquier movimiento resultaba enormemente fatigoso. Sentía enormes deseos de abrir su casco. Pero venció la tentación y retrocedió.

—George, ¿puede usted oírme? ¡Haga salir a sus hombres!

La pantalla mostraba una serie de confusos movimientos y flashes lumínicos más coloreados ¿Había algún herido? Vio una silueta que salía lentamente por la escotilla.

—¿Qué es lo que pasa ahí, George? ¿Por qué llevas el casco abierto?

Con expresión de incredulidad, Aarón se quedó mirando al jefe del ESR, que entraba en el pasillo... Su protector visual estaba abierto, echado hacia atrás sobre la

cabeza. ¿Qué demonio estaba pasando? ¿Les había atrapado el extraño? El brazo del jefe se alzó y Aarón vio que le hizo una clara señal indicando, sin lugar a dudas, que todo iba bien; el canal de comunicación de los trajes seguía sin funcionar. Los otros iban tras él con la extraña luz resplandeciendo a sus espaldas, marcando un gran resplandor color melocotón en el corredor. Todos llevaban sus visores abiertos, pero por su aspecto se encontraban perfectamente, fuera lo que fuera lo sucedido allí dentro.

La pantalla mostraba la puerta de la escotilla del módulo; todo lo que Aarón podía distinguir era un gran rectángulo de luz cálidamente coloreado. Parecía estar burbujeando suavemente o variando de intensidad como un anuncio luminoso: globos de rosa, de amarillo, de lila. Era verdaderamente bello, hipnótico. Aarón pensó que debían cerrar la escotilla mientras oía a Yellaston que ordenaba a sus hombres que se bajaran los visores de sus cascos. Con un esfuerzo, Aarón logró apartar su mirada de aquella luz bellísima y pudo distinguir a Yellaston que aún seguía en su puesto de mando con el brazo rígido. Tim Bron parecía haberse alejado de allí. Todo iba bien, nada malo había sucedido. ¡Todo iba bien!

—¡Cerrad los cascos antes de que despresurice! —ordenó Yellaston.

El jefe del ESR bajó su visor protector y lo mismo hicieron los demás. Sus movimientos parecían vagos, como desenfocados. Uno de ellos tropezó en el equipo de biopsia y no se molestó en recoger lo que había tirado. ¿Por qué?, se preguntó Aarón. Algo iba mal en ellos. ¿Por qué no realizaban los planes de acuerdo con el programa de trabajo previsto? ¿Por qué no hacían nada para contrarrestar aquella bioluminiscencia? Probablemente todo iba bien. Yellaston seguía allí. Observando.

En ese momento fue empujado fuertemente. Alzó la mirada y pudo recuperar el equilibrio mirando en torno suyo. ¡Jesús...! Se encontraba en un mal sitio, todo el mundo estaba fuera de su lugar. Todo el corredor estaba atestado de gente que se dirigía hacia donde creían se hallaba aquello, mirando el resplandor maravilloso. Ni siquiera los centinelas seguían en sus puestos junto a las puertas de las rampas. ¡Algo no iba bien!, se dio cuenta Aarón. ¡*Cerrad la puerta!* quiso gritar tratando de retroceder hacia su puesto. Era como moverse dentro del agua. El botón de emergencia, tenía que alcanzarlo. ¿Cómo era posible que se hubiera alejado tanto de su sitio? Y las puertas... Vio que las mamparas de vitrex estaban llenas de rostros que desde el lado de fuera contemplaban lo que sucedía, gente que había llenado las rampas que conducían al corredor. Llegaban de todas partes de la nave. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo? ¿Qué había salido mal? ¿Qué nos estaba sucediendo?

Sintió que un miedo frío anidaba en su estómago. Divisó la abertura del ESR y trató de dirigirse hacia ella, pero era como si tuviera que luchar contra una marea invisible y lenta. Una parte de su ser deseaba abrirse el visor del casco y correr hacia el lugar de donde procedía la radiación. La gente que estaba delante de él ya lo había

hecho, ya se habían abierto los visores... podía ver la chata nariz danesa de Jan Ing.

—¡Manténganse alejados de la puerta! —gritaba Yellaston. Pero en ese momento Jan Ing se adelantaba abriéndose paso a empujones entre la gente.

—¡Detente! —le gritó Aarón en su micrófono inútil; y se vio abriendo su propio visor y encaminándose hacia donde estaba Jan. En sus oídos resonaban las voces. Tomó otro cajón y se subió a él para ver lo que estaba haciendo Yellaston. El capitán aún seguía allí y parecía luchar débilmente contra Tim Bron. La luz había desaparecido, o mejor dicho era interceptada por un montón de cuerpos que se apretaban junto a la puerta. No cabía duda de que era la cosa que había allí dentro la culpable de todo lo que sucedía, se dijo Aarón. Se sentía aterrorizado de una forma verdaderamente irreal. La cabeza le daba vueltas. Estaba indignado con aquella gente que se agrupaba al otro lado, fuera, y que parecía deseosa de entrar. Había que impedirselo. ¿Estaban perdidos? ¿Ellos o aquella maravillosa luz?

Alguien tropezó de frente con él y le cogió el brazo. Bajó la vista y reconoció a Lory.

—¡Vamos, Aarón! Iremos juntos.

Una desconfianza primaria envió un circuito de hielo a su cerebro; Aarón sujetó a su hermana por su traje espacial, mientras que con el otro se afianzó a una consola de instrumentos próxima. ¡Lory! Su hermana estaba de acuerdo, confabulada con aquella cosa. Se dio cuenta de repente: aquél era su estúpido complot, su plan. Tenía que detener aquello. ¡Matarlo! ¿Dónde estaba su interruptor de emergencia? Había quedado demasiado lejos, fuera de su alcance. Demasiado lejos...

—¡Capitán! ¡Capitán! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Despresurice! ¡Saque el aire!

Lucho con Lory para evitar que siguiera adelante. Ésta le gritó:

—No, Arn. ¡Es maravilloso! ¡No tengas miedo!

—¡Saque el aire, capitán! ¡Mátelo! —volvió a gritar; pero su voz no podía ser oída por encima de la confusión general. Lory luchaba por librarse de su mano, el rostro exultante y con una expresión de temor.

—¿Qué es todo esto? —le gritó Aarón zarandeándola—. ¿Qué es lo que tratas de hacer?

—Ya es tiempo, Arn, ven, ven... Ya es *tiempo*... Hay tanta gente...

Aarón trató de sujetarla con mayor fuerza. Al oír un clic metálico tras él se dio cuenta de que había volcado la consola. Pero las palabras de su hermana comenzaban a adquirir algún significado para él. Resultaba importante ir donde había ya tantos. ¿Por qué permitían que la gente ocultara aquella luz? Ahora era Lory la que le tenía cogido de la mano y le conducía hacia adelante, donde se acumulaba aquella multitud de gentes.

—Ya lo verás, Arn, todo pasará, el dolor... Arn, cariño, estaremos juntos.

La belleza comenzó a inundar el alma de Aarón, limpiando todo su temor. Exactamente detrás de aquellos cuerpos estaba la meca de los deseos del hombre, el manantial, el mismo Grial, la radiación viva. Vio una apertura entre el muro de cuerpos y empujó a Lory, y de repente se vio apartado por la gente que luchaba por penetrar por el acceso. Aarón luchó por conseguir mantenerse asido a Lory casi sin darse cuenta de que estaba luchando contra rostros conocidos... Alhstrom estaba junto a él, sonriendo como en un orgasmo. Aarón se abrió paso dejando atrás a Kawabata, aferrándose al brazo de alguien. En ese momento algo le empujó hacia atrás y le hizo tropezar con algo y caer bajo un analizador de xenobiología, todavía aferrado al brazo de Lory.

—¡Ven, ven, Arn!

Algunas piernas pasaron sobre él. Se trataba de Bustamante, que le golpeo al pasar. Tras él venían otras piernas, un bosque de piernas. Todos habían llegado hasta allí para proclamar la gloria de la luz que brillaba en la escotilla. Furioso, Aarón trató de luchar por levantarse y volvió a caer con sus propias piernas envueltas en un lío de cables.

—¡Arn, Arn, levántate! —le gritó su hermana con energía. Pero de repente Aarón sintió que una gran calma caía sobre él, aun cuando no cesaba de luchar por liberar su pierna atrapada. Cerca de su cabeza estaba la pequeña pantalla de un intercomunicador y pudo ver a dos figuras que luchaban: Tim Bron y Yellaston, que parecían haber perdido sus cascos. Las imágenes eran pequeñas, como en un sueño. Tim logró soltarse. Yellaston movió la cabeza y con los dos puños cerrados golpeó a Tim. Después, lentamente, pasó sobre el hombre caído y quedó fuera de imagen. La luz rosa dejó de brillar.

Todos habían entrado, se dio cuenta Aarón descorazonado. Aquel extraño nos había llamado y habíamos acudido. Yo *tengo que ir* también. Pero con el ceño fruncido se sentía indeciso. Tal vez este montón de cosas entre las que he caído me protegen de la influencia de la luminiscencia, pensó confusamente. A su lado Lory estaba tratando de apartar los cables que le sujetaban. Aarón la atrajo hacia sí.

—Lory, ¿qué les ha sucedido? ¿Qué le ha pasado a...? —no podía recordar el nombre del comandante chino—. ¿Qué le ha pasado a tu equipo... en el planeta?

—Cambiados —se veía que Lory estaba sufriendo. Su rostro tenía una increíble belleza—. Combinados, mezclados, asimilados. Completados. ¡Oh, ya lo verás! Apresúrate... ¿No puedes *sentirlo*, Arn?

—Pero...

Efectivamente, podía sentir, de acuerdo, la llamada, el impulso, la promesa irresistible... Pero también sentía otra cosa... el espíritu del doctor Aarón Kaye estaba gritando débilmente en su mente, amenazándole.

Lory trató de alzar el cuerpo de su hermano. Él se resistió, temeroso de salir de la

protección que creía haber hallado en el suelo. Ahora el corredor en torno suyo estaba vacío, pero podía oír a la gente en la distancia, un denso murmullo que provenía de la escotilla. Nada de gritos, ni la menor señal de pánico. Librándose de Lory trató de captar la imagen que se reflejaba en la gran pantalla del techo. Todos estaban allí, dentro, apretados como sin saber qué hacer. Jamás en su vida había visto a tanta gente tan apretada. Se trataba de un caso que requería intervención médica urgente, pensó. Y yo soy el médico. Tuvo una visión del doctor Aarón Kaye aproximándose a los pestillos que cerrarían la escotilla de entrada al módulo de carga, manteniéndose firme frente a la multitud, tratando de convencerles de que resistieran contra aquello, fuera lo que fuera. Pero no podía hacerlo. El doctor Aarón Kaye no era más que una burbuja de miedo, presa de un desesperanzador deseo de ser también uno de los que estaban allí, deseoso de refugiarse en el seno de aquella luz bella y cálida. Iba a sentirse muy avergonzado, pensó vagamente, atado allí, como Ulises para protegerse contra el canto de las sirenas, agazapado tras un banco de análisis mientras que los demás... ¿Qué? Volvió a estudiar la imagen que había en la pantalla y no pudo apreciar problema alguno en aquella gente. Ni uno solo había caído al suelo. Los hombres del ESR se mantenían firmes, se dijo. Lo que yo tengo que hacer es salir de aquí.

Lory se echó a reír. Había logrado librar su pierna del lío de cables. Aarón estaba deslizándose. Tomó la jeringuilla contra el pánico que llevaba en uno de los bolsillos de su traje espacial.

—Arn, cariño —los esbeltos y atractivos músculos del cuello de Lory estaban al descubierto. Aarón la sujetó del pelo y le lanzó un chorro de líquido con su spray. Lory luchó desesperadamente, mecánicamente, pero Aarón la sujetó en espera de que el líquido hiciera su efecto. Su cerebro se sentía más claro; su dolor de cabeza había casi desaparecido; tal vez, de un modo u otro, aquellos cuerpos entre la luz y él mitigaban su efecto. Este pensamiento le atormentó. Trató de librarse de él y pensó: si logro cruzar el corredor hasta la rampa de acceso, podría cerrarla tras de mí. Quizá.

De pronto notó un movimiento a su lado, a su izquierda... un par de piernas, caminando lentamente, pasaron junto a su refugio. Reconoció aquellas piernas de piel de un color pálido dorado.

—Soli, Soli... ¡detente!

Las piernas se detuvieron. Una mano pequeña se posó sobre el banco analizador caído bajo el cual estaba Aarón. A su alcance... Podía lanzarle un chorro de spray y sujetarla... pero para ello tenía que soltar a Lory... ¡Una o la otra! Sujetó a Lory, que intentaba soltarse... Y la mano desapareció.

—Soli, Soli... ¡Regresa, vuelve!

La joven siguió andando corredor adelante, lentamente. El doctor Aarón Kaye se sentiría avergonzado, muy avergonzado... Lo sabía.

—Los hombres del ESR están bien —murmuró. Lory se estaba agitando; sus ojos tenían una expresión vaga.

—No, Arn, no, Arn —suspiró. Volvió a suspirar aún más profundamente. Aarón la sujetó con mayor fuerza obligándola a encogerse. Después la cogió firmemente por el cinturón de su traje espacial y la arrastró por el corredor.

Cuando su cabeza se libró de la protección, la dulzura volvió a aferrarse a él. Allí, allá abajo... allí está la meca.

«Soy médico», murmuró entre dientes tratando de forzar a sus piernas a obedecerle. Encontró un grueso cable entre sus manos. Reconoció el cable de enlace con la computadora, que por el otro extremo terminaba a bordo de la nave. Si lograba seguirlo y cruzar el corredor se encontraría en la rampa de salida.

Se aferró a él, comenzó a marchar de rodillas arrastrando a Lory. La cosa allá abajo estaba ejerciendo su influencia atractiva en los átomos de su alma; su cabeza estaba llena con la llamada urgente de la luminiscencia radiante que le pedía que soltara el cable y fuera a reunirse con sus demás compañeros que ya habían seguido la mágica llamada.

«Soy médico», volvió a murmurar. Necesitó toda su energía para seguir sujeto al cable encaminándose hacia la salida. Su mano enguantada y firme en aquel cable era como su última unión con la vida. Sólo le quedaban por recorrer unos metros. Resultaba imposible. ¿Qué ocurriría si hacía el camino en dirección opuesta? Iba a dar la vuelta... Pero algo había cambiado. Estaba junto a la escotilla, advirtió. Tenía que soltar el cable y coger a Lory.

Suspirando, lo hizo así. Casi era superior a sus fuerzas maniobrar la pesada puerta, abrirla y dejarla cerrada después tras ellos.

Cuando cerró el pestillo, su anhelo se debilitó perceptiblemente. El metal, pensó, bloquea un poco los impulsos; tal vez se trata de algo así como un campo electromagnético. Alzó los ojos. Una figura estaba a su lado, junto a la escotilla.

—¡Tighe! ¿Qué está usted haciendo aquí?

Aarón se puso de pie mientras Lory quedaba encogida a su lado, en el suelo. Tighe los miró con expresión incierta y no respondió nada.

—¿Qué es lo que hay en la nave exploradora, Tighe? El extraño, ¿lo viste? ¿Qué es?

El rostro de Tighe se contrajo.

—Ma...maa... —por fin su boca soltó la palabra como una explosión—: Madre.

No, allí no podía hallar la ayuda deseada. Aarón se dio cuenta a tiempo de que su propia mano iba a abrir de nuevo el pestillo de la escotilla. Tomó a Lory bajo el brazo y la arrastró mucho más lejos por la rampa hasta el panel de intercomunicación de emergencia. Lory aún conservaba los ojos abiertos y sus manos trataban de abrirse el traje espacial aunque estaban demasiado débiles para conseguirlo.

Aarón rompió el cristal del intercomunicador de emergencia que estaba conectado con todos los canales de la nave.

—¡Don! Comandante Purcell, ¿puede usted oírme? Habla el doctor Kaye. Estoy en la rampa seis, hay problemas aquí.

No hubo respuesta. Aarón llamó de nuevo: a Coby, al servicio de seguridad interior, a todo el mundo en quien se le ocurrió pensar. Nada. No hubo respuesta. Todo el mundo en el «Centauro» se había ido al corredor *Gamma Uno*, como si toda la vida y toda la esperanza estuvieran concentradas allí.

Excepto Tighe. Aarón le hizo un guiño al mutilado. Él estaba allí y no se había unido a la estampida general.

—Tighe, ¿saliste tú también?

Los labios de Tighe emitieron un sonido que tomó por una negativa. Parecía no tener el menor interés por lo que ocurría en el muelle de atraque. ¿Qué le hacía permanecer sano, sin sentir la influencia de la «cosa» aunque estuviera cerca de ella?, se preguntó Aarón. ¿La pérdida parcial de su corteza cerebral? ¿El contacto directo? Algo le había inmunizado. ¿Podemos preparar alguna droga inmunizante? ¿Podría hacerme una autolobotomía y seguir funcionando normalmente? Se dio cuenta de que casi inconscientemente se había estado acercando a la puerta de la escotilla y de que Lory estaba arrastrándose hacia allí y casi fuera de su traje espacial. Le ayudó a sacárselo del todo y ambos regresaron hacia la rampa.

Cuando alzó los ojos vio una sombra en el panel de comunicación visual. Por un instante Aarón, horrorizado, pensó que era el extraño que venía a por él. Pero vio una mano humana que golpeaba suavemente. Alguien estaba tratando de entrar, pero él no se atrevió a acudir.

—¡Tighe! —ordenó—. Abre el portalón, deja entrar a ese hombre.

Como Tighe pareciera no comprender, insistió haciendo grandes gestos en dirección a la escotilla.

—La puerta de la escotilla... ¡Mira! Te acuerdas de cómo se abre... la escotilla. ¡Abre, Tighe!

Tighe vaciló y siguió inmóvil. Después pareció como si un antiguo reflejo se disparara; se acercó a la escotilla y con las dos manos la abrió con un movimiento perfectamente coordinado. La escotilla se abrió. El capitán Yellaston estaba allí. Deliberadamente, entró.

—¡Capitán, capitán! ¿Se encuentra usted bien? —Aarón se acercó para comprobarlo directamente—. Tighe, cierra la escotilla.

Yellaston caminó rígidamente a su encuentro con la mirada fija hacia adelante. Su rostro estaba bastante pálido, pensó Aarón, pero no mostraba ninguna señal de heridas. Estaba bien, pese a todo lo sucedido. Y todo iría bien si el capitán Yellaston lo estaba.

—Capitán, yo —comenzó Aarón, que se interrumpió al ver nuevas figuras en la puerta de la escotilla. Tim Bron y Coby pasaron junto a Tighe. Y otros detrás. Aarón jamás se había sentido tan contento de encontrar a su ayudante, así que le saludó con unas palabras amables y se volvió de nuevo a Yellaston.

—Capitán... —quería pedirle que cerrara herméticamente y precintara el corredor y que hiciera que todos se sometieran a un reconocimiento médico. Pero Yellaston seguía con la mirada fija al frente, como si no viera a nadie.

—Rojo... —dijo Yellaston con una voz débil y remota—. La luz roja es la que debíamos enviar... Es la correcta...

Se dirigió hacia el puente de mando.

El efecto del shock, pensó Aarón; y apreció un movimiento en la pared delantera... Era Lory, que se había adelantado y trataba de alejarse de él. Pero no se dirigía al corredor, sino rampa arriba en dirección al interior de la nave «Centauro». Debería estar en la enfermería. Aarón comenzó a seguirla confiando en que la droga que le había dado la mantendría en ese estado de baja vitalidad y que podría alcanzarla. No había contado con que el traje espacial que todavía llevaba puesto dificultaba sus propios movimientos. Su hermana iba delante de él ganando velocidad entre los tubos retorcidos. Se lanzó en su seguimiento dejando atrás la cubierta de los dormitorios y los almacenes; la zona de escasa gravedad hizo que se sintiera como si flotara en el viento. Lory se dirigió hacia la sección central de caída libre, pero no la cruzó sino que torció hacia la izquierda, hacia el puente de mando.

Aarón la siguió maldiciendo. Sus pies no encontraban su lugar en las guías y tenía dificultades para mantener su velocidad. Lory se iba alejando cada vez más. Cruzó a toda velocidad la sección de mando y la de control. ¡Maldita sea! Su hermana iba cerrando las puertas a medida que pasaba para dificultar aún más su seguimiento.

Cuando logró abrir la puerta del puente, éste estaba vacío Aarón entró en la cúpula de astronavegación Tampoco allí había nadie. Descendió de la zona de caída libre y comenzó a retroceder hacia el corredor de los computadores. Tampoco allí había nadie. Los brillantes animalitos domésticos de Ahlstrom estaban abandonados sin nadie que les cuidara. Esto jamás había ocurrido con anterioridad. El «Centauro» parecía una nave fantasma. Todas las secciones estaban vacías. La pantalla de física estaba realizando automáticamente unos cálculos, sin que hubiera nadie para observarlos.

Un ruido rompió el silencio. El ruido provenía de popa ¡Oh, bien, el cuarto de Bustamante, la sala de comunicaciones! Aarón no lograba dar con la puerta de comunicación interior, así que hubo de salir de nuevo al pasillo, corriendo, rígido, con el terror en las tripas cuando el sonido alzó su tono hasta convertirse en un grito.

La sala de comunicaciones estaba abierta Aarón entró y la escena le horrorizó Lory estaba allí, en la sagrada cámara giroscópica. El ruido como un grito provenía

de los giróscopos que estaban abiertos Lory estaba lanzando todo tipo de objetos, cascos, herramientas y hierros entre las ruedas giratorias.

—¡Para! ¡Detente! —se abalanzó hacia su hermana, pero el sonido de los giróscopos se alzó hasta convertirse en un aullido, un grito de muerte. Los grandes seres puros que habían estado girando allí sin la menor avería, sin el menor fallo durante una década, manteniendo su línea vital de comunicación con la Tierra, estaban en una agonía mortal. Rotos, chocaban entre sí terriblemente. Un trozo de árbol de leva pasó disparado junto a él y fue a enterrarse en el panel opuesto. Su hermana estaba acabando con el sistema de comunicación con la Tierra, atacándolo en su mismo corazón.

La sujetó fuertemente y se quedó atónito, inmóvil, apenas capaz de impedir otros daños. El alojamiento de los cristales del láser principal estaba roto, alguien lo había golpeado con un instrumento duro. Aarón pensó todo esto ahora importa poco. Sin los giróscopos para dirigirlo, el rayo láser era sólo como el dedo de un idiota señalando al cielo.

—Tenemos que ir ahora, Arn, juntos —Lory se colgó a él—. Ahora ya nadie puede detenernos.

El cerebro de Aarón se hizo cargo de la situación; dejó escapar un auténtico aullido y comenzó a sacudir, a zarandear a su hermana, violentamente. Pero de pronto se quedó inmóvil, rígido. Una voz dijo:

—¡Bustamante...!

Era el capitán Yellaston, que estaba detrás de él.

—Tengo que enviar la señal roja ahora mismo... Ahora...

—No es posible —gritó Aarón furioso—. No puede usted hacerlo, todo esto está roto, destrozado... Ella lo ha roto.

Se sintió invadido por una furia de preadolescente cuando contempló el rostro vacío e incapaz de comprender del capitán.

—Tiene que enviar... la señal roja —el capitán seguía preso de su ataque de enajenación.

—Señor, no podemos... no podemos enviar nada en estos momentos —Aarón soltó a Lory y tomó del brazo a Yellaston. El capitán se quedó mirándole sin reconocerle y apretó los labios. Una noche de dos litros. Aarón dejó que diera la vuelta y que se dirigiera a su alojamiento. Se sintió irracionalmente agradecido. Mientras Yellaston no hubiera visto la enormidad del daño, éste no era real. Alzó el guante del capitán y controló su pulso a medida que andaban. Sesenta pulsaciones; un pulso algo lento, pero no arrítmico.

—La capacidad técnica —iba murmurando Yellaston mientras entraba en su cámara—. Si se dispone de la eficiencia... se despertará uno por la mañana...

—Por favor, acuéstese un poco, capitán.

Aarón cerró la puerta y vio que Lory caminaba detrás de ellos, La tomó del brazo y comenzó a regresar a su oficina, resistiendo la débil llamada que le empujaba al corredor Gamma Uno. Si podía llegar a su oficina sabía que podría volver a recuperar sus funciones normales y decidir qué debía hacer. ¿Qué era lo que había atacado a la gente del «Centauro»? ¿Qué les estaba obligando a hacer el extraño? ¿Una descarga estática, algo así como la descarga eléctrica de la anguila marina? Lo mejor que podía hacer era intentar combatirla con un choque adrenérgico si el corazón estaba en estado normal. Aquella extraña atracción... Aún la seguía sintiendo incluso en aquellos corredores de la sección Beta, al otro extremo de la nave. Aquella forma extraña de vida tal vez empleaba esa atracción para conseguir alimentos, o tal vez para autofertilizarse. Y esa atracción era eficaz al actuar sobre el hombre. Emitía un campo semejante a una especie de gravedad psíquica. Tal vez algunas partículas atenuadas que actuaban sobre la voluntad, y los trajes espaciales no actuaban como aislantes totales. Tengo que volver a cerrar herméticamente el módulo de carga, pensó mientras conducía a Lory, que ahora permanecía dócil. Pasaron junto al puerto de ataque de la nave exploradora de Don. Pero La Bestia no estaba allí... Debía hallarse Dios sabe a cuántos miles de kilómetros de distancia transportando su mensaje.

Pero alguien estaba allí: Don Purcell, de pie junto a una rampa de acceso, con los ojos fijos en la cubierta. Aarón sujetó más fuertemente a Lory.

—¡Don! Comandante, ¿se encuentra usted bien?

Don volvió el rostro hacia él. Tenía su gesto simpático y seguro de siempre y en los ojos su guiño atrevido y sonriente. Pero Aarón pudo ver que sus pupilas estaban desigualmente dilatadas, como unas gafas polarizadas. ¿Era muy fuerte el choque que había recibido? Tomó la muñeca del comandante.

—¿No me reconoce, Don? Soy Aarón, el médico. Acaba de sufrir un choque físico, no debe ir vagando por ahí de un lado a otro. —Aarón apreció que también el pulso de Don era lento, como el del capitán Yellaston, y tampoco mostraba arritmia—. Debe venir conmigo a la enfermería.

El fuerte cuerpo del comandante no se movió. Aarón trató de empujarle pero se dio cuenta de que por sí solo no podría moverlo. Necesitaba su equipo de inyecciones y su maletín.

—Es una orden médica, Don: ¡preséntese de inmediato a reconocimiento!

Lentamente la sonrisa se enfocó en él, intrigada.

—El poder —dijo Don con la voz que utilizaba en la iglesia—. La mano del Todopoderoso en las profundidades...

—¿Lo ves, Arn? —Lory se adelantó y se acercó a Don—. Está cambiado. Es feliz y sincero.

Sonrió trémulamente.

Aarón siguió su camino con Lory mientras se preguntaba cuál sería la gravedad

del estado de esas gentes. El «Centauro» podía automanejarse durante varios días y, en consecuencia, por esa parte no había nada que temer. No quería pensar de momento en el más terrible daño: el destrozo, la muerte de los giróscopos. Seguramente Bustamante podría hacer algo al respecto. Pero la pregunta principal era cuánto tiempo continuaría la gente en estado de shock. Y ¿cuántos de ellos habían sido afectados por la cosa extraña que estaba actuando? ¿Podía tratarse de un daño permanente? Imposible, se dijo con firmeza. Un golpe tan fuerte y permanente hubiera acabado por completo con Tighe. Imposible.

Cuando Aarón dio la vuelta para encaminarse a la enfermería, Lory de repente retrocedió:

—No, Arn, por ahí no. Es por aquí.

—Vamos a mi despacho, Lory. Tengo que trabajar.

—¡Oh, no, Arn! ¿Es que no *comprendes*? Ahora vamos a volver allí, los dos juntos.

Había súplicas en su voz, que tenía una calidad tonal suave e insistente. El entrenamiento profesional de Aarón se despertó. Suplementos químicos, como llamaba Foy a las drogas narcóticas o alucinantes. Ahora había llegado el momento de hallar algunas respuestas sobre el tema.

—Bien, hermanita. Háblame un minuto y después nos iremos. ¿Qué les ha pasado? ¿Qué les ha sucedido a Mei-Lin y a los otros que se quedaron en el planeta?

—¿Mei-Lin? —se estremeció.

—Sí, ¿qué les viste hacer? Ahora puedes decírmelo, Lory. ¿Los viste allí?

—¡Oh, sí! —soltó una risita vaga—. Los vi. Me dejaron en la nave, Arn. No me querían con ellos —sus labios temblaron.

—¿Qué hicieron, Lory?

—¡Oh, pasear! El pequeño Kuh tenía el video. Pude ver a dónde se dirigían. Colinas...: en dirección a ellas... hacia la belleza. Pasaron horas, horas y horas. Y después Mei-Lin y Liu siguieron adelante. Pude verlos correr... ¡Oh, Arn...! Yo también hubiera podido correr hacia aquella belleza... No puedes imaginarte su aspecto de felicidad.

—¿Y qué pasó después?

—Se quitaron los cascos y dejaron caer la cámara... Creo que los demás corrieron también. Sólo podía ver sus pies... Al fondo había como una montaña de joyas brillando al sol...

Las lágrimas corrieron por su rostro... Se lo secó con el puño, como un niño.

—¿Qué viste después? Aquella cosa como una joya, ¿qué les hizo a los otros?

—Nada. No les hizo nada —sonrió sorbiéndose las lágrimas—. Ellos simplemente la tocaron, sabes, con sus mentes. Ya lo verás, Arn, por favor. Vámonos.

—Un minuto más, Lory. Dime, ¿lucharon entre sí?

—¡Oh, no! —sus ojos se abrieron—. ¡No! ¡Oh, eso lo dije yo para proteger al extraño! No hizo daño a nadie... No dañará nunca. Ellos regresaron tan satisfechos, tan galantes y felices. Estaban todos cambiados, como si fueran otras personas. Y nos están esperando, Arn, ¿lo ves? Nos quieren. Volveremos a ser verdaderamente humanos por fin —suspiró—. Tenía tantas ganas de ir. Fue terrible... Pero tenía que esforzarme en resistir... por eso tuve que atarme en el traje. *Tenía que* traerlo aquí para ti. Y lo hice, lo hice, ¿no fue así?

—Y trajiste esa cosa en la nave exploradora tú sola. ¿Fue así, Lory?

Afirmó con un gesto de cabeza y con ojos soñadores.

—Encontré una pequeña. La metí por el desembarcadero delantero.

El contraste entre las palabras y el rostro de Lory era sorprendente.

—¿Qué estaban haciendo Kuh y sus hombres en esos momentos? ¿Trataron de impedirlo?

—¡Oh no, se limitaron a observar! Estaban en torno mío. Por favor, Arn, vámonos, vamos, vamos...

—¿Cuánto tiempo te llevó?

—¡Oh, días, Arn! Era muy difícil. Tenía que realizarlo poco a poco.

—¿Quieres decir que tardaron varios días en recuperarse? ¿Y qué hay de la grabación, Lory? La falseaste, ¿verdad?

—Yo... Yo la cambié un poco... Kuh no estaba nada interesado...

Sus ojos eludieron la mirada de Aarón. Éste recuperó su control.

—Arn, no tengas *miedo* Ahora ya ha pasado todo lo malo. ¿Es que no puedes sentirlo, la bondad?

Sí, podía... Estaba allí, arrastrándole con su llamada de buena ventura. Se estremeció despertando, para descubrir que su hermana le había arrastrado cerca del centro de la nave hacia el corredor *Gamma Uno*. Furioso, se asió fuertemente a la barandilla y empezó a sujetar a su hermana para hacerla volver a la clínica. Era como moverse entre goma, como si su propio cuerpo se negara a obedecerle.

—¡No, Arn, no! —ella regresó sollozando—. Tienes que venir. He trabajado tanto para ello...

Se concentró firmemente en el dominio de sus pies. Ya estaba frente a la puerta, con infinito descanso al ver a Coby detrás de su mesa.

—Tú deberás venir —Lory se esforzó violentamente por escapar de la mano de Aarón—. Tú... ¡Oh, tú...!

Aarón dio un salto para alcanzarla, pero se había marchado corriendo como un galgo. Aarón se controló. No podía correr detrás de ella, no podía seguir eludiendo el cumplimiento de su deber. Ya llevaba mucho tiempo haciéndolo. Días, había dicho Lory. Eso era comprometido. Y los demás estuvieron en torno a Lory mientras ésta embarcaba la cosa. Daño cerebral... ¡Oh, no pienses en ello, Aarón!, se dijo.

Entró en la oficina. Coby se quedó mirándole.

—Mi hermana ha escapado en una fuga psicopática —le dijo Aarón—. Ha estropeado nuestro sistema de comunicación. Los sedantes no le hacen efecto...

Se dio cuenta de que estaba actuando irracionalmente, antes que nada debía ocuparse de estudiar la situación médica general.

—¿Cómo es posible que tanta gente haya sido afectada por esa cosa, Bill?

La mirada descomprometida de Coby no cambió. Finalmente dijo simplemente.

—¿Afectadas...? ¿Shocks?... Oh, sí...

Sus labios se torcieron en una sonrisa fantasmagórica. ¡Oh, no...! Coby también estuvo en el corredor.

—¡Jesús, Bill! ¿También tú? Voy a darte una inyección de AD-Doce. Al menos que tengas otra idea mejor.

Los ojos de Coby le siguieron. Tal vez él no se encontraba tan profundamente afectado, pensó Aarón.

—*Post coitum tristum* —la voz de Coby era muy baja—. Yo estoy *tristum*.

—¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Qué te ha hecho? ¿Puedes explicármelo?

Continuó el silencio y la mirada triste. Sólo en el momento en que empezaba a abrir su armario de medicinas, Coby dijo con toda claridad:

—Conozco de sobra un *corpus luteum* maduro, tan pronto veo uno —hizo un sonido sardónico y desagradable.

—¿Qué?

Ganaron vida algunas visiones obscenas en la cabeza de Aarón cuando éste le subió la manga a Coby para llevar la aguja hipodérmica a su vena.

—¿Tuviste algún tipo de contacto sexual con esa cosa, Bill?

—¿Contacto sexual...? —la voz de Coby era apenas un susurro—. No... no de los nuestros, desde luego. Si alguien lo hizo... Contacto sexual... tal fue Dios. O un planeta... Nosotros no. Él *nos* tenía.

El pulso de Coby fue haciéndose más lento; la piel se enfriaba.

—¿Qué es lo que quieres decir, Bill?

El rostro de Coby se contrajo; miró a los ojos de Aarón esforzándose en no perder el conocimiento.

—Puede decirse que era como si nosotros lo lleváramos dentro... una carga fecundante en nuestras cabezas... Una carga de amor... que se volcaba en la reina de los tiempos... Era como una especie de rito sagrado, algo que recorría nuestras mentes... saltando para crear un cigoto en esa unión... ¿Lo entiende? Sólo que nosotros nos quedábamos vacíos... ¿Qué le sucede a la cola de un espermatozoide después de haber fecundado el óvulo...?

—Tómalo con calma, Bill... Tranquilízate —Aarón no quería escuchar lo que él creía un delirio. Oh, no, no, no... Su ayudante, el hombre con la mejor capacidad

para el diagnóstico, estaba delirando.

Coby emitió una risita:

—El bueno de Aarón —dijo—. Usted... usted no lo hizo...

Coby puso los ojos en blanco. Aarón no quiso resignarse e insistió:

—Bill, trata de controlarte. Sigue aquí. Hay muchos que han sufrido el choque y van de un lado a otro desorientados. Tengo muchas cosas que hacer, ¿puedes oírme? Sigue aquí hasta que yo vuelva.

Tuvo visiones de sí mismo recorriendo rápidamente la nave de un lado para otro, reanimando a los tripulantes... y lo que era más importante: cerrando herméticamente el corredor. Llenó su maletín de inyecciones estimulantes, cardiotrópico y desintoxicantes. Una hora demasiado tarde, el doctor Aarón Kaye se lanzaba a su trabajo. Sirvió una taza de caldo caliente. Coby no le miraba.

—¡Bébetela, Coby! Volveré en seguida.

Se dirigió hacia la sección de los almacenes venciendo la atracción que aún le llevaba a Gamma Uno. Allí la fuerza de la cosa era más débil y podía hacerlo todo con mayor facilidad. ¿Se hallaba, tal vez, en una fase refractaria? ¿Cuánto tiempo tardaría en recuperarse?

Miriamne Stein estaba en su mesa, con el rostro absolutamente en calma.

—Soy el doctor, Miri. Has sufrido un shock y voy a ayudarte.

Confiaba en que la inyección la aliviaría cuando se la puso en su brazo inerte. Sus ojos vacíos de expresión se volvieron a él.

—Estoy realizando una inspección general y tengo que llevarme un cable de ESR. Te dejaré un recibo. Aquí lo tienes, Miri, tú quédate aquí hasta que te encuentres bien.

Fuera se dejó llevar por la atracción para cruzar al otro lado de la nave. A medida que lo hacía, una extraña alegría le iba poseyendo, como un delicioso deslizarse por una suave pendiente, como si la sexualidad fuera penetrando en su cerebro... ¿Estoy actuando lógicamente, racionalmente? Se sintió asustado. Sí, sabía que podía dar la vuelta, dirigirse hacia la primera rampa del corredor. Su plan era cerrar todas las escotillas, todas las entradas que la gente había dejado abiertas en su camino de vuelta del corredor. Catorce. Después de eso, después de eso, lo sabía, podía bombear el aire fuera del módulo. La despresurización mataría a aquello, fuera lo que fuera. Era lo más sensato que podía hacer, lo único sensato. Pero ¿estaba seguro de que eso fuera necesario? Después pensaría en ello... Ahora algo le estaba afectando a él.

Junto a la rampa de proa su cabeza aún estaba bien, pensó... La atracción de la cosa era más débil. La puerta estaba abierta. Posiblemente, Don entró por allí. Con las debidas precauciones, Aarón se arriesgó a bajar sin utilizar el cable de seguridad. Bien, había conseguido llegar. Mientras cerraba, miró el corredor. Una auténtica confusión de objetos caídos y en desorden, pero no vio ni una sola persona... La rosada radiación viva seguía allí. Su corazón comenzó a latir precipitadamente... Y la

puerta se cerró casi ante sus narices.

La otra estaba más cerca. No debía arriesgarse tanto... estaría mucho más cerca de aquella maravillosa luz; de hecho, tras la consola con el panel de mando donde estuvo Yellaston. Aarón sintió que sus pies corrían sin él quererlo y se forzó a detenerse, lo que logró antes de llegar al último recodo. Frente a la rampa ató la cuerda de seguridad a un soporte metálico y el otro extremo lo enrolló en torno a su cintura. Con varios nudos difíciles, apretados, para no poderlos desatar precipitadamente en un momento de abandono o de pérdida de voluntad.

Pensó que esa idea era buena; se vio pronto en el corredor tropezando con cascos, cables, guantes. El gran resplandor de la luz cálida y rosada estaba apenas a veinte metros de distancia. Tenía que retroceder, dar la vuelta y cerrar la escotilla. Se detuvo junto al panel de mando y miró la pantalla de video que aún seguía conectada con el interior del «China Flower». Su interior era como si estuviera pleno de piedras preciosas, de joyas resplandecientes; pudo ver, asustado, grandes globos suaves y brillantes, destellantes y cambiando de color ante sus ojos... algunos eran más oscuros, como un racimo de ígneas ascuas ya casi consumidas. *¿Se estaba muriendo aquella cosa?* Sintió un raro dolor, una pena en su interior, y tuvo que taparse los ojos para no seguir mirando; después apartó los ojos de la pantalla. Allí estaban sus ya inútiles latas de descontaminante... y el corredor parecía el escenario de una batalla pasada o como quedaría después de una estampida... *¿Qué había estado murmurando Coby sobre espermatozoides?* Parecía como si estuvieran cruzando su mente agitando sus colas...

—¡Arn... has venido!

Desde ninguna parte Lory estaba allí, tirándole del brazo.

—¡Oh, Arn, querido Arn! He estado esperando.

—Sal de aquí, Lory. Voy a despresurizar este lugar.

—Estaremos juntos, no tengas miedo.

Su hermana estaba trabajando con los nudos de su cintura. Su rostro tenía una expresión hierática. Furioso, la empujó hasta ponerla detrás de él.

—Voy a extraer el aire, ¿es que no puedes oírme? A despresurizar.

Aarón trató de arrastrar a su hermana hacia la rampa, pero ella se resistía y escapó de sus manos.

—Oh, Arn, por favor. No puedo...

Lory corrió hacia la luz, hacia el interior del «China Flower».

—¡Vuelve, Lory, vuelve aquí! —Aarón corrió tras ella hasta que se detuvo cuando la cuerda alcanzó su máxima extensión. Ella agitó sus manos delante de él, su silueta destacándose en la luminiscencia y giró una vez y otra llevándose el puño a la boca y sollozando.

—Me voy, me voy... sin ti, sola...

—¡No, Lory! ¡Espera!

Aarón no pudo evitar que sus propias manos comenzaran a desatar los nudos, pero ella ya se había ido, alejándose de él y cruzando la puerta, hacia la luz...

—¡No, no!

La cálida luz la envolvió como en un abrazo. Y desapareció confundida en ella.

Un trino fuerte resonó en sus oídos y lo despertó. Trató de recuperarse y finalmente se dio cuenta de que las lucecitas de alarma de la consola de mando estaban llamando. Alguien estaba dentro del «China Flower», que iba a despegar.

—¿Quién está ahí? ¡Deténgase! —puso en funcionamiento todos los canales—. Quienquiera que esté en la nave, respóndame.

—Adiós, adiós, muchacho —la voz de Bustamante resonó en el altavoz.

—Ray, Ray... ¿Estás ahí? Aquí habla Aarón. Ray, sal, ¿no sabes lo que estás haciendo?

—Sí lo sé... voy a poner rumbo. Guardaos vuestra mierda de mundo... —la voz profunda era mecánica, sin ninguna entonación.

—Sal, Ray. ¡Ven aquí! Te necesitamos. Por favor, escucha, Ray... El giróscopo se ha roto... *Los giróscopos.*

—Eso es grave.

Un profundo ronroneo mecánico hizo temblar las mamparas.

—¡Ray, espera! —gritó Aarón—. Mi hermana está ahí, la matarás... La escotilla está abierta. Ray, por favor, déjala salir. Yo cerraré la escotilla. ¡Lory, Lory, sal!

Sus ojos buscaban desesperadamente la palanca de control automático de las escotillas mientras sus manos trataban de desatar los nudos.

—Ella también puede venir —una risita que parecía provenir de una calavera... Otras voces. Las mujeres de Ray. ¿Estaba Soli allí? Los nudos iban cediendo.

—Nos vamos, muchacho, nos vamos a ese planeta.

—Ray, Ray. Estás mal... Te despertarás a millones de millas en el espacio sin saber siquiera qué haces allí... ¡Por amor de Dios, espera!

Se vio libre de la cuerda. Dio un salto. Tenía que ir allí a toda prisa y sacar a Lory. Tenía que salvar aquella belleza viviente. Era una promesa.

Se encendieron intermitentemente otras luces. Hubo una sacudida en la estructura metálica. La nave, Lory, gritó débilmente su cerebro. Se libró del todo de la cuerda y pudo ver el cuerpo de su hermana, su silueta, su cuerpo agitándose ondulante en el azul contraste de la radiación, esperando, esperándolo a él. Con el último vestigio de cordura que le quedaba trató de manipular la puerta de la escotilla.

La escotilla principal en esos momentos comenzó a cerrarse frente a la puerta radiante.

—¡No, espera, no! —Aarón comenzó a correr con la cuerda aún en sus manos, corría hacia todo aquello que siempre había deseado, pero los paneles temblaron y

golpearon atronadoramente y un fuerte soplo de viento le apartó a un lado. Se aferró a la cuerda en un movimiento reflejo y pudo ver a Lory vacilar y resbalar empujada por el chorro de aire... todo parecía atraído hacia la compuerta que se cerraba. El «China Flower» había partido, se alejaba llevándose aquello lejos de él. Todos iban a volar después de ella... Pero cuando Lory se aproximó a la escotilla que unía al corredor con la nave, el último rayo se desvaneció.

El viento cesó y el corredor se quedó silencioso, totalmente silencioso.

Él estaba allí, de pie, un hombre estúpido sujetando una cuerda, sabiendo que toda la dulzura, que toda la suavidad del mundo había desaparecido. La vida misma parecía desvanecerse en la oscuridad que quedaba tras él, como si se hubiera marchado para siempre. ¡Vuelve, vuelve!, murmuró penosamente. ¡Oh, vuelve!

Lory se estremeció. Su rostro estaba claro, limpio, vacío. Parecía aún más joven. Todo había desaparecido, todo se había ido, el impulso, la carga de su mente... Una sensación de inmensa pesadez cayó sobre él. Era como si todo el «Centauro», la totalidad de esa maravillosa nave estelar de la que se había sentido tan orgulloso, pesara sobre sus hombros, muda, flácida y oscura. La chispa de la vida se había ido. Sin voces, sin rastro, imposible de hallar en los desiertos helados del espacio... En su interior sabía que ahora se había ido para siempre y que nunca nada volvería a ser como antes.

Tiernamente, ayudó a Lory a levantarse y juntos comenzaron a caminar a ninguna parte, ella confiadamente en sus manos; su hermana pequeña, como lo fuera hacía ya mucho mucho tiempo. Cuando caminaban por el corredor pudo apreciar un cuerpo caído junto a la mampara: era Tighe.

IV

...El doctor Aarón Kaye informando. Los fantasmas... las nuevas cosas, quiero decir, están comenzando a marcharse. Ahora las veo bien cuando estoy despierto. Ayer... esperad, ¿fue ayer? Sí, porque Tim sólo llevaba aquí una noche, lo traje ayer. Su cuerpo, quiero decir. Pero lo que vi fue su espíritu, su fantasma... ¡Jesús, sigo llamándolo así! Las cosas, las nuevas cosas quiero decir. El fantasma está en la cama de Tim. Pero lo vi marchar. Seguía todavía en el corredor Beta. ¿He dicho ya que generalmente están quietos en un sitio? Me olvido de las cosas que he dicho. Tal vez debo empezar de nuevo. Tiempo tengo de sobra. Son más o menos transparentes, naturalmente, incluso al final. Y flotan. Creo que parcialmente se hallan fuera de la nave espacial. Es difícil explicar su tamaño, puesto que se trata más bien de una proyección, de una post-imagen. Parecen muy grandes, digamos seis u ocho metros de diámetro. Sin embargo algunas veces he llegado a pensar que eran pequeñas, muy pequeñas. Puede decirse con seguridad que están vivas, aunque no responden ni se comunican. No son... racionales. No, en absoluto. Y cambian, toman colores y cosas así de nuestra mente. ¿Lo he dicho ya? No estoy totalmente seguro de que sean realmente visibles, tal vez la mente los siente y seguidamente les construye una apariencia. Pero son reconocibles. Uno puede ver... rastros. Puedo identificar a la mayoría de ellos. Tim estaba junto a la rampa número siete. Era parcialmente Tim y parcialmente otra cosa, muy lejana y extraña. Parecía inflarse y flotar para escapar atravesando la envoltura metálica de la nave, como si estuviera al mismo tiempo muy lejos y muy cerca. Fue el primero en aparecer, por lo que sé. Con la excepción de Tighe. Lo he soñado. Pero no se disipan... Vibran, palpitan... no, eso no es exactamente cierto. Se hinchan y flotan. Alejándose.

No son fantasmas. Es algo que debo repetir.

Lo que yo creo que son, mi impresión subjetiva, quiero decir, una hipótesis explicatoria posible... ¡Oh, demonio! No tengo por qué seguir hablando así. Lo que yo creo es que son una especie de energía-cosa, algo...

Lo que yo creo que son es blastocitos.

Cigotos sagrados, dijo Coby. Yo no creo que tengan nada de sagrados. Se limitan a estar presentes aquí, creciendo. Definitivamente no son espíritus o fantasmas, ni tampoco esencias superiores. No son, en absoluto, *personas*. Son... un producto combinado. Se desarrollan. Se quedan a un lado por un rato y después... se mueven alejándose.

Tal vez debo registrar el orden con que fueron apareciendo, pues tal vez eso tenga cierta correlación con la condición personal. Eso podría ser de interés científico. Todo

el asunto es del más profundo interés. ¿Pero para quién será de interés científico? Ésa es una buena pregunta. Es posible que alguien dé con esta nave dentro de mil años. ¡Hola, amigos! ¿Sois humanos? Si lo sois no lo seguiréis siendo durante mucho tiempo. Escuchad amablemente lo que os dice el doctor Aarón Kaye... ¡Oh Dios mío, esperad!

Aquí el doctor Aarón Kaye registrando un mensaje de gran interés científico. ¿Dónde estaba? No tiene importancia. Tim —quiero decir el comandante Timofaev Bron— ha muerto hoy. Quiero decir, el propio Tim. Es el primer muerto real, excepto Tighe. ¡Oh, y Bachi! Ya informé de ello, ¿no es así? Sí. Los demás aún siguen funcionando más o menos. De modo vegetal. Se alimentan de vez en cuando. Desde que dejó de funcionar el servicio de comida automático yo me encargo de repartir las raciones por todas partes. Recorremos la nave cada día más o menos. Estoy casi completamente seguro de que no ha muerto nadie más. Algunos aún continúan jugando a las cartas en los Comunes, incluso de vez en cuando dicen una palabra o dos. Algunas cartas han caído al suelo; el diez de espadas estuvo a los pies de Don durante muchos días. Ayer les hice beber agua. Me temo que sufren gravemente de deshidratación... Kawabata es el que está peor de todos, creo. Duerme en una cama sucia. Tierra a la tierra... Es muy probable que fallezca pronto. Debo aprender a manejar todo esto, creo. Si es que voy a continuar.

...Ahora ya sé que jamás lograré reparar el sistema del láser. ¡Jesús, me pasé una semana en el alojamiento de Ray! Curiosamente, nos dieron también un sistema de emisión de urgencia, un gran transmisor no-direccional. Su mensaje significa: «Venid a rescatarnos». ¿Pero cómo puedo emitir: «¡Manteneos alejados, por lo que más queráis!»? Un fallo en el programa. De todos modos, el alcance de este transmisor no es suficientemente largo... Podría hacer saltar la nave, creo que sí, que podría lograrlo. Pero ¿qué adelantaría con ello? Eso no impedirá que sigan viniendo de la Tierra. Creerían que se había tratado de un accidente. Azar espacial, una desgracia fortuita. Muchachos, ya os enteraréis...

Me pregunto dónde estará ahora Ray. ¿Cuánto tiempo tardará en aparecer? Su cosa, lo que sea, está aquí, desde luego. En Gamma Uno. Sus mujeres también. Encontré a la de Soli, no, no es. Creo que es mejor no hablar de eso. Están con él, sus cuerpos quiero decir. *Ellos*... Ray era tan fuerte, hizo algo, actuó. No sirvió de nada, desde luego. Demasiado tarde. La muerte salvando a la muerte. Ayudadme a pasar la noche, a soportarla... sólo eso.

Las funciones... estábamos hablando de las funciones. El más intacto es Yellaston, creo. No es que esté totalmente intacto, pero incluso hablamos un poco, de cualquier cosa, cuando voy a donde él está. Tal vez una costumbre de toda la vida que aún se sigue practicando con media corteza cerebral muerta. Creo que me entiende. No unos conceptos técnicos, desde luego, pero sabe que se está muriendo. Se

considera ya muerto y ve la muerte en la totalidad de la cosa. La intuición y el miedo están en sus tripas. Sexo igual a muerte. ¡Qué razón tienes, viejo! ¡Qué ridículo es todo! En tiempos normales yo llegué a tratar pacientes sólo porque pensaban así. Terapia... Naturalmente, se trataba de un tipo de sexualidad distinta, otro orden de sexo, podríamos decir. Yellaston bebe mucho. La cosa se mantenía, pero la carga se ha ido... Me pregunto qué es lo que queda en él, maldito sea, es él, su parte humana. La he visto, su producto, está en la escotilla de proa. Es muy extraño. Me pregunto si él también lo habrá visto. ¿Puede un espermatozoide utilizado reconocer al blastocito? Creo que sí, que debe haberlo hecho. En una ocasión me lo encontré llorando. Tal vez de alegría, aunque no lo creo así.

...Hola, amigo. Aquí el doctor Aarón Kaye, su amistoso reportero científico. Se me ha ocurrido que debemos hacer justicia científica a Coby concediéndole crédito por la... la formulación de la hipótesis. Un gran diagnosticador, Coby, al fin y al cabo. Me refiero al doctor William F. Coby, el último de los doctores en medicina de la Facultad de John Hopkins. La solución final de Coby, la hipótesis quiero decir. Recuerden su nombre, amigos. Mientras puedan. He tratado de conseguir que fuera él mismo quien hiciera esta grabación, pero ahora ya no habla en absoluto. Creo que está bien; sé que está bien. Aún funciona, aunque de la forma en que puede hacerlo quien está agonizando. Recurre con mucha frecuencia al cajón de los narcóticos y lo hace abiertamente. Yo se lo permito. Tal vez está intentando algo. ¿Por qué está tan intacto? ¿Es que no tiene mucho de lo que sea que los demás han perdido? No, eso no es justo. Ni siquiera cierto. ¡Qué curioso...! Ahora me encuentro con que realmente siento gran afecto por él, realmente. Quién habría de decirlo. Todo lo peligroso ha desaparecido, creo. Ven a mí, llámame, Lory. No, no vamos a hablar de Lory. Estábamos hablando, yo estaba hablando, de Coby. De su hipótesis. Escúchame, amigo. Tú que sigues tu camino con una carga en tu cabeza.

Coby tiene razón. Sé que tiene razón: somos gametos.

Sólo gametos, nada más que gametos. La disposición dimórfica... llamémoslo espermatozoide. De dos tipos, pequeños espermatozoides machos y pequeños espermatozoides hembras, chicos y chicas. La mitad del plasma-germen de... alguna cosa. No seres completos; en absoluto, no. La mitad de los gametos de alguna... criatura, de alguna raza. Tal vez viven en el espacio, yo lo creo así. Los... sus cigotos lo hacen. Quizá ni siquiera son inteligentes. Digamos que utilizan a los planetas para reproducirse en ellos, como los anfibios que van al agua. Y desovan su primordial material-semilla a nuestro alrededor. Desovan y cultivan sus huevas entre las estrellas. En planetas aptos. Y esa materia fecunda. Y después del intervalo usual — digamos tres mil millones de años, éste es el tiempo que tardamos nosotros, ¿no es así?— las huevas, el esperma, alcanza movilidad; ¿lo ve? Y nos encaminamos a las estrellas. Al planeta-hueva. Para fertilizarla. Y eso es todo lo que ahora somos, esa

maldita cosa... la evolución, los logros, las luchas y las esperanzas, todos los dolores y todos los esfuerzos, sólo para llegar hasta aquí con nuestra carga fecundante en nuestras cabezas. Nada más que espermatozoides. Seres humanos... ¿Piensa un espermatozoide que él también es alguien? Esas bellas cosas-huevo, las criaturas de aquel planeta evolucionado, desarrollándose a su propio modo durante millones de años... tal vez también piensan y sueñan. Tal vez creen que son gente. Toda esa cosa total, sólo para formar cualquier otra cosa, todo para nada...

...Perdóname... Aquí el doctor Aarón Kaye informando de otros dos fallecimientos. Se trata del doctor James Kawabata y la jefa de acuartelamiento Miriamne Stein. A ella la encontré cuando llevaba el cuerpo de Kawabata al almacén frigorífico. Todos estarán allí, los podrás encontrar, amigo. Cincuenta y nueve cubos de hielo y un montón de polvo... yo. Quizá. Causa de la muerte... ¿He venido informando de la causa de las muertes? Causa de la muerte: aguda... ¡Oh, Dios...! ¿De qué mueren los espermatozoides? Aguda falta de habilidad para seguir viviendo. Aguda irrelevancia post-funcional... Síntomas: ... Tal vez le gustará conocer los síntomas. Le interesarán Los síntomas comenzaron a manifestarse después de un breve contacto con cierta forma de vida procedente del planeta Alfa... ¿He mencionado que, al parecer, se produjo cierto momentáneo contacto físico, aparentemente por la frente? Los grandes síntomas son desorientación, apatía, cierta afasia, anorexia. Todas las reacciones depresivas: aprosecia, tartamudez. Los reflejos débilmente presentes, no hay catatonía típica Las funciones cardíacas subnormales, faltas de agudeza. Clínicamente —he podido realizar seis tests—, clínicamente el EEG muestra abatimiento generalizado, asincronía. Déficits alfa y theta Es imposible, repito, imposible un síndrome post-ECS Los síntomas no pueden ser interpretados como debidos a un shock físico, eléctrico o de cualquier otro tipo. El sistema adrenérgico está muy afectado, el colinérgico relativamente menos No se ha confirmado la insuficiencia adrenal, repito no se ha confirmado en el bioensayo hormonal ¡Oh, Dios! Es como si hubieran sido exprimidos, vaciados de algo, de algo vital. Pronóstico si...

El pronóstico es muerte.

Esto es de gran interés científico, amigo Pero no vas a creerlo, estoy seguro. Venís de camino por aquí, ¿no es así? Nada va a detenerte a ti ni a los demás Tenéis razón Todo tipo de razones salvar la raza, construir un mundo nuevo, honor nacional, gloria personal, amor a la verdad científica, sueños, esperanzas, planes ¿tiene cada pequeño espermatozoide sus razones cuando repta por su conducto?

Es una llamada. Las huevas que esperan nos llaman a través de años-luz No me preguntes cómo. Incluso están llamando ahora al doctor Aarón Kaye, el único espermatozoide que dijo no Puedo sentir la llamada, la dulcísima llamada *¿Por qué no cedo ante ella?* Perdóname. El doctor Kaye va a tomarse otro trago ahora. Ahora

lo hago con frecuencia. Yellaston tenía razón, eso ayuda mucho. Toda la infinita variedad nuestra, todo para nada.

¿Dónde estaba? Hacíamos nuestras rondas, los examinaba a todos. Ya no se movían mucho. Miraba, también, a las nuevas cosas. Lory venía conmigo, me ayudaba a llevar cosas. Como siempre solía hacer. Mi hermanita, mi querida y pequeña hermana pero no vamos a hablar particularmente de Lory. Las cosas, los cigotos otros tres más se han ido hoy Kawata y los dos daneses. Don sigue todavía en los Comunes, pero creo que también se irá pronto. ¿Se marchan cuando la persona muere? Creo que se trata sólo de una coincidencia. Después nos convertimos en algo totalmente irrelevante. Los cigotos se quedan cerca del lugar de impregnación durante un período variable antes de marchar a la implantación... ¿Dónde se implantarán? ¿Tal vez en el espacio? ¿Dónde nacerán? ¡Oh, Dios! ¿Cómo serán esas criaturas que hemos generado nosotros, a las que dimos forma? ¿Puede un gameto mirar a un rey? ¿Son bestias o ángeles? ¡Oh, Dios mío, esto no es justo...! No, no es *noble ni justo*.

...Lo siento, amigo. Ahora ya estoy bien. Don Purcell ha sufrido un colapso hoy. Lo he dejado en los Comunes. Visito a mis pacientes a diario. La mayor parte de ellos aún siguen sentados. Sentados en sus secciones, en sus tumbas. Hacemos lo que podemos, Lory y yo... *Haciendo amable la vida de este mundo...* Resultará, tal vez, de gran interés científico saber que cada uno de ellos vio la cosa de manera diferente, a las cosas-hueva, quiero decir. Don dijo que era dios; Coby vio óvulos. Alhstrom murmuró algo sobre los tres Yggdrasil. Bruce Jang vio a Mei-Lin aquí. Yellaston vio la muerte. Tighe vio la Madre. Todo lo que el doctor Aarón Kaye vio fueron luces coloreadas. ¿Por qué no fui yo también? ¡Quién sabe! Un fenómeno de estadística. Instinto detectivesco. O simplemente porque mi pierna quedó apesada en la consola caída... Lory vio utopía, el cielo en la tierra, creo. No vamos a hablar de Lory... Ella me acompaña en mis rondas, viene conmigo a ver a los espermatozoides moribundos, nuestros amigos. Todas las cosas en sus habitaciones, la vida personal, toda esta nave de la que nos sentíamos tan orgullosos. El «pathos» de las cosas, me dijo Kawabata. El reloj de pulsera después de que su dueño ha muerto, las gafas... El «pathos» de todas nuestras cosas, ahora.

...Sí, el doctor Aarón Kaye está cayendo en un estado de profunda depresión, amigo. El doctor Aarón Kaye, como puedes ver, está tratando de evitar pensar en lo que hará después... cuando ya todos se hayan ido. Coby se ha roto una pierna hoy. Lo encontré y creo que se sintió muy satisfecho cuando lo metí en la cama. Al parecer no tiene muchos dolores. Él, la cosa que él hizo, se marchó ya hace bastante tiempo. Creo que no he ido registrando los sucesos con suficiente claridad y fidelidad. Muchos de ellos se han ido ya. No así la cosa de Yellaston, la última vez que hice la ronda. Está en la sección de astronavegación, quiero decir el propio Yellaston.

Mirando la cúpula. Sé que desea terminar su vida allí. ¡Oh, Cristo! El pobre viejo tigre, el pobre mono, todo aquello a lo que Lory odiaba... todo se ha ido ahora. ¿A quién le importa la personalidad de un espermatozoide? Respuesta: a otro espermatozoide... El doctor Aarón Kaye se está volviendo sentimental. El doctor Kaye llora. Recuérдалo, amigo. Es de interés científico. ¿Qué hará después el doctor Kaye? Se quedará tranquilo aquí en este magnífico «Centaurio» que probablemente durará eternamente salvo que vaya a caer sobre una estrella... ¿Vivirá el doctor Aarón Kaye aquí el resto de su vida, a cincuenta mil millones de kilómetros de la Tierra, de su hogar natal? ¿Leyendo, oyendo música, cuidando su jardín, escribiendo notas de interés científico? Cincuenta y nueve cuerpos congelados y un esqueleto. Mira bien ese esqueleto, amigo... o comprueba la última nave exploradora *Alpha*. ¿Se decidirá un día el doctor Aarón Kaye a utilizar esa pequeña nave *Alpha* poniendo rumbo a cualquier parte? ¿Adónde? ¿No lo supone? Sí... El último hombre en el oviducto. Sobre el viaducto, vía el oviducto. Perdóname.

... No, el último no. De ningún modo. No olvidemos esas flotas de naves espaciales que comenzarán a salir de la Tierra cuando llegue allí la señal verde. Y que seguirán viniendo durante bastante tiempo... La señal verde fue lanzada pese a todos los esfuerzos que se hicieron por evitarlo. La meca del deseo del hombre. Ya no hay forma de pararlo. Ni queda ya esperanza. En absoluto.

Claro que, comparativamente, sólo será un puñado de hombres los que pondrán rumbo al nuevo planeta. Comparativamente con el resto de la población que se quedará en la Tierra. Más o menos la misma proporción de una eyaculación con la producción total de espermatozoides; ¿no lo expresaría usted así? Valdría la pena hacer el cálculo computado; tal vez sería de gran interés científico. La mayor parte de las criaturas-huevo morirían sin fecundar, igualmente. El notorio derroche de la naturaleza. Cincuenta millones de huevos, mil millones de espermatozoides un solo salmón...

... ¿Qué le sucederá a la gente que no se vaya, a los que se queden en la Tierra, a todo el resto de la raza? Bien, vamos a especular con sus posibilidades, doctor Kaye. ¿Qué les sucede a los espermatozoides no usados, a aquéllos que no alcanzan el óvulo o que llegan tarde? ¿O a los que se quedan en los testículos? Mueren por exceso de calor. O son reabsorbidos ¿Te acuerdas de algo? Digamos, por ejemplo, de Calcuta, o de Río de Janeiro, o de Los Ángeles... Visiones previas. Nacidos demasiado pronto o demasiado tarde... demasiado mal. Para pudrirse sin utilidad, sin ser usados. La función completa, los órganos se atrofian... El fin de todo, simplemente marchitos, podridos. *Sin ni siquiera llegar a saberlo.*

Creyendo ser gente, personas, confiando en que todavía les quedaba una oportunidad.

El doctor Aarón Kaye se está volviendo demasiado concluyente, intoxicado,

amigo. Y el doctor Aarón Kaye se está cansando, también, de hablar contigo. ¿Qué podrás hacer de utilidad en tu camino siguiendo la línea de conducción? ¿Puedes detener el suministro? ¿Puedes, hombre? ¡Ja, ja, como alguien solía decir! Maldita sea, ¿por qué no lo intentas al menos? ¿Puedes parar, seguir siendo humano para siempre, si es que alguna vez llegamos a serlo? ¡Oh, Señor! ¿Es que puede la mitad de algo, es que puede un gameto crear una cultura? Yo no lo creo... Tú, pobre condenado bastardo, con una carga en la cabeza... Acabarás también por ir allí o morirás intentándolo.

Excúsame. Lory está balbuceando mucho hoy, vacila... Hermanita, tú fuiste un buen espermatozoide, nadaste vigorosamente para realizar tu función fecundadora. Tú fuiste la que hizo la conexión. No, ella no estaba loca, ¿sabéis? Nunca, realmente. Ella sabía que había algo malo en nosotros, algo falso, absurdo... Realizarnos, completarnos. Todos esos meses... un muro entre el cielo, separándonos del cielo, del seno dorado de Dios. El fin del dolor... la reina fecundada... la lucha continua... ¡Oh, Lory, quédate conmigo, no te mueras! *¡Jesús, la llamada, el impulso, es terrible y dulce impulso!*

Aquí el doctor Aarón Kaye firmando y despidiéndose. Tal vez mi condición es del más profundo interés científico... ¡Ya no sueño nunca!